

EL DON DIVINO DEL



PERDON

NEIL L. ANDERSEN

EL DON DIVINO — DEL — PERDÓN

NEIL L. ANDERSEN



Salt Lake City, Utah

ÍNDICE DE TEMAS

Introducción

ÁNIMO PARA PROCURAR EL PERDÓN DE DIOS

El gozo de llegar a estar limpio

Las experiencias que fortalecen nuestros deseos rectos

El arrepentimiento: Una idea actualmente pasada de moda

Un elocuente ejemplo de las Escrituras

POR QUÉ ES NECESARIO UN SALVADOR Y REDENTOR

Despertar en cuanto a Dios

Lejos de nuestro hogar celestial

El gozo o el remordimiento de conciencia

EL INCOMPARABLE DON DE JESUCRISTO

El don de Su preciado Hijo

La fe abre el camino, luego sigue el arrepentimiento

Sólo por medio del Padre y del Hijo

CÓMO ENCONTRAR EL CAMINO HACIA EL SALVADOR

La garganta del diablo

La doble tiranía que quiere impedir nuestro arrepentimiento

Los desvíos en el camino que conduce al perdón

El camino que se ha preparado para el arrepentimiento y el perdón

Tres amigos queridos que conocemos al inicio del camino al perdón

Prepararse para prestar servicio

El arrepentimiento, los ángeles y los lazos familiares

REGRESAR AL REDENTOR MEDIANTE EL ARREPENTIMIENTO

Sinceridad inamovible

Confesar de buena gana y abandonar el pecado con determinación

La restitución generosa

El perdón mediante el acto de perdonar

Las sagrada función del sacerdocio

EL DON DIVINO DEL PERDÓN DEL SALVADOR

El Espíritu Santo: El mensajero del perdón

La Santa Cena, el templo y el arrepentimiento continuo

El don divino del perdón

Agradecimientos

Introducción

Con mi sagrado llamamiento a servir en el Cuórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, he sentido un mayor amor hacia nuestro Salvador Jesucristo y una mayor comprensión de Su amor por los hombres y las mujeres; las jovencitas y los jovencitos; y los niños de todo continente, de toda ciudad y localidad, así como de cada hogar y lugar de residencia en todo el mundo¹. Tengo la esperanza sincera de que, por medio de este libro, El don divino del perdón, usted vuelva a sentir, como ya ha sentido antes, el invaluable amor que le tienen el Padre Celestial y Su Hijo Amado, y que dicho amor le inste a avanzar aun más concienzudamente hacia Ellos.

El amor de Dios no conoce límites². Sus verdades eternas son las mismas para todos nosotros, quienquiera que seamos o dondequiera que vivamos³. La dicha duradera, la paz y la vida eterna sólo se reciben al aumentar nuestra fe y nuestra confianza en el Padre Celestial y en Su Hijo Jesucristo.

Conforme nuestra fe aumenta, nuestra perspectiva sobre por qué estamos aquí se vuelve más clara, y procuramos más guía y aprobación celestiales⁴. Nuestro espíritu desea tornarse de un modo más consciente a Dios y creer en mayor medida en el poder redentor de nuestro Salvador; nos afligen nuestros pensamientos y acciones contrarios a Sus mandamientos amorosos, y hacemos diligentemente todo lo posible por corregir nuestro curso⁵. Oramos con más intención y suplicamos perdón al Padre Celestial mediante la gracia expiatoria de Su Hijo. Comenzamos a arrepentirnos.

Como parte del Plan de Salvación, nuestro Re Redentor nos brinda a cada uno de nosotros la bendición de arrepentirnos⁶; sin embargo, se trata de algo más que eso; es, además, un don espiritual que fortalece nuestro deseo y nuestras decisiones, permitiéndonos esperar la gracia celestial del Salvador y recibir el milagroso don del perdón.

Les prometo con la misma certeza de que mañana saldrá el sol que los divinos dones del Salvador del arrepentimiento y del perdón, que se ofrecen en la belleza de Su amor que todo lo abarca, son reales para quienes vienen a Él con íntegro

propósito de corazón. “Mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré”⁷.

Siempre he valorado las palabras que se atribuyen al filósofo jesuita Pierre Teilhard de Chardin: “No somos seres humanos que tienen una experiencia espiritual; somos seres espirituales que tienen una experiencia humana”⁸. La previsibilidad de las leyes físicas de la vida terrenal, tal como la constancia que la fuerza gravitatoria ejerce sobre nosotros, se entiende bien; no obstante, como hijos alejados de nuestro hogar celestial, en ocasiones entendemos menos las leyes espirituales de Dios que brindan propósito, orden y paz a esta vida, y que nos preparan para la “gloria, salvación, honra, inmortalidad y vida eterna”⁹ que nos aguardan allende el velo.

Quizá nos sintamos muy insignificantes al leer algún libro de texto sobre la ley de gravedad, sin embargo, leer acerca de Jesucristo y Sus enseñanzas puede tener un potente impacto en nuestra alma¹⁰. El apóstol Pablo explicó: “Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios [. . .], porque se han de discernir espiritualmente”¹¹.

Los siguientes capítulos intentarán ensanchar su mente y su espíritu en lo concerniente al fundamento espiritual, a los principios sagrados y a las decisiones personales que permiten que el incomparable don del perdón del Salvador brinde mayor propósito a su vida. A fin de que en verdad progrese en esta vida y obtengamos la vida eterna en el mundo venidero, debemos dejar de lado la sabiduría de este mundo y presentarnos humildemente ante Dios, reconociendo que arrepentirse con sinceridad y suplicar perdón con humildad no son meras opciones en el abanico de virtudes admirables¹².

El arrepentimiento no es un castigo ni es opresión; es exactamente lo contrario. Es un maravilloso don de Dios que proporcionará gozo al afligido y alivio al aquejado espiritualmente¹³. Es un fuerte remedio espiritual que brinda sanación a todo aquel que reciba su poder. Tal como el Salvador mismo mandó de manera tan generosa: “¿No os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane?”¹⁴.

Aunque sienta que se halla en el peldaño más bajo de la escalera de la vida, hay algo que puede hacer: puede mirar hacia arriba. Aunque todo lo que pueda hacer sea tan sólo alzar la vista y dirigirla a Él, ya ha hecho algo por esforzarse para regresar a Él. Llegará a saber que Él “siempre cerca está [y] da Su mano”¹⁵. Quizá tenga un trecho empinado que ascender, tal vez sea un ascenso

intimidante, pero mirar hacia arriba es un paso importante al comenzar su travesía hacia adelante. El Salvador dijo: “Mirad hacia mí en todo pensamiento [. . .]. Mirad las heridas que traspasaron mi costado, y también las marcas de los clavos en mis manos y pies”¹⁶. Más importante que el lugar en donde se halle es la dirección a la que se dirija y, en especial, a Quién se dirija.

El don divino del perdón jamás puede ganarse; sólo puede recibirse. Sí, deben obedecerse los mandamientos y observarse las ordenanzas a fin de recibir el perdón, pero el esfuerzo personal, sin importar cuán grande sea, palidece en comparación con el costo de la redención. De hecho, no existe comparación. El perdón es un don y el Único que puede darlo es el Redentor y Salvador del mundo, Jesucristo¹⁷. Él ofrece Su don invaluable a todos aquellos que acuden a Él para recibirlo¹⁸. Tal como el presidente Russell M. Nelson ha dicho: “La Expiación [del Salvador puede] redim[ir] a toda alma de los castigos de la transgresión personal, bajo las condiciones que Él [ha] estableci[do]”¹⁹.

Este libro se halla dividido en seis partes: Primero, una sección titulada “Ánimo para procurar el perdón de Dios”; después, “Por qué es necesario un Salvador y Redentor”; tercero, “El incomparable don de Jesucristo”; cuarto, “Cómo encontrar el camino hacia el Salvador”; quinto, “Regresar al Redentor mediante el arrepentimiento”; y, por último, una sección que se titula “El don divino del perdón del Salvador”. Conforme lea o escuche con espíritu de oración, abra el corazón a Dios con una oración y con el deseo de creer. La fe no se cultiva por casualidad, sino por elección. Jesús le dijo al principal de la sinagoga: “No temas, cree solamente”²⁰. Y a Tomás, le dijo: “No seas incrédulo, sino creyente”²¹.

En las páginas que siguen, se cita cada uno de los libros canónicos de Escrituras. Se hace extensa referencia al Libro de Mormón, puesto que enseña con gran claridad la doctrina de la expiación del Salvador, de Su gracia y misericordia, y las promesas de Su perdón mediante nuestro arrepentimiento. Al meditar sobre estas sagradas enseñanzas del plan de nuestro Padre Celestial, las cuales se exponen de forma poderosa en el Libro de Mormón, descubrí que mi espíritu declaraba manifiestamente: “Al gran Profeta rindamos honores”²². Cuán extraordinario es que el Señor revelara la plenitud del evangelio de Jesucristo a través de Su vaso escogido, el profeta José Smith. Mientras hablaba en público algunas semanas antes de morir como mártir, dijo: “Nunca les dije que [yo] fuera perfecto; pero no hay error en las revelaciones que he enseñado”²³. Testifico de modo solemne de la misión divina del profeta José Smith.

Para confirmar aun más las enseñanzas de las Santas Escrituras, he incluido intencionalmente las palabras de cada profeta de esta dispensación y de los Apóstoles que prestan servicio en la actualidad en la Primera Presidencia y en el Cuórum de los Doce, puesto que el Señor les ha dado la comisión de hablar en Su nombre sobre el arrepentimiento y el perdón.

El designio del presente libro es centrarse en quienes “despiertan” en cuanto a Dios²⁴, aunque los dones del Salvador del arrepentimiento y del perdón no son sólo para los momentos de transgresiones graves, sino también para nuestro progreso diario. Los principios del arrepentimiento son una parte crucial en lo concerniente a vencer los pecados diarios de comisión y omisión, vivir y progresar, y adorar cada domingo al participar de la Santa Cena del Señor.

Ruego que, conforme usted abra de forma más completa el corazón a Dios y considere detenidamente los principios del evangelio de Jesucristo que se hallan en este libro, se le inste con aun mayor atención a la extraordinaria aventura de llegar a ser un discípulo más devoto del Salvador. El élder Neal A. Maxwell ha explicado: “Si escogemos [. . .] el curso que nos lleva a ser discípulos [. . .], podremos avanzar en lo que, al principio, sea sólo reconocer a Jesús, admirarlo, después adorarlo y finalmente emularlo. En ese proceso de esforzarnos por ser más semejantes a Él [. . .], debemos tener siempre una actitud de arrepentimiento”²⁵.

Ruego, al igual que lo hiciera Alma, que: “Dios os conceda [. . .] empezar a ejercitar vuestra fe para arrepentimiento, para que empecéis a implorar su santo nombre, a fin de que tenga misericordia de vosotros [. . .]. Porque he aquí, esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios [. . .]. Y así él trae la salvación a cuantos crean en su nombre; ya que es el propósito de [Su] sacrificio poner en efecto las entrañas de misericordia, que sobrepujan a la justicia [. . .]. [Y] quisiera exhortaros a que tengáis paciencia, [. . .] con una firme esperanza de que algún día descansaréis de todas vuestras aflicciones”²⁶.

La felicidad y el gozo duraderos llegan por medio de la fe en nuestro Padre Celestial y en Su Hijo Jesucristo. Ellos son la verdadera fuente de amor puro y de paz sempiterna²⁷. Todo lo que es bueno y bello, todo lo santo y sagrado, proviene de Ellos²⁸. El pecado nos aleja de Ellos; el arrepentimiento nos lleva hacia Ellos. El perdón nos renueva el alma y confirma en qué posición nos hallamos ante Ellos.

El Salvador resucitado declaró: “Nada impuro puede entrar en su reino; por tanto, nada entra en su reposo, sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre,

mediante su fe, y el arrepentimiento de todos sus pecados y su fidelidad hasta el fin”²⁹.

¡Regocijémonos en esta travesía! Usted puede comenzar desde dondequiera que se halle y llegar a ser algo mayor de lo que jamás se haya imaginado. Ya ha comenzado; medite estas palabras: “Si [te] arrep[ientes], y no endurec[es] [tu] coraz[ón], entonces tendré misericordia de [ti] por medio de mi Hijo Unigénito [. . .]; [y] tendrá[s] derecho a reclamar la misericordia, por medio de mi Hijo Unigénito, para la remisión de [tus] pecados; y entra entrará[s] en mi descanso”³⁰. Como uno de los apóstoles del Señor, le prometo que esas palabras de nuestro Padre son verdaderas y que, a medida que las adopte en su vida, el Salvador moldeará para siempre el destino divino que le aguarda.

Notas

1. Véanse, por ejemplo, 1 Nefi 11:17, 22; Juan 13:1; Apocalipsis 1:5; Doctrina y Convenios 34:2-3.
2. Véase Romanos 8:38-39.
3. Véase Hechos 10:34-35.
4. Véase Abraham 1:2.
5. Véanse Lucas 18:13; José Smith-Historia 1:28-29.
6. Véanse 2 Nefi 2:21; Doctrina y Convenios 29:42-43.
7. 3 Nefi 9:14.
8. Atribuido a Pierre Teilhard de Chardin por Robert J. Furgey en *The Joy of Kindness*, Nueva York: Crossland, 1993, pág. 138.
9. Doctrina y Convenios 128:23.
10. Véanse, por ejemplo, Nehemías 8:1-12; Mateo 7:24-28; Juan 4:1-42; Lucas 4:16-22; Hechos 8:27-38.
11. 1 Corintios 2:11, 14.
12. Véanse Isaías 55:8-9; 1 Corintios 2:6-7; 3:19.
13. Véanse, por ejemplo, Salmos 35:9; Isaías 61:10; Enós 1:3-4; Alma 36:20.
14. 3 Nefi 9:13.
15. “¿Dónde hallo el solaz?”, Himnos, nro. 69.
16. Doctrina y Convenios 6:36-37.
17. Véase Romanos 5:1-12, en especial, 15-18; véanse también Romanos 6:23; 2 Corintios 9:15; Efesios 2:8.
18. Véase Doctrina y Convenios 88:33.
19. Véase Russell M. Nelson, “La Creación”, *Liahona*, julio de 2000, pág. 102.
20. Marcos 5:36.
21. Juan 20:27.
22. “Loor al Profeta”, Himnos, nro. 15.
23. “Discourse, 12 May 1844, as Reported by Thomas Bullock”, pág. 2, *The Joseph Smith Papers*, recuperado el 5 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpa>
24. Véanse Alma 5:7; Alma 7:22.
25. Neal A. Maxwell, “El testificar de la grande y gloriosa Expiación”, tomado de una transmisión vía satélite de la Iglesia, 29 de agosto de 1999, *Liahona*, abril de 2002.
26. Alma 34:17, 32, 15, 40-41.
27. Véanse 1 Juan; Doctrina y Convenios 19:23; 59:23.
28. Véase Moroni 7:22.
29. 3 Nefi 27:19.
30. Alma 12:33-34.

Capítulo 1

El gozo de llegar a estar limpio

Recuerdo que mi padre me despertó una fría noche, a principios de febrero, cuando tenía unos dieciséis años. Me acuerdo que yo estaba sorprendido; sólo había dormido alrededor de una hora. Me explicó que un buey novillo de nuestra pequeña granja había logrado cruzar la valla, se había extraviado hasta llegar a la carretera, y una camioneta lo había arrollado. El animal estaba muerto, y a fin de salvar la carne, debíamos actuar con rapidez. La tarea que teníamos por delante resultaría ser una experiencia que jamás olvidaría.

Tras arrastrar el pequeño buey desde el camino hasta un cobertizo abierto con nuestro viejo tractor, la siguiente labor era izar el animal. Atamos las patas traseras juntas y después lanzamos la cuerda por encima de una viga. Recuerdo esforzarme con dificultad para colocar los brazos debajo de los cuartos traseros del animal y levantarlo mientras mi padre halaba de la cuerda. A fin de lograr elevarlo, se requería que rodeara el resbaladizo animal con todo el cuerpo. Para el momento en que éste quedó colgado, el barro y el hedor se me habían impregnado en la ropa. Me sentía terrible, pero la tarea apenas había empezado.

Mi padre y yo limpiamos el animal muerto juntos, aunque no terminamos hasta las tres de la mañana. El olor, el cieno, la tierra y la inmundicia se me habían impregnado.

Regresé a la casa y, a pesar de que han pasado muchas décadas, tengo muy vívidos en la mente los acontecimientos de la siguiente hora. Recuerdo con claridad la satisfacción de quitarme la camisa; me daba alivio sacarme cada capa de prendas de vestir. Comencé a lavarme: primero las manos y luego los brazos hasta los codos. No era la clase de suciedad que desaparecía rápidamente; entonces me bañé, lavándome las orejas, después el cabello, de nuevo las manos y las uñas, y otra vez el cabello. **Transcurrió bastante tiempo antes de que sintiera la satisfacción de que había terminado la limpieza.**

Me coloqué pijamas limpios y me quedé despierto en la cama durante un tiempo, reviviendo la experiencia. Eran las cuatro de la mañana; estaba agotado, pero los sentimientos de cansancio no se comparaban con la sensacional satisfacción de estar lavado y limpio.

Sin embargo, por más memorable que haya sido aquella experiencia, **hay sentimientos maravillosos que superan los sentimientos físicos que tuve esa fría noche invernal**. Me refiero a los sentimientos espirituales maravillosos que se reciben mediante el don de la expiación del Salvador a medida que se lava cada capa de pecados y llegamos a sentirnos limpios espiritualmente.

Jesús enseñó con gran énfasis en cuanto al gozo de dicho poder redentor¹. Una de Sus parábolas más conmovedoras es la del hijo pródigo. Humillado por el vacío de “vivi[r] perdidamente”, el hijo “volvi[ó] en sí”². Comprendió su error; supo que debía cambiar. Dijo: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”³. Estaba arrepintiéndose.



Las Escrituras después indican: “Entonces, se levantó y fue a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello y le besó”⁴.

¿Entendemos la ansiedad de nuestro Padre Celestial ante cada esfuerzo que hacemos por volver a Él?⁵. Aun cuando todavía estamos lejos, Él se complace en nuestro regreso.

El único camino al gozo de conocer a nuestro Salvador Jesucristo

Experimentamos gozo cuando el amor de nuestro Salvador nos da la certeza de que aún podemos estar limpios, de que algún día estaremos en casa de nuevo. Tal felicidad sólo llega por medio del arrepentimiento⁶.

Al dejar atrás las malas acciones y ejercer la fe en Jesucristo, recibimos la remisión de nuestros pecados; sentimos que nuestro Salvador hace por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Recuerde las palabras de Él a los nefitas:

“¿No os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane?”

“Sí, en verdad os digo que si venís a mí, tendréis vida eterna. He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí”⁷.

Recuerden lo que sintió Alma al percibir que se le remitían los pecados y la culpa:

“Ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados.

“Y, ¡oh qué gozo [. . .]. Sí, mi alma se llenó de [. . .] gozo [. . .].

“Sí, [. . .] te digo que [. . .] no puede haber cosa tan intensa y dulce como lo fue mi gozo”⁸.

Esa es la promesa que nos hace el Salvador. Yo conozco tales sentimientos de gozo; es una dicha que no puede recibirse de ninguna otra manera. ¡Qué maravilloso es estar limpio!

Aunque para algunas personas el proceso de arrepentimiento puede ocurrir súbitamente, como sucedió con Alma, aquello es más la excepción que la regla⁹. La mayoría de nosotros avanza paso a paso, centímetro a centímetro, hacia más bondad, hacia más minuciosidad en nuestros convenios, hacia más servicio y más compromiso. El presidente Ezra Taft Benson dijo: “Por cada Pablo, por cada Enós y por cada rey Lamoni, hay cientos y miles de hombres y mujeres cuyo proceso de arrepentimiento es mucho más sutil e imperceptible. Día a día se van acercando más al Señor”¹⁰.

El arrepentimiento es el remedio espiritual perfecto para el pecado. Cada pecado que dejamos atrás mediante nuestra fe en el Cristo viviente -tanto de comisión como de omisión- abre puertas espirituales. Conforme sentimos la potencia del arrepentimiento, entendemos mejor por qué Cristo exhortó a los primeros misioneros de esta dispensación: “No prediquéis [más que] el arrepentimiento a esta generación”¹¹.

Debemos convertirnos al arrepentimiento diario. Jesús proporcionó un ejemplo de oración diaria: “Cuando oréis, decid: [. . .] perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal”¹². El presidente Benson nos ha enseñado que muchos de nuestros problemas surgen del orgullo, al cual definió como la egoísta contraposición de nuestra voluntad a la de Dios¹³. Nos arrepentimos conforme seguimos el ejemplo del Salvador al hacer “no [. . .] como yo quiero, sino como tú”¹⁴. Nos arrepentimos al hacer acopio de la fe y la confianza suficientes para ceder con mansedumbre a los caminos del Señor.

A diario, a medida que seamos humildes, el Señor nos revelará nuestras debilidades. Recuerde esta promesa del Libro de Mormón: “Si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad”¹⁵. Al procurar fervientemente

conocernos a nosotros mismos, y evaluar con sinceridad lo que somos y dónde nos hallamos, el Señor nos revelará, en respuesta a nuestras oraciones, en qué debemos centrar el arrepentimiento.

La sinceridad de nuestras oraciones a Dios nos permite escuchar Su voz con más claridad. En esos momentos en que sentimos los cambios que el Señor quiere que hagamos, es muy sencillo cerrar la cortina celestial y decir: “No, ¡no quiero hacer eso!”; u ocultar y detener nuestra comunicación sincera. En ocasiones, racionalizamos que los sentimientos que tuvimos no fueron del Señor.

Nos arrepentimos al hacer acopio de la fe y la confianza suficientes para ceder con mansedumbre a los caminos del Señor.

Entonces, ¿por dónde comenzamos a evaluarnos de manera veraz?

A medida que escuchemos con sinceridad durante las oraciones, sabremos lo que tenemos que hacer. Quizás sea empezar a orar fervientemente de nuevo; quizás sea amar al cónyuge; quizás sea reducir el tiempo que dedicamos a las redes sociales o controlar el temperamento; quizás sea ser sincero en los estudios o decir siempre la verdad; quizás sea pagar el diezmo o compartir más de lo que tenemos con los demás; quizás sea ser más cuidadosos en cuanto a cómo usamos el gárgamo del templo; quizás sea desechar nuestra incredulidad o buscar más tiempo para asistir al templo.

Como profeta de Dios, el presidente Harold B. Lee explicó:

“El más importante de todos los mandamientos de Dios es aquel que les resulte más difícil de guardar hoy [. . .]. Hoy es el día en que han de esforzarse [. . .] hasta que puedan conquistar esa debilidad. Después empiecen con el siguiente mandamiento que les resulte más difícil de cumplir.

“Esa es la forma de santificarse, guardando los mandamientos de Dios”¹⁶.

Ser espiritualmente limpios: El reto de nuestra probación terrenal

Si deseamos regresar a nuestro Padre, sin duda debemos aprender a sentir el poder de la expiación de nuestro Salvador mediante la remisión de nuestros pecados. El Cristo resucitado dijo amorosamente a Sus discípulos del continente americano:

“Nada impuro puede entrar en su reino; por tanto, nada entra en su reposo, sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre, mediante su fe, y el arrepentimiento de todos sus pecados y su fidelidad hasta el fin.

“De modo que si hacéis estas cosas, benditos sois, porque seréis enaltecidos en el postrer día”¹⁷.

Tal vez no siempre tengamos éxito con tanta rapidez como quisiéramos, pero ocurren milagros al hacer del arrepentimiento una parte constante de nuestra vida. Esto es lo que sucede conforme vemos que en verdad podemos vencer nuestros pecados: Nuestra “confianza se fortalec[e] en la presencia de Dios”¹⁸; nos arrodillamos con humildad ante nuestro Padre; le hablamos de modo franco sobre nuestros progresos, así como de nuestros temores y dudas. Al acercarnos más a Él, Él se acerca más a nosotros. Nos da paz y ánimo; nos sana el alma.

Tal vez no siempre tengamos éxito con tanta rapidez como quisiéramos, pero ocurren milagros al hacer del arrepentimiento una parte constante de nuestra vida.

A medida que continuamos arrepintiéndonos centímetro a centímetro, nos damos cuenta de que nada nos detendrá; haremos nuestra parte. Llegamos a sentirnos como aquel gran rey lamanita que exclamó: “¡Oh Dios! [. . .] ¿Te darías a conocer a mí?, y abandonaré todos mis pecados para conocerte”¹⁹.

Frente a tal compromiso hacia lo que podemos llegar a ser, las puertas espirituales se abren de par en par. Hay una nueva libertad para sentir y saber, una libertad para llegar a ser otro ser. Florece la inspiración individual y recibimos revelación personal necesaria para ayudarnos a resistir las tentaciones de un mundo cada vez más inicuo.

¡Qué maravilloso es tener fe para arrepentimiento! “Dios os conceda [. . .] empezar a ejercitar vuestra fe para arrepentimiento, para que empecéis a implorar su santo nombre, a fin de que tenga misericordia de vosotros”²⁰.

¡Qué maravilloso es estar limpio! Ese es el gran reto de nuestra probación terrenal. Asimismo, es el único camino hacia el indescriptible gozo de conocer verdaderamente a nuestro Salvador. Él nos ha prometido: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”²¹.

El presidente Boyd K. Packer escribió estas palabras²², que se titulan “Lavados y purificados”:

“¡Inmundo!”, gritaban otrora, y al leproso se anunciaba.

“¡Inmundo!”, el grito resonaba y la gente, temerosa, se apartaba.

Tocar su mano no osarían, ¡leprosos también serían!

Aquel mal remedio no tenía, sólo restaba la resignada agonía.

Ni jabón, bálsamo o poción detendrían el dolor ni la afección.

No había ungüento que restaurara, ni aun el baño de purificación.

Mas hubo Aquel, la historia narra, que con sólo tocarlos los limpiaba.

Aliviar el sufrimiento podía y la carne corrompida restauraba.

Profetizada Su venida había sido y de Su nacimiento, las señales;

Hijo de Dios, y de mujer nacido, con poder para limpiar la tierra de males.

El día en que a diez leprosos sanó -cuando Él los purificó-

símbolo fue de Su ministerio; de lo que Su vida significaba.

Aunque el milagro fue tal, no es por éste que venía;

sino a cada alma a rescatar de muerte, de vergüenza y del pecar.

Milagros mayores, dijo Él, Sus siervos aun harían

para rescatar a toda alma viviente y no sanar a algunos solamente.

Aunque de la muerte redimidos seamos, no podremos las puertas cruzar

salvo que estemos limpios, purificados, de todo pecado mortal.

Notas

1. Véase Marcos 1:14-15, donde se nos presenta el mensaje básico del Salvador al comenzar Su ministerio terrenal.
2. Lucas 15:13, 17.
3. Lucas 15:18.
4. Lucas 15:20.
5. Véase Isaías 30:18.

6. Véase, por ejemplo, Enós 1:2-8.
7. 3 Nefi 9:13-14.
8. Alma 36:19-21.
9. Véase Mosíah 27:8-31.
10. Véase Ezra Taft Benson, “Mensaje de la Primera Presidencia: Un poderoso cambio en el corazón”, Liahona, enero de 1990.
11. Doctrina y Convenios 6:9; 11:9; véase también Doctrina y Convenios 19:21.
12. Lucas 11:2, 4.
13. Véase Ezra Taft Benson, “Cuidaos del orgullo”, Liahona, julio de 1989.
14. Mateo 26:39.
15. Éter 12:27.
16. “Californians Hear President Lee”, Church News, 5 de mayo, 1973, pág. 3.
17. 3 Nefi 27:19, 22.
18. Doctrina y Convenios 121:45.
19. Alma 22:18.
20. Alma 34:17.
21. Mateo 5:8.
22. Véase Boyd K. Packer, “Lavados y purificados”, Liahona, julio de 1997. El presidente Packer fue el Presidente o el Presidente en Funciones del Cuórum de los Doce Apóstoles desde 1994 hasta 2015.

Capítulo 2

Las experiencias que fortalecen nuestros deseos rectos

Aprendemos gracias a las experiencias propias y de los demás, y éstas nos fortalecen. Los siguientes relatos verdaderos de niños, jóvenes, mujeres y hombres, nos recuerdan el amor que Dios tiene por Sus hijos; la tristeza, el sufrimiento y el pesar del pecado; la disposición de nuestro Padre Celestial para escuchar y responder las oraciones; el gozo del arrepentimiento, aun en los niños pequeños; el incalculable don del perdón conforme el Salvador nos retira las cargas; y la dicha de aceptar la invitación del Salvador: “Venid a mí”¹.

Mientras prestaba servicio como obispo, cierta mañana recibí una llamada telefónica muy temprano, en la que se me decía que un hombre de unos cuarenta y tantos años había entrado por la fuerza en casa de varias familias del barrio durante la noche buscando medicamentos bajo receta de forma desesperada. En su incursión de casa en casa, había aterrado a varias familias. Huyó al bosque y la persecución policial terminó con su captura.

De inmediato conduje hasta la casa de una de las familias; había numerosos automóviles policiales y muchos oficiales de policía mientras se esposaba al sospechoso (reconocí a aquel hombre; se había alojado con una familia del barrio durante algunas semanas para ayudarlo a poner en orden su vida). Hallé muy consternada a la aterrada familia. Tras brindarles consuelo durante algunos momentos, me dispuse a marcharme.

Recuerdo haber mirado al hombre que había causado tamaño pesar a las magníficas familias del barrio y haberme dicho a mí mismo: “¿Cómo te atreves a venir a nuestro barrio y aterrorizar a estas familias maravillosas? Espero que te encierren y arrojen la llave bien lejos”.

Conduje a casa y justo cuando estaba a punto de subir a la entrada del garaje, oí una voz muy clara en mi mente que decía: “¿Cómo te atreves tú a juzgarlo? Él es mi hijo. Regresa y dile que su Padre Celestial lo ama”.

Me quedé completamente sorprendido por el poder y el sentimiento intenso de aquella manifestación. Jamás en la vida había sentido una reprimenda tan clara y potente de los cielos. Pisé el freno de inmediato y di la vuelta.

Me presenté a los oficiales de policía como el obispo de aquel hombre; después de asegurarse de que las esposas estuvieron bien sujetas, lo sentaron en el borde de la acera y yo me senté junto a él, mientras los oficiales se retiraban un poco para darnos algo de privacidad. El hombre, que estaba drogado, había estado gritando obscenidades justo antes de que yo me sentara con él. Conforme comencé a hablar, se calmó de inmediato, como si el Espíritu del Señor hubiera descendido sobre él. Lo miré a los ojos y le dije: “Tengo un mensaje para comunicarte. Quiero que sepas que nuestro Padre Celestial te ama”. Me sorprendió mucho que se mantuviera en calma mientras me dirigía al automóvil y me marchaba.

Meses después, mientras lo visitaba en la cárcel -separados por un muro de vidrio y comunicados por un teléfono- me dijo con lágrimas en los ojos: “Obispo, quiero que sepa que no recuerdo nada de aquella fatídica noche en que entré por la fuerza en aquellas casas, excepto una cosa. Recuerdo que usted me miró a los ojos y me dijo que mi Padre Celestial me ama, y esa idea ha sido lo único que me ha sostenido durante estos últimos meses en la cárcel”.

-Robert B. Walker².

Me identifico plenamente con [la experiencia de Alma, hijo], porque yo también atravesé una etapa rebelde y, durante algún tiempo, no quise tener nada que ver con las verdades que se me habían enseñado. Yo NO me ocupaba en destruir la Iglesia, pero no guardaba los mandamientos. Estaba lleno de ira y de oscuridad; fue la época más desdichada de mi vida. Aprendí de la manera difícil que la maldad nunca fue felicidad.

Sé que mi familia dedicó incontables horas a suplicar al Padre Celestial que me diera humildad y que tuviera el deseo de cambiar. Esperaban que tuviera una

experiencia como la de Alma, hijo, pero jamás se imaginaron que en lugar de que me visitara un ángel, me visitaría el cáncer. Ha habido ocasiones en las que he estado en cama, sin poder hablar ni mover los brazos o las piernas por lo enfermo que me hallaba, pero estoy agradecido, porque aquello me ha dado la oportunidad de cambiar mi vida. He aprendido que las bendiciones de nuestro Padre Celestial a menudo llegan por caminos que no son nuestros caminos. Tal vez parezca extraño, pero, aunque pudiera volver atrás y cambiar mi situación, no lo haría. Estoy muy agradecido por el cáncer, ya que me ha traído de regreso a mi familia y me ha convencido del poder de Dios en mi vida.

He llegado a conocer el amor que el Salvador me tiene; no cambiaría eso por nada. He sido muy bendecido.

-Luke DeLaMare3.

Los misioneros me bautizaron cuando era niño, pero dejé de asistir a la Iglesia tan sólo un mes después del bautismo. Debido a que me aparté y me torné a las drogas y a otras cosas, sentía como si me hubiera alejado de Dios y no mereciera una segunda oportunidad. Quería sentir la paz que otras personas decían que sentían en la Iglesia. Por primera vez en mi vida, decidí ofrecer una oración sincera y significativa, y preguntar a Dios si la Iglesia era el lugar correcto para mí. Después de orar, abrí las Escrituras y leí 2 Nefi 28:32. Al leer: “Seré misericordioso con ellos, porque mi brazo está extendido todo el día”, supe que Dios aún me amaba y que me estaba tendiendo la mano.

-Se ha omitido el nombre4.

Mensajes de correo electrónico enviados a un líder del sacerdocio

Semana uno: Lamento que me haya llevado tanto tiempo confesar esas cosas; tenía temor y vergüenza. No dudo que el arrepentimiento sea posible, aunque a veces parezca como si no lo fuera para mí. Sé que será un camino largo y difícil, y no sé si podré lograrlo.

Semana tres: Sé que sentir la tristeza que es según Dios es una parte del arrepentimiento; es sólo que ignoraba que durase tanto tiempo. He estado estudiando la expiación de Jesucristo y tratando de entenderla más, así como aplicar su poder a mi vida; no obstante, ha sido difícil.

Semana cuatro: Esta semana ha sido la más difícil y larga de mi vida. Jamás en la vida había pasado tanto tiempo arrodillado, ni he derramado tantas lágrimas

como lo he hecho la semana pasada. Me he estado esforzando mucho por servir a los demás y dejar atrás aquellas cosas de mi pasado. He estado tratando de estudiar, meditar y entender la expiación [de Jesucristo] y su efecto en mi vida; el poder que tiene para quitar esta carga de mi vida y ayudarme a sentir el Espíritu de nuevo. Con todo el esfuerzo y todo el trabajo que he estado intentando hacer, comienzo a sentir que el poder es real y que el Salvador está presto a ayudar y quiere ayudarme a regresar a mi Padre Celestial.

Semana cinco: Fue una semana colmada de oraciones, ayuno y estudio de las Escrituras. He tratado de hacer lo que usted me ha dicho y mirar hacia adelante con esperanza. Me cuesta mucho ser feliz y perdonarme. No obstante, no puedo deshacerme con sencillez de la culpa y el pesar que he llevado a costas; pero no voy a abandonar el proceso de arrepentimiento.

Semana seis: Valoro los discursos y todo lo que me ha proporcionado. Estoy intentando sentir que la luz y la esperanza vuelven a mi vida; sin embargo, de seguro no regresarán por completo de inmediato.

Semana ocho: He notado que no me siento tan mal como me sentía antes; sin duda, no ha ocurrido totalmente de una vez. Para mí, ha sido algo gradual salir del pozo en el que me encontraba. Aún no entiendo por completo cómo funciona la expiación de Jesucristo, pero he empezado a sentir un cambio en mí.

Semana nueve: Todo va mucho mejor para mí; mucho mejor que hace un mes, indudablemente. Sigo esperando y orando para que llegue el sentimiento de perdón.

Semana once: Estoy muy agradecido por la expiación [de Jesucristo]. A medida que me esfuerzo por aprender más sobre ella y le permito verdaderamente que tenga efecto en mi vida, percibo su poder y el consuelo que brinda. No sé si se me ha perdonado por completo todavía, pero me siento mejor todo el tiempo.

Semana doce: Todo lo que sé con certeza es que me siento mejor y soy más feliz de lo que era, y sé que no ha sido por nada que yo pudiera hacer. Fue depositar mi fe en el Padre Celestial y en Jesucristo, y permitirles ayudarme con las cosas cotidianas. Aún estoy edificando mi testimonio de ello, pero se me ha fortalecido de un modo increíble conforme he experimentado el poder sanador de la expiación [del Salvador].

Semana catorce: La expiación de Jesucristo es real y ahora lo sé. No puedo describir por completo lo que sucedió conmigo; todo lo que sé es que no podría

haberlo logrado solo; lo intenté y no funcionó. Tuve que tocar fondo para finalmente volverme a mi Salvador; y Él me ha levantado, y lo hace cada día. Lo amo y siempre estaré agradecido por lo que ha hecho por mí.

-Se ha omitido el nombre5.

Nuestro matrimonio parecía ser un cuento de hadas perfecto. ¡Nos conocimos apenas después de que él había regresado de la misión y su testimonio era vibrante! Aquello fue lo primero que amé de él [. . .].

A medida que pasaron los años, se nos bendijo con tres hermosos hijos [. . .]. Hubo tantos milagros que nos unieron a todos que no se podía negar la mano de Dios en nuestras vidas.

Nunca olvidaré la primera vez que vi las imborrables imágenes pornográficas en nuestra computadora. Tuve tantas emociones encontradas pero, por encima de todo, sentía amor por mi esposo y quería ayudar [. . .]. Lo amaba [. . .]. Habíamos estado casados durante siete años.

Durante los años siguientes, descubrí más imágenes: en su computadora portátil, en la computadora familiar y en su teléfono; y cada vez que lo confrontaba al respecto elevaba más la voz. Él no quería hablar con el obispo [. . .].

A veces, los sentimientos de traición y soledad eran intolerables.

[Después de] veintidós años [. . .], mi esposo decidió poner fin a nuestro matrimonio. También decidió que se borrara su nombre de los registros de la Iglesia. Me es imposible describir mínimamente el dolor que sentí cada día durante muchos meses. Algunos días no podía levantarme de la cama, mientras él parecía estar bien [. . .].

Yo me hallaba finalizando [. . .] el último semestre de mis estudios de enfermería durante el divorcio, y además cuidaba de tres hijos muy tristes en casa. Estaba muy enojada con quien pronto sería mi exesposo por hacerle aquello a nuestra familia. ¡Sentía como si hubiera desperdiciado veintidós años de mi vida! [. . .]. Parecía un gran error [. . .].

Yo [. . .] estaba devastada, asustada, me sentía sola y muy, muy triste. Oraba [constantemente] al Padre Celestial. Un día desperté y el pesar había desaparecido. Todo lo que puedo decir es que el don de la expiación de Jesucristo es real, y que Él me quitó el dolor.

Después del divorcio [. . .], conocí a un hombre increíble que, con el tiempo, llegó a ser mi esposo. Mi corazón roto volvió a sanar y percibí la innegable mano de Dios en mi vida de nuevo. No obstante, mi exesposo [. . .] parecía [intentar] hacer todo lo que podía por hacerme la vida desdichada a mí, a mi nuevo esposo y a nuestra hija mayor, quien tenía un firme testimonio del Evangelio [. . .].

Algunos años después, a mi exmarido, que [ahora] era un bebedor empedernido [. . .], [se le diagnosticó] leucoencefalopatía multifocal progresiva. Fue una noticia devastadora para todos nosotros. Mi exesposo perdió el habla a las pocas semanas del diagnóstico; pronto perdió la movilidad del lado izquierdo del cuerpo. Debido a que nuestros hijos eran todos muy jóvenes y la labor era tan grande, se hizo necesario que yo interviniera y ayudara. Pasaba tiempo en su casa “cuidándolo”, mientras ellos iban a trabajar y estudiar. Lo acompañaba al médico [. . .]. Sentía mucha tristeza por él al verlo sufrir, y percibía cómo se desvanecía la ira al poder servirle y ayudarlo mientras estaba tan vulnerable [. . .].

Mis oraciones [sobre él] cambiaron a: “Ayúdame a verlo como tú lo ves, Padre”. Ocurrieron milagros [al comenzar a] verlo como un hijo escogido de Dios, al cual se amaba mucho y al que Satanás había engañado y apartado de la familia que amaba y de la Iglesia por la que antes había sentido fervor, y que ahora se estaba destruyendo a causa de las mentiras del padre de todas las mentiras que había creído.

Al transcurrir las semanas mientras estaba enfermo, vi un cambio en él; se volvió dulce e inocente. Dependía de nosotros para todo. Sonreía, reía y cantaba con nosotros, puesto que esa era la última forma de comunicarse que le quedaba. Mi segundo esposo también pudo prestarle servicio al ayudar a preparar comidas para quienes lo cuidábamos, y al realizar modificaciones a su casa a fin de que pudiera quedarse allí el mayor tiempo posible. El corazón de mi segundo esposo también se ablandó hacia mi exmarido, y pudo llegar a decir que lo quería como a un hermano.

Nuestra hija, que iba a ser madre por primera vez [. . .] pudo recuperar a su papá [. . .].

Hubo muchas tiernas misericordias que ocurrieron durante los tres meses posteriores al diagnóstico y hasta su muerte [que] son recuerdos sagrados para mí. Pudo abrazar y amar a sus hijos, a quienes había alejado durante los años y meses anteriores a la enfermedad; pudo hablar con amigos que eran miembros de

la Iglesia y a quienes había hecho a un lado; pudo abrazar y dar las gracias, a su propia manera, a mi segundo esposo. Esbozaba una gran sonrisa cuando yo entraba en la habitación, le tomaba la mano, [y] la sujetaba con fuerza [. . .]. Incluso pudo conocer y sostener en brazos a su nuevo nieto. Agradeceré por siempre a mi amoroso Padre Celestial por aquel tiempo especial [. . .].

¿Cómo pude hacerlo? ¿Cómo pude cuidarlo después de todo lo que él había hecho para ocasionar tanto dolor? Fue porque el Padre Celestial ama a Sus hijos y la expiación de Jesucristo es real. Todo lo que se ha roto puede repararse; los corazones rotos, los lazos rotos y las vidas quebrantadas. Todo gracias a nuestro Salvador Jesucristo.

-Becky Murdoch⁶.

A finales de 1838, William W. Phelps, quien había sido un miembro de la Iglesia de confianza, se hallaba entre quienes dieron falso testimonio en contra del profeta José Smith y otros líderes de la Iglesia, lo que condujo a su encarcelamiento en Misuri. En junio de 1840, el hermano Phelps escribió a José Smith suplicando perdón.

“Hermano José [. . .], soy como el hijo pródigo [. . .]. Se me ha doblegado y se me ha compelido a la humildad en extremo [. . .]. Conozco mi situación, usted la conoce y Dios la conoce; y quiero ser salvo, si mis amigos me ayudan [. . .]. Me he equivocado y lo lamento; yo soy quien tiene la viga en el ojo [. . .]. Pido perdón a todos los santos en el nombre de Jesucristo, puesto que [. . .] quiero su confraternidad”⁷.

El profeta José respondió:

“Cuando leímos su carta[,] en verdad, nuestros corazones se fundieron de ternura y compasión cuando nos enteramos de sus resoluciones [. . .]. Convencido de que su confesión es sincera y su arrepentimiento genuino, me dará gusto estrecharle una vez más la mano derecha en señal de fraternidad, y me regocijaré por el regreso del pródigo [. . .].

“Venga, querido hermano; la contención quedó atrás,

pues los que fueron amigos, de nuevo amigos serán”⁸.

En una entrevista bautismal, una mujer de ochenta y cuatro años reconoció haberse practicado un aborto unos cuarenta y seis años antes. Conmovida, dijo al

presidente de misión: “He llevado la carga de haber abortado un hijo cada día de mi vida durante cuarenta y seis años. El dolor, la culpa y el sufrimiento jamás desaparecían. Nada de lo que hacía me quitaba el dolor y la culpa. No tenía esperanzas hasta que se me enseñó el verdadero evangelio de Jesucristo. Los misioneros me enseñaron cómo arrepentirme y, de repente, se me colmó de esperanza. Al fin había llegado a saber que se me podía perdonar si en verdad me arrepentía de mis pecados”.

-Élder Marcus B. Nash⁹.

Con una camisa blanca limpia y reluciente, Steven se acercó al estrado. Se lo había bautizado y confirmado miembro de la Iglesia el día anterior, y Steven anhelaba dar su testimonio el domingo de ayuno. Subió la grada, se acercó el micrófono a la boca y, con gran entusiasmo, proclamó con firmeza: “¡Me encanta arrepentirme!”.

Se me ocurrió que aquel era uno de los testimonios más profundos, sinceros y significativos que hubiese escuchado. Cambió mi vida y mejoró mi forma de ver el arrepentimiento.

Ese domingo de ayuno, habíamos oído a un niño bien dispuesto testificar mediante el poder y el don del Espíritu Santo que el arrepentimiento es un gozo, y no una carga.

-David T. Durfey¹⁰.

[Cuando tenía quince años, tuve] un accidente de buceo mientras estaba de vacaciones con mi familia [. . .]. Los daños fueron graves y permanentes. Me había fracturado el cuello y quedé paralizado del pecho a los pies [. . .]. Apenas podía respirar o hablar [. . .].

Algunos días después [. . .], le dije [a la enfermera que, aunque sabía que mi lesión requería una larga estancia en el hospital], quería saber [. . .] cuándo podría irme a casa [. . .]. “Pues bien, Jason”, [dijo ella], “si te esfuerzas mucho, tal vez puedas regresar a casa antes de la Navidad” [. . .].

Resolví que, sin importar cuál fuera el costo, estaría en casa para la Navidad [. . .].

Los meses posteriores estuvieron colmados de sangre, sudor y lágrimas [. . .].

Hubo muchas ocasiones en que quise darme por vencido [. . .], pero entonces [. . .], oraba para pedir la fortaleza y el poder de continuar esforzándome. El Padre Celestial contestaba mis oraciones y me daba la motivación para luchar otro día más [. . .].

Con el tiempo, se me dio de alta.

[La mañana de Navidad], mi papá [. . .] pidió [a los niños] que dedicaran un minuto a hablar sobre cuál era su regalo preferido de los que habían recibido [. . .].

[Respondieron:] “Nuestro mejor regalo es tener a Jason en casa de nuevo” [. . .].

A todos nos ha “lesionado” el hombre natural [que] la vida terrenal ha puesto en nosotros. Se nos ha [colocado sobre la tierra] a fin de prepararnos para regresar a casa. Debemos tomar la determinación de que, sin importar cuál sea el

costo [. . .], hemos de estar dispuestos a hacer cualquier cosa que sea necesaria para llegar allá.

-Stephen Jason Hall¹¹.

Mientras servía como presidente de misión en Ghana, nuestros misioneros me pidieron que realizara la entrevista bautismal de una joven mujer. La mujer había recibido un testimonio del evangelio de Jesucristo y creía en la Restauración.

En aquel momento, vivía en el campamento de refugiados liberianos. Cuando comencé la entrevista bautismal, pronto rompió en llanto y musitó: “Quiero bautizarme, pero no puedo hacerlo porque no sé cómo perdonar”.

Habló sobre el gran odio que tenía en el alma hacia otra persona y que no había sido capaz de superarlo. Se preguntaba cómo podría bautizarse cuando no podía guardar el mandamiento de amar a sus enemigos.

Mientras sollozaba, susurró que cuando tenía unos catorce años de edad, se libró una cruenta guerra civil en Liberia, y dijo que su padre y su madre habían muerto en el conflicto. Luego se refirió a un día en particular en el que los guerrilleros atacaron su aldea, y cómo ella y su hermano menor huyeron hacia los arbustos, a fin de escapar de la matanza. Sin embargo, mientras corrían, un soldado sujetó a su hermano; ella no se detuvo, sino que corrió hasta que pudo hallar algo tras lo cual ocultarse. Luego se volvió para ver qué ocurría con su hermano, y vio a un

soldado que blandía un machete encima de su cabeza y le exigía que se uniera a su causa. Su hermano tenía menos de diez años; y dijo al soldado, quien apenas era un adolescente: “No sé qué es tu causa”. El soldado le gritó: “Únete a nuestra causa o quedarás tan rojo como la camisa que llevas”. Antes que el muchacho pudiera decir siquiera otra palabra, el soldado lo mató. Sola, y en total desesperación, aquella jovencita sin casa ni familia dio la vuelta y anduvo a pie hasta el campamento de refugiados de Ghana, donde vivía en ese momento.

Me dijo que veía esa escena de horror de la guerra una y otra vez cada día de su vida; mencionó que había hallado paz de parte de Dios en cuanto a todo lo que había tenido lugar durante la guerra, excepto por lo que le sucedió a su hermano. Dijo: “No sé cómo perdonarlo, porque aquel soldado que mató a mi hermano vino al campamento y ahora vive al otro lado de mi calle”. Exclamó: “Tengo que verlo todos los días; al hacerlo, me lleno de ira y no sé cómo evitar odiarlo. Por ello, no puedo bautizarme, aunque sé que es la voluntad de Dios que lo haga”.

Mientras la joven mujer sollozaba, yo me preguntaba: “¿Qué le digo a alguien que ha perdido tanto y que tiene que afrontar la injusticia de ello cada día de la vida?”.

La miré y tan sólo le dije: “Dios la ama y envió a Sus misioneros a quitarle esa carga”. Después añadí: “El día en que el Salvador fue crucificado, pidió a Su Padre que perdonara a quienes estaban a punto de quitarle la vida. Tal como Él perdonó a los que le hicieron daño, usted puede perdonar a aquellos que la han herido. Él enmendará todo por medio de Su expiación. Ésa es la razón por la que tiene que bautizarse, a fin de que pueda tener el Espíritu Santo y el poder de la Expiación para sanarle. Cuando usted haga el convenio de guardar Sus mandamientos, entonces Él podrá darle un corazón nuevo; y lo hará”.

Mientras las lágrimas nos bañaban el rostro a ambos, el Espíritu le testificó a ella que aquello era verdad y sonrió; supo como nunca antes lo había sabido que estaba bien dejar de lado el odio. Sintió la verdad de Dios que confirma que todas nuestras pérdidas pueden repararse y que se nos repararán conforme nosotros hagamos Su voluntad y que, gracias al sacrificio de amor incondicional del Salvador, estaba bien dejar de lado su pasado, por más horrible que éste fuera. Puso sus cargas en manos de Él y llegó a ser una “nueva criatura” en Cristo, verdaderamente.

La hermana Gay y yo regresamos el domingo siguiente para la confirmación [de la joven madre]. En aquel momento, tenía una hijita de menos de un año de edad. La mujer me había dicho que había estado casada en el campamento, pero que su

esposo había fallecido de una enfermedad, y que ahora había quedado sola para criar a su pequeña hija. Mientras sostenía a la bebé en brazos, la hermana Gay advirtió que la niña padecía los síntomas de la malaria, que es mortal en extremo entre los niños pequeños. La hermana Gay ayudó a llevarla al hospital de inmediato. La bebé tenía malaria, efectivamente, y recibió el tratamiento médico necesario para salvarle la vida. Dios está en los detalles de cada vida, incluso en los campos de refugiados de África.

-Élder Robert C. Gay¹².

Conduje hasta una capilla cercana a mi casa. Al encontrarla abierta, entré en busca de un lugar tranquilo. Escogí el salón de la Primaria. Me senté en una silla diminuta, sintiéndome más perdido y desesperanzado que nunca. Sentía como si jamás hubiera estado libre del alcohol, de las drogas ni de la multitud de otras conductas indignas en que estaba involucrado.

Pero entonces sentí que me sobrevenía un fuerte espíritu; una sensación de calidez, consuelo y amor. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía en casa. Levanté la vista y sonreí al ver una pintura del Salvador enfrente de mí. El Espíritu me colmó el cuerpo, y comencé a llorar. En ese momento, supe que mi Padre Celestial me amaba y que me ayudaría. Aquella experiencia me cambió.

-Se ha omitido el nombre¹³.

Mamá empujaba el carro del supermercado de aquí para allá por los pasillos de la tienda, mientras Jacob sostenía la lista de compras. De repente, Jacob notó que los estantes que tenía a su lado estaban repletos de dulces y goma de mascar. Jacob vio un paquete de goma de mascar de arándanos; tomó el paquete y se lo echó en el bolsillo.

Al llegar a casa, llevaron las bolsas de los abarrotes adentro. Mamá miró a Jacob detenidamente; “¿De dónde sacaste esa goma de mascar tan grande?”, preguntó.

Jacob sacó el paquete del bolsillo.

“¿La tomaste de la tienda?”.

Jacob sintió deseos de echarse a llorar; pero asintió con la cabeza lentamente. Mamá parecía estar triste.

Dijo: “Si es así, necesitamos solucionar el problema de la mejor manera que podamos. Puesto que ya has abierto el paquete de goma de mascar y has

consumido parte de ella, no podemos devolverlo a la tienda. ¿Qué crees que deberíamos hacer?”.

Jacob corrió escaleras arriba y tomó su frasco de dinero. Mamá lo ayudó a contar la cantidad suficiente para pagar la goma de mascar.

Cuando llegaron a la tienda, mamá tomó la mano de Jacob y lo llevó al despacho del gerente. Jacob estaba nervioso. Sacó el paquete de goma de mascar del bolsillo y lo colocó en la mesa.

“¿Tomaste la goma de mascar y no la pagaste?”, preguntó el gerente.

Jacob asintió.

asintió.

“¿Quieres pagarla ahora?”.

“Sí”.

Jacob puso su dinero en la mesa. El gerente emitió el tique. Mamá colocó la goma de mascar en un bolsa, entregó el tique a Jacob y le sonrió. “Gracias por ser honrado y regresar para pagar la goma de mascar”, dijo.

Cuando mamá y Jacob llegaron a casa, fueron a un cuarto en el que había silencio y se arrodillaron juntos. Mamá ayudó a Jacob a hacer una oración; este dijo al Padre Celestial que lo lamentaba y que nunca más volvería a llevarse algo de la tienda sin pagarlo.

Al terminar la oración, a Jacob le sorprendió notar que ya no se sentía mal.

-Julia Oldroyd¹⁴.

Entre las muchas cartas anónimas que llegan a mis manos, recibí una de particular interés que contenía un billete de veinte dólares y una breve nota; en ella, su autor me decía que había estado en mi casa hacía ya muchos años; después de tocar el timbre sin obtener respuesta, trató de abrir la puerta y al encontrarla sin llave, entró en la casa y la recorrió. Sobre un mueble, vio un billete de veinte dólares, lo tomó y se retiró. La conciencia le había remordido a lo largo de los años y ahora me devolvía el dinero.

No añadió nada para pagar los intereses del período en que había hecho uso de mi dinero; pero al leer su lamentable carta, pensé en la usura a la que se había sometido a sí mismo durante un cuarto de siglo debido al incesante

remordimiento de conciencia. No había tenido paz sino hasta después de hacer la restitución.

El otro día, nuestros periódicos locales publicaron un relato similar. El estado de Utah había recibido una nota anónima junto con doscientos dólares; la nota decía: “El dinero que adjunto es para compensar por los materiales que utilicé durante los años en que trabajé para el estado: sobres, papel, estampillas de correo, etc.”.

-Presidente Gordon B. Hinckley¹⁵.

A la mañana, de camino al trabajo, ofrecí mi primera oración sincera en años. En cuanto comencé la oración, sentí como si Dios me hubiese abrazado. Una sensación de calidez me rodeó el cuerpo entero. Jamás había sentido tanta aceptación en mi vida; detuve el automóvil y comencé a llorar.

-Se ha omitido el nombre¹⁶.

Cuando tenía nueve años de edad, cometí un delito. Tomé la decisión de robar una revista de historietas de una tienda. El dueño no me atrapó robando, pero mis padres sospecharon en casa, al saber que yo no tenía dinero para las historietas. Después que mi madre consiguió que dijera la verdad, me llevó de regreso a la tienda, donde confesé mi culpabilidad al dueño. [Decidimos que haría restitución barriendo el suelo de la tienda].

Al llegar a la tienda cada tarde después de la escuela para mi labor de barrido, el propietario me saludaba asintiendo con la cabeza y señalaba en dirección a la escoba. Pasaron semanas antes que me dijera una noche que creía que había barrido lo suficiente.

Les narro este relato en particular, no para recordar el pecado, sino para señalar que lo que recuerdo vívidamente es barrer y el precio que tuve que pagar. Aún tengo el recuerdo de haber tomado la revista de historietas, pero los sentimientos de culpa, pesadumbre, angustia y profunda tristeza hace mucho que han desaparecido ya, pues se me ayudó a arrepentirme. Ahora rememoro las largas horas barriendo para que aquello me recuerde el precio del hurto. Eso me alienta a no volver a ser deshonesto.

-John B. Fish¹⁷.

Con el tiempo, me arrestaron. Me acordé del baile de graduación de la escuela secundaria, en que se me votó como el de “mayor probabilidad de terminar en la

cárcel”; y allí estaba. Sólo necesitaba los doscientos dólares de la fianza para que se me liberara. Mi abogado regresó con la lista de nombres que le había entregado, tan sólo para decirme que nadie quería ayudarme. Nadie. Se me halló culpable de mis delitos y se me envió a la cárcel.

[Dos años después de que me liberaran,] tocaron a la puerta; puerta que abriría y cambiaría mi vida para siempre. Dos hermanas misioneras habían venido a casa; el Señor me había preparado, y estaba listo. Aprendí sobre la importancia del arrepentimiento y del bautismo.

“¿En verdad?”, les pregunté. “¿Están seguras de que cumplo con las condiciones para ello?”. No podía concebir la idea de que pudiese ser perdonado. Quería bautizarme y comenzar desde cero desesperadamente, pero el temor era abrumador. Una de las hermanas entonces [me lo explicó] de manera sencilla; dijo que, al momento del bautismo, Dios nos da un libro nuevo para comenzar otra vez y [que podemos] convertir[lo] en una vida nueva.

Esa noche, me hiqué de rodillas y abrí el corazón al Señor. Le conté todo: mis faltas, mis delitos, mis temores y mis esperanzas. Y luego simplemente lloré. Aquel día se me dio un corazón nuevo; ahora quería una vida nueva. Diez días después, me bauticé.

Por medio del sacrificio expiatorio del Salva Salvador, en verdad sé que todos los que se aferren a Él y a Su misericordia pueden salvarse.

-Se ha omitido el nombre¹⁸.

En 1955, después de mi primer año de estudios universitarios, pasé el verano trabajando en el nuevo hotel Jackson Lake Lodge, en Moran, Wyoming. Mi medio de transporte era un automóvil Hudson modelo 1941, de catorce años de antigüedad, que debería haber pasado a mejor vida hacía diez años. Entre otras características del auto, los paneles del piso se habían oxidado tanto que, de no haber sido por una tabla de madera prensada o contrachapado, literalmente podría haber tocado la carretera con los pies [. . .].

Tras el milagro de [conducir los 298 kilómetros (185 millas) hasta] casa, mi padre salió y me saludó muy contento. Después de un abrazo y algunas bromas, echó un vistazo al asiento de atrás del vehículo y vio tres toallas del hotel Jackson Lake Lodge, de las que no se pueden comprar. Con una mirada de desilusión, sencillamente me dijo: “Esperaba más de ti”. Yo no pensaba que lo que había hecho estuviera tan mal. Para mí, esas toallas eran sólo un símbolo de todo un verano de trabajo en un hotel de lujo, un rito de iniciación. Sin embargo,

al llevármelas sentí que había perdido la confianza de mi padre y me sentí devastado.

El siguiente fin de semana, ajusté la tabla de madera al piso del automóvil [. . .] y emprendí el viaje de ida y vuelta de 595 kilómetros (370 millas) que me llevaba de regreso al hotel Jackson Lake Lodge para devolver tres toallas. Mi padre nunca me preguntó por qué volvía al hotel y nunca se lo expliqué. No hacía falta decirlo. Para mí fue una lección costosa y dolorosa sobre la honradez que me ha acompañado toda la vida.

-Obispo Richard C. Edgley¹⁹.

Estaba en la misión cuando comenzó mi despertar [. . .]. Sentía el peso de mis pecados y no podía deshacerme de ellos. Trataba de justificarlos diciéndome a mí mismo que había hecho lo suficiente, que no tenía que confesarlos; los había abandonado [. . .]. Intentaba distraerme con la obra, aunque eso sólo me producía más culpa [. . .]. Trataba de enseñar acerca de la Expiación, pero me negaba a emplearla en mi propia vida [. . .]. Ansiaba recibir alivio; había tomado conciencia de mi culpa y sabía que debía confesar. Las consecuencias ya no importaban. Sabía que mi Salvador había muerto por mis pecados y sabía lo que Él quería que hiciera; así que llamé al presidente de misión.

-Se ha omitido el nombre²⁰.

Si bien el asunto al que me refiero era un problema entonces, ahora es un problema mucho más grave y se va volviendo cada vez peor. Es como una furiosa tempestad que destruye a personas y a familias, y que arruina por completo lo que una vez fue sano y hermoso. Me refiero a la pornografía en todas sus manifestaciones.

Lo hago por motivo de las cartas que recibo de esposas deshechas de dolor.

Quisiera leer partes de una carta que recibí hace sólo unos días [. . .].

Dice: “Estimado presidente Hinckley:

“Hace poco ha fallecido quien ha sido mi esposo desde hace treinta y cinco años [. . .]. Él tuvo una conversación con nuestro buen obispo en cuanto le fue posible, después de su última intervención quirúrgica. Luego, esa misma noche, vino a decirme que había sido adicto a la pornografía. Necesitaba que lo perdonara [antes de que muriese]. Además, me dijo que se había cansado de

llevar una doble vida. [Había prestado servicio en muchos importantes] llamamientos de la Iglesia, sabiendo que [al mismo tiempo] se hallaba en las garras de ese 'otro amo'.

“Me quedé atónita, herida, me sentí traicionada y agraviada. No pude prometerle el perdón en aquel momento, pero le rogué me diese tiempo [. . .]. Examiné mi vida matrimonial [y el modo en que] la pornografía había [. . .] ejercido un dominio total en nuestro matrimonio desde el principio. Habíamos estado casados desde hacía sólo unos pocos meses cuando él trajo a casa una revista [pornográfica]. Me encerré con llave en el auto porque me sentí muy agraviada y enojada [. . .].

“Durante muchos años en nuestro matrimonio [. . .], él fue muy cruel en muchas de sus exigencias. Jamás estaba a la altura de sus expectativas [. . .]. Me sentí profundamente abatida en aquel tiempo hasta el punto de llegar a una intensa depresión [. . .]. Ahora comprendo que él me comparaba con la 'reina de la pornografía' del momento [. . .].

“Fuimos a consultar a un terapeuta una vez y [. . .] mi esposo procedió a demolerme con sus críticas y su desdén hacia mí [. . .].

“Ni siquiera podía subir al automóvil con él, sino que caminaba por la ciudad [. . .] durante horas, pensando en suicidarme. [Pensaba:] ‘¿Para qué seguir viviendo si eso es todo lo que mi “compañero eterno” siente por mí?’.

“Seguí adelante, pero me rodeé de un caparazón de protección. Existía por otras razones que no eran mi esposo, y hallaba alegría en mis hijos, en proyectos y logros que podía realizar totalmente por mi cuenta [. . .].

“Después de su ‘confesión en el lecho de muerte’ y [tras haberme tomado tiempo] para examinar mi vida, le [dije]: ‘¿No te das cuenta de lo que has hecho?’ [. . .]. Le dije que yo había lle llevado un corazón puro a nuestro matrimonio, que lo había conservado puro durante éste y que pensaba conservarlo puro para siempre jamás. ¿Por qué no pudo él haber hecho lo mismo por mí? Todo lo que deseaba era sentirme apreciada y que me tratase con algo de cortesía [. . .], en lugar de que me tratara como una especie de propiedad personal [. . .].

“Ahora me queda lamentar no sólo su partida, sino también una relación que pudo haber sido [hermosa, pero que no lo fue] [. . .].

“Por favor, advierta a los hermanos (y a las hermanas). La pornografía no es un excitante festín para la vista que dé una momentánea ráfaga de frenesí, [sino que]

llega a lastimar el corazón y el alma de las personas hasta lo más profundo y destruye la relación que debe ser sagrada, hiriendo hasta la médula a los que más se debe amar”.

¡Qué patética y trágica historia! He [. . .] leído lo suficiente para que puedan percibir la profundidad del sentimiento de esa mujer. ¿Y qué fue del marido? Padebió una dolorosa muerte de cáncer y sus últimas palabras fueron una confesión de una vida cargada de pecado.

Y la pornografía sí es pecado, es diabólica; está en total contradicción con el espíritu del Evangelio, con el testimonio personal de las cosas de Dios y con la vida de quien ha sido ordenado al santo sacerdocio.

-Presidente Gordon B. Hinckley²¹.

Un día de verano, miré por la ventana y allí la vi: era mi enemiga, que venía por la calle. Temía acercarme a ella, pero esta era mi oportunidad; era ahora o nunca. Se me revolvió el estómago, se me aceleró el corazón y me estremecí por completo al apresurarme para salir por la puerta principal.

Nuestra animosidad había empezado de manera inocente, en la forma del instinto maternal de protección de nuestros hijos. Mi hijo había peleado con el de ella, y ella había venido a mi casa para hablar conmigo. Sin embargo, yo sentí que me estaba diciendo cómo debía criar a mi hijo. Aunque los muchachos resolvieron sus diferencias enseguida, sus madres no lo hicieron.

Después, durante las semanas posteriores, comencé a enterarme a través de los vecinos de que me criticaba. Me sentí muy herida, y pronto también yo me hallé criticándola a sus espaldas. Tomamos medidas extremas para evitarnos la una a la otra, incluso caminar en lados opuestos de la calle. La contención siguió durante dos largos años.

Un día, al arrodillarme en oración, acudió a mi mente el pensamiento de que si continuaba abrigando malos sentimientos hacia mi vecina, el Espíritu no podía permanecer conmigo. Comprendí que había dejado que el odio creciera en mi corazón y que me estaba consumiendo el alma.

Necesitaba con desesperación que mi Padre Celestial y Su Espíritu estuvieran conmigo, y tenía la urgente necesidad de arrepentirme. Ayuné y oré para pedir ayuda a fin de zanjar la brecha que nos separaba. Necesitaba una oportunidad para enmendar las cosas.

Y ahora parecía que mis oraciones habían sido contestadas; reuní valor, atravesé la puerta corriendo y la tomé de los hombros. Ella me miró estupefacta. Rápidamente, dije de manera abrupta: “¿Puedes perdonarme, por favor? Ignoro si alguna vez podremos ser amigas, ni sé lo que harás en el futuro, pero te prometo nunca más volver a hablar mal de ti. Ya no te consideraré mi enemiga”.

Lo que sucedió enseguida es difícil de expresar; el dulce Espíritu del Señor nos envolvió a ambas y al abrazarnos, se desvaneció el rencor. Lloramos, y nos abrazamos y reímos.

-Patricia H. Morrell²².

Hay tantos que viven con sentimientos de culpabilidad mientras el alivio está siempre al alcance de la mano. Hay muchos que son como la mujer inmigrante que economizó y ahorró y pasó privaciones hasta que, vendiendo todo lo que poseía, pudo comprarse un pasaje de tercera clase a Estados Unidos.

Racionó las escasas provisiones que había podido llevar consigo, pero aun así, se le terminaron al principio de la travesía. Cuando los demás iban a comer, ella se quedaba debajo de cubierta, determinada a sufrir la prueba. Finalmente, el último día, pensó que debía permitirse pagar una comida que le brindara fortaleza para el viaje que aún tenía por delante. Cuando preguntó cuánto costaba la comida, se le dijo que todas las comidas estaban incluidas en el precio del pasaje.

La gran mañana del perdón quizás no llegue enseguida. No se den por vencidos si fracasan en el primer intento; con frecuencia, la parte más difícil del arrepentimiento es perdonarse a uno mismo. El desaliento es parte de esa prueba. No se den por vencidos: esa mañana luminosa llegará.

-Presidente Boyd K. Packer²³.

Notas

1. Mateo 11:28.
2. Correspondencia personal del presidente Robert B. Walker, presidente de la Misión Hawái Honolulu; utilizada con permiso.
3. Discurso ofrecido en una reunión sacramental por Luke DeLaMare, domingo 16 de junio de 2019; utilizado con permiso. La vida terrenal de Luke terminó el 11 de septiembre de 2019.
4. “Changed through Christ-Simon's Story” [Cambiado por medio de Cristo: La historia de Simon], <https://addictionrecovery.churchofjesuschrist.org/stories/changed-through-christ?lang=eng>.
5. Correspondencia con un líder del sacerdocio; utilizada con permiso.
6. Correspondencia personal de Becky Murdoch; utilizada con permiso.
7. En The Joseph Smith Papers, Documents, Volume 7: September 1839-January 1841, ed. por Matthew C. Godfrey et al, 2018, págs. 304-305.
8. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007, págs. 422, 424.
9. Correspondencia personal del élder Marcus B. Nash, de los Setenta, utilizada con permiso.
10. Correspondencia personal de David T. Durfey, Instituto de la Universidad Utah Valley, utilizada con permiso.
11. Stephen Jason Hall, “The Gift of Home”, New Era, diciembre de 1994.
12. Correspondencia personal del élder Robert C. Gay, de la Presidencia de los Setenta, utilizada con permiso.

13. "Support in Stepping Out of the Shadows-Ryan's Story", <https://addictionrecovery.churchofjesuschrist.org/stories/support-in-stepping-out-of-the-shadows?lang=eng>.
14. Julia Oldroyd, "Escaping from the Hole", Friend, agosto de 2008.
15. Véase Gordon B. Hinckley, "Honestidad", Liahona, agosto de 1976.
16. "The Lord Sends His Servants-Robert's Story", <https://addictionrecovery.churchofjesuschrist.org/stories/the-lord-sends-his-servants?lang=eng>.
17. Véase John B. Fish, "Librémonos de las nubes de tinieblas", Liahona, marzo de 1990.
18. Véase "Puedo tener la cabeza en alto", <https://addictionrecovery.churchofjesuschrist.org/stories/i-can-stand-tall?lang=spa>
19. Véase Richard C. Edgley, "Tres toallas y un periódico de 25 centavos", Liahona, noviembre de 2006. diciembre de 1994.
20. Correspondencia personal dirigida al autor; utilizada con permiso.
21. Véase Gordon B. Hinckley, "Un mal trágico entre nosotros", Liahona, noviembre de 2004.
22. Véase Patricia H. Morrell, "¿Me perdona?", Liahona, septiembre de 1998.
23. Véase Boyd K. Packer, "La luminosa mañana del perdón", Liahona, enero de 1996.

Capítulo 3

El arrepentimiento: Una idea actualmente pasada de moda

Vivimos en una época importante de la historia del mundo.

Por medio de las bendiciones del Señor y del ingenio de la ciencia y la tecnología, se han creado métodos de comunicación absolutamente fenomenales que han desplegado el mundo ante nosotros. La predisposición de nuestra sociedad a abandonar la forma en que antes se realizaban las tareas comunes y adoptar lo nuevo de inmediato sin temor ni vacilación ha dado lugar a innovaciones aun mayores. La tecnología ha dado alas a productos y servicios casi inconcebibles tan sólo una década atrás.

Sin embargo, existe un peligro; la cultura que nos rodea puede afectar el pensamiento significativamente¹. Si no ponemos cuidado, la independencia misma que celebramos, la libertad de las restricciones intelectuales y de las normas sociales que nos impulsa a superar los límites en campos como la tecnología y la innovación puede fomentar el mismo modo de pensar en las cuestiones espirituales. "Es mi vida. Yo decidiré. Fijaré mis propios límites". Creer de modo exagerado en nosotros mismos puede ser peligroso para la vida espiritual y alejarnos de las enseñanzas de Dios².

El Centro de Investigaciones Pew explica tal tendencia, que existe en todo el mundo: "Entre los jóvenes adultos hay más probabilidades de no estar afiliado a ninguna religión. Esto ocurre, en especial, en Norteamérica, donde tanto en los EE. UU. como en Canadá, las personas cada vez más jóvenes presentan menores probabilidades de adjudicarse un credo religioso determinado [. . .]. Esa misma brecha predomina también en Europa -en 22 de 35 países- y en Latinoamérica, donde ocurre en 14 de 19 países (incluso México)"³.

En los Estados Unidos, el Centro de Investigaciones Pew manifiesta que las personas que marcan “No” en las encuestas cuando se les pregunta sobre su religión y que se autodenominan como ateas o agnósticas, así como las que indican que su religión no es “Ninguna en particular”, constituyen el 23 % de la población adulta de dicho país⁴. Aquello es un rotundo aumento desde 2007, fecha del anterior estudio similar de Pew, en el que el 16 % de los estadounidenses indicaron “No”, al tiempo que el 35 % de los milénicos [millennials, en inglés] (las personas que nacieron entre 1981 y 1996) respondieron “No”⁵.

Una investigación que efectuó un profesor de ciencias de la religión de la Universidad Duke en 2015, arrojó que “el 68 % de los estadounidenses de 65 años o más expresaron que no tenían duda alguna de que Dios existiera, aunque sólo el 45 % de los jóvenes adultos de entre 18 y 30 años creía lo mismo”⁶.

Dada tal tendencia en franco avance, a menos personas -dentro y fuera de las religiones organizadas- les agrada escuchar la palabra arrepentirse. Su uso ha menguado en el vocabulario moderno. Arrepentirse no es una palabra cómoda; implica que estamos haciendo algo incorrecto. Independientemente de lo que haya significado para las generaciones anteriores, para muchos hoy en día, la palabra arrepentirse implica recelo y sentimientos negativos; en el caso de muchas personas, crujen los dientes y se les acelera el corazón.

Desde los albores del tiempo, los cristianos iban a la iglesia y escuchaban a los líderes espirituales predicar el arrepentimiento. No se trata de algo exclusivo de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; más bien, ha sido parte de la observancia religiosa cristiana en toda época. A pesar de las muchas diferencias doctrinales, había algo que era constante: la palabra arrepentirse formaba parte de la práctica de la religión. De hecho, el propósito mismo de asistir a un servicio religioso el domingo no era tan sólo para sentirse bien, sino para contrición de la conciencia; era un recordatorio semanal de que Dios había dado mandamientos y que las personas temerosas de Dios querían poner su vida en armonía con la voluntad de Él. Los predicadores declaraban el arrepentimiento con convicción, y los coros de iglesia cantaban de manera firme y conmovedora en cuanto a santos y pecadores, y sobre el amor de Dios por ambos.

En toda época, a pesar de las muchas diferencias doctrinales, había algo que era constante: la palabra arrepentirse formaba parte de la práctica de la religión.

Tal mensaje de arrepentimiento ha sido recibido con diferentes reacciones; a menudo, según el momento de la historia.

Con mayor frecuencia, durante las guerras, las plagas, los desastres naturales y las crisis económicas graves, los creyentes recibían el mensaje del arrepentimiento con humildad⁷. Al salir de la iglesia, resolvían cambiar sus vidas e intentar resarcir los daños que hubieran causado. Implorar perdón a Dios por haberlo ofendido y haber hecho que Su carga fuera más pesada tenía sentido, ya que ellos sentían sus propias cargas; y el sermón del predicador de que abandonaran sus errores parecía veraz, ya que tanto necesitaban las bendiciones del cielo. En los momentos de dificultad, hubo una humildad de espíritu que los hizo hincar las rodillas y reconocer a Dios Todopoderoso.

Por supuesto, siempre ha habido quien se sintiera ofendido y dejara su iglesia, pero especialmente en épocas de dificultad, las personas por lo general estaban más dispuestas a examinarse con introspección y evaluar la necesidad de cambiar para mejorar. La gente estaba más presta a aceptar que el arrepentimiento era un mensaje que debían escuchar, ya que sentían una mayor dependencia de Dios y de recibir bendiciones de Él.

En otros momentos de la historia, en tiempos de paz, salud, iluminación intelectual y perspectivas de prosperidad económica a largo plazo, el mensaje del arrepentimiento a menudo se recibía con indiferencia⁸. Durante dichos tiempos, los soberbios y poderosos eran lentos en reconocer a Aquel que había pagado el precio de los pecados de todo el género humano y que había instituido mandamientos, permitiendo así que los hijos de Dios regresaran a su hogar celestial.

Las circunstancias actuales

El mundo de hoy en día se asemeja más a las épocas pasadas de prosperidad e iluminación intelectual, y el mensaje del arrepentimiento a menudo se recibe con indiferencia o mofa. Curiosamente, el 11 de septiembre de 2001, los ataques terroristas causaron de inmediato un aumento en la asistencia a las iglesias; sin embargo, tal aumento no perduró. Cierta autor explicó: “La gente pensó que ese evento de trascendencia nacional conduciría a que las personas fueran más religiosas, y lo hizo; no obstante, aquello fue muy breve. Hubo un aumento corto de la asistencia a las iglesias y luego ésta volvió a la normalidad”⁹. En nuestros días, el Señor ha dicho: “No buscan al Señor para establecer su justicia, antes todo hombre anda por su propio camino, y en pos de la imagen de su propio dios, cuya imagen es a semejanza del mundo”¹⁰.

Ante la incertidumbre o la indiferencia concerniente a lo que es correcto e incorrecto, muchas personas creen que cada uno debe trazar su propio camino; éstas plantean la pregunta: “¿Por qué se nos debe pedir que cambiemos?”. “Los mensajes impartidos desde los púlpitos de las iglesias, ¿no deberían limitarse a alentar, sin generar culpas?”. “Tal vez a Dios no le agrade todo lo que hacemos, pero, en general, somos buenas personas, y Él nos amará por lo que somos; nos permitirá entrar en el cielo y nos amará para siempre”. Esas opiniones de hoy en día se asemejan mucho a la profecía de Nefi: “Sí, y habrá muchos que dirán: Comed, bebed y divertíos, porque mañana moriremos; y nos irá bien. Y también habrá muchos que dirán: Comed, bebed y divertíos; no obstante, temed a Dios, pues él justificará la comisión de unos cuantos pecados; sí, mentid un poco, aprovechaos de alguno por causa de sus palabras, tended trampa a vuestro prójimo; en esto no hay mal; y haced todas estas cosas, porque mañana moriremos; y si es que somos culpables, Dios nos dará algunos azotes, y al fin nos salvaremos en el reino de Dios”¹¹.

Los espectáculos y los programas humorísticos nocturnos suelen ridiculizar la religión y desestimar a quienes hablan a favor de guardar los mandamientos de Dios. Isaías dijo: “¡Ay de los que a lo malo llaman bueno, y a lo bueno, malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!”¹².

En el contexto actual, afrontamos una multitud de personas que no se limitan tan sólo a discrepar pasivamente con el concepto del arrepentimiento, sino que en ocasiones ridiculizan nuestros deseos de cambiar y regresar a Dios. No es sencillo. No es cómodo.

Es una parte esencial del plan de Dios

A diferencia de como sucede en el mundo, el arrepentimiento es una parte esencial del evangelio de Jesucristo. Antes de que se organizara oficialmente la Iglesia restaurada en 1830, se revelaron las siguientes palabras a José Smith, quien se arrepentía tras haber perdido las 116 páginas del manuscrito del Libro de Mormón: “He aquí, esta es mi doctrina: quienes se arrepienten y vienen a mí, tales son mi iglesia” y “a los que son de mi iglesia, y perseveran en ella hasta el fin, estableceré sobre mi roca, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ellos”¹³. Al arrepentirnos, somos Suyos.

No se desalienten por la falta de fe que les rodea. “Conforme aumenta la maldad en el mundo, hay un poder espiritual compensatorio para los justos. Conforme el mundo relaja sus anclas espirituales, el Señor prepara el camino para quienes que

lo buscan, ofreciéndoles mayor tranquilidad y certeza, mayor confirmación y mayor confianza en la dirección espiritual en que se dirigen. El don del Espíritu Santo llega a ser una luz más brillante en el anochecer incipiente”¹⁴.

Al escuchar la palabra arrepentimiento y oír tanto las voces que le alienten como las que le desalienten, respire hondo y alce la vista en dirección al cielo.

Al escuchar la palabra arrepentimiento y oír tanto las voces que le alienten como las que le desalienten, respire hondo y alce la vista en dirección al cielo, o bien incline la cabeza por un momento y, mediante el Espíritu Santo, la voz de su Padre Celestial le indicará lo que debe hacer. Le prometo que al procurar el arrepentimiento a través de su Padre Celestial y del Hijo Divino, se le dará la fortaleza para guardar los mandamientos de Dios. Se le dará un poder que le elevará y reconfortará conforme se regocije en su nueva vida y confíe en Dios. Como siervo del Señor, le afirmo que el arrepentimiento es una parte verdadera y esencial de Su plan. El Señor necesita que usted -la versión de usted humilde, arrepentida, limpia y pura; la versión de usted que cumple los convenios y honra los mandamientos- utilice sus talentos y sus máximas capacidades, que aumentan exponencialmente por el don y el poder del Espíritu Santo, para prepararse a usted mismo y a otras personas para la segunda venida del Hijo de Dios¹⁵.

Notas

1. Véanse Jueces 3:5-7; 1 Nefi 8:23-28.
2. Véanse Lucas 18:9-14; Romanos 1:21-25.
3. Centro de Investigación Pew, “Religion and Public Life”, 13 de junio de 2018.
4. Centro de Investigación Pew, 2014 Religious Landscape Study.
5. Centro de Investigación Pew, “A Closer Look at America's Rapidly Growing Religious ‘Nones’”, Fact Tank, 13 de mayo de 2015.
6. Erin Ferreri, Duke Today, “After 9.11, A Short-Lived Return to Church”, 19 de agosto de 2016.
7. Véanse, por ejemplo, Alma 32:4-13; 62:41; Helamán 11:7-9; Doctrina y Convenios 101:8.
8. Véase, por ejemplo, 2 Nefi 28:21-22.
9. Erin Ferreri, “After 9.11”.
10. Doctrina y Convenios 1:16.
11. 2 Nefi 28:7-8.
12. Isaías 5:20.
13. Doctrina y Convenios 10:67, 69.
14. Neil L. Andersen, “A Compensatory Spiritual Power for the Righteous”, devocional pronunciado en BYU, 18 de agosto de 2015, <https://speeches.byu.edu/talks/neil-l-andersen/a-compensatory-spiritual-power-for-the-righteous/>.
15. Véase, por ejemplo, Doctrina y Convenios 38:31.

Capítulo 4

Un elocuente ejemplo de las Escrituras

Cuando necesitamos más valor para atravesar algún desafío especialmente sobrecogedor, recordamos a quienes en las Escrituras han afrontado y conquistado desafíos similares o mucho mayores que los nuestros. La fe, el valor,

la fuerza y la determinación de aquellos a los que admiramos pueden fortalecer nuestra determinación y alentarnos al hacer frente a nuestras propias montañas escarpadas.

Uno de los ejemplos del Libro de Mormón es el desafío que halló Nefi al tener que construir un barco lo bastante grande y resistente como para cruzar las grandes aguas. Nefi afrontó oposición:

“Y cuando vieron mis hermanos que estaba a punto de construir un barco, empezaron a murmurar contra mí, diciendo: Nuestro hermano está loco, pues se imagina que puede construir un barco; sí, y también piensa que puede atravesar estas grandes aguas”¹.

Para fortalecer su propio valor y convencer a sus hermanos de que podrían hacerlo con la ayuda del Señor, Nefi les habló con elocuencia sobre los hijos de Israel, los egipcios, Moisés, el mar Rojo y la tierra seca; y concluyó: “Si Dios me hubiese mandado hacer todas las cosas, yo podría hacerlas. Si me mandara que dijese a esta agua: Conviértete en tierra, se volvería tierra; y si yo lo dijera, se haría. Ahora bien, si el Señor tiene tan grande poder, y ha hecho tantos milagros entre los hijos de los hombres, ¿cómo es que no puede enseñarme a construir un barco?”².

Las Escrituras contienen bellos ejemplos de la fortaleza interior y la valentía de la fe de los creyentes para arrepentirse, venir a Cristo y ser perdonados de sus pecados. El libro de Alma contiene un extraordinario relato concerniente a miles de personas que deseaban arrepentirse, al sacrificio asombroso que hicieron al procurar el perdón, y al potente cambio en su corazón que jamás flaqueó hasta el mismísimo final de sus vidas.

Aquellos acontecimientos sucedieron en el continente americano, en el siglo anterior a la visita de Jesucristo. El milagroso nacimiento del Salvador no había ocurrido aún y no ocurriría sino hasta después de otros 75 años, aproximadamente; sin embargo, esas personas escucharon la verdad y creyeron que Él de cierto vendría, y que Su expiación y redención tendrían lugar. En el pasado, Su primera venida no era como lo es para nosotros, con el consenso de muchas religiones de nuestra época de que Él vino a la tierra y que Su sufrimiento, muerte y resurrección ocurrieron tal como se profetizó en las Santas Escrituras. Esta historia trata sobre un pueblo que tenía fe en que en un día futuro Él vendría, sufriría y moriría, y resucitaría. ¡Aquello hace que su fe y arrepentimiento sean aun más extraordinarios!

El rey de los lamanitas y, significativamente, toda su familia se habían convertido a las enseñanzas de aquel Salvador y Redentor, Jesucristo, que habría de venir a la tierra³. La creencia del rey era tan firme que envió una proclamación -un decreto para todos los del pueblo- de que debía permitirse que Ammón y sus hermanos enseñaran a las personas la palabra de Dios. El rey había llegado a saber y ahora creía que sus tradiciones de asesinato, de pillaje, de hurto, de cometer adulterio, y de toda iniquidad eran aborreciblemente incorrectas, y quería que los de su pueblo tuvieran la oportunidad de saber por sí mismos.

Ammón y otros a quienes se había consagrado para enseñar la palabra de Dios comenzaron a ver el cambio en el corazón de las personas. Aquello no sucedió sólo por lo que Ammón enseñaba, sino mediante la revelación, la profecía y “el poder de Dios que obraba milagros en ellos”⁴.

Ése principio es muy importante; sin que el poder de Dios obre milagros en nuestra vida, el repasar a la ligera una lista de cosas de qué arrepentirnos o preguntar al obispo lo que debemos hacer para rectificar nuestra vida rara vez tendrá la capacidad duradera de sostenernos en el compromiso continuo de guardar los mandamientos de Dios.

Hubo algo milagroso que sucedió a miles de personas del pueblo del rey; el pasaje de las Escrituras dice que “cuantos [de los del pueblo] creyeron en su predicación y fueron convertidos al Señor, nunca más se desviaron”⁵.

Hay ocasiones en nuestra vida en las que, al escuchar algo, sentimos que es lo correcto en el corazón y nos parece lógico en la mente, y lo aceptamos; pero luego llegan tiempos difíciles, y no nos hallan sentados en el templo, en la reunión sacramental ni escuchando la conferencia general, y nos alejamos de aquello que alguna vez abrazamos al no tener la voluntad o la fe para mantenernos firmes. Se establece una diferencia muy importante acerca del pueblo del rey que se regocijó en el mensaje de Ammón sobre un Salvador y Redentor; se nos dice que fueron “convertidos al Señor”.

No se convirtieron a Ammón, quien había salvado a los siervos del rey mediante su fuerza y quien, al mismo tiempo, había servido humildemente a otro rey al que aún no había conocido. “Fueron convertidos al Señor”, el Dios del cielo y de la tierra, y aquello marcó toda la diferencia. Puesto que estaban “convertidos al Señor”, “nunca más se desviaron”. Es una afirmación extraordinaria, ya que tenían momentos terriblemente difíciles por delante.

Enterrar las armas de rebelión

Debido a su arrepentimiento, el Señor cambió sus corazones y se tornaron a Dios por completo. Las siguientes son algunas de las cosas que hicieron; resulta útil considerarlas en lo tocante a nuestra vida al visualizar nuestro propio arrepentimiento.

“Se convirtieron en un pueblo justo”⁶.

“Abandonaron las armas de su rebelión”⁷.

“No pugnaron más en contra de Dios”⁸.

No lucharon más en contra de “ninguno de sus hermanos”⁹.

Cuando escucharon la palabra de Dios y se arrepintieron de sus errores, su corazón cambió sinceramente. No hubo doble ánimo en lo que les impulsaba, ni en sus deseos ni en su resolución.

Los del pueblo de Ammón “se distinguían por su celo para con Dios”¹⁰.

Los del pueblo de Ammón “eran completamente honrados [. . .] en todas las cosas”¹¹. La honradez es parte esencial de la espiritualidad, y debe ser parte esencial del arrepentimiento verdadero y duradero.

Los del pueblo de Ammón “eran completamente [. . .] rectos en todas las cosas”¹².

Los del pueblo de Ammón “eran firmes en la fe de Cristo, aun hasta el fin”¹³.

Los del pueblo de Ammón “miraban con el mayor horror el derramar la sangre de sus hermanos”¹⁴.

A los del pueblo de Ammón “nunca se les pudo inducir a tomar las armas con contra sus hermanos”¹⁵. Pese a la tentación de hacerlo, incluso al afrontar su propia muerte, no lo harían nunca más.

Los del pueblo de Ammón llegaron a tener la firme convicción de que “la muerte [sería] consumida por la victoria de Cristo sobre ella”¹⁶.

Los del pueblo de Ammón tenían la determinación de “padec[er] la muerte más terrible y afrentosa que sus hermanos pudieran infligirles antes que tomar la

espada o la cimitarra para heri[r] [a sus enemigos]”¹⁷. No volverían a su pecado; jamás lo harían.

Dios quita la culpa por los méritos del Salvador

Esas personas, que antes eran muy malvadas, que habían hecho polvo los mandamientos de Dios mediante su abominable conducta, fueron “convertid[as] al Señor”, y aquello cambió todo. Sin excusas y sin equívoco; se arrepintieron verdaderamente y abandonaron sus pecados por completo. Su cambio y su creencia eran tan fuertes que cuando afrontaron la posibilidad de morir, se mantuvieron firmes en su resolución.

La honradez es parte esencial de la espiritualidad, y debe ser parte esencial del arrepentimiento verdadero y duradero.

Mientras los lamanitas se preparaban para atacar al pueblo de Ammón, el rey pronunció elocuentes palabras sobre lo que realmente significa haber sido menos de lo que debemos ser para luego, habiendo escuchado la verdad, cambiar de un modo de vida equivocado al modo de vida de Dios. Dijo:

“Doy gracias a mi Dios, amado pueblo mío, porque nuestro gran Dios en su bondad nos ha envia enviado estos hermanos nuestros, los nefitas, para predicarnos y para convencernos concerniente a las tradiciones de nuestros inicuos padres [. . .]. Y he aquí, también le agradezco a mi Dios que [. . .] nos hayamos convencido de nuestros pecados y de los muchos asesinatos que hemos cometido. Y también le doy gracias a mi Dios, sí, a mi gran Dios, porque nos ha concedido que nos arrepintamos de estas cosas, y también porque nos ha perdonado nuestros muchos pecados y asesinatos que hemos cometido, y ha depurado nuestros corazones de toda culpa, por los méritos de su Hijo”¹⁸.

A pesar de los muy inicuos actos que habían cometido, cuando escucharon la verdad y fueron “convertidos al Señor”, Dios les dio acceso al poder del arrepentimiento y les perdonó los pecados; y ellos sintieron Su perdón.

Dios había “depurado [sus] corazones de toda culpa, por los méritos de su Hijo”. Los puros de corazón verán que es Dios quien elimina la culpa; nadie tiene la capacidad de expurgar nuestras almas de la culpa, excepto Dios mismo.

El rey prosiguió: “Pues he aquí, hermanos míos, en vista de que [. . .] nos ha costado tanto arrepentirnos de todos nuestros pecados y de los muchos asesinatos que hemos cometido, y lograr que Dios los quitara de nuestros corazones, porque

a duras penas pudimos arrepentirnos lo suficiente ante Dios para que él quitara nuestra mancha; ahora pues, muy amados hermanos míos, ya que Dios ha quitado nuestras manchas, y nuestras espadas se han vuelto lustrosas, no las manchemos más con la sangre de nuestros hermanos. He aquí, os digo que no. Retengamos nuestras espadas para que no se manchen con la sangre de nuestros hermanos; porque si las manchásemos otra vez, quizá ya no podrían ser limpiadas por medio de la sangre del Hijo de nuestro gran Dios, que será derramada para la expiación de nuestros pecados”¹⁹.

¿Le es posible percibir la emoción del rey? El rey no pensaba sólo en quienes necesitaban arrepentirse tan desesperadamente por causa de su iniquidad; también pensaba en las generaciones venideras, en sus hijos y nietos.

“Y el gran Dios ha tenido misericordia de nosotros, y nos ha dado a conocer estas cosas para que no perezamos [. . .]; porque él ama nuestras almas así como ama a nuestros hijos; por consiguiente, en su misericordia nos visita por medio de sus ángeles, para que el plan de salvación nos sea dado a conocer, tanto a nosotros como a las generaciones futuras”²⁰.

Los puros de corazón verán que es Dios quien elimina la culpa; nadie tiene la capacidad de expurgar nuestras almas de la culpa, excepto Dios mismo.

Hace muchos años, la Primera Presidencia me pidió que visitara a un matrimonio que había estado fuera de la Iglesia durante muchas décadas. Ambos tenían más de ochenta años y ambos tenían tanques de oxígeno portátiles. Habían obrado con diligencia para regresar al Evangelio. Al reunirme con ellos, parecían estar muy tristes y lamentaban profundamente haber pasado la vida alejados de la Iglesia, aunque provenían de familias activas y se habían casado en el templo. Traté de darles ánimo y les aseguré lo feliz que estaba el Salvador por su regreso. Mas ellos lloraron y dijeron: “Sí, hermano Andersen, hemos vuelto, pero ninguno de nuestros hijos o nietos sabe algo acerca del Evangelio”.

Piense de nuevo en las palabras del rey, que entendía que aquel sagrado mensaje de salvación influiría en las personas del presente, así como también en las generaciones futuras: “Y el gran Dios ha tenido misericordia de nosotros, y nos ha dado a conocer estas cosas para que no perezamos [. . .]; porque él ama nuestras almas así como ama a nuestros hijos; por consiguiente, en su misericordia nos visita por medio de sus ángeles, para que el plan de salvación nos sea dado a conocer, tanto a nosotros como a las generaciones futuras”²¹.

El rey se regocijaba de que “el plan de salvación [les fuera] dado a conocer, tanto a [ellos] como a las generaciones futuras”.

Luego, propuso algo muy audaz, muy drástico, un acto de fe extraordinaria: “[Escondamos] [nuestras espadas] a fin de que conserven su brillo, como testimonio a nuestro Dios en el día final, el día en que seamos llevados para comparecer ante él para ser juzgados, de que no hemos manchado nuestras espadas en la sangre de nuestros hermanos, desde que él nos comunicó su palabra y nos limpió por ello”²².

Y lo dice por segunda vez, pero con mayor fe, porque señala la posibilidad de que al enterrar sus espadas “como testimonio [. . .] de que nunca las hemos usado”, él y su pueblo podrían morir. “Y ahora bien, hermanos míos, si nuestros hermanos intentan destruirnos, he aquí, esconderemos nuestras espadas, sí, las enterraremos en lo profundo de la tierra para que se conserven lustrosas, como testimonio en el último día, de que nunca las hemos usado; y si nuestros hermanos nos destruyen, he aquí, iremos a nuestro Dios y seremos salvos”²³.

Aquello era fe y arrepentimiento verdaderos, era volverse a Dios aunque significase que su vida terrenal podría terminar. Se habían “convertid[o] al Señor”, y sabían que les aguardaba la vida eterna.

Las Escrituras narran lo que sucedió inmediatamente después: “Y aconteció que cuando el rey hubo dado fin a estas palabras, estando reunido todo el pueblo, tomaron ellos sus espadas y todas las armas que se usaban para derramar sangre humana, y las enterraron profundamente en la tierra.

E hicieron esto porque, a su modo de ver, era un testimonio a Dios, y también a los hombres, de que nunca más volverían a usar armas para derramar sangre humana; y esto hicieron, prometiendo y haciendo convenio con Dios de que antes que derramar la sangre de sus hermanos, ellos darían sus propias vidas; y antes que privar a un hermano, ellos le darían; y antes que pasar sus días en la ociosidad, trabajarían asiduamente con sus manos”²⁴.

Conforme las fuerzas enemigas comenzaron a venir hacia ellos, los del pueblo de Ammón “salieron a encontrarlos [. . .], y empezaron a invocar el nombre del Señor”²⁵. Mil cinco fueron asesinados mientras estaban arrodillados orando, habiendo sepultado las armas de guerra. Tan grande fue el pesar de algunos de los que les habían quitado la vida que “arrojaron al suelo sus armas de guerra”, para nunca más volver a tomarlas²⁶.

Luego el profeta Mormón concluye: “Y aquellos que habían muerto eran personas justas; por tanto, no tenemos razón para dudar que se salvaron [. . .]. Y no había un solo hombre inicuo entre los que perecieron”²⁷.

La mayoría de las personas jamás habrán cometido el grave pecado del asesinato -como lo hicieron estos hombres- antes de ser “convertidos al Señor”, pero las lecciones que aprendemos de sus vidas se aplican a las nuestras²⁸. Su ejemplo nos enseña a no perder la esperanza en la vida. El arrepentimiento abre la puerta a la esperanza de una nueva vida con Jesucristo.

Las cualidades que definían al pueblo de Ammón tras su conversión son las cualidades que deben definir nuestra propia vida al arrepentirnos verdaderamente de nuestros pecados.

¿Y qué relevancia tiene para nosotros que ellos tuvieran espadas que se habían vuelto lustrosas a causa de su arrepentimiento? Quiere decir que, una vez que estemos en el proceso de arrepentirnos y llegar a estar limpios y relucientes mediante la sangre del Cordero de Dios, enterraremos cualquier cosa que nos conduzca al sitio donde estábamos antes de arrepentirnos.

El presidente Spencer W. Kimball dijo: “Al abandonar el pecado, uno no puede limitarse a desear condiciones mejores [. . .]. No sólo debe estar seguro de que ha abandonado el pecado, sino de que ha cambiado las situaciones que lo rodeaban. Debe evitar los lugares, condiciones y circunstancias donde ocurrió el pecado, porque éstos podrían incubarlo de nuevo con suma facilidad. Debe abandonar a las personas con quienes se cometió el pecado. Tal vez no llegue a aborrecer a las personas involucradas, pero debe evitarlas junto con todo aquello que se relacione con el pecado”²⁹.

Sean cuales fueren nuestras armas de rebelión, sepultémoslas y jamás volvamos a ellas de nuevo. Abandonemos nuestros pecados. ¿Cómo tendremos la fortaleza de hacerlo, de ver el camino hasta el final? La recibiremos a través de la gracia y la misericordia del Señor Jesucristo, a medida que lleguemos a estar completa y totalmente convertidos a Él. Puesto que lo sé, le afirmo que habrá gozo, paz y aprobación celestial después de sus esfuerzos sinceros por abandonar sus pecados.

Notas

1. 1 Nefi 17:17.

2. 1 Nefi 17:50-51.

3. Véase Alma 17-27 a fin de leer más al respecto.

4. Alma 23:6.

5. Alma 23:6; cursiva agregada.

6. Alma 23:7.
7. Alma 23:7.
8. Alma 23:7.
9. Alma 23:7.
10. Alma 27:27.
11. Alma 27:27.
12. Alma 27:27.
13. Alma 27:27.
14. Alma 27:28.
15. Alma 27:28; cursiva agregada.
16. Alma 27:28.
17. Alma 27:29.
18. Alma 24:7, 9-10.
19. Alma 24:11-13.
20. Alma 24:14.
21. Alma 24:14.
22. Alma 24:15.
23. Alma 24:16.
24. Alma 24:17-18.
25. Alma 24:21.
26. Alma 24:25.
27. Alma 24:26, 27.
28. Véase Mormón 8:35.
29. Véase Spencer W. Kimball, El milagro del perdón, Paraguay: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1977, pág. 170

Capítulo 5

Despertar en cuanto a Dios

¿Recuerdan la última vez que dormían de manera profunda y, de repente, sin aviso y en un instante, se hallaron totalmente despiertos?

Hace poco, a mitad de la noche y mientras dormíamos profundamente, se disparó el estridente sonido de la alarma de casa. Nos despertamos al instante y de inmediato consideré las posibilidades: ¿Alguien intentaba entrar por algún tragaluz del sótano? ¿El viento había desconectado algún sensor de las puertas? ¿Cómo podía asegurarme de que los que estaban en casa estuvieran bien?

No es de sorprender que entre mis primeros pensamientos no se hallara el limitarme a apagar la alarma y volver a dormir rápidamente.

Las Escrituras utilizan aquel corriente acto de despertar del sueño para simbolizar el despertar espiritual que necesitamos a fin de reconocer nuestro legado divino, los propósitos de nuestra vida, la necesidad que tenemos de comunicarnos con nuestro Padre Celestial, y el indescriptible don del Salvador que se ha dado para ayudarnos a regresar a casa¹.

En ocasiones, dicho despertar en cuanto a Dios llega como una ruidosa alarma cuando menos lo esperamos, y nos despierta para que entendamos que algún

intruso espiritual podría hacernos daño o quitarnos lo que es máspreciado para nosotros. Otras veces, se trata de un despertar más tranquilo, como cuando el sol asoma a través de la ventana del dormitorio, y no es tan estremecedor como una alarma, aunque es un despertar igualmente real y necesario.

“Y despertaron en cuanto a Dios [. . .]. Se hallaban en medio de la oscuridad [cuando] la luz de la sempiterna palabra iluminó sus almas².

Tal despertar espiritual sucederá a cada hijo e hija de Dios, por decisión propia aquí en la tierra, o bien después de esta vida, cuando el despertar ya no puede demorarse más.

Los profetas siempre invitan a los hijos de Dios a despertarse en cuanto a Él. El Salvador enseñó: “Amarás, pues, al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”³. El apóstol Pablo exhortó con amor a aquellos cuyos ojos estaban cerrados, figurativamente hablando: “Despiértate, tú que duermes [. . .], y te alumbrará Cristo”⁴. Las palabras introspectivas de Nefi constituyen un elocuente recordatorio de la necesidad del arrepentimiento diario, aun en el caso de las personas rectas: “¡Despierta, alma mía! No desfallezcas más en el pecado”⁵.

Dondequiera que nos hallemos en nuestra senda del discipulado, abramos los ojos y despertemos en cuanto a Dios de manera más cabal.

El rey Benjamín advirtió en cuanto a la alarma eterna de la divina justicia a quienes deciden demorar su despertar: “Si ese hombre [. . .] permanece y muere enemigo de Dios, las demandas de la divina justicia despiertan en su alma inmortal un vivo sentimiento de su propia culpa que lo hace retroceder de la presencia del Señor, y le llena el pecho de culpa, dolor y angustia”⁶.

Dondequiera que nos hallemos en nuestra senda del discipulado, abramos los ojos y despertemos en cuanto a Dios de manera más cabal. El presidente Russell M. Nelson dijo: “Al empezar a captar siquiera un destello del modo en que el Padre Celestial los ve y lo que Él confía que ustedes harán por Él, su vida jamás será la misma”⁷.

El plan de redención de nuestro Padre Celestial

Todo comenzó antes de la creación del mundo, cuando nuestro bondadoso y amoroso Padre Celestial preparó la vía para que Sus hijos llegaran a ser más

semejantes a Él, y prometió que, a quien recibiera al Padre y al Hijo, le sería dado todo lo que el Padre tiene⁸.

No se trataba de cualquier plan; era el plan más grandioso, majestuoso, bondadoso, amoroso, generoso y supremo que se haya creado, y se le conoce como el plan de salvación, el plan de misericordia, el plan de felicidad y -como se le llama con más frecuencia en el Libro de Mormón- el plan de redención⁹. La salvación, la misericordia, la felicidad y la redención nos ayudan a comprender la magnitud de lo que el Padre ha planificado para nosotros.

El designio divino de nuestro Padre requería combinar de modo completo Su esplendoroso amor hacia nosotros con la necesidad de que obedeciéramos la ley de manera absoluta. Sin amor, la ley no tendría sentido; y sin ley, el amor no sería de provecho. El presidente Dallin H. Oaks dijo: “El amor de Dios no sustituye Sus leyes ni Sus mandamientos, y el efecto de éstos no disminuye el propósito ni el efecto de Su amor”¹⁰.

En la vida preterrenal, se entendía que el pecado individual era un factor ineludible de nuestra futura vida terrenal; cada uno de nosotros pecaría. El plan de nuestro Padre requería un Redentor, alguien que nos rescatara de la muerte y de la injusticia de la mortalidad, así como de nuestros pecados personales¹¹.

El Concilio de los Cielos preterrenal Para comprender la vida mortal que vivimos y la vida inmortal que nos aguarda, hay que comenzar desde el Concilio preterrenal que ocurrió antes que se creara el mundo.

Algunos dirán: “Pero yo no recuerdo ninguna vida preterrenal”.

Yo tampoco recuerdo mi vida preterrenal, pero también debo admitir que no recuerdo el día en que nací. **¿Usted lo recuerda?**

Aunque pueda haber un acta de nacimiento o fotografías que den fe del día en que usted nació -incluso lo que su madre, padre o abuelos narren al respecto-, debe reconocer que no tiene recuerdo alguno de su propio nacimiento. Sin embargo, podemos afirmar que su nacimiento sí ocurrió, **¿verdad?**

Nuestro nacimiento, nuestra niñez, así como nuestros años de adolescencia y los posteriores, nos dan una idea sobre quiénes somos, cuáles son nuestras esperanzas y sueños, en qué deseamos esforzarnos y qué queremos lograr, y nuestra disposición a hacer cosas que son difíciles en pos de un mayor bienestar a largo plazo.

Tal como sucede con el día en que nacimos, no recordamos nuestra vida preterrenal. Del mismo modo en que confiamos en documentos oficiales o en parientes sinceros para conocer con fidelidad lo que ocurrió el día en que nacimos, depositamos nuestra confianza en la verdad y fidelidad de las palabras de las Escrituras, como también en los profetas modernos, a fin de lograr una noción que es crucial en nuestra vida terrenal.

El poeta William Wordsworth escribió estas hermosas palabras: “Tan sólo un sueño y un olvido es el nacimiento”¹².

En el Concilio de los Cielos preterrenal, el Hijo primogénito de Dios se ofreció a sí mismo para ser nuestro Redentor: “Heme aquí; envíame”¹³. Lucifer, otro hijo procreado en espíritu, rechazó el plan del Padre y ofreció en su lugar un malicioso ardid para salvarnos incondicionalmente, “sin tener en cuenta lo que prefiriera cada uno, ni el albedrío ni la dedicación voluntaria”¹⁴, y en el que exigía todo el mérito para sí mismo. Lucifer dijo: “Envíame a mí. Seré tu hijo y redimiré a todo el género humano, de modo que no se perderá ni una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra”¹⁵. Lucifer no quería nada que tuviese que ver con leyes, mandamientos, obediencia ni responsabilidad, y sin ello, no podría haber albedrío.

Lamentablemente, esas filosofías falsas también se han extendido en nuestro mundo. Korihor lisonjeaba a las personas diciéndoles que no necesitaban un Cristo, ni la Expiación ni la remisión de sus pecados, ya que “no era ningún crimen el que un hombre hiciese cosa cualquiera”¹⁶. Aún hallamos entre nosotros gente que celebra que cada uno “siga su propio camino” y “viva su propia verdad”, y que desprecia la autoridad, las afirmaciones absolutas y la responsabilidad sobre los actos; pero tales enunciados son versiones fraudulentas de la verdadera felicidad.

Nosotros vivíamos antes de la fecha de nacimiento que se documenta en las actas de nacimiento de este mundo¹⁷. Nuestra identidad individual está grabada en nosotros para siempre. Si existiera un acta de nacimiento preterrenal, en ella constaría que Dios el Eterno Padre es el Padre de nuestro espíritu¹⁸. Nuestro crecimiento espiritual allá en el mundo preterrenal influye en quiénes somos aquí de maneras que no entendemos por completo¹⁹. Nosotros aceptamos el plan de Dios. Sabíamos que experimentaríamos dificultades, dolores y pesares en la tierra²⁰. También sabíamos que el Salvador vendría y que, conforme fuéramos dignos, al levantarnos en la resurrección nos “ser[ía] aumentada gloria sobre [nuestra] cabeza para siempre jamás”²¹.

Nuestro Salvador Jesucristo

Como partícipes en el mundo preterrenal, nos regocijamos de que Jesucristo, el Primogénito del Padre, fuera nuestro Redentor²². Teniendo una “fe excepcional y buenas obras”²³, estábamos preparados para venir a un mundo donde habría gran oposición, pecado y muerte. Tendríamos que vencer a Satanás en este mundo, pero, ¿cómo podríamos hacerlo? El apóstol Juan declaró: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra de su testimonio”²⁴. “Estos son los que han salido de la gran tribulación; y han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero”²⁵. La esencia del plan de redención requería que nuestro amado Salvador “descendi[era] debajo de todo”²⁶, e hiciera el sacrificio supremo de sufrir por todos los pecados, injusticias y muerte de un mundo caído.

El modo en que vemos nuestra vida cambia a medida que despertamos en cuanto a Dios espiritualmente y en verdad creemos en Él, el Salvador de todo el género humano, así como en el plan de redención. Vivimos la vida de modo diferente conforme creemos en los susurros apacibles que nos recuerdan quiénes somos en realidad y con cuánta valentía apoyamos el plan de nuestro Padre en el mundo preterrenal. Los mandamientos, que antes parecían restrictivos, ya no son una carga, sino una bendición para ayudarnos a hallar el camino a casa. “Por tanto, después de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos”²⁷.

Nuestro propósito en esta vida es recibir un cuerpo físico y tener experiencias terrenales, entre ellas, las tentaciones y la oposición propias de un mundo caído, a fin de probarnos. Nuestro objetivo final es llegar a ser más semejantes a nuestro Padre Celestial²⁸. Testifico en carácter de uno de los testigos del Señor que no hay nada más importante en esta vida que el gozo espiritual y las bendiciones eternas que se reciben al tener fe en nuestro Padre Celestial, y en Jesucristo y Su expiación; al recibir el perdón de nuestros pecados; al demostrar nuestra valía mediante el guardar Sus mandamientos y ayudar a los demás; y al hallar la felicidad en la familia y en otros lazos de amor. Despierte en cuanto a Dios y regocíjese en Su plan de redención.

Notas

1. Véanse, por ejemplo, 2 Nefi 1:13-14, 23; Jacob 3:11; Romanos 13:11; 1 Corintios 15:34.
2. Alma 5:7.
3. Marcos 12:30.
4. Efesios 5:14.
5. 2 Nefi 4:28.
6. Mosiah 2:38.
7. Russell M. Nelson, “Vivan como verdaderos milénicos”, Liahona, octubre de 2016.
8. Véase Doctrina y Convenios 84:38.
9. Véanse Jacob 6:8; Jarom 1:2; Alma 42:8, 15.
10. Dallin H. Oaks, “El amor y la ley”, Liahona, noviembre de 2009.

11. Véase Apocalipsis 13:8.
12. William Wordsworth, “Ode: Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood”, en The Oxford Book of English Verse: 1250-1900, ed. por Arthur Quiller-Couch, 1939, pág. 628.
13. Abraham 3:27.
14. Bible Dictionary, “War in Heaven”.
15. Moisés 4:1.
16. Alma 30:17.
17. Véanse Jeremías 1:5; Doctrina y Convenios 93:29; 138:53, 56; Moisés 6:36.
18. Véase Hebreos 12:9.
19. El presidente Dallin H. Oaks dijo: “Todos los innumerables seres humanos que han nacido en esta tierra eligieron el plan del Padre y lucharon para defenderlo; muchos de nosotros también hicimos convenios con nuestro Véase Doctrina y Convenios 84:38.
20. Véase Dallin H. Oaks, “La verdad y el plan”, Liahona, noviembre de 2018.
21. Abraham 3:26.
22. Véase Job 38:7.
23. Alma 13:3.
24. Apocalipsis 12:11.
25. Apocalipsis 7:14.
26. Doctrina y Convenios 88:6.
27. Alma 12:32.
28. Véase Abraham 3:24-26.

Capítulo 6

Lejos de nuestro hogar celestial

Habiéndose escogido el Salvador, habiéndose establecido el plan de redención y habiéndose creado el mundo para nuestra vida terrenal, los propósitos de la tierra estaban a punto de comenzar a cumplirse.

Entendemos muy poco en cuanto al modo en que toda la obra del Padre cumple con una ley divina que gobierna el universo. Hay razones que exceden nuestra capacidad de comprensión terrenal que explican por qué ciertos acontecimientos toman el curso que tienen destinado.

Se escogió a Adán y a Eva, dos de los espíritus más selectos del Padre, para dar comienzo a la familia humana¹. Antes de la “caída de Adán”, no había hijos, ni muerte, ni pecado sobre la tierra². Cuando Adán y Eva comieron del “fruto prohibido”, todos los elementos vivientes de la tierra se volvieron mortales, requiriéndose trabajar a fin de vivir y sobrevivir, y sobrevinieron la muerte, el pecado, la tentación, la injusticia, las pruebas físicas y espirituales, y todas las dificultades propias de la condición mortal.

No obstante, junto con esos verdaderos obstáculos, la caída de Adán permitió una bendición inconmensurable: Podrían nacer los hijos. Nuestra invaluable oportunidad de venir a la tierra, obtener un cuerpo y llegar a ser más semejantes a nuestros padres celestiales se volvió una realidad. “Adán cayó para que los hombres existiesen”³.

Los acontecimientos cruciales que condujeron a la caída de Adán y Eva y al comienzo de la raza humana se preveían al detalle en el plan de nuestro Padre; para Dios no existen las sorpresas.

Ante el mundo para entonces caído y ante la oportunidad de la vida terrenal, hubo dos realidades muy contundentes que cobraron importancia:

En primer lugar, la vida terrenal no sería sencilla⁴. Se nos presentarían elecciones y decisiones constantemente, y nuestro reto sería elegir el bien y rechazar el mal. Un velo de olvido nublaría los recuerdos de nuestra vida preterrenal y, a veces, nos parecería que la vida terrenal es nuestra única vida. Se nos prometió que “a todo hombre se da[ría] el Espíritu de Cristo para que s[upiera] discernir el bien del mal”⁵ y que “los hombres s[erían] suficientemente instruidos para [que pudieran] discernir el bien del mal”⁶.

Sobrevivir requeriría deseo, esfuerzo y trabajo. Viviríamos en un mundo de desilusiones, desastres naturales, accidentes, enfermedades, dolor y muerte. Experimentaríamos injusticias, traiciones y los efectos de las actos de hombres y mujeres malvados. El dolor no sólo sería físico, sino también espiritual.

La oposición

El mismo adversario que conocíamos como Lucifer en el mundo preterrenal nos tentaría y nos probaría. El presidente George Albert Smith enseñó: “Todos seremos tentados; ningún hombre está libre de la tentación. El adversario utilizará todo medio posible para engañarnos”⁷.

El presidente M. Russell Ballard explicó: “Satanás procurará tentarnos en las ocasiones o en las formas en que pueda sacar ventaja de nuestras mayores debilidades o destruir nuestros puntos fuertes. Pero el placer que él promete son engaños fugaces; su intención maligna es tentarnos a pecar, porque sabe que cuando pecamos nos separamos de nuestro Padre Celestial y del Salvador Jesucristo”⁸.

Su deseo es destruirnos espiritualmente y evitar que regresemos a nuestro hogar celestial⁹. Pero, ¿por qué el Padre Celestial habría de permitir que Satanás siguiera luchando contra la rectitud y que nos tentara a todos nosotros al entrar en la vida terrenal? Las Escrituras nos responden: “Y es menester que el diablo tienta a los hijos de los hombres, de otra manera estos no podrían ser sus propios agentes; porque si nunca tuviesen lo amargo, no podrían conocer lo dulce”¹⁰. “El

Señor Dios le concedió al hombre que obrara por sí mismo. De modo que el hombre no podía actuar por sí a menos que lo atrajera lo uno o lo otro”¹¹.

Por último, sabíamos que rendiríamos cuentas de nuestra vida y de las decisiones que tomáramos. El apóstol Juan explicó: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”¹².

Si ésta fuera la descripción completa de nuestra vida lejos del hogar celestial, bien podríamos haber desfallecido con consternada desesperanza.

El Redentor

Sin embargo, había una segunda y contundente realidad que brindaba confianza y esperanza: Tendríamos un Redentor, a Quien conocíamos bien, que quebrantaría las ligaduras de la muerte, lo cual sería un don gratuito para cada uno de nosotros, y aseguraría la resurrección de nuestro cuerpo y la inmortalidad de nuestra alma, después de que viviéramos en la tierra¹³. Si escogíamos arrepentirnos, el Redentor pagaría el rescate por nuestros pecados; es decir, eliminaría los errores y pecados que se hallasen en nuestro libro de la vida como parte de Su expiación infinita¹⁴. Sus enseñanzas nos mostrarían la manera de vivir nuestra vida, y a medida que cultiváramos la fe en Él, nos arrepintiéramos de nuestros pecados y nos bautizáramos por Su autoridad, recibiríamos el don celestial del Espíritu Santo¹⁵. Y mediante la influencia de nuestro Salvador y del Espíritu Santo, llegaríamos a ser mucho más de lo que éramos en el mundo preterrenal¹⁶.

Al momento de entrar en la vida terrenal y recibir un cuerpo mortal, nos convertimos en hombres y mujeres naturales. Las Escrituras dejan en claro que “el hombre [o la mujer] natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor, y se vuelva como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente infligir sobre él, tal como un niño se somete a su padre”¹⁷.

La caída de Adán y Eva

Adán y Eva tuvieron su propio despertar en el plan de redención. Tras expulsárseles del jardín, trabajaron para poder sobrevivir físicamente en la tierra,

tal como dicen las Escrituras, “con el sudor de su rostro”¹⁸, cultivando el suelo y cuidando de sus rebaños. Su nueva vida tenía un marcado contraste con la vida en el Jardín de Edén. Muchos días eran dolorosos y difíciles conforme los apremiaban las cargas de la vida.

Debido al velo de olvido, no comprendían por completo los principios del plan de redención. No obstante, guardaban los mandamientos que habían recibido antes de abandonar el Jardín. Las Escrituras explican que “después de muchos días”, un ángel se apareció a Adán¹⁹; tras explicar que los sacrificios que habían estado ofreciendo eran un símbolo del sacrificio del Salvador y de Su redención prometida, el ángel dijo: “Harás todo cuanto hiciere en el nombre del Hijo, y te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás”²⁰. Aunque habían transgredido la ley de Dios, Adán y Eva llegaron a entender con más claridad que ellos y toda su posteridad podían ser redimidos. El presidente Dallin H. Oaks indica por qué el mensaje del ángel era tan importante para nuestros primeros padres: “La expiación de Jesucristo puede interceder y disipar las terribles demandas de la justicia -el estado de desdicha y tormento que se describe en las Escrituras- en aquellos que hayan violado las leyes de Dios. Esa relación entre la justicia por un lado, y la misericordia y la Expiación por el otro es el concepto central del evangelio de Jesucristo”²¹.

Adán y Eva se regocijaron ante la esperanza de que se les rescatara de su estado mortal y caído. Adán dijo: “Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de mi transgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne de nuevo veré a Dios”²²; y Eva exclamó: “De no haber sido por nuestra transgresión, nunca [. . .] hubiéramos conocido [. . .] el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes”²³.

Honra y loor sean a nuestros primeros padres. Nos dieron un ejemplo de rectitud a seguir y formaron parte del plan divino que trajo a los hijos e hijas de Dios a la tierra, y tal como se indica claramente en nuestro segundo artículo de fe, nosotros “creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán”²⁴.

Ahora usted se halla aquí en la tierra, y es un glorioso hijo o una gloriosa hija de Dios. Ha venido a un mundo mortal con todas las carencias, tentaciones y seducciones que presenta esta existencia secundaria en la que se permite que Satanás y sus seguidores lo tienten, seduzcan y enreden²⁵. Aunque haya cometido errores, esos pecados no definen quién es usted; a su identidad no la definen los pecados de este mundo; más bien, la define la rectitud de otro mundo.

Al hallarse aquí, con los pecados y defectos de este difícil estado de probación, su alma invoca la ayuda divina; en lo profundo del alma, anhela un Redentor, un Salvador, para encontrar el camino de regreso a su hogar celestial²⁶. La Caída no le define, sino que ayuda a refinarle.

Aunque haya cometido errores, esos pecados no definen quién es usted; a su identidad no la definen los pecados de este mundo; más bien, la define la rectitud de otro mundo.

Al intentar comprender la Caída, debemos recordar siempre quiénes somos en realidad. Somos literalmente hijos divinos procreados en espíritu por padres celestiales. El élder Jeffrey R. Holland ha enseñado: “Debido a que esta doctrina [de la Caída] es tan básica para el plan de salvación, y también debido a que es tan susceptible a ser malinterpretada, debemos destacar que estas referencias a esa maldad ‘natural’ no se refieren a que los hombres y mujeres sean ‘intrínsecamente malos’. Hay una gran diferencia. Como hijos e hijas procreados en espíritu por Dios, todos los hombres y mujeres mortales son divinos en su origen y en su destino potencial [. . .]. Si bien es cierto que como consecuencia de la Caída ahora [nos] halla[mos] en un mundo ‘natural’ (caído) donde el diablo ‘despoja a los hijos de los hombres de la luz’ y donde ciertos elementos de la naturaleza -incluyendo la naturaleza temporal humana- requieren disciplina, compostura y refinamiento”²⁷.

Vivimos en un mundo de pecado y, sin importar cuán buenos deseemos ser, el pecado entra en la vida de cada uno de nosotros. El apóstol Pablo dijo: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”²⁸. El apóstol Juan, a su vez, enseñó: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”²⁹. Isaías dijo: “Todos nosotros nos hemos descarriado como ovejas”³⁰.

Hay muchas clases y grados de pecado, pero el pecado en alguna de sus formas permanecerá con nosotros en esta vida terrenal. Brigham Young dijo: “No supongan que en algún momento estaremos libres en la carne de la tentación de pecar [. . .]. Creo que de una forma u otra sentiremos los efectos del pecado mientras vivamos”³¹.

No podemos escaparnos por completo del mundo que nos rodea. Si somos sabios, veremos que primeramente nos conduce a darnos cuenta de nuestras dificultades relativas a la mortalidad y a volvernos al Salvador con íntegro propósito de corazón. Con frecuencia, hay almas muy nobles afligidas por sus debilidades terrenales. Nefi se lamenta: “¡Oh, miserable hombre que soy! Sí, mi

corazón se entristece a causa de mi carne. Mi alma se aflige a causa de mis iniquidades. Me veo circundado a causa de las tentaciones y pecados que tan fácilmente me asedian”³².

Mormón escribió lo siguiente sobre quienes escucharon las enseñanzas del rey Benjamín: “Y se habían visto a sí mismos en su propio estado carnal, aún menos que el polvo de la tierra. Y todos a una voz clamaron, diciendo: ¡Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones!”³³.

Todos necesitamos el arrepentimiento

El arrepentimiento no es el plan de emergencia;

es el único plan. “Enséñalo, pues, a tus hijos, que es preciso que todos los hombres, en todas partes, se arrepientan, o de ninguna manera heredarán el reino de Dios, porque ninguna cosa inmunda puede morar allí, ni morar en su presencia”³⁴.

Recuerdo que en mi última etapa de adolescente comencé a entender las elocuentes palabras del rey Benjamín: “Quisiera que recordaseis y retuvieseis siempre en vuestra memoria la grandeza de Dios, y vuestra propia nulidad, y su bondad y longanimidad para con vosotros, indignas criaturas”³⁵. Hacía referencia a que nosotros estábamos en una condición insignificante y caída; y preguntó: “¿no somos todos mendigos?”³⁶.

Tras reflexionar, encontré convincentes sus enseñanzas. El rey explicó: “[Dios] os está preservando día tras día, dándoos aliento para que podáis vivir, moveros y obrar según vuestra propia voluntad, y aun sustentándoos momento tras momento”³⁷.

Pensé: “Es cierto que mi capacidad de respirar, de vivir y de mover el cuerpo, y de hacer según mi voluntad, no proviene de mis propias habilidades, sino que me es dada como un don de Dios”. Comparé la cuestión con un pequeñito que come en la mesa de sus padres sin darse cuenta de los esfuerzos que éstos deben hacer para proveer el alimento cada día.

Luego, el rey Benjamín añade aun más razones para agradecer nuestra dependencia del Padre; y se refiere a “la expiación que ha sido preparada desde la fundación del mundo, a fin de que por ese medio llegara la salvación a aquel que pusiera su confianza en el Señor”³⁸. El aceptar la admonición del rey Benjamín

de “arrepentir[nos] de [nuestros] pecados, y abandonarlos, y humillar[nos] ante Dios, y pedi[r] con sinceridad de co corazón que él [nos] perdone”³⁹ nos acerca más a Dios. Y después hallamos este penetrante mensaje veraz: “Y ahora bien, si creéis todas estas cosas, mirad que las hagáis”⁴⁰.

Sé con total convicción que todos nosotros y todas nuestras vidas necesitan del arrepentimiento. Nuestra fe en Cristo y nuestra disposición a seguirlo nos brindan esperanza, paz, y amor por Dios y por Sus hijos. No tenemos que sentirnos desanimados cuando intuimos que nuestro progreso espiritual parece demasiado lento ni cuando seguimos viendo las debilidades de nuestro carácter. Jamás debemos “cans[arnos] de hacer lo bueno”⁴¹; “sé fiel en Cristo; y que las cosas que he escrito no te aflijan, para apesadumbrarte hasta la muerte; sino Cristo te anime, y sus padecimientos y muerte, y la manifestación de su cuerpo a nuestros padres, y su misericordia y longanimidad, y la esperanza de su gloria y de la vida eterna, reposen en tu mente para siempre”⁴². Jesús dijo: “En el mundo tendréis aflicción. Pero confiad; yo he vencido al mundo”⁴³.

Notas

1. Véase Doctrina y Convenios 138:38-39.
2. Véase 2 Nefi 2:22-24.
3. 2 Nefi 2:25.
4. Véanse Génesis 3:17-19; Juan 16:33.
5. Moroni 7:16.
6. 2 Nefi 2:5.
7. Teachings of George Albert Smith, Salt Lake City: Bookcraft, 1996, pág. 23; véase también Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: George Albert Smith, 2011, pág. 202.
8. Véase M. Russell Ballard, “El porqué del guardar los mandamientos”, Liahona, julio de 1993.
9. Véanse 1 Nefi 14:3; 2 Nefi 2:27; 9:8-9.
10. Doctrina y Convenios 29:39.
11. 2 Nefi 2:16.
12. Apocalipsis 20:12.
13. Véase 2 Nefi 2:26-28.
14. Véase Apocalipsis 7:14.
15. Véase 2 Nefi 31:9-15.
16. Véase Abraham 3:26.
17. Mosíah 3:19.
18. Moisés 5:1.
19. Véase Moisés 5:6.
20. Moisés 5:8.
21. Véase Dallin H. Oaks, “La Expiación y la fe”, Liahona, abril de 2008.
22. Moisés 5:10.
23. Moisés 5:11.
24. Artículos de Fe 1:2.
25. Véanse 2 Nefi 2:11-16; Doctrina y Convenios 29:39-40.
26. Véase Deuteronomio 4:29-31.
27. Jeffrey R. Holland, Christ and the New Covenant: The Messianic Message of the Book of Mormon, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1997, pág. 207.
28. Romanos 3:23.
29. 1 Juan 1:8.
30. Isaías 53:6.
31. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young, 1997, págs. 55-56.
32. 2 Nefi 4:17-18.
33. Mosíah 4:2.
34. Moisés 6:57.
35. Mosíah 4:11.

- 36. Mosíah 4:19.
- 37. Mosíah 2:21.
- 38. Mosíah 4:6.
- 39. Mosíah 4:10.
- 40. Mosíah 4:10.
- 41. Doctrina y Convenios 64:33.
- 42. Moroni 9:25.
- 43. Juan 16:33.

Capítulo 7

El gozo o el remordimiento de conciencia

El pecado siempre será parte de este mundo terrenal, nos aleja de Dios, disminuye nuestra paz y nuestra dicha, y nos priva de recibir consuelo celestial y la guía del Santo Espíritu. El pecado limita nuestro progreso. Con el tiempo, si nos acostumbramos al pecado y no procuramos socorro mediante nuestro Salvador y Redentor, allende el velo, nos hallaremos excluidos de vivir con Dios y con Su Hijo Amado, puesto que “ninguna cosa impura puede morar con Dios”¹.

El pecado será parte de la vida de cada uno de nosotros; Dios le habló a Adán en cuanto a la función del pecado en el plan de redención. Le dijo: “Por cuanto se conciben tus hijos en pecado, de igual manera, cuando empiezan a crecer, el pecado nace en sus corazones, y prueban lo amargo para saber apreciar lo bueno”².

Luego, el Señor explicó una de las lecciones elementales que se han de aprender en la vida terrenal: “Les es concedido discernir el bien del mal; de modo que, son sus propios agentes, y otra ley y mandamiento te he dado”³.

Finalmente, el Señor mandó a Adán que enseñara a sus hijos que hay una manera de regresar a la presencia de Dios por medio de la misericordia de Su Hijo Amado⁴. Dijo: “Enséñalo, pues, a tus hijos, que es preciso que todos los hombres, en todas partes, se arrepientan, o de ninguna manera heredarán el reino de Dios, porque ninguna cosa inmunda puede morar allí, ni morar en su presencia; porque [. . .] su nombre es Hombre de Santidad, y el nombre de su Unigénito es el Hijo del Hombre, sí, Jesucristo”⁵.

El pecado y las leyes de Dios

Si bien algún pecado puede provocar sentimientos de algarabía temporal, jamás brindará felicidad duradera⁶. El pecado nos separa de Dios y nos desvía de

nuestro destino divino⁷. Sin no se corrige, las personas pueden insensibilizarse, tal como explicó el apóstol Pablo, al tener “cauterizada la conciencia”⁸. El pecado puede ser como la heroína o la cocaína, y ocasionar una euforia inicial, pero, al igual que esas drogas, sólo trae tristeza y desilusión en el futuro. “La paga del pecado es muerte”⁹.

Si bien algún pecado puede provocar sentimientos de algarabía temporal, jamás brindará felicidad duradera.

El profeta Alma se refiere a quienes se alejan cada vez más de Dios: “Y a los que endurecen sus corazones les es dada la menor porción de la palabra, hasta que nada saben concerniente a sus misterios; y entonces el diablo los lleva cautivos y los guía según su voluntad hasta la destrucción. Esto es lo que significan las cadenas del infierno”¹⁰.

El pecado tiene consecuencias.

Todos hemos pecado¹¹. El apóstol Juan dijo: “Toda maldad es pecado”¹²; y el apóstol Santiago enseñó: “El pecado [. . .] está en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace”¹³. Existen diferentes grados de pecado y no debemos colocar todos los pecados juntos en una misma categoría. El rey Benjamín añadió: “No puedo decir todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos”¹⁴. Los errores, el pecado, una renovada fe en el Señor y el arrepentimiento constante son parte del progreso hacia la eternidad para todos nosotros.

El Señor habla enérgicamente en cuanto a los asesinos, adúlteros, fornicarios y “quienquiera que ama y obra mentira”¹⁵. Interferir de manera inapropiada en la sagrada creación de la vida es muy grave para Dios.

Hace mucho tiempo que aprecio un versículo del capítulo veintinueve de Alma. Alma utiliza elementos contrapuestos para recalcar las consecuencias de nuestras decisiones: “El que conoce el bien y el mal, a este le es dado según sus deseos, sea que desee el bien o el mal, la vida o la muerte, el gozo o el. . .”. Lo primero que se me ocurriría a mí para completar la frase sería que lo opuesto al gozo es el pesar, o quizás la tristeza. No obstante, la expresión que Alma utiliza es “el gozo o el remordimiento de conciencia”¹⁶.

Todos hemos sentido pesar y nos hemos decepcionado a nosotros mismos debido al pecado. Todos hemos sufrido por la culpa y hemos lamentado nuestros actos; a

ello se le llama “remordimiento de conciencia”; ocurre al no guardar los mandamientos de Dios y es lo opuesto al gozo.

El remordimiento de conciencia es un maestro magnífico, incluso en las pequeñas faltas de nuestra juventud, si aprendemos de los errores. El élder Ronald A. Rasband explica que “nuestro Padre Celestial sabía que necesitaríamos ayuda y por tal razón nos dio el principio del arrepentimiento. El arrepentimiento es el principio purificador del Evangelio, y es el mejor amigo que tenemos”¹⁷.

Vivir sin remordimientos

El élder Richard G. Hinckley se refirió a una lección que aprendió de su padre, el presidente Gordon B. Hinckley, en cuanto a vivir sin remordimientos.

Cuando era niño, mi padre (Gordon B. Hinckley) solía hacer un curioso pedido al ofrecer la oración familiar. Decía: “Padre Celestial, por favor, bendícenos para que vivamos sin lamentar nuestros actos”. Durante muchos años, no entendí lo que aquellas palabras significaban. Pero entonces, cuando tenía unos diez años de edad, tuve una experiencia que me ayudó a entenderlo mejor.

Cierta noche, tras el atardecer, uno de mis amigos propuso que exploráramos las casas nuevas que estaban en construcción al otro lado de una hondonada. En la esquina de una casa, encontramos una pila de tablas de madera que parecían perfectas para construir nuestras chozas. Las maderas se habían usado para el encofrado donde se vertía el cemento para los cimientos de la casa. Nos convencimos a nosotros mismos de que los obreros las descartarían; mis amigos y yo tomamos las tablas y las arrastramos hasta la hondonada, mientras conversábamos por el camino sobre la clase de choza que construiríamos con ellas.

[Al siguiente] fin de semana [. . .], nos reunimos en la hondonada y pusimos manos a la obra para construir nuestra nueva choza. Sin embargo, creo que todos nos sentíamos avergonzados de lo que habíamos hecho.

Aquel sábado, mi padre fue a la oficina para adelantar trabajo. Tal como lo hacía a menudo los sábados, me invitó a acompañarlo. Por ese entonces era empleado de la Iglesia, y el despacho del presidente David O. McKay estaba al final del pasillo.

[Ese] sábado, [mientras] salíamos del edificio, el presidente McKay nos detuvo en el pasillo, [pero] yo no podía mirarlo a los ojos. Al acercarme para estrecharle la mano, sentí como si el presidente leyera la frase “ladrón de madera” en mi frente. ¡Cómo lamenté haber tomado aquellas tablas! ¡Las oraciones de mi padre finalmente cobraron sentido para mí! Supe que quería sentirme digno cuando me llegara el momento de comparecer ante el Señor¹⁸.

El apóstol Pablo dice que los frutos de llevar una vida recta son “amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre [y] templanza”¹⁹. Esas mismas cualidades se atribuyen a los justos en el mundo de los espíritus después de su vida terrenal: “Estaban llenos de gozo y de alegría, y se regocijaban juntamente porque estaba próximo el día de su liberación”²⁰.

Sentir culpa y lamentar nuestros actos

Por otra parte, las Escrituras también hablan sobre quienes padecen la culpa del pecado: “Mi alma estaba atribulada en sumo grado, y atormentada por todos mis pecados. Sí, me acordaba de todos mis pecados e iniquidades, por causa de los cuales yo era atormentado con las penas del infierno; sí, veía que me había rebelado contra mi Dios y que no había guardado sus santos mandamientos”²¹.

Si la rebelión contra Dios y Sus mandamientos prosigue sin arrepentimiento, las penas y la culpa aumentan en la vida venidera, cuando quienes no son rectos se dan cuenta de las magníficas bendiciones que el Padre y el Salvador han dado. “Porque he aquí, cuando se os haga ver vuestra desnudez delante de Dios, y también la gloria de Dios y la santidad de Jesucristo, ello encenderá una llama de fuego inextinguible en vosotros”²². “Y [ustedes] serán consignados al horrendo espectáculo de su propia culpa y abominaciones, que los hará retroceder de la presencia del Señor a un estado de miseria y tormento sin fin”²³.

Hay constancia y perdurabilidad en las leyes de Dios; las Escrituras nos indican que dichas leyes son tan eternas como la vida del alma. “Y, ¿cómo podría el hombre arrepentirse, a menos que pecara? ¿Cómo podría pecar, si no hubiese ley? Y, ¿cómo podría haber una ley sin que hubiese un castigo? Mas se fijó un castigo, y se dio una ley justa, la cual trajo el remordimiento de conciencia al hombre”²⁴. José Smith dijo: “El hombre es su propio verdugo y su propio juez. Por eso se dice que irá al lago ardiente de fuego y azufre [véase Apocalipsis 21:8]. El tormento de la mente decepcionada es para el hombre tan intenso como un lago ardiente de fuego y azufre”²⁵.

El Salvador nos ha dado una impactante perspectiva de nuestro progreso eterno; Él dijo: “Quisiera que fueseis perfectos así como yo, o como vuestro Padre que

está en los cielos es perfecto”²⁶. El presidente Russell M. Nelson nos ha enseñado que la palabra griega de la que proviene el término perfecto significa algo a completar o a terminar²⁷. Ciertamente, tal proceso de acabado de nuestras almas no concluirá en este mundo, pero debemos seguir volviéndonos de manera constante más semejantes al Padre y a Su Hijo mediante el poder del arrepentimiento y la expiación del Salvador.

El Señor describe el aumento o la disminución del poder espiritual en términos de luz y oscuridad: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto”²⁸. Y hay un aspecto opuesto: “Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad, por medio de la desobediencia”²⁹.

Siempre he hallado gran consuelo en estas enseñanzas del presidente Boyd K. Packer: “Con excepción de unos pocos que han optado por seguir la vía de la perdición, no existe el hábito, la adicción, la rebelión, la transgresión, la apostasía ni el delito que quede exento de la promesa de un perdon completo. Ésa es la promesa de la expiación de Cristo [. . .]. No se den por vencidos si fracasan en el primer intento [. . .]. No se den por vencidos: esa mañana luminosa llegará”³⁰.

El presidente Russell M. Nelson ha añadido: “Siempre hay un camino de regreso [. . .]. No han cometido ningún pecado tan grave como para estar más allá del alcance del amor y la gracia expiatoria del Salvador. Al dar los pasos para arrepentirse y seguir las leyes de Dios, ¡comenzarán a sentir lo mucho que el Padre Celestial y Su Hijo Amado quieren que regresen a casa con ellos! [. . .]. Ellos harán todo lo que esté a Su alcance que no vulnere ni el albedrío de ustedes ni las leyes de Ellos para ayudarlos a regresar”³¹.

Los pecados de comisión y de omisión

En ocasiones, hablamos de pecados de comisión y de pecados de omisión. Hacer aquello que no debemos hacer es pecado de comisión, y el no hacer lo que debemos es pecado de omisión. En referencia a esas dos clases de pecado, el élder Neal A. Maxwell enseñó: “Una vez que se dejan de lado y se evitan los pecados “telestiales” [los de comisión], se debe prestar más atención a los pecados de omisión. Tales omisiones ocasionan que no reunamos plenamente los requisitos para entrar en el Reino Celestial. Sólo una mayor consagración podrá corregir esas omisiones, que tienen consecuencias tan reales como las de los pecados de comisión. Así, pues, muchos de nosotros tenemos la fe suficiente para evitar los pecados de comisión graves, pero no la bastante para sacrificar las obsesiones que nos distraen ni para concentrarnos en nuestras omisiones.

“La mayoría de las omisiones ocurren por nuestra incapacidad de dejar de centrarnos en nosotros mismos; estamos tan ocupados tomándonos nuestra propia temperatura que no notamos la fiebre ardiente de otras personas, aun cuando podemos ofrecerles algunos de los remedios necesarios, tales como dar aliento, mostrar bondad y decir palabras de encomio”³². En el Evangelio restaurado, a eso lo denominamos “ministrar”.

El Salvador dijo: “Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean sobre ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo, así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos”³³.

Una de las mayores piedras de tropiezo para recibir el don divino del perdón es tratar de arrepentirnos de un pecado y no arrepentirnos de pecar³⁴. La esencia del arrepentimiento no es apartarse de cierta transgresión, sino tornar todo el corazón a Dios de nuevo. Nos sería mejor no encasillar demasiado nuestros pecados, sino más bien, esforzarnos por dar lo máximo en todo lo que Dios nos ha pedido. El apóstol Santiago explica: “Cualquiera que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley”³⁵.

El presidente Spencer W. Kimball añadió estas palabras de sabiduría: “El arrepentimiento debe incluir una entrega total y completa al programa del Señor. No se ha arrepentido completamente el transgresor que deja de pagar su diezmo, falta a sus reuniones, quebranta el día de reposo, desatiende sus oraciones familiares, no sostiene a las autoridades de la Iglesia, desobedece la Palabra de Sabiduría, no ama al Señor ni a sus semejantes [. . .]. Dios no puede perdonar a menos que el transgresor manifieste un arrepentimiento ver verdadero que se extienda a todo aspecto de su vida”³⁶.

¿Cómo podría sentirse alguien perdonado de un pecado de comisión grave si omite ofrecer sus oraciones, asistir a la Iglesia, santificar el día de reposo, pagar sus diezmos y ofrendas, leer las Escrituras, y servir y ministrar a los demás? El presidente Russell M. Nelson declaró: “Aunque el Señor insiste en nuestro arrepentimiento, la mayoría de la gente no siente tal necesidad imperiosa. Consideran que son personas que tratan de ser buenas; esa gente no tiene malas intenciones; sin embargo, el mensaje del Señor claramente indica que todos

deben arrepentirse, no sólo de los pecados de comisión, sino también de los pecados de omisión”³⁷.

Debemos aprender mediante el arrepentimiento y el perdón a ver el pecado con completa repugnancia constantemente³⁸; jamás debemos permitir que el padre de todas las mentiras nos ciegue ni nos endurezca el corazón; nunca hemos de asumir la postura de ignorar ni minimizar nuestros pecados³⁹. El pecado puede adormecernos los sentidos espirituales, anestesiarlos y conducirnos a dejar de sentir en el aspecto espiritual⁴⁰.

Aunque vencer el pecado pueda parecernos una enorme montaña por escalar, jamás se nos dijo que habríamos de hacerlo solos⁴¹. La buena conducta, sin importar cuán sincera y determinada sea, no podrá borrar nunca los pecados del pasado. Ningún ser humano puede eliminar el costo, pagar el precio ni satisfacer las demandas de la justicia⁴².

Aunque vencer el pecado pueda parecernos una enorme montaña por escalar, jamás se nos dijo que habríamos de hacerlo solos.

Como uno de los apóstoles del Señor, le prometo que su esperanza en Jesucristo, junto con su decisión de arrepentirse de sus pecados, no será en vano. Somos rescatados por medio de Sus méritos, y no por medio de los nuestros⁴³. Al depositar nuestra confianza en Él, la escalada de la montaña no sólo es posible, sino también emocionante. Él nos lleva en brazos; somos redimidos mediante Su rectitud⁴⁴. Él nos ofrece a cada uno el don divino del perdón.

Notas

1. 1 Nefi 10:21.
2. Moisés 6:55.
3. Moisés 6:56.
4. Véase Moisés 5:8.
5. Moisés 6:57.
6. Véase Alma 41:10-11.
7. Véase, por ejemplo, Isaías 59:2.
8. 1 Timoteo 4:2.
9. Romanos 6:23.
10. Alma 12:11.
11. Véase Romanos 3:23.
12. 1 Juan 5:17.
13. Santiago 4:17.
14. Mosíah 4:29.
15. Doctrina y Convenios 76:103.
16. Alma 29:5.
17. Ronald A. Rasband, en www.churchofjesuschrist.org/addressing-pornography/make-and-adjust-plans?lang=eng.
18. Hilary M. Hendricks, “Live without Regret”, tomado de una entrevista con el élder Richard G. Hinckley, Friend, febrero de 2007.
19. Gálatas 5:22-23.
20. Doctrina y Convenios 138:15.
21. Alma 36:12-13.
22. Mormón 9:5.

23. Mosíah 3:25.
24. Alma 42:17-18.
25. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007, pág. 236.
26. 3 Nefi 12:48.
27. Véase Russell M. Nelson, “La inminencia de la perfección”, Liahona, enero de 1996.
28. Doctrina y Convenios 50:24.
29. Doctrina y Convenios 93:39.
30. Véase Boyd K. Packer, “La luminosa mañana del perdón”, Liahona, enero de 1996.
31. Russell M. Nelson, “The Love and Laws of God”, devocional pronunciado en BYU, 17 de septiembre de 2019, <https://speeches.byu.edu/talks/russell-m-nelson/love-laws-god/>.
32. Véase Neal A. Maxwell, “. . . Absorbida en la voluntad del Padre”, Liahona, enero de 1996.
33. Mateo 20:25-28.
34. Véanse Juan 5:14; 8:11; Doctrina y Convenios 6:35; 24:2-3; 58:43; 82:7.
35. Santiago 2:10-11.
36. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball, 2006, pág. 49.
37. Russell M. Nelson, “El arrepentimiento y la conversión”, Liahona, mayo de 2007.
38. Véase Alma 13:12.
39. Véase Moisés 4:4.
40. Véase 1 Nefi 17:45.
41. Véase Mateo 11:28-30.
42. Véase Alma 34:10-12.
43. Véanse 2 Nefi 31:19; Alma 22:14.
44. Véase 2 Nefi 2:3.

Capítulo 8

El don de Su preciado Hijo

Mientras Poncio Pilato consideraba su decisión fatídica, expresó en voz alta su dilema interior: “¿Qué, pues, haré con Jesús, que es llamado el Cristo?”¹. Se trata de una pregunta que toda alma que haya vivido o vivirá sobre la tierra deberá responder algún día, ya sea aquí o más allá del velo². Es la pregunta principal para quienes están considerando apelar al poder del arrepentimiento y al don del perdón.

El arrepentimiento no se logra tan sólo mediante la determinación que tengamos de corregir el curso de nuestra vida. El arrepentimiento requiere que recurra humildemente al Salvador y permita que Su gracia descanse sobre usted conforme llega a ser una “nueva criatura”³ en Cristo.

Yo creo en Jesucristo; y creía en Él cuando era niño. Incluso durante mi época de cuestionamientos como adolescente, mientras estudiaba y oraba de manera concienzuda en cuanto al Libro de Mormón y al profeta José Smith, creía en Jesucristo sin lugar a dudas. La creencia en el Salvador de mi infancia se afianzó mediante el potente testimonio de Su divinidad que recibí al leer el Nuevo Testamento y el Libro de Mormón. Recibí una convicción aun más firme con el transcurso de los años al invocarlo para pedir perdón por mis pecados, al esforzarme por guardar Sus mandamientos, al ver obrar Su mano en mi vida y en la de personas de todo el mundo, y al tener la bendición de ejercer Su santo

sacerdocio. Ahora, en carácter de uno de Sus apóstoles ordenados, he tenido experiencias aun más completas, espirituales y personales que me han brindado un testimonio seguro y certero de que Él es el Hijo de Dios. Él es el Creador de nuestro mundo, el Hijo Amado de nuestro Padre, nuestro Salvador e Intercesor, el Rey de reyes. Él vivió una vida perfecta y sin pecado. A través del incomparable don de Su expiación, que se efectuó en el Monte de los Olivos, en Getsemaní; en el Gólgota, sobre la cruz; y al levantarse de la tumba, nos dio la bendición de nuestra resurrección futura; y mediante nuestro arrepentimiento, nos dio la oportunidad de regresar al reino de nuestro Padre, limpios y puros, y perdonados de nuestros pecados. Yo sé que Jesucristo es un Ser resucitado que tiene un cuerpo físico y glorificado de carne y hueso. Él vive hoy. Él es el Redentor y el Salvador del mundo.

Para mí, no hay palabras en ningún idioma que describan verdaderamente la majestad, el poder, la gloria ni el amor del Hijo de Dios. Lo que sabemos sobre Él comienza con Su declaración a Su Padre, en el mundo preterrenal: “Heme aquí; envíame [. . .] y sea tuya la gloria para siempre”⁴; continúa durante Su vida sin pecado en la mortalidad y Sus palabras dirigidas a Su Padre al concluir Su ministerio terrenal: “En tus manos encomiendo mi espíritu”⁵; y anuncia Su regreso glorioso, cuando “vendr[á] [. . .] en las nubes del cielo, revestido de poder y gran gloria, con todos los santos ángeles”⁶.

Cuando el Jesús resucitado descendió del cielo y se apareció a los que habían sido preservados en las Américas, extendió Sus manos heridas y dijo: “He aquí, yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo. Y he aquí, soy la luz y la vida del mundo; y he bebido de la amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo, con lo cual me he sometido a la voluntad del Padre en todas las cosas desde el principio”⁷.

Él es el Redentor y el Salvador del mundo. Para mí, no hay palabras en ningún idioma que describan verdaderamente la majestad, el poder, la gloria ni el amor del Hijo de Dios.

Amorosamente, el Salvador permitió que cada hombre, mujer y niño se acercara, uno por uno, y palpara la herida de la lanza en Su costado, y las marcas de los clavos en Sus manos y pies. Su deseo era que ellos “s[upieran] que [Él es] el Dios de Israel, y el Dios de toda la tierra, y que h[a] sido muerto por los pecados del mundo”⁸.

Aquellos humildes santos lloraron al comprender que Él era el primero en resucitar, asegurando así que se volvieran a unir el cuerpo y el espíritu de cada

hijo y de cada hija de Dios después de la muerte. Él les explicó que había tomado sobre sí la más amarga y dolorosa comisión de Su Padre a fin de pagar por todos los pecados del mundo -los de usted y los míos- y les confirmó que, tal como Abinadí había profetizado, Su voluntad había sido absorbida en la voluntad de Su Padre⁹.

Nuestro amor por Dios aumenta a medida que consideramos concienzudamente nuestros propios pecados, y llegamos a reconocer nuestra completa y absoluta dependencia de Jesucristo para nuestra redención personal. Al entender siquiera la parte más pequeña del precio que pagó por nuestros pecados, nos invade un amor interminable por Él. Anhelamos conocer más en cuanto a nuestro Redentor y al modo en que Él, con amor y sacrificio, cumplió con la ley de la justicia. Con una gratitud inexpressable, deseamos arrepentirnos al darnos cuenta del valor incalculable que el Padre y el Hijo dieron a nuestras almas. “Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios; porque he aquí, el Señor vuestro Redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de todos los hombres, a fin de que todo hombre pudiese arrepentirse y venir a él”¹⁰.

Mucho antes de venir a la tierra, estuvimos presentes cuando “alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios”¹¹. En nuestra vida preterrenal, el Padre Celestial presentó Su plan para nosotros, en el que obtendríamos un cuerpo físico, progresaríamos en fe y experimentaríamos la vida terrenal. Sin embargo, dicha vida terrenal y sus decisiones traerían el pecado; sólo mediante el sacrificio misericordioso de un Salvador podríamos ser redimidos de la transgresión que indudablemente ocurriría y llegar a ser más semejantes a nuestro Padre Celestial. Aquel que fue el “Amado y [. . .] Escogido desde el principio”¹² se ofreció como voluntario y dijo: “Heme aquí; envíame”¹³, “Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre”¹⁴. Aquel, que era “el mayor de todos”¹⁵, sabía que se requeriría de Él más de lo que cualquier ser mortal podía lograr: llevar una vida sin pecado y tener la disposición de padecer por todos los pecados, dolores, pruebas, dificultades, enfermedades e injusticias de todos los que vinieran a la tierra. No es de sorprender, entonces, que nos “regocijáramos todos los hijos de Dios”.

Él vino a la tierra en el meridiano de los tiempos y en las condiciones más humildes. María, Su virgen madre, fue una mujer pura y virtuosa. Debido a que Su Padre era Dios mismo, Jesús podía experimentar las pruebas y las tentaciones de la condición mortal sin estar sujeto a los efectos completos de la Caída¹⁶, y tenía el poder de tomar sobre sí “más de lo que [cualquier mortal] p[odría] sufrir”¹⁷.

Su vida sin pecado

Sabemos que si Jesús no hubiera llevado una vida sin pecado y hubiera realizado Su expiación infinita, no habría habido resurrección y nuestros espíritus habrían estado sujetos al diablo¹⁸. A causa de nuestros pecados, estamos sujetos a las demandas de la ley de la justicia en su plenitud¹⁹. Puesto que Él fue sin pecado, la justicia no podía reclamarle nada, lo que le daba la capacidad de pagar por nuestros pecados. Sólo podemos ser redimidos debido a Su rectitud. Su pago y castigo por el pecado pueden satisfacer las demandas de la justicia por nuestros pecados²⁰. No importa cuán buenos seamos, siempre seremos “servidores improductivos”²¹, ya que jamás podremos pagar a Dios la deuda por lo que Él nos ha dado.

Cuán incomprensible y maravilloso a la vez es que Cristo no haya cedido nunca a ninguna de las tentaciones con las que Satanás lo acosaba²². El autor de la epístola a los Hebreos se refirió a Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al escribir: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”²³. El rey Benjamín nos enseñó que Él “sufrir[ía] tentaciones”²⁴. Y el Salvador mismo dijo que “descendió debajo de todo, por lo que comprendió todas las cosas”²⁵.

C. S. Lewis expresó la siguiente idea: “Sólo quienes tratan de resistir la tentación saben cuán fuerte es [. . .]. Llegamos a conocer la potencia del viento al caminar en contra de éste, y no al agacharnos. El hombre que cede a la tentación tras cinco minutos sencillamente no sabe cómo hubiera sido después de una hora. Es por ello que, en cierto sentido, las personas malas conocen muy poco sobre la maldad. Han llevado una vida ‘amparada del viento’ al ceder siempre. Jamás conoceremos la fuerza del impulso malvado que haya en nuestro interior hasta que tratemos de combatirlo; y puesto que Cristo fue el único hombre que nunca se cedió a la tentación, también es el único hombre que conoce toda la magnitud de lo que ésta significa”²⁶.

Poco después del bautismo de Cristo, conforme se preparaba para Su ministerio terrenal, Satanás presentó al Salvador de manera directa algunas tentaciones que son comunes para todos nosotros: el apetito físico, el orgullo, y el poder y la riqueza²⁷. Cuán grande es la templanza que Jesús mostró cuando el adversario le ofreció “todos los reinos del mundo y la gloria de ellos”²⁸; rechazó todas las tentaciones de Satanás desde Su nacimiento hasta Su muerte. ¡Cuán extraordinaria es la bondad y la integridad de Jesucristo! Vivió con majestuosidad a fin de poder acudir a nuestro rescate.

El Getsemaní

Con compasión y misericordia, enseñó la verdad, sanó a los enfermos, y nos invitó a todos a arrepentirnos y a venir a Él. Después de tres años, en Su última semana, Jesús se dirigió a Jerusalén. Lázaro, a quien había levantado de entre los

mueritos, estaba con Él. Muchos salieron a recibirlo y clamaban: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!”²⁹. Su popularidad azoró a los principales sacerdotes, y éstos “acordaron matar [a Jesús y] también a Lázaro”³⁰. Jesús dijo a Sus discípulos: “Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado”³¹. Al meditar en lo que tenía por delante, Jesús oró: “Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré: Padre, sálvame de esta hora?”³²; y entonces, expresando Su determinación, agregó: “Pero para esto he llegado a esta hora”³³.

Al atardecer del jueves, Cristo se hallaba con los Doce Apóstoles en el aposento alto³⁴; instituyó la Santa Cena en memoria del sacrificio que se estaba preparando para ofrecer³⁵; les lavó los pies y explicó: “Ejemplo os he dado, para que así como yo os he hecho, vosotros también hagáis”³⁶; les mandó que se “am[aran] los unos a los otros”³⁷; oró, cantaron un himno y los condujo fuera de las murallas de la ciudad hasta Getsemaní³⁸, que literalmente significa “lagar de olivos”.

Al llegar a Getsemaní, en la base del monte de los Olivos, dejó a ocho de Sus discípulos y llevó consigo a Pedro, Santiago [Jacobo] y Juan³⁹. Les pidió que se quedaran a una corta distancia de Él, y que velaran y oraran mientras Él iba un poco más lejos, donde pudiera estar solo y orar⁴⁰. Mateo, que estaba con Jesús aquella noche, registró el sagrado acontecimiento: “Y [. . .] comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y yéndose un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando”⁴¹. Marcos, basándose en los recuerdos de Pedro, registró las palabras de Jesús: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”⁴². Lucas, que no estaba presente, pero que había hablado con testigos presenciales, añadió: “Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían a tierra”⁴³. En el huerto de los olivos, en el monte de los Olivos, cerca del lagar de olivos (Getsemaní), le sobrevinieron todos los pecados, tristezas, pesares, enfermedades y sufrimientos de todos los que habían vivido o que vivirían sobre la tierra, y sangró por “cada poro”⁴⁴. Alma dijo que el Salvador tomó sobre sí nuestras debilidades “a fin de que según la carne sepa cómo socorrer[nos] [en medio de nuestras] debilidades”⁴⁵. Nuestro divino Redentor nos comprende completamente.

Durante el terrible sufrimiento en el Getsemaní,

Marcos dijo que Jesús estaba afligido⁴⁶ -en griego se usó una expresión que significa “sorprendido” o “sobrecogido”- Jesús había sabido desde nuestra vida preterrenal que tomaría sobre sí los pecados de todos, pero jamás había experimentado la Expiación antes; la agonía y el dolor eran inconmensurables⁴⁷.

En nuestros días, Él describió Su experiencia como “el lagar del furor de la ira del Dios Omnipotente”⁴⁸, “padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu”⁴⁹. Jesucristo fue “molido por nuestras iniquidades”⁵⁰.

La agonía absoluta que le hizo sudar grandes gotas de sangre había dejado su cuerpo debilitado más allá de la comprensión de los mortales, no obstante, continuó. La traición de alguien que había caminado con Él, Su rostro abofeteado y escupido al comparecer ante los líderes judíos, Su cuerpo azotado y la corona de espinas que Sus captores romanos le clavaron en la cabeza, todo ello se sucedió en las siguientes horas⁵¹. Finalmente, al encaminarse hacia el Gólgota, se le echó el pesado madero encima de la carne desgarrada de la espalda⁵².

La Crucifixión y la cruz

Poncio Pilato, tras declarar que “ningún delito hall[aba] en [Jesús]”⁵³, cedió de manera cobarde al clamor del populacho: ¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!⁵⁴. A las 9:00 de la mañana, en el Gólgota, que significa “lugar de sepultura”⁵⁵, Jesucristo fue clavado en la cruz. A partir del mediodía y durante tres horas, “hubo tinieblas sobre toda la tierra”⁵⁶. En la cruz, “se [repitió] la agonía del Getsemaní, intensificada más de lo que el poder humano podía soportar. En [la] hora más [amarga], [sobre la cruz, al] Cristo agonizante se [le dejó sufrir] a solas [. . .]. A fin de que el sacrificio supremo del Hijo pudiera consumarse en toda su plenitud, parece que el Padre retiró el apoyo de Su Presencia inmediata, dejando al Salvador de [todo el género humano] la gloria de una victoria completa sobre las fuerzas del pecado y la muerte”⁵⁷.

Después de seis horas en la cruz, Jesús exclamó: “Consumado es, se ha hecho tu voluntad”⁵⁸. El Salvador dio vuelta la última página de Su vida terrenal. Su sacrificio por nosotros se había cumplido; el costo incomparable quedó satisfecho; ¡se cumplió con las exigencias de la ley de la justicia!

Cuando las Escrituras se refieren al Getsemaní y al Gólgota, tenemos la prudencia de permitirles simbolizar la totalidad de Su sacrificio, el cual comenzó en el Getsemaní, culminó en la cruz y se completó cuando se levantó de la tumba. Con gran frecuencia, el Salvador se refiere a Su crucifixión al hablar de Su expiación perfecta. Él ha dicho: “Soy Jesucristo, el Hijo de Dios, que fui crucificado por los pecados del mundo, sí, por cuantos crean en mi nombre”⁵⁹. “Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y que después de ser levantado sobre la cruz, pudiese atraer a mí mismo a todos los hombres”⁶⁰.

El élder Neal A. Maxwell enseñó: “Cuando Jesús vuelva en majestuosidad y poder extraordinarios, en por lo menos una de Sus apariciones, vendrá con vestiduras rojas, para recordarnos que Él derramó Su sangre para expiar nuestros pecados (véanse Doctrina y Convenios 133:48; Isaías 63:1). Su voz se escuchará al declarar, de nuevo, cuán solo estuvo una vez: ‘He pisado yo solo el lagar [. . .] y nadie estuvo conmigo’ (Doctrina y Convenios 133:50).

“Cuanto más sepamos acerca de la expiación de Jesús, tanto más lo glorificaremos a Él, y tanto más glorificaremos Su expiación infinita y Su naturaleza con humildad y alegría. Nunca nos cansaremos de rendirle homenaje por Su bondad y Su amorosa benevolencia. ¿Durante cuánto tiempo hablaremos de esa manera de nuestra gratitud por Su expiación? Las Escrituras nos indican que ‘para siempre jamás’ (véase Doctrina y Convenios 133:52)”⁶¹.

Su muerte y resurrección

Al ser el Hijo de Dios, Jesucristo mismo decidió dar Su vida para poder levantarnos; nadie podía quitársela⁶². Él fue el primero en toda la historia del género humano en levantarse de la tumba.

El primer día de la semana, algunas mujeres fueron al sepulcro a fin de llevar las especias aromáticas que habían preparado para Su sepultura. La piedra se hallaba removida y el sepulcro estaba vacío. Encontraron a dos varones con vestiduras resplandecientes. Cuando las mujeres cayeron a tierra, los ángeles les preguntaron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado”⁶³. Poco después, se apareció a Sus apóstoles y les brindó un testimonio individual de Su resurrección: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo”⁶⁴. Después, “apareció a más de quinientos hermanos a la vez”⁶⁵. Tras Su resurrección, se apareció y ministró a dos mil quinientos hombres, mujeres y niños en las Américas. Debido a que Él vive y se levantó de la tumba, todo el género humano resucitará. “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”⁶⁶.

La resurrección de nuestro amado Salvador nos libró de un destino eterno de desdicha; Jacob enseñó que “si la carne no se levantara más, nuestros espíritus tendrían que estar sujetos a ese ángel que cayó de la presencia del Dios Eterno [. . .], y nuestros espíritus habrían llegado a ser como él [. . .], para ser separados de la presencia de nuestro Dios y permanecer con el padre de las mentiras, en la miseria como él”⁶⁷.

Cómo nos regocijamos en el triunfo de nuestro Redentor! “He aquí, la resurrección de Cristo redime al género humano, sí, a toda la humanidad, y la trae de vuelta a la presencia del Señor. Sí, y lleva a efecto la condición del arrepentimiento, que aquel que se arrepienta no será talado y arrojado al fuego”⁶⁸.

Puesto que la resurrección es real y sabemos que los cuerpos que yacen en la tierra regresarán completos y perfectos, ciertamente vemos que, mediante el arrepentimiento, los pecados pueden ser perdonados y las almas, redimidas. Rebosemos por siempre de maravilla, gratitud y loor ante la sagrada expiación del Salvador.

Un domingo por la mañana, en junio de 1999, acompañé al élder David B. Haight, que era miembro del Cuórum de los Doce y por entonces tenía 92 años de edad, a grabar un mensaje especial de su testimonio del Salvador Jesucristo.

Mientras lo acompañaba, me habló en cuanto a una experiencia muy sagrada y real que había tenido hacía diez años. Por lo general, las experiencias personales y sagradas que confirman nuestra fe en Jesucristo se conservan en reserva, pero en una ocasión, el élder Haight se había sentido inspirado a compartir una breve parte de su experiencia en una conferencia general.

“Mientras aún oraba, empecé a perder el conocimiento. La sirena de la ambulancia es lo último que recuerdo haber oído antes de caer en la total inconsciencia, la cual duró los siguientes días.

El terrible dolor espantoso y la conmoción de las personas cesaron; ahora me hallaba en un entorno calmo y apacible; todo era serenidad y quietud [. . .].

No oí ninguna voz, pero me di cuenta de que estaba ante una presencia santa y en un ambiente santo. Durante las horas y los días que siguieron, se imbuyó en mi mente una y otra vez la misión eterna y la posición exaltada del Hijo del Hombre. Les testifico que Él es Jesús el Cristo; el Hijo de Dios; el Salvador de todos; el Redentor de toda la humanidad; Aquel que concede amor, misericordia y perdón infinitos; la Luz y la Vida del mundo. Yo sabía dicha verdad antes; nunca lo dudé ni me lo pregunté; pero ahora sabía esas verdades divinas de un modo extraordinario, gracias a las impresiones del Espíritu en mi corazón y en mi alma.

Se me mostró una vista panorámica de Su ministerio terrenal [. . .], con detalles vívidos, que confirmaban los relatos de los testigos oculares de las Escrituras. Se

me enseñó y se abrieron los ojos de mi entendimiento por medio del Santo Espíritu de Dios, de modo que pudiese contemplar muchas cosas”.

Tras describir esas escenas con cierto detalle, el élder Haight concluyó:

“No puedo siquiera empezar a transmitirles el profundo impacto que tales escenas han confirmado en mi alma. Percibo el significado eterno de ellas y me doy cuenta de que ‘nada de todo el Plan de Salvación se compara en modo alguno en importancia con el más trascendental de todos los acontecimientos, el cual es el sacrificio expiatorio de nuestro Señor; eso es lo más importante que ha ocurrido en la historia total de las cosas creadas; es el sólido fundamento sobre el cual descansan el Evangelio y todas las demás cosas’”⁶⁹.

Su regreso prometido

Me conmueve el alma pensar en el glorioso día del regreso del Salvador a la tierra. ¡Será algo majestuoso! Su alcance y grandeza, y su vastedad y magnificencia excederán todo lo que el ojo humano haya visto o experimentado jamás.

acostado en un pesebre”⁷⁰, sino que aparecerá “en las nubes del cielo, revestido de poder y gran gloria, con todos los santos ángeles”⁷¹. Escucharemos “voz de arcángel [. . .] y [la] trompeta de Dios”⁷². El sol y la luna se transformarán, “y las estrellas serán arrojadas de sus lugares”⁷³. Usted y yo, o quienes lo siguen, “los santos [. . .] de los cuatro extremos de la tierra”⁷⁴, “serán vivificados [. . .] y arrebatados para recibirlo”⁷⁵; y quienes hayan muerto en rectitud, también “serán arrebatados para recibirlo en medio [. . .] del cielo”⁷⁶.

Luego, sucederá algo que podría parecer imposible: El Señor dice: “Toda carne me verá juntamente”⁷⁷. ¿Cómo ocurrirá eso? No lo sabemos, pero testifico que sucederá exactamente como fue profetizado. Nos arrodillaremos en señal de reverencia “y el Señor emitirá su voz, y todos los confines de la tierra la oirán”⁷⁸; “será [. . .] como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos”⁷⁹. Entonces, “el Señor [. . .], el Salvador, estará en medio de su pueblo”⁸⁰.

Habrà reuniones inolvidables entre los ángeles del cielo y los santos en la tierra⁸¹. No obstante, lo más importante será que, tal como declara Isaías, “todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”⁸², y que Él “reinará sobre toda carne”⁸³.

En aquel día, los escépticos se callarán, “porque todo oído [. . .] oirá, y toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará”⁸⁴ que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor del mundo.

Yo he llegado a conocerlo y sentir Su presencia. Testifico con certeza que Él vive.

Notas

1. Mateo 27:22.
2. Otra pregunta importante se encuentra en Mateo 22:42.
3. 2 Corintios 5:17; véase también Mosíah 27:24-26.
4. Abraham 3:27; Moisés 4:2.
5. Lucas 23:46.
6. Doctrina y Convenios 45:44.
7. 3 Nefi 11:10-11.
8. 3 Nefi 11:14.
9. Véase Mosíah 15:7.
10. Doctrina y Convenios 18:10-11.
11. Job 38:7.
12. Moisés 4:2.
13. Abraham 3:27.
14. Moisés 4:2.
15. Doctrina y Convenios 19:18.
16. Véanse Mosíah 3:8; Alma 7:10-12; Mateo 1:18-23; Lucas 1:27-38.
17. Mosíah 3:7.
18. Véase 2 Nefi 9:7-9.
19. Véase Alma 34:16.
20. Véase Alma 34:15-16.
21. Mosíah 2:21.
22. Véanse 2 Corintios 5:21; TJS, Hebreos 7:25-26; 1 Pedro 2:21-24.
23. Hebreos 4:15.
24. Mosíah 3:7.
25. Doctrina y Convenios 88:6.
26. C. S. Lewis, *Mere Christianity*, Nueva York: Collier Books, 1960, pág. 142; cursiva agregada.
27. Véanse Mateo 4:3-11; Marcos 1:12-13; Lucas 4:1-12. Nótese que ése no fue el fin de los esfuerzos de Satanás por tentar a Cristo; véase Lucas 4:13.
28. Mateo 4:8.
29. Juan 12:13.
30. Juan 12:10.
31. Juan 12:23.
32. Juan 12:27.
33. Juan 12:27.
34. Véase Marcos 14:17-25.
35. Véase Mateo 26:26-28.
36. Juan 13:15.
37. Juan 13:34.
38. Véase Mateo 26:30, 36.
39. Véase Mateo 26:36-38.
40. Véase Lucas 22:41.
41. Mateo 26:37-39.
42. Marcos 14:36.
43. TJS, Lucas 22:43-44.
44. Mosíah 3:7; véase también Doctrina y Convenios 19:18.
45. Alma 7:12.
46. Marcos 14:33; véase también TJS, Marcos 14:36-38.
47. Enseñanza impartida por el élder Neal A. Maxwell en una conversación personal.
48. Doctrina y Convenios 76:107.
49. Doctrina y Convenios 19:18.
50. Isaías 53:5.
51. Véanse Juan 18:12; Marcos 14:65; 15:16-20.
52. Véase Juan 19:16-17.

53. Juan 19:4
54. Véase Mateo 27:22.
55. Véase TJS, Mateo 27:35, en Mateo 27:33 nota a al pie de página.
56. Lucas 23:44.
57. James E. Talmage, Jesús el Cristo, pág. 695. Véase también Jeffrey R. Holland, “Nadie estuvo con Él”, Liahona, mayo de 2009.
58. Véase TJS, Mateo 27:54 en la nota a al pie de página de Mateo 27:50; véase también Juan 19:30.
59. Doctrina y Convenios 35:2.
60. 3 Nefi 27:14.
61. Neal A. Maxwell, “Enduring Well”, Ensign, abril de 1997.
62. Véase Juan 10:18.
63. Lucas 24:5-6.
64. Lucas 24:39.
65. 1 Corintios 15:6.
66. 1 Corintios 15:55.
67. 2 Nefi 9:8-9.
68. Helamán 14:17-18.
69. David B. Haight, “La Santa Cena y el sacrificio”, Liahona, enero de 1990. En el último párrafo se cita al élder Bruce R. McConkie.
70. Lucas 2:12.
71. Doctrina y Convenios 45:44.
72. 1 Tesalonicenses 4:16.
73. Doctrina y Convenios 133:49.
74. Doctrina y Convenios 45:46.
75. Doctrina y Convenios 88:96.
76. Doctrina y Convenios 88:97.
77. Doctrina y Convenios 101:23.
78. Doctrina y Convenios 45:49.
79. Doctrina y Convenios 133:22.
80. Doctrina y Convenios 133:25.
81. Véase Moisés 7:63.
82. Isaías 52:10.
83. Doctrina y Convenios 133:25.
84. Doctrina y Convenios 88:104.

Capítulo 9

La fe abre el camino, luego sigue el arrepentimiento

Mientras asistía a Seminario en la escuela secundaria, tenía una amiga que se sentaba enfrente de mí. Era inteligente y amable, y tenía una personalidad cordial. Rara vez nos veíamos fuera de Seminario. Durante mi último año de la escuela secundaria, llegamos a conocernos en la clase de Seminario y hablamos sobre muchas cosas que nos resultaban significativas.

Mi amiga parecía tener el deseo de hacer lo correcto y guardar los mandamientos, aunque, al mismo tiempo, tenía dificultades para ser obediente a éstos de modo constante. En Seminario hablaba de su amor por Dios y por el Evangelio, pero luego, a menudo los lunes por la mañana, me enteraba de lo que había hecho el fin de semana y de sus dificultades para observar la Palabra de Sabiduría y cumplir con otras normas de la Iglesia. En ocasiones, me hablaba sobre sus fines de semana; parecía lamentarse por lo que había hecho y quería mejorar. Yo la alentaba hablándole sobre la fuerza de voluntad, el escoger los

amigos correctos, el no involucrarse en ciertas situaciones y el saber decir “no”. Al parecer, apreciaba el ánimo brindado, pero continuaba haciendo lo mismo mes tras mes; hablaba sobre querer cambiar y arrepentirse, pero aquello jamás parecía suceder.

Si conversara con ella hoy, le hablaría menos acerca de los pasos que se requieren para el arrepentimiento, y mucho más acerca de la fuente y del poder de su capacidad de cambiar, de arrepentirse y de ser perdonada. Le hablaría sobre su fe en Jesucristo¹. Trataría de ayudarla a darse cuenta de que si edificaba su conocimiento y su creencia en Cristo, y fortalecía su fe en Él, entonces su confianza y seguridad en Él acarrearía poder: el poder de Él para ayudarla a fortalecerse y cambiar su conducta².

Amulek

Me encanta la historia de Amulek. Recordarán que, después de que Alma hubo dejado la ciudad de Ammoníah al pensar que allí no había nadie que quisiera escuchar su mensaje, un ángel del Señor lo envió de regreso. “Y [. . .] al entrar en la ciudad [. . .], dijo a un hombre: ¿Quieres dar algo de comer a un humilde siervo de Dios?”.

Amulek respondió a Alma: “Soy nefita, y sé que eres un santo profeta de Dios, porque tú eres el hombre de quien un ángel dijo en una visión: Tú lo recibirás”³.

Alma fue a casa de Amulek y permaneció con él muchos días. ¿Imaginan las enseñanzas y experiencias que Alma habrá compartido con Amulek? Alma fortaleció la fe de Amulek en Jesucristo antes de que fueran juntos a predicar al pueblo de Ammoníah.

En una de las primeras ocasiones en que enseñaba, al llegar el turno de Amulek de hablar, éste explicó que era un hombre de no poca reputación en Ammoníah, y luego añadió: “No obstante todo esto, nunca he sabido mucho acerca de las sendas del Señor ni de sus misterios ni de su maravilloso poder. Dije que nunca había sabido mucho de estas cosas; mas he aquí, me equivoco, porque he visto mucho de sus misterios y de su maravilloso poder [. . .]. Sin embargo, endurecí mi corazón, porque fui llamado muchas veces, y no quise oír; de modo que sabía concerniente a estas cosas, mas no quería saber”⁴.

Siempre me han intrigado las palabras de Amulek: “Sabía concerniente a estas cosas, mas no quería saber”. Mi amiga de Seminario conocía las respuestas a las preguntas del maestro de Seminario, pero desconocía la fortaleza y el poder

que podía recibir como persona si acudía a Cristo y edificaba su fe en Él. Sabía, mas no quería saber.

Para cambiar quién era y llegar a ser un gran creyente, Amulek tuvo que tomar aquello que había aprendido, aquello que se le había dicho, aquello que conocía de manera intelectual, y abrir el corazón de manera espiritual. Luego puso en práctica aquello que aprendió de manera espiritual. El fortalecimiento de su fe en el Salvador produjo los cambios que necesitaba. Curiosamente, unos ocho años después, lo encontramos con Alma enseñando al pueblo al que se conocía como “zoramitas”, quienes se hallaban en una situación similar en el aspecto espiritual al pueblo de Ammoníah ocho años antes. Sin embargo, las personas a las que ahora enseñaban eran pobres y los zoramitas más ricos las habían tratado de forma injusta; no obstante, el problema espiritual era el mismo.

Antes de hablar con ellas sobre el arrepentimiento, Amulek las invitó a entender mejor la fuente y el poder que les ayudarían a cambiar. Amulek dice: “Hemos visto que el gran interrogante que ocupa vuestras mentes es si la palabra está en el Hijo de Dios, o si no ha de haber Cristo”⁵; luego confirma lo que Alma ya les ha enseñado, “que la palabra está en Cristo para la salvación”⁶.

Y testifica de Jesucristo: “Yo sé que Cristo vendrá entre los hijos de los hombres para tomar sobre sí las transgresiones de su pueblo, y que expiará los pecados del mundo”⁷.

Además, explicó las razones por las que se requería una Expiación y que, sin ella, todos perecerían: “Porque es preciso que haya un gran y postrer sacrificio” y que “debe ser un sacrificio infini infinito y eterno”⁸, recalcando que es dicha Expiación lo que “trae la salvación a cuantos crean en su nombre”⁹. Amulek explica que ese extraordinario don del Hijo de Dios “pon[e] en efecto las entrañas de misericordia, que sobrepujan a la justicia y proveen a los hombres la manera de tener fe para arrepentimiento”. Emplea la expresión “fe para arrepentimiento” cuatro veces en tres versículos.

“Y así la misericordia satisface las exigencias de la justicia, y ciñe a los hombres con brazos de seguridad; mientras que aquel que no ejerce la fe para arrepentimiento queda expuesto a las exigencias de toda la ley de la justicia; por lo tanto, únicamente para aquel que tiene fe para arrepentimiento se realizará el gran y eterno plan de la redención. Por tanto [. . .], Dios os conceda empezar a ejercitar vuestra fe para arrepentimiento”¹⁰.

El arrepentimiento comienza por la fe en Jesucristo

A fin de arrepentirnos, tenemos que creer que Dios nos perdonará y luego realizar las acciones que sean necesarias para cambiar. El presidente Henry B. Eyring dijo: “La fe [. . .] no es simplemente saber que Dios puede hacer algo; la fe es saber que Él lo hará”¹¹.

El arrepentimiento debe comenzar por la fe en Jesucristo. El profeta Alma enseñó a los zoramitas de qué modo la fe en la palabra -la cual está en Cristo- a medida que se nutre, crecerá de una semilla a un brote, y después a un fuerte árbol de fe en Cristo¹².

La fe es multidimensional; tiene profundidad y amplitud. La fe de usted o bien crece, o bien disminuye. La fe crece y se fortalece en nuestro interior conforme nosotros deseamos creer, meditamos la palabra de Dios, aumentamos la sinceridad y la frecuencia de nuestras oraciones, nos arrepentimos y guardamos los mandamientos, y experimentamos el poder del Señor Jesucristo en nuestra vida. Alma comienza sus enseñanzas sobre la fe en el capítulo 32 con estas palabras: “Si despertáis y aviváis vuestras facultades hasta experimentar con mis palabras, y ejercitáis un poco de fe, sí, aunque no sea más que un deseo de creer, dejad que este deseo obre en vosotros, sí, hasta creer de tal modo que deis cabida a una porción de mis palabras”¹³. Luego habla de sembrar esa semilla en nuestro corazón, sin desecharla por la incredulidad, y permitirle que nos ensanche el alma e ilumine nuestro entendimiento¹⁴.

Alma pregunta: “¿No fortalecerá esto vuestra fe? [. . .]. Por haber probado el experimento y sembrado la semilla, y porque esta se hincha, y brota, y empieza a crecer, sabéis por fuerza que la semilla es buena”¹⁵. Enseguida, Alma relaciona tal experiencia con el aumento del entendimiento espiritual en nuestro interior: “¿No es esto verdadero? Os digo que sí, porque es luz; y lo que es luz, es bueno, porque se puede discernir”¹⁶.

La fe es algo que crece y, a medida que crece, usted recibe dones celestiales y poder, así como la capacidad de hacer lo que no podría hacer sin ella.

La fe es algo que crece y, a medida que crece, usted recibe dones celestiales y poder, así como la capacidad de hacer lo que no podría hacer sin ella.

El autor de Hebreos dijo: “La fe es la certeza de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven”¹⁷. La fe brinda certeza. Conforme nutrimos nuestra fe al tomar decisiones rectas, recibimos las evidencias de su realidad en nuestra vida; sabemos que es real. Tales evidencias que reconocemos como dones espirituales que no teníamos anteriormente nos permiten tener una

mayor fe. Nuestra fe en Jesucristo se edifica sobre sí misma, experiencia tras experiencia, sentimiento tras sentimiento, confirmación tras confirmación.

El presidente Henry B. Eyring explicó de qué modo nos impulsa a actuar ese conocimiento: “Será necesario tener una fe inquebrantable en el Señor Jesucristo para escoger el camino que conduce a la vida eterna. Es mediante el uso de esa fe que podemos conocer la voluntad de Dios. Y es mediante el ejercicio de esa fe en Jesucristo que podemos resistir la tentación y obtener el perdón por medio de la Expiación”¹⁸.

Jacob y Enós

Considere el conmovedor ejemplo de Enós: Las enseñanzas de su padre, Jacob, “penetraron [el] corazón [de Enós] profundamente”¹⁹. Jacob había nacido “en el desierto” y “ha[bía] [. . .] padecido aflicciones y mucho pesar en [su] infancia”²⁰. Lehi, padre de Jacob y abuelo de Enós, describió a su hijo Jacob como alguien que conocía “la grandeza de Dios”, y le prometió que Dios “consagrar[ía] [sus] aflicciones para [su] provecho”²¹.

El Jesús preterrenal había visitado a Jacob²² y éste llegó a ser un gran defensor de la causa de Cristo, y declaró: “Sabíamos de Cristo y su reino, que había de venir” y “trabajamos diligentemente [. . .] a fin de persuadi[r] [a todos] a venir a Cristo”²³.

Piense en la enseñanza y el testimonio que penetraron profundamente el corazón de Enós: “Recordad [la grandeza del] Santo de Israel [. . .]; ¡apartaos de vuestros pecados! Sacudid de vosotros las cadenas de aquel que quiere ataros fuertemente; venid a aquel Dios que es la roca de vuestra salvación”²⁴.

Piense en el modo en que se enseñó a Enós sobre el Salvador mucho antes de que Jesús hubiera sido bebé, en Belén. Él sabía acerca de Su naturale naturaleza y Sus atributos, Su expiación infinita²⁵ y la promesa de Su resurrección. Enós, por medio de las enseñanzas de su padre y a través de sus propios esfuerzos por ser discípulo de Jesucristo, rebotaba de fe en Cristo.

Actuando de conformidad con la fe que había cultivado y las enseñanzas arraigadas profundamente en su corazón, se arrodilló y oró con verdadera intención.

Tras orar hasta entrada la noche, “vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido.

“Y yo [. . .] sabía que Dios no podía mentir; por tanto, mi culpa fue expurgada. Y dije yo: Señor, ¿cómo se lleva esto a efecto? Y él me dijo: Por tu fe en Cristo, a quien nunca jamás has oído ni visto”²⁶.

La fe en Cristo brinda el poder de iniciar el arrepentimiento verdadero

Para experimentar los milagros de Dios y experimentar el profundo arrepentimiento que conduce al perdón, se comienza por edificar un cimiento seguro de fe en Jesucristo. La fe en Cristo brinda el poder que se necesita para iniciar el arrepentimiento verdadero. El presidente Joseph Fielding Smith dijo: “Si realmente entendiéramos y pudiéramos sentir aunque fuera en menor grado el amor y la misericordiosa disposición de Jesucristo de sufrir por nuestros pecados, estaríamos dispuestos a arrepentirnos de todas nuestras transgresiones y a servirle”²⁷.

Si usted ve que repite los mismos errores y lucha dificultosamente por ser firme en su deseo de cambiar, exprese al Padre Celestial su amor por Él y afiance su fe en el Señor Jesucristo. Aprenda de Él, estudie sobre Su sagrada expiación y piense con detenimiento en lo que Él sufrió por usted. Guarde Sus mandamientos más concienzudamente. Le prometo que, conforme usted haga su parte para edificar la fe en el Salvador, el cielo incrementará ese don de la fe, y usted tendrá la fortaleza espiritual para arrepentirse de sus pecados y no volver a ellos.

A medida que su fe aumente, y conforme el poder y los dones de Dios obren en su interior, percibirá en lo profundo de su ser la capacidad y la ayuda divina para cambiar su comportamiento. Tendrán un mayor deseo y una mayor fortaleza para guardar los mandamientos y desechar aquello que no aporte el bien a su vida. Al hacer esas cosas, repentinamente habrá otro poder: el poder de Cristo y Su expiación, lo que brindará un perdón creciente por los pecados del pasado. Comenzará a sentir Su aprobación debido a lo que está haciendo. Entonces, de manera milagrosa, a veces rápidamente, y otras, lentamente, sentirá el don de Su perdón. Le confirmo que el amor del Salvador por usted es seguro; Él jamás se arrepentirá de la promesa que le extiende. A medida que usted haga su parte día tras día y abandone sus pecados, le prometo que se retirarán la culpa y el pesar que se han introducido tanto en su espíritu debido a los actos equivocados que ha cometido, y se sentirá limpio y puro ante Él²⁸.

Notas

1. Véase 2 Nefi 31:19-21.
2. Véanse Mosíah 3:19; Filipenses 4:13.
3. Alma 8:19-20.
4. Alma 10:5-6.

5. Alma 34:5.
6. Alma 34:6.
7. Alma 34:8.
8. Alma 34:10.
9. Alma 34:15.
10. Alma 34:15-17.
11. Véase Henry B. Eyring, “Debemos elevar nuestras miras”, en *La enseñanza en Seminario: Lecturas de preparación para el maestro*, 2006.
12. Véase Alma 32.
13. Alma 32:27.
14. Véase Alma 32:27-28.
15. Alma 32:30, 33.
16. Alma 32:35.
17. TJS, Hebreos 11:1.
18. Véase Henry B. Eyring, “La preparación espiritual: Comiencen con tiempo y perseveren”, *Liahona*, noviembre de 2005.
19. Enós 1:3.
20. 2 Nefi 2:1.
21. 2 Nefi 2:2.
22. Véase 2 Nefi 11:3.
23. Jacob 1:6-7.
24. 2 Nefi 9:41, 45.
25. Véase 2 Nefi 2.
26. Enós 1:5-8.
27. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph Fielding Smith, 2013, pág. 94.
28. Véase Mosíah 4:2-3

Capítulo 10

Sólo por medio del Padre y del Hijo

Nuestros esfuerzos por arrepentirnos y el maravilloso don del perdón sólo pueden tener lugar a través de nuestra relación con Dios. Al tener un corazón quebrantado y un espíritu contrito, nuestros primeros pensamientos y acciones deben conducirnos a arrodillarnos y confesar la tristeza que sintamos por lo que hayamos hecho, prometer que tenemos la determinación de regresar a la senda que sabemos que es la correcta y rogar la ayuda de nuestro Padre Celestial en el nombre de su Hijo Jesucristo. Suplicamos que podamos hacer los cambios que sean necesarios, que nuestro Padre vea nuestro arrepentimiento verdadero, y que recibamos Su aprobación y Su perdón. Tales conversaciones sinceras con nuestro Padre Celestial, que se ofrecen en el nombre de Su Santo Hijo, son la esencia misma de nuestro arrepentimiento y perdón.

El arrepentimiento requiere que reconozcamos nuestros pecados primeramente ante nuestro Padre Celestial y ante nuestro Salvador Jesucristo¹. De manera sorprendente, algunas personas que tienen esperanzas de arrepentirse y recibir el perdón comienzan sus esfuerzos sinceros admitiendo su culpa y pesares a sus amigos y familiares, ingresando a programas para la recuperación de adicciones o procurando alivio mediante la psicoterapia. Todo aquello puede resultar de ayuda y, en el caso de los pecados graves, también se requiere la confesión a la

debida autoridad eclesiástica, pero es sólo por medio de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo que podemos recibir el don del perdón². No será de provecho tratar de buscar el perdón en sitios donde no se recibirá el perdón divino. El dinero, las influencias, el poder y la fama significan mucho en el mundo, pero no brindarán los dones del cielo.

A veces, atribuimos a algún efecto alguna causa determinada, cuando, en realidad, éstos no se relacionan en absoluto. Hace algunos años, mi esposa, Kathy, se encontraba con nuestros nietos mientras los padres habían salido. Nuestro nieto de cuatro años empujó con fuerza a su hermano menor. Después de consolar al pequeñito que lloraba, ella se volvió al niño de cuatro años y le preguntó suavemente: “¿Por qué empujaste a tu hermanito?”. Él miró a su abuelita y le respondió: “Lo siento, Mimi; perdí mi anillo de HLJ y no puedo hacer lo justo”³.

Reconocer nuestros pecados ante Dios

Es posible que llevar la cuenta de las cosas que debemos hacer durante el proceso de arrepentimiento a modo de recordatorio nos sea útil, pero sólo nos ayudará si también tomamos la determinación más importante: comunicarnos directamente con nuestro Padre Celestial. Cuando nuestras acciones han ofendido a Dios, hemos de acudir a Él en primera instancia, así como a lo largo de la senda del arrepentimiento. Ese acto de escuchar y hablar de manera muy sincera e intensa con nuestro Padre Celestial no es complicado, aunque no siempre es sencillo. Enós lo describió como una lucha en el interior de su espíritu: “Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a él con potente oración y súplica por mi propia alma; y clamé a él todo el día; sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos”⁴.

De los santos justos que escucharon el elocuente discurso del rey Benjamín se nos dice que “habían caído a tierra”, y que se veían a sí mismos como “menos que el polvo de la tierra”⁵. El pasaje de las Escrituras luego indica: “Y todos a una voz clamaron, diciendo: ¡Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo!”⁶.

Recuerden la impactante experiencia de Alma, hijo, cuando explicó que estaba “agobia[do] [por un] tormento [y lo] atribulaba el recuerdo de [sus] muchos pecados”. Justo en ese momento, recordó a su padre hablar sobre Jesucristo; recordó que su padre dijo que Jesucristo vendría a la tierra “para expiar los pecados del mundo”⁷.

Alma, hijo, narra: “Y al concentrarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!”⁸.

Ése es el modelo a seguir desde el principio de la tierra. Un ángel que enseñó a Adán y Eva sobre los sacrificios les explicó que debían “arrepentir[se] e invoca[r] a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás”⁹.

Clamar al Señor

Debemos comprender que comenzamos a recibir la expiación de Jesucristo en nuestra vida a través de nuestras oraciones; comienza conforme acudimos al Padre en el nombre de Su Hijo; comienza tan pronto como pedimos con verdadera intención.

El autor de Hebreos lo expresó de este modo: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro”¹⁰.

Cuando nos acercamos confiadamente, lo hacemos de manera sincera, sin falsedades, sin encubrir nuestros pecados ante nuestro Padre Celestial, sino, más bien, expresándolos y comprendiendo el pesar y el dolor que éstos han causado a nuestro Salvador, a otras personas y a nosotros mismos. Confiadamente significa que nos acercamos con la determinación de cambiar y regresar de un modo más pleno a la senda que nuestro Salvador nos ha mostrado. Nos acercamos dándonos cuenta de que el gran don del perdón llegará sólo mediante la gracia y el poder del Salvador Jesucristo, y de ninguna otra manera.

Acudimos al Señor en oración, tal como Amulek enseña: a fin de “empezar a ejercitar vuestra fe para arrepentimiento, para que empecéis a implorar su santo nombre, a fin de que tenga misericordia de vosotros; sí, imploradle misericordia, porque es poderoso para salvar. Sí, humillaos y persistid en la oración a él. Clamad a él cuando estéis en vuestros campos, sí, por todos vuestros rebaños. Clamad a él en vuestras casas, sí, por todos los de vuestra casa, tanto por la mañana, como al mediodía y al atardecer. Sí, clamad a él contra el poder de vuestros enemigos. Sí, clamad a él contra el diablo, que es el enemigo de toda rectitud [. . .]. Mas esto no es todo; debéis derramar vuestra alma en vuestros aposentos, en vuestros sitios secretos y en vuestros yermos. Sí, y cuando no estéis clamando al Señor, dejad que rebosen vuestros corazones, entregados

continuamente en oración a él por vuestro bienestar, así como por el bienestar de los que os rodean”¹¹.

Nos acercamos dispuestos a ofrecer nuestra alma entera a Dios. En el breve libro de Omni, Amalekí nos ruega: “Quisiera que vinieseis a Cristo, el cual es el Santo de Israel, y participaseis de su salvación y del poder de su redención. Sí, venid a él y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda”¹².

Ofrecer nuestra alma entera a Dios

Ofrecer nuestra alma entera significa que no retenemos nada; no decimos: “Quiero abandonar este pecado, pero quiero aferrarme a aquel otro”. No nos excusamos diciendo: “He cometido errores, pero hay otros que son peores que yo”. Tampoco agregamos: “En realidad, no ha sido mía la culpa, pues otra persona ha influido demasiado en mí”. No nos autocompadecemos diciendo: “No soy una buena persona y Dios no quiere escucharme”. Más bien, nos acercamos confiadamente al trono de Dios; de manera sincera y franca, y con verdadera intención. No nos limitamos a expresar pesar, sino que escuchamos conforme el Padre nos guía en lo que debemos sentir y en lo que debemos hacer a continuación. Creemos completamente en la oración y en el arrepentimiento, totalmente, sabiendo que en esta experiencia tan difícil, nuestro espíritu será renovado, limpiado y refinado.

Ofrecer nuestra alma entera significa que no retenemos nada.

El escritor cristiano C. S. Lewis explicó: “Cristo dice: ‘Dame todo. No quiero ni parte de tu tiempo, ni parte de tu dinero, ni parte de tu trabajo; te quiero a ti [. . .]. No me basta con algo a medias. No quiero podar una rama por aquí y otra por allá; quiero talar el árbol completo [. . .]. Entrega todo tu yo natural; todos los deseos que creas inocentes, así como también los que creas inicuos; entrega todo el conjunto. Yo te daré a cambio un nuevo yo. De hecho, te daré de Mí: mi voluntad llegará a ser la tuya”¹³.

Existe un tremendo poder en el acto de orar en voz alta al acudir con humildad a nuestro Padre Celestial. El Señor ha dicho: “Y además, te mando que ores vocalmente así como en tu corazón”¹⁴.

José Smith escribe en cuanto a la mañana de la Primera Visión: “De acuerdo con esta resolución mía de recurrir a Dios, me retiré al bosque para hacer la prueba [. . .]. Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar vocalmente”¹⁵.

Al preparar y planificar nuestra comunicación con el Padre Celestial, le demostramos que tenemos verdadera intención. Por supuesto, en muchas ocasiones, nuestras expresiones son espontáneas; mas cuando apartamos deliberadamente un horario y un lugar significativos, al orar en voz alta y con verdadera intención, el poder de nuestras oraciones alcanza los cielos. Si procuramos un momento en el que no estaremos apresurados, buscamos un lugar tranquilo donde no se nos interrumpirá, “clamamos” a nuestro amoroso Padre Eterno en el sagrado nombre de Su Hijo y luego damos oído, sentiremos Su Espíritu y sabremos que Él nos oye y que Sus brazos de misericordia¹⁶ todavía están extendidos hacia nosotros¹⁷.

Al expresarnos en voz alta, el Espíritu del Santo Espíritu eleva nuestras palabras más allá de lo que éstas pueden hacer por sí solas. “Y asimismo, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos lo que hemos de pedir como es debido, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”¹⁸.

El Señor ha prometido: “Y acontecerá que el que pidiere en el Espíritu, recibirá en el Espíritu [. . .]. El que pide en el Espíritu, pide según la voluntad de Dios; por tanto, es hecho conforme a lo que pide”¹⁹.

Conforme añadimos esa gran humildad y fe a nuestras oraciones, podemos experimentar lo que experimentaron los discípulos en el Nuevo Mundo, cuando apareció Cristo: “Y [. . .] continuaban orando a él sin cesar [. . .]; y no multiplicaban muchas palabras, porque les era manifestado lo que debían suplicar, y estaban llenos de anhelo”²⁰. Sus anhelos eran ser limpios y puros ante el Señor, y recibir la aprobación de Él.

El Señor responde nuestras oraciones. En el relato de 1832 de la primera visión de José Smith, éste narra cómo se sintió después de que Cristo le dijo que sus pecados eran perdonados: “Mi alma se llenó de amor y por muchos días me regocijé con gran gozo y el Señor estuvo conmigo”²¹.

Debemos recordar que ciertos pecados graves requieren tanto clamar a Dios como confesarse a un juez común en Israel; lo cual se tratará en un capítulo posterior, pero jamás hemos de olvidar que la confesión no elimina la necesidad crucialmente importante de comunicarnos de modo directo con nuestro Padre Celestial.

El élder Neal A. Maxwell enseñaba con frecuencia en cuanto a someter nuestra voluntad a la voluntad del Padre Celestial. Dijo: “La sumisión de nuestra

voluntad es la única cosa exclusivamente personal que tenemos para colocar sobre el altar de Dios; las muchas otras cosas que le ‘damos’ [. . .] son, en realidad, las cosas que Él nos ha dado o prestado a nosotros. Sin embargo, cuando ustedes y yo finalmente nos sometemos a nosotros mismos al permitir que nuestra voluntad sea absorbida en la voluntad de Dios, es entonces cuando en verdad le damos algo; ¡es la única posesión que verdaderamente es nuestra y, por tanto, podemos dar!”²².

Sé por mí mismo, independientemente de cualquier otra persona de la tierra, que a medida que acudimos a nuestro Padre Celestial de manera franca y sincera, con un deseo profundo de conciliar nuestra voluntad con la verdad, sentimos Su aprobación y Su amor, y Su Espíritu nos insta a avanzar.

Notas

1. Véanse Mosíah 26:29; Mateo 3:6; Hechos 19:18; Santiago 5:16; Doctrina y Convenios 19:20; 58:43; 61:2; 64:7.
2. Véanse, por ejemplo, Mateo 9:2-7; Doctrina y Convenios 110:4-5.
3. Neil L. Andersen, “Es verdadero, ¿no es así? Entonces, ¿qué importa lo demás?”, Liahona, mayo de 2007.
4. Enós 1:4.
5. Mosíah 4:1, 2.
6. Mosíah 4:2.
7. Alma 36:17.
8. Alma 36:18.
9. Moisés 5:8.
10. Hebreos 4:16.
11. Alma 34:17-23, 26-27.
12. Omni 1:26.
13. C. S. Lewis, Mere Christianity, Nueva York: Simon and Schuster, 1996, pág. 169.
14. Doctrina y Convenios 19:28.
15. José Smith-Historia 1:14.
16. Véanse Jacob 6:5; Mosíah 16:12; 29:20; Alma 5:33; 29:10; 3 Nefi 9:14.
17. Véanse Salmos 136:12; Isaías 5:25; 9:12; 10:4.
18. Romanos 8:26.
19. Doctrina y Convenios 46:28, 30.
20. 3 Nefi 19:24.
21. “History, circa Summer 1832”, pág. 3, The Joseph Smith Papers, recuperado el 8 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpapers.org/paper-summary/history-circa-summer-1832/3>.
22. Véase Neal A. Maxwell, “. . . Absorbida en la voluntad del Padre”, Liahona, enero de 1996.

Capítulo 11

La garganta del diablo

Aunque no debemos preocuparnos de forma excesiva pensando en Satanás y sus propósitos, al considerar de manera sincera nuestro deseo de arrepentirnos y de seguir al Salvador de un modo más estrecho, tenemos que entender que las fuerzas del adversario tratarán de frustrar nuestra determinación.

“Todo lo que es bueno viene de Dios, y lo que es malo viene del diablo; porque el diablo es enemigo de Dios, y lucha contra él continuamente, e invita e induce a

pecar y a hacer lo que es malo sin cesar”¹. Aunque las tentaciones a pecar de Lucifer se presentan habilidosamente de modo que parezcan razonables, en realidad, “él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno, no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan”².

Ante nuestros esfuerzos por arrepentirnos y recibir de manera más plena el amor de Dios y el perdón de nuestros pecados, el inicuo extiende sus engaños con la esperanza de hacernos volver a nuestros pecados. El profeta José Smith enseñó: “Cuanto más se acerque al Señor la persona, mayor poder manifestará el adversario para impedir que se cumplan Sus propósitos”³.

El ser a quien llamamos Lucifer era “un ángel de Dios que tenía autoridad delante de Dios”, pero “se rebeló contra Dios y procuró usurpar el reino de nuestro Dios y su Cristo”⁴. Jesús declaró que éste “no ha permanecido en la verdad [. . .], porque es mentiroso”⁵; Satanás quiere que seamos “miserables como él”⁶.

Conforme comenzamos a invocar a Dios en oración pidiendo que el poder de la expiación del Sal Salvador entre en nuestra vida, Satanás, con la atrayente y seductora voz del pecado, trata de evitar que sigamos adelante.

Los engaños

Su primera tentación es decirnos que no hay necesidad de arrepentirse; y susurra: “Esas acciones a las cuales llaman pecados no son pecados en lo absoluto, sino, más bien, son sucesos comprensibles en el mundo que nos rodea”. “Y a otros los pacificará y los adormecerá con seguridad carnal, de modo que dirán: Todo va bien [. . .] y les cuenta que no hay infierno; y [. . .] dice: Yo no soy el diablo, porque no lo hay”⁷.

Para quienes desean arrepentirse, esas astutas palabras con frecuencia son ineficaces, pues han visto la tristeza y el pesar que sus pecados han producido, y han sentido la culpa y el dolor de hacer lo malo. Saben que se necesita un cambio.

El engañador tiene otras aseveraciones, y susurra sutilmente a la persona que desea arrepentirse que ésta no es capaz de hacer lo necesario para traer a efecto el perdón, o peor aún, le dice que no es digna de la ayuda de Dios. El adversario instiga sentimientos de desesperación, de falta de esperanza, la idea de que “eso quizá funcione para algunos, pero yo soy tan débil, he fallado tanto en la vida,

que es imposible para mí; yo estoy destinado a quedar excluido de la vida eterna con mi Padre Celestial y con Jesucristo”.

Para vencer tales desalentadoras palabras de desesperanza, debemos acudir a nuestro Padre Celestial en oración y a las palabras de nuestro Salvador Jesucristo: “¿No os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane? Sí, en verdad os digo que si venís a mí, tendréis vida eterna. He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí”⁸.

Si usted tiene la determinación sincera de regresar a su Padre Celestial, no se le impedirá acceder al don divino del perdón. Con el deseo de brindarle la esperanza que necesita, Jesús narró la parábola del hijo pródigo. Humillado por el vacío de “vivi[r] perdidamente”, el hijo “volvi[ó] en sí”⁹. Comprendió su error; supo que debía cambiar. Dijo: “Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”¹⁰.

Las Escrituras indican que entonces “se levantó y fue a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello y le besó”¹¹.

Le prometo que, sin importar el vacío y la indignidad que sienta, nuestro Padre Celestial y Su Hijo Amado le esperan¹². El sufrimiento del Salvador, el pago que Él hizo por el pecado, fue por usted, así como por quienes considere que son más dignos que usted. La expiación de Jesucristo puede elevarle de las profundidades de su condición actual.

La tentación de demorar el arrepentimiento

Otra tergiversación que el adversario emplea contra la persona que desea arrepentirse es su engañosa invitación a postergar o demorar el arrepentimiento. El presidente Henry B. Eyring dijo: “Esa tentación de demorar procede de nuestro enemigo Lucifer. Él sabe que nunca podremos ser verdaderamente felices a menos que tengamos esperanza en esta vida, y después, en la siguiente, la realización de la vida eterna, el mayor de todos los dones de Dios [. . .]. Y así, Satanás nos tienta con la desidia todos los días de nuestra probación. Cualquier decisión de demorar el arrepentimiento le da la oportunidad de robar la felicidad de uno de los hijos procreados en espíritu por nuestro Padre Celestial”¹³.

tío Escrutopo, un secuaz del diablo, enseña a su sobrino, Orugario, quien es un tentador inexperto, cómo evitar que un mortal que comienza a considerar el arrepentimiento prosiga en tal senda de rectitud. “Falta considerar cómo podemos

revertir esa catástrofe. Lo mejor es evitar que haga algo; mientras no lo lleve a la práctica, no importa cuánto piense sobre ese nuevo arrepentimiento. Deja que el animalito se atormenta al respecto [. . .]. Déjale hacer lo que sea, salvo actuar; por enorme que sea la piedad que imagine o sienta, no nos perjudicará a nosotros, en tanto la mantengamos apartada de su voluntad. Como ha dicho uno de los humanos, los hábitos activos se fortalecen mediante la repetición, mientras que los pasivos se debilitan. Cuanto más frecuentemente sienta sin actuar, menos capaz será de llegar a actuar alguna vez y, con el tiempo, menos capaz será de sentir”¹⁴.

Pedro describió al tentador valiéndose de una metáfora impactante: “Sed sobrios, y velad, porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”¹⁵.

La influencia del adversario no es nada en comparación con el poder de Dios

He pensado en cómo compara Pedro a Lucifer con un león rugiente. Un león rugiente en el zoológico es peligroso, pero sólo si entramos en la jaula con él. Sin nuestra voluntad, el poder del adversario es muy limitado.

Si seguimos la senda de la rectitud, no debemos preocuparnos demasiado por la influencia del adversario. Nefi explicó que “[Satanás] no tiene poder sobre el corazón del pueblo, porque el pueblo mora en rectitud”¹⁶. Él no tiene ningún poder que pueda emplear contra nosotros, a menos que lo permitamos. El apóstol Santiago [Jacobo] enseñó: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros”¹⁷.

El padre de las mentiras aclama su influencia, pero nada se compara con el poder de Dios. Después de la experiencia que tuvo Moisés al estar cara a cara con Dios y desfallecer físicamente, vino Satanás y dijo: “Moisés, hijo de hombre, adórame”.

Un león rugiente en el zoológico es peligroso, pero sólo si entramos en la jaula con él. Sin nuestra voluntad, el poder del adversario es muy limitado.

“Moisés miró a Satanás, y le dijo: ¿Quién eres tú? [. . .] No hubiera podido ver a Dios, a menos que su gloria me hubiera cubierto y hubiera sido transfigurado ante él. Pero yo puedo verte a ti según el hombre natural”¹⁸.

Moisés, por medio del poder del sacerdocio, mandó a Lucifer: “Retírate de mí, Satanás, porque solamente a este único Dios adoraré, el cual es el Dios de gloria. En el nombre del Unigénito, retírate de aquí, Satanás [. . .]; y se apartó de allí”¹⁹.

La Garganta del Diablo

Mientras vivíamos en Brasil, mi esposa Kathy y yo visitamos las Cataratas del Iguazú en varias ocasiones, a las que se describe como el mayor sistema de saltos de agua del mundo. Posee entre 150 y 300 saltos separados, dependiendo de la época del año y del flujo del agua. Cerca de la mitad del agua del río que las nutre cae por un cañón de unos ochenta o noventa metros de ancho, y unos setenta u ochenta metros de profundidad, que se denomina “la Garganta del Diablo”. Resulta sobrecogedor observar las cataratas desde la parte inferior y sentir la increíble cantidad de agua que cae por el cañón hasta el río que está abajo.

Al preguntar a mis amigos brasileños al respecto, nunca se me ha contestado concretamente en cuanto a cómo o por qué aquella impresionante parte de las Cataratas del Iguazú ha recibido el nombre “la Garganta del Diablo”. Por lo tanto, he aquí mi propia interpretación. Inmediatamente encima del salto, las aguas son calmas en extremo; si no se oyera el sonido de la cercana catarata, podríamos creer que estamos ante la tranquilidad de un lago de montaña. Pero entonces, de repente, el agua alcanza el borde y millones de litros se desploman sobre las rocas de abajo.

Asimismo, Lucifer obra de una manera muy astuta y sutil; sus incitaciones seductoras son tan atractivas, y sus engañosas promesas de felicidad son tan cautivadoras, que no podemos imaginar que sus tentaciones no nos darán ni paz ni sosiego. De repente, las consecuencias de su seducción se desploman sobre nosotros y nos hallamos en la Garganta del Diablo.

Con fe en nuestro Salvador Jesucristo, las tentaciones de Lucifer se desvanecen ante nosotros y, con el tiempo, las vemos aborrecibles. Jesucristo llega a ser nuestro cimiento, la roca sobre la cual estamos edificadas. “Recordad, [. . .] recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga poder para arrastraros al abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificadas, que es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán”²⁰.

En virtud de la comisión que he recibido de Jesucristo, le aseguro que el Salvador tiene el poder de elevarle por encima de las influencias del adversario. Usted es un hijo o una hija de Dios; Él le ama de manera absoluta. Su propósito es abrazar

el don del arrepentimiento y recibir la sagrada bendición del perdón. No desespere; sea diligente en su fe en Cristo y en su determinación de arrepentirse y, mediante la gracia de Cristo, llegará a ser la persona que desea llegar a ser.

Notas

1. Moroni 7:12.
2. Moroni 7:17.
3. Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, Salt Lake City: Bookcraft, 1967, pág. 132.
4. Doctrina y Convenios 76:25, 28.
5. Juan 8:44.
6. 2 Nefi 2:27.
7. 2 Nefi 28:21-22.
8. 3 Nefi 9:13-14.
9. Lucas 15:13, 17.
10. Lucas 15:18.
11. Lucas 15:20; véase también el capítulo 1: “El gozo de llegar a estar limpio”.
12. Véanse 2 Nefi 26:33; Apocalipsis 3:20.
13. Henry B. Eyring, “No demores”, *Liahona*, enero de 2000.
14. C. S. Lewis, *The Screwtape Letters*, Nueva York: Scribner, 1996, págs. 60-61.
15. 1 Pedro 5:8.
16. 1 Nefi 22:26.
17. Santiago 4:7.
18. Moisés 1:12-14.
19. Moisés 1:20-22.
20. Helamán 5:12.

Capítulo 12

La doble tiranía que quiere impedir nuestro arrepentimiento

Al considerar la necesidad que tenemos de arrepentirnos, las voces del temor y del orgullo nos incitan a ignorar o postergar lo que sabemos en nuestro interior que debemos hacer.

¿Ha acudido a su mente alguno de los siguientes pensamientos?

- *No creo que pueda hacerlo.*
- *Mis amigos me abandonarán.*
- *He llegado demasiado lejos como para poder cambiar.*
- *Mis errores no son tan malos.*
- *Hay otras personas que son mucho peores que yo.*
- *No quiero confesarlo todo.*

- *No quiero pasar vergüenza frente a los demás.*
- *Puedo limitarme a empezar hacer lo correcto; el pasado desaparecerá.*
- *No confío del todo en quienes desean ayudar.*
- *Con fuerza de voluntad, puedo lograrlo por mi cuenta.*
- *Cambiaré más adelante, cuando mi vida sea diferente.*
- *Tengo que hacerlo solo.*
- *Si lo intento y fracaso, estaré peor de lo que estoy ahora.*
- *Los detalles de lo que tendré que confesar serán demasiado decepcionantes para mis seres queridos.*

Hay muchas palabras que describen las barreras que surgen cuando consideramos venir a Cristo de manera más plena: justificación, falta de sinceridad, ignorancia, ingratitud, fe insuficiente. Para simplificar cómo vemos tales barreras y poder dismantelarlas y acelerar nuestro progreso, podemos agruparlas con alguno de los dos tiranos que luchan por impedir nuestro arrepentimiento: el temor y el orgullo. Se trata de una doble tiranía, puesto que los dos obran en conjunto con la esperanza de evitar que tomemos las importantes decisiones que nos conducirán a Jesucristo. De inmediato, el temor y el orgullo intentan neutralizar los pensamientos positivos de fe y de oración, así como nuestra determinación de llegar a ser la persona que Dios quiere que seamos.

El orgullo falso y los temores erróneos se relacionan por causa de nuestras inseguridades terrenales, las cuales Satanás trata de explotar contra nosotros de manera constante. El orgullo puede generar o aumentar nuestros temores; y a la vez, a de manera más plena: justificación, falta de sinceridad, ignorancia, ingratitud, fe insuficiente. Para simplificar cómo vemos tales barreras y poder dismantelarlas y acelerar nuestro progreso, podemos agruparlas con alguno de los dos tiranos que luchan por impedir nuestro arrepentimiento: el temor y el orgullo. Se trata de una doble tiranía, puesto que los dos obran en conjunto con la esperanza de evitar que tomemos las importantes decisiones que nos conducirán a Jesucristo. De inmediato, el temor y el orgullo intentan neutralizar los pensamientos positivos de fe y de oración, así como nuestra determinación de llegar a ser la persona que Dios quiere que seamos.

El orgullo falso y los temores erróneos se relacionan por causa de nuestras inseguridades terrenales, las cuales Satanás trata de explotar contra nosotros de manera constante. El orgullo puede generar o aumentar nuestros temores; y a la vez, a menudo reaccionamos a los temores con orgullo, equivocadamente. Por lo general, las personas que muestran mucho orgullo están colmadas de grandes temores y, con frecuencia, el temor aumenta la humana aparición del orgullo.

Esa combinación perjudicial nos impide sentir el Espíritu del Señor; si no cuidamos nuestros pensamientos y sentimientos, los tiranos “temor” y “orgullo” podrían controlarnos. Ciertamente es que no siempre elegimos sentir dichas emociones negativas, pero podemos aprender a gobernarlas y controlarlas. Podemos aprender cómo evitar los pensamientos y las emociones incorrectas que Satanás pone en nuestro camino a fin de impedir que nos arrepintamos o sintamos el amor y el perdón de Dios.

El temor

Una de las definiciones del temor es muy positiva: el temor del Señor. “Su misericordia es de generación en generación a los que le temen”¹; “El principio de la sabiduría es el temor a Jehová”². Tal como lo explica la Guía para el Estudio de las Escrituras, dicho temor significa admiración o reverencia³.

Por otra parte, en las Escrituras se nos manda más de cien veces: “No temáis” o “No tengáis miedo”. La primera respuesta de Adán después de haber transgredido fue que tuvo miedo, y que dicho miedo lo llevó a esconderse de Dios en lugar de buscarlo⁴. El pecado obstaculiza la confianza que nuestro Padre Celestial quiere que recibamos de Él y que tengamos en Él. Considere el siguiente consejo del Señor:

“No temas [. . .], yo te socorreré, dice Jehová, tu Redentor, el Santo de Israel”⁵.

“Jehová [. . .] va delante de ti; él estará contigo; no te dejará ni te desampará; no temas ni te intimides”⁶.

“¡Tened ánimo! ¡Yo soy, no tengáis miedo!”⁷.

“No temas, cree solamente”⁸.

“No nos ha dado Dios espíritu de cobardía”⁹.

“En el amor no hay temor”¹⁰.

“No temáis, y desechad todo pecado”¹¹.

“No temo lo que el hombre haga”¹².

“No debiste haber temido al hombre más que a Dios”¹³.

“No temáis, rebañito; haced lo bueno; aunque se combinen en contra de vosotros la tierra y el infierno, pues si estáis edificadas sobre mi roca, no pueden prevalecer [. . .]. Mirad hacia mí en todo pensamiento”¹⁴.

“Existían temores en vuestros corazones, y en verdad, esta es la razón por la que no [. . .] recibisteis [. . .]; despoj[aos] de toda envidia y temor”¹⁵.

El “amor echa fuera el temor”

¿Podemos vencer el temor que sentimos? Por supuesto que sí. El remedio para el temor se encuentra tanto en el Nuevo Testamento como en el Libro de Mormón: “El perfecto amor echa fuera el temor”¹⁶.

El élder Dieter F. Uchtdorf explicó: “El amor perfecto de Cristo nos permite andar con humildad, dignidad y una firme seguridad como seguidores de nuestro amado Salvador. El amor perfecto de Cristo nos da seguridad para superar nuestros temores y poner toda nuestra confianza en el poder y la bondad de nuestro Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo”¹⁷.

El remedio para el temor se encuentra tanto en el Nuevo Testamento como en el Libro de Mormón: “El perfecto amor echa fuera el temor”.

El élder David A. Bednar se ha referido a cómo calmar y disipar nuestros temores. Calmar nuestros temores implica que, aunque tal vez éstos no desaparezcan por completo, pueden aplacarse y controlarse. “Se disipa el miedo mediante un conocimiento correcto del Señor Jesucristo y la fe en Él [. . .]. El conocimiento correcto del Señor y la fe en Él nos dan la fuerza para calmar nuestros temores, porque Jesucristo es la única fuente de paz duradera. Él declaró: ‘Aprende de mí y escucha mis palabras; camina en la mansedumbre de mi Espíritu, y en mí tendrás paz’ (D. y C. 19:23) [. . .].

“¿Podemos calmar los temores que tan fácilmente y con frecuencia nos acosan en nuestro mundo contemporáneo? La respuesta a esta pregunta es un sí inequívoco. Tres principios básicos son fundamentales para recibir esa bendición en nuestra

vida: (1) acudir a Cristo, (2) edificar sobre el fundamento de Cristo y (3) seguir adelante con fe en Cristo”¹⁸.

Calmar nuestros temores es el primer paso para finalmente poder echarlos fuera mediante el amor perfecto de Cristo.

¿Cómo tiene lugar eso? A medida que aprendemos espiritualmente de Él y sobre Sus dones eternos para nosotros, sentimos el amor que Él nos tiene; y lo amamos; “nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”¹⁹. Tal amor engendra esperanza y fe en Jesucristo y en Su expiación. Recibimos Su poder para ayudarnos a cambiar nuestra vida. Comprendemos que no se trata sólo de que pueda perdonar nuestros pecados, sino de que ciertamente los perdonará al nosotros venir a Él de una manera más plena. El consejo de Nefi cobra vida en nosotros: “Debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres”²⁰. Y “pedi[mos] al Padre con toda la energía de [nuestros] corazones, que se[amos] llenos [del amor puro de Cristo] que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo”²¹.

El orgullo

El orgullo también puede tener más de un significado. En tanto seamos humildes, el tener orgullo por los logros de los hijos o el elogio de los logros alcanzados son señales de amor y de aliento. Aquel que es Padre de todos nosotros encomió a Su Hijo con estas palabras: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”²².

El otro aspecto del orgullo, el del orgullo como tirano desagradable, se refiere a tener un concepto envanecido de nosotros mismos mientras mantenemos una opinión inferior sobre Dios; es decir, la persona sobrevalora su propia importancia²³. El orgullo nos distancia del primer mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente; así como del segundo, el de amar al prójimo como a nosotros mismos²⁴, y centra nuestro amor más directamente en nuestra propia persona.

Podemos ver el gran defecto del orgullo cuando Satanás habló en nuestro concilio preterrenal, diciendo: “Heme aquí, envíame a mí. Seré tu hijo y redimiré a todo el género humano, de modo que no se perderá ni una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra”²⁵. En un solo versículo, podemos ver el uso excesivo de las alusiones a la palabra yo: “Heme [a mí] [. . .]. [Yo] seré tu hijo y [. . .] [yo] redimiré a todo el género humano [. . .]; [yo] lo haré [. . .], dame

[a mí] tu honra”. Se trata de una lección que todos debemos aprender y de un peligro que ha de mantenernos atentos para que no bajemos la guardia durante la vida. En el momento en el que pensamos que el orgullo ya no constituye un problema, tal es el momento en el que se convierte en un problema.

El élder Quentin L. Cook explica cómo el orgullo afecta la manera de pensar del mundo: “Uno de los aspectos singulares y problemáticos de nuestra época es que muchas personas participan en conductas pecaminosas pero rehúsan considerarlas como tales. No tienen remordimiento ni la voluntad de reconocer su conducta como moralmente incorrecta. Incluso algunos que profesan una creencia en el Padre y el Hijo asumen erróneamente la postura de que un Padre Celestial amoroso no debe imponer consecuencias a conductas que son contrarias a Sus mandamientos”²⁶.

Luego añade estas palabras que se atribuyen a Robert Louis Stevenson: “Tarde o temprano, todo el mundo tiene que enfrentar las consecuencias”²⁷.

El presidente Ezra Taft Benson ha dicho que el orgullo, en sus formas más graves, coloca “nuestra voluntad en contra de la de Dios. Cuando dirigimos nuestro orgullo contra Él, tenemos la actitud de decir: ‘Que se haga mi voluntad y no la Tuya’. Como dijo Pablo: ‘buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús’”²⁸.

El presidente Benson prosigue y explica que el orgullo puede impedirnos aceptar la autoridad de Dios y permitir que nos brinde dirección en nuestra vida. Dice: “Los orgullosos quieren que Dios esté de acuerdo con ellos; no tienen interés en cambiar de opinión para que la suya esté de acuerdo con la de Dios”²⁹.

Jesús dijo: “Yo hago siempre lo que a [Dios] le agrada”³⁰. Por otra parte, Juan se refirió a algunas personas para las cuales “la gloria de los hombres [significa más] que la gloria de Dios”³¹.

Lo opuesto al orgullo es la humildad. El sacerdote anglicano John R. W. Stott manifestó: “El orgullo es vuestro mayor enemigo; y la humildad, vuestro mejor amigo”.

A aquellos a quienes el Señor ama, Él disciplina³². Al recibir disciplina, tornamos nuestra atención más hacia Él y menos hacia nosotros mismos. Cuando era presidente de misión en Francia, con frecuencia escuchaba el dolor de los jóvenes misioneros que acababan de llegar al campo misional. La misión significaba otra cultura, otro idioma, el rechazo frecuente y un riguroso

cronograma a seguir. Durante las primeras semanas, a veces los misioneros expresaban sus emociones a través de las lágrimas: “Presidente, no creo que pueda lograrlo. No estoy acostumbrado a esto; es demasiado difícil. Extraño a mi familia. No sé el idioma. No me agrada todo este rechazo. No me acostumbro a la comida. Yo . . . Yo . . . Yo . . .” Aparecían las expresiones en primera persona. Al orar por aquellos misioneros, sentía que el Señor me decía: “Neil, no te lamente por ellos. Tú no los llamaste; Yo lo hice. Conforme se humillen y vengan a Mí, haré de ellos más de lo que podrían llegar a ser por su cuenta”. Y eso era precisamente lo que sucedía.

Llegar a ser como un niño pequeño

Durante Su ministerio terrenal, Jesús habló en cuanto al modo en que debemos llegar a ser como un niño: “Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos”³³.

Me resulta fascinante que, al visitar a los nefitas, el Salvador hablara sobre el volverse como un niño pequeño tanto antes como después del bautismo. Aquí aparece antes: “Y también os digo que debéis arrepentiros, y volveros como un niño pequeño, y ser bautizados en mi nombre, o de ninguna manera recibiréis estas cosas”.

Y conforme nos humillamos, nos preocupamos cada vez menos por sustentar nuestro propio ego y cada vez más por someter nuestra voluntad a la voluntad del Padre.

Y en el siguiente versículo, menciona esa admonición después del bautismo: “Y otra vez os digo que debéis arrepentiros, y ser bautizados en mi nombre, y volveros como un niño pequeño, o de ningún modo heredaréis el reino de Dios”³⁴.

El tener la humildad de un niño pequeño antes y después del bautismo, al reconocer la grandeza de nuestro Padre Celestial y nuestra necesidad de seguir a Su Hijo y guardar Sus mandamientos, nos permite ver las cosas como en verdad son. Y conforme nos humillamos, nos preocupamos cada vez menos por alimentar nuestro propio ego y cada vez más por someter nuestra voluntad a la voluntad del Padre.

Abinadí describió el modo en que el Salvador siguió a Su Padre. Dijo: “Aun de este modo será llevado, crucificado y muerto, la carne quedando sujeta hasta la muerte, la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre”³⁵. Ése es el ejemplo que debemos seguir.

Conforme relato la historia de Philippe Moreau³⁶, determine cuáles son las experiencias de éste en las que el temor y el orgullo lo detuvieron, y reflexione en las experiencias en las que el amor de él por el Salvador, el amor del Salvador por él, y su propia humildad le dieron fortaleza.

En 1989, se me llamó como presidente de la Misión Francia Burdeos, y llegamos a dicha ciudad en el mes de julio. La misión apenas se había abierto, y éramos la primera familia en vivir en la casa de la misión, a la que aún se estaba amoblando en aquel momento. En la casa de la misión se necesitaba un piano, y se nos recomendó visitar las tiendas de música locales en busca de uno. Nos parecía como si en cada tienda que entrábamos, el propietario, al ver nuestras placas misionales que indicaban “La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”, nos decía: “Conozco a uno de sus miembros; se llama Philippe Moreau”. Philippe era un concertista de piano de bastante reputación en Burdeos, y me llamó la atención que fuera tan franco en cuanto a sus creencias. Deseaba verlo pronto. Al no verlo, pregunté a los líderes de Burdeos en cuanto a Philippe Moreau. Cuando lo hice, se entristecieron de manera visible y me indicaron que ya no era miembro de la Iglesia. Me explicaron que se había unido a la Iglesia en la adolescencia y que había sido un ferviente discípulo del Salvador, pero que luego se había apartado de las enseñanzas del Señor.

Algunos meses después, recibí una llamada telefónica en la casa de la misión. La voz al otro lado de la línea indicó: “Hola, hermano Andersen. Soy Philippe Moreau”. Le dije que estaba muy feliz de escucharlo, puesto que había oído su nombre muchas veces. Nos invitó a Kathy y a mí a un concierto en el que tocaría el piano con el acompañamiento de la Orquesta Sinfónica de Burdeos. Me preguntó si podría hablar conmigo en alguna ocasión posterior al concierto. Asistimos al concierto y nos conmovimos ante su asombroso talento musical. Pude reunirme con él poco después. En la entrevista, me dijo que sabía que la Iglesia era verdadera y que esperaba algún día tener el valor para regresar a ella, pero que, en ese momento, se encontraba en una relación y no estaba listo para volver. Le dije que el Señor lo amaba, que nosotros lo amábamos y que esperábamos que regresara con nosotros.

Algunos meses después de aquella primera entrevista, se puso en contacto conmigo de nuevo. Se le notaba muy serio en esa conversación y, aunque no me

dijo que estaba enfermo, era evidente que quería cambiar su vida. Me manifestó que su vida había sido muy feliz cuando era un joven converso; habló sobre el poder que el Espíritu había derramado en su vida y dijo que le encantaba compartir el Evangelio. Indicó que recibió la bendición patriarcal y que en ésta se mencionaba la misión. Dijo: “Era un pianista con un futuro muy prometedor, y mis profesores señalaron que si no continuaba, perdería el ímpetu para progresar en lo musical. Rechacé la oportunidad de servir en una misión. Entonces agregó: “Hermano Andersen, lamentablemente, no progresé en absoluto como concertista de piano desde el momento en que rechacé la oportunidad de salir a la misión. En lugar de ello, me vi cada vez más atraído por sentimientos y por un estilo de vida que sabía que eran incorrectos, pero que hallaba difíciles de resistir. Poco después, me encontraba fuera de la Iglesia”. Me explicó su deseo de arrepentirse. “He puesto fin a la relación que tenía. Estoy tratando de guardar los mandamientos. ¿Qué debo hacer ahora?”. Puse a Philippe, mi nuevo amigo, en contacto con su presidente de rama, Jean Caussé, quien era el padre de Gérald Caussé, décimo quinto Obispo Presidente de la Iglesia. Fue un gran líder y un buen amigo para Philippe.

vi a Philippe Moreau prestar servicio como pianista mientras los miembros cantaban los himnos. Siempre me sentía feliz de verle, y podía percibir que él hallaba gozo en sus esfuerzos por volver a su fe.

Algún tiempo después, recibí una llamada del presidente de la rama, el hermano Caussé. Me dijo: “¿Tendría algo de tiempo para ir al hospital conmigo a ver a Philippe? Él ha pedido verle”. Antes de visitar el hospital, ignoraba la gravedad de la enfermedad de Philippe. El presidente Caussé me indicó que Philippe tenía SIDA y que se aproximaba al final de su vida. En aquella época, era muy difícil tratar el SIDA.

Aunque desee que su condición actual fuera diferente, no pierda la esperanza. Jamás es demasiado tarde para buscar al Salvador.

Mientras nos encontrábamos junto a su cama, le tomé las manos y vi cómo la tristeza y la desilusión le invadían los ojos. Me dijo: “Hermano Andersen, me estoy muriendo. ¿Qué implica eso para mí?” (aún era un hombre joven, de unos veintitantos años). Agregó: “Mi bendición patriarcal habla sobre hijos y nietos, pero yo no tendré ninguno. ¿Qué significa ello en cuanto a mi vida venidera? ¿Qué significa ello en cuanto a mi futuro? Le dijimos que el Salvador lo amaba y que nosotros lo amábamos. Preguntó: “¿Cuándo podré bautizarme de nuevo?”. Habiendo dialogado ya sobre el tema en el trayecto al hospital con el presidente Caussé, el presidente de rama, respondí a Philippe que si se recuperaba lo suficiente como para poder bautizarse, lo ayudaríamos a volver a ser miembro de la Iglesia. En caso contrario, efectuaríamos las ordenanzas por él en el templo.

Philippe compartió su testimonio de Jesucristo y del Evangelio restaurado, y nos habló de su deseo de guardar los mandamientos. Le recordé las hermosas palabras del Salvador: “Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible”³⁷. Oramos juntos y nos despedimos.

El hermano Philippe Moreau falleció a los pocos días. Sus ordenanzas se efectuaron a favor de él después del fallecimiento.

Hay experiencias tristes que nos hacen desear que pudiéramos regresar al pasado para cambiar las decisiones que han resultado en desilusiones. Aunque desee que su condición actual fuera diferente, no pierda la esperanza. Jamás es demasiado tarde para buscar al Salvador. Testifico que Su amor, Sus brazos que se extienden para recibirle y Su preocupación eterna por el alma de usted son absolutos y fidedignos.

Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás”³⁸.

Notas

1. Lucas 1:50.
2. Salmos 111:10.
3. Véase Guía para el Estudio de las Escrituras, “Temor”.
4. Véase Génesis 3:10.
5. Isaías 41:14.
6. Deuteronomio 31:8.
7. Mateo 14:27.
8. Marcos 5:36.
9. 2 Timoteo 1:7.
10. 1 Juan 4:18.
11. Alma 7:15.
12. Moroni 8:16.
13. Doctrina y Convenios 3:7.
14. Doctrina y Convenios 6:34, 36.
15. Doctrina y Convenios 67:3, 10.
16. 1 Juan 4:18; véase también Moroni 8:16.
17. Dieter F. Uchtdorf, “El perfecto amor echa fuera el temor”, Liahona, mayo de 2017.
18. David A. Bednar, “Por tanto, calmaron sus temores”, Liahona, mayo de 2015.
19. 1 Juan 4:19.
20. 2 Nefi 31:20.
21. Moroni 7:48.
22. Mateo 3:17; 17:5; 2 Pedro 1:17; véanse también Marcos 1:11; 3 Nefi 11:7.
23. Véanse 1 Nefi 12:18; Proverbios 19:18; Marcos 7:21-23; 1 Juan 2:16; Doctrina y Convenios 38:39.
24. Véase Mateo 22:37-39.
25. Moisés 4:1.
26. Véase Quentin L. Cook, “Valientes en el testimonio de Jesús”, Liahona, noviembre de 2016.
27. Robert Louis Stevenson, en Carla Carlisle, “A Banquet of Consequences”, Country Life, 6 de julio de 2016, pág. 48. La señora Carlisle atribuye la cita a Robert Louis Stevenson, aunque algunos la atribuyen a otras personas. Tal como se emplea en Quentin L. Cook, “Valientes en el testimonio de Jesús”, Liahona, noviembre de 2016.
28. Véase Ezra Taft Benson, “Cuidaos del orgullo”, Liahona, julio de 1989.
29. Véase Ezra Taft Benson, “Cuidaos del orgullo”.
30. Juan 8:29.
31. Juan 12:43.
32. Véanse Hebreos 12:5; Doctrina y Convenios 95:1.
33. Mateo 18:2-4.
34. 3 Nefi 11:37-38; cursiva agregada.

35. Mosíah 15:7.
36. Experiencia personal; se ha cambiado el nombre.
37. Mateo 19:26.
38. Juan 11:25-26

Capítulo 13

Los desvíos en el camino que conduce al perdón

Todos hemos estado alguna vez en alguna carretera importante en dirección a algún destino determinado, cuando de repente, debido a obras de construcción, a algún accidente desafortunado o a condiciones adversas en el camino, nos encontramos con un cartel que indica: “Desvío”. Entonces, abandonamos la carretera principal con la esperanza de que los caminos del desvío tengan indicaciones claras y nos conduzcan pronto de regreso a donde podamos proseguir el viaje con éxito y llegar al destino deseado.

En una ocasión, mi esposa Kathy y yo visitamos a los santos de la ciudad de Baguio, en la región norte de Filipinas. El domingo, tras haber finalizado la conferencia de la Estaca San Fernando, emprendimos el viaje bien pasado el mediodía junto al élder Keith Edwards y la hermana Judith Edwards, con la idea de llegar a la casa de la Misión Filipinas Ángeles alrededor de las 20:00 h. Al conocer el carácter en ocasiones “todoterreno” de la conducción en Filipinas, contábamos con un capacitado chofer para la furgoneta. Éste trabajaba hacía mucho tiempo en la oficina del Área y había recorrido aquellas carreteras muchas veces. Emprendimos un agradable viaje a través del hermoso paisaje rural, pero después de algo de tiempo, ante el aumento del tráfico, determinamos que tomaríamos un desvío, creyendo que eso nos llevaría a destino mucho más rápidamente.

No obstante, sucedió todo lo contrario. Enseguida oscureció; y la carretera en la que viajábamos no tenía ninguna iluminación. El camino nos era muy poco familiar y nos sentíamos renuentes a salir de la furgoneta, ni siquiera para un breve descanso.

Al percibir cierto peligro, el conductor se detuvo repentinamente, y encendió las luces largas para iluminar la carretera más adelante. Justo frente a nosotros, había un foso enorme en medio del camino. Si hubiéramos proseguido tan sólo unos metros más, nuestra travesía nocturna habría terminado con la furgoneta dentro de aquel gran foso. No había iluminación, ni casas, ni carteles que indicaran el peligroso hoyo en la carretera. Cuando finalmente llegamos a la casa de la Misión Ángeles esa noche, eran las 22:00 h. Estábamos cansados, teníamos

hambre y nos sentíamos incómodos, pero estábamos a salvo. El conductor se sentía muy mal por haber tomado el desvío. Durante los años siguientes, todos reíamos al hablar de aquella desafortunada experiencia. El desvío muy poco familiar y nos sentíamos renuentes a salir de la furgoneta, ni siquiera para un breve descanso.

Al percibir cierto peligro, el conductor se detuvo repentinamente, y encendió las luces largas para iluminar la carretera más adelante. Justo frente a nosotros, había un foso enorme en medio del camino. Si hubiéramos proseguido tan sólo unos metros más, nuestra travesía nocturna habría terminado con la furgoneta dentro de aquel gran foso. No había iluminación, ni casas, ni carteles que indicaran el peligroso hoyo en la carretera. Cuando finalmente llegamos a la casa de la Misión Ángeles esa noche, eran las 22:00 h. Estábamos cansados, teníamos hambre y nos sentíamos incómodos, pero estábamos a salvo. El conductor se sentía muy mal por haber tomado el desvío. Durante los años siguientes, todos reíamos al hablar de aquella desafortunada experiencia. El desvío nos había impedido llegar a tiempo a nuestro destino y nos había causado obstáculos que jamás hubiéramos imaginado.

El camino que conduce al perdón es una senda espiritual. El profeta Jacob lo describió de esta manera: “Venid al Señor, el Santo. Recordad que sus sendas son justas. He aquí, la vía para el hombre es angosta, mas se halla en línea recta ante él; y el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente, y no hay otra entrada sino por la puerta; porque él no puede ser engañado, pues su nombre es el Señor Dios”¹.

A veces, al comenzar nuestro camino hacia el perdón mediante el arrepentimiento, nos vemos distraídos por algunos desvíos; aunque éstos no bloqueen totalmente nuestro trayecto al perdón, pueden retrasarlo de manera considerable. Si no tenemos cuidado, los obstáculos nos disuadirán, nos desalentarán y nos apartarán de la dirección en la que deseábamos ir. Permítame mencionar cuatro desvíos que debemos evitar.

Desvío nro. 1: El arrepentimiento es el castigo del pecado

Nosotros no tenemos la capacidad de pagar por nuestros propios pecados. El arrepentimiento es exactamente lo opuesto al castigo; el arrepentimiento alivia la culpa, el pesar y el sufrimiento que causa el pecado. Jesucristo pagó por todos los pecados del mundo; nuestro arrepentimiento no paga ni una pizca de los que nosotros hemos cometido. La expiación de Jesucristo cumplió con todas las exigencias de la justicia de manera perfecta y cabal. Debemos centrar nuestra

atención en Él y en valorar Su sufrimiento. Si nos preocupamos por haber pagado o padecido lo suficiente o no por nuestros pecados, se truncará nuestra capacidad de arrepentirnos y de sentirnos perdonados, lo cual acarreará un doloroso desaliento.

Ninguna persona puede sufrir para pagar por sus pecados, aunque sí sufrirá a causa de ellos. Siempre hay un castigo al pecar, mas el castigo, el sufrimiento y el pesar son ocasionados por el pecado, y no por el arrepentimiento.

Ninguna persona puede sufrir para pagar por sus pecados, aunque sí sufrirá a causa de ellos. Siempre hay un castigo al pecar, mas el castigo, el sufrimiento y el pesar son ocasionados por el pecado, y no por el arrepentimiento. Cuando alguien padece cáncer y necesita someterse a cirugía, la cirugía no es la causa del sufrimiento, sino el cáncer. La operación es una dificultad temporal, pero el villano es el cáncer, no la operación. Es el pecado lo que ocasiona el sufrimiento, y no el arrepentimiento.

El arrepentimiento abre la ventana a la luz y al poder, permitiendo que el Salvador pague el precio de nuestro pecado. El arrepentimiento es la forma en la que venimos al Salvador y le permitimos a Él pagar el precio de nuestro pecado y asumir el castigo en nuestro lugar. Alma enseñó a su hijo Coriantón: “Mas el arrepentimiento no podía llegar a los hombres a menos que se fijara un castigo, igualmente eterno como la vida del alma, opuesto al plan de la felicidad, tan eterno también como la vida del alma. Y, ¿cómo podría el hombre arrepentirse, a menos que pecara? ¿Cómo podría pecar, si no hubiese ley? Y, ¿cómo podría haber una ley sin que hubiese un castigo? Mas se fijó un castigo, y se dio una ley justa, la cual trajo el remordimiento de conciencia al hombre”².

Habrà sufrimiento conforme comprendamos los errores que hemos cometido. El presidente Spencer W. Kimball enseñó: “Si no hay dolor ni sufrimiento por [o debido a] nuestros errores, no puede haber arrepentimiento. El camino hacia el perdón es a través del arrepentimiento, y el camino hacia el arrepentimiento es a través del sufrimiento, y ese camino debe mantenerse despejado. De no ser así, las transgresiones invadirán el camino y finalmente lo ocuparán por completo de nuevo”³.

El élder D. Todd Christofferson dijo: “Por sí solo, el sufrimiento a causa del pecado no cambia nada para mejor. Únicamente el arrepentimiento conduce a las soleadas elevaciones de una vida mejor; y, por supuesto, sólo mediante el arrepentimiento obtenemos acceso a la gracia expiatoria de Jesucristo y a la salvación”⁴. El sufrimiento no paga por nuestros propios pecados.

El presidente James E. Faust, quien prestó servicio en la Primera Presidencia y como Apóstol del Señor Jesucristo durante veintiocho años, me llamó como presidente de estaca en Florida y luego me asesoró ampliamente mientras servía con él en los comités de la Iglesia y, más adelante, mientras prestaba servicio en su querido Brasil.

En la sesión del domingo por la mañana de la Conferencia General de octubre de 1997, el presi presidente Faust habló sobre el pesar que sentía por una pequeña omisión en que había incurrido de muchacho para con su abuela⁵: había permitido que ésta fuera al leñero a recoger leña en vez de acudir presto a ayudarla. Habían transcurrido más de setenta años; sin embargo, él lo recordaba y había sufrido por ello. Su sufrimiento no era el pago de su pequeño pecado, sino, más bien, se debía a la culpa y al dolor que sentía por no haber sido la persona que consideraba que tendría que haber sido a esa temprana edad. Más adelante, escribió las siguientes palabras en un hermoso himno que se titula: “El Cristo es”, en el que se cuantifican simbólicamente las gotas de sangre derramadas, lo cual, por supuesto, es imposible, teniendo en cuenta los trillones de almas que han vivido. “Una oración: Getsemaní, ¡cuán alto precio Él pagó por mí! ¡Qué gran amor! ¡Cuánto sufrió! Por mí Su sangre derramó el Señor”⁶.

Es cierto que hay sufrimiento al arrepentirse, pero dicho sufrimiento no es ningún castigo, ni tampoco paga el precio del pecado en cuestión. Rogamos que lo poco que padecemos al arrepentirnos nos haga humildes, nos ablande el corazón, y aumente nuestro entendimiento y gratitud por el precio que ha pagado nuestro Redentor por nosotros. Debemos depositar nuestra confianza en el Salvador Jesucristo, “confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar”⁷.

Desvío nro. 2: El arrepentimiento es una lista de acciones

El élder David A. Bednar narró un ejemplo extremadamente claro en cuanto a ver el arrepentimiento como una lista de acciones. Dijo: “Cuando era rector de BYU-Idaho, hablé con un obispo que me relató la siguiente experiencia. Había recibido la confesión de una persona joven que manifestó: ‘Cometí actos de inmoralidad el viernes por la noche. Hablar con usted es lo último que me resta hacer en mi lista. Ahora que he confesado ante usted, me siento fantástico’”. El élder Bednar entonces explicó: “Eso no es arrepentimiento. Aunque la persona confiese, no será arrepentimiento verdadero a menos que participe el Redentor. En este caso, se trataba de una confesión que no incluía al Redentor”⁸. Por supuesto, quienes leen el presente libro jamás ofenderían el proceso del arrepentimiento y del perdón del modo en que lo hizo aquella joven persona,

pero tenemos que ser prudentes en cuanto a ver el proceso como una lista de acciones.

Si no se incluye el nombre de Jesucristo en ellos, tales pasos pueden convertirse en una lista de acciones carente del poder espiritual al que tenemos acceso.

De niños, en la Primaria, aprendíamos los cinco pasos del arrepentimiento⁹; sin embargo, a menudo no se mencionaba la función del Redentor en dichos pasos. Si no se incluye el nombre de Jesucristo en ellos, tales pasos pueden convertirse en una lista de acciones carente del poder espiritual al que tenemos acceso¹⁰. Al referirse al nombre de la Iglesia, el presidente Russell M. Nelson ha dicho: “Cuando desechamos el nombre del Salvador, desdeñamos sutilmente todo lo que Jesucristo hizo por nosotros, incluso Su expiación”¹¹.

A continuación, se explica cómo podríamos incluir el nombre del Salvador en los cinco pasos del arrepentimiento:

- Reconocer que lo que he hecho mal ha ofendido a Jesucristo.
- Sentir remordimiento porque mis acciones han ofendido a Dios, han causado que Jesucristo sufriera y han ocasionado sufrimiento a los hijos de Dios.
- Tomar la resolución de cambiar mi conducta, comprendiendo que mi fuerza de voluntad no es suficiente. Sin la ayuda de Jesucristo, no tengo ningún poder para arrepentirme.
- Reformarme, cambiar, arrepentirme y apelar a la gracia de Jesucristo, a Su misericordia y a Su poder para que éstos me ayuden a no volver a repetir la transgresión.
- Efectuar restitución a quienes haya causado daño y ofendido y, lo que es más importante, al Salvador, Quien sufrió los pesares de todos. De esa manera, me estoy arrepintiendo verdaderamente.

Existe un paso más que arroja luz sobre nuestra perspectiva en cuanto a cómo ver el arrepentimiento: Confiar en el Redentor y depender de Él. Los cinco pasos cobran vida cuando se centran en Jesucristo.

Desvío nro. 3: El arrepentimiento es meramente detener las conductas incorrectas

El tercer desvío en la senda al perdón es creer que todo lo que tenemos que hacer es detener o cambiar el mal proceder. Siempre he admirado a quienes tienen la

fuerza de voluntad y la autodisciplina para dejar algún mal hábito o alguna conducta equivocada. No obstante, para lograr el arrepentimiento y el perdón verdaderos, no basta con dar el muy difícil paso de abandonar el comportamiento incorrecto. El presidente Ezra Taft Benson lo expresó de manera clara: “Ni el hombre más recto y probo podrá salvarse solamente por sus propios méritos, puesto que [. . .] [s]i no fuera por [Jesucristo], no podría haber remisión de pecados.

“Por lo tanto, arrepentirse significa más que tan sólo enmendar la conducta. Muchos hombres y mujeres del mundo demuestran una gran fuerza de voluntad y autodisciplina al vencer los malos hábitos y las debilidades de la carne. No obstante, entre tanto, ni les pasa por la mente el Maestro, y a veces hasta lo rechazan de manera abierta. Tales cambios de conducta, aunque dirigidos en una dirección positiva, no constituyen el arrepentimiento verdadero.

“La fe en el Señor Jesucristo es el fundamento sobre el que debe cimentarse el arrepentimiento sincero y significativo. Si en verdad procuramos abandonar el pecado, debemos primero tornarnos a Aquel que es el Autor de nuestra salvación”¹².

El presidente Joseph F. Smith enseñó el mismo principio: “Los hombres no pueden perdonarse sus propios pecados; no pueden limpiarse de las consecuencias de sus pecados. Pueden dejar de pecar y pueden actuar rectamente en el futuro, y [en tanto] sus hechos se[an] aceptables ante el Señor [ellos son] dignos de consideración. Pero, ¿quién reparará los agravios que se hayan ocasionado a sí mismos y a otras personas, los cuales parece imposible que ellos mismos reparen? Mediante la expiación de Jesucristo serán lavados los pecados de aquel que se arrepienta, y aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana [véase Isaías 1:18]. Ésa es la promesa que se les ha hecho”¹³.

Si pensamos en tan sólo cambiar el comportamiento, tal desvío nos apartará del sendero estrecho y angosto. Hemos de depositar nuestra confianza en el Salvador Jesucristo conforme procuremos obtener el poder no solamente para apartarnos del pecado, sino también para volvernos a Él. Sólo Él puede brindar el perdón. El élder Neal A. Maxwell dijo: “El arrepentimiento requiere que abandonemos lo malo y nos volvamos a Dios (véase Deuteronomio 4:30; véase también la Guía para el Estudio de las Escrituras, “Arrepentimiento, arrepentirse”). Cuando es preciso efectuar ‘un potente cambio’, el arrepentimiento completo implica un giro de 180 grados y ¡sin mirar hacia atrás! (véase Alma 5:12-13). Al principio, ese giro refleja un progreso en la conducta del plano telestial al plano terrestre; y más adelante a un plano de conducta celestial. Al dejar atrás los pecados del

mundo telestial, el objetivo se centra cada vez más constantemente en ocuparse de los pecados de omisión, lo cual a menudo nos impide consagrarnos por completo al Señor”¹⁴.

Desvío nro. 4: El arrepentimiento por sí solo puede salvarnos

El cuarto desvío se relaciona con los otros tres, y sucede cuando creemos que es el arrepentimiento lo que nos salva. Sin embargo, tal como hemos explicado claramente, no es nuestro arrepentimiento lo que nos redime y nos hace merecedores del don divino del perdón; más bien, es nuestro Salvador Jesucristo. El profeta Nefi lo explicó de manera hermosa al decir: “es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos”¹⁵. No es gracias a las cosas que hacemos. Queda claro que debemos tomar medidas para cambiar el comportamiento; pero no es el cambio lo que nos salva ni lo que nos brinda el perdón. Por medio de la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo obtenemos el poder para cambiar. Él es el Dador de nuestro perdón.

Recuerde los cuatro desvíos que debe evitar:

- El desvío de pensar que el arrepentimiento es el castigo o el pago del pecado en esta vida.
- El desvío de pensar que el arrepentimiento es una lista de acciones.
- El desvío de creer que detener o cambiar alguna conducta es todo lo que necesitamos hacer.
- El desvío de pensar que lo que nos salva es el arrepentimiento por sí solo.

Cuando abandonamos la forma de pensar del mundo e iniciamos el proceso espiritual de edificar nuestra fe en el Señor Jesucristo, nos damos cuenta de que el perdón viene por medio de Él y no por medio de los sustitutos inteligentes que podrían ayudarnos, pero que nunca nos salvarán. Cuídese de cualquier desvío que lo aleje del Señor Jesucristo. Testifico que Él es “el camino, y la verdad y la vida”¹⁶.

Notas

1. 2 Nefi 9:41.

2. Alma 42:16-18.

3. Spencer W. Kimball, “What Is True Repentance?”, New Era, mayo de 1974.

4. Véase D. Todd Christofferson, “El divino don del arrepentimiento”, Liahona, noviembre de 2011.

5. Véase E. James Faust, “Lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe”, Liahona, enero de 1998.

6. “This Is the Christ” [El Cristo es], James E. Faust, Jan Pinborough y Michael Finlinson Moody, 1995; véase también “El Cristo es”, Liahona, diciembre de 2006, págs. 10-11.

7. 2 Nefi 31:19.
8. Conversación personal con el élder David A. Bednar.
9. “The Five ‘R’s’ of Repentance”, The Instructor, febrero de 1961, págs. 66-67.
10. Véanse Mosíah 3:17; 5:8.
11. Russell M. Nelson, “El nombre correcto de la Iglesia”, Liahona, noviembre de 2018.
12. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Ezra Taft Benson, 2014, págs. 86-87.
13. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith, 1999, 2000, págs. 105-106.
14. Véase Neal A. Maxwell, “El arrepentimiento”, Liahona, enero de 1992.
15. 2 Nefi 25:23.
16. Juan 14:6

Capítulo 14

El camino que se ha preparado para el arrepentimiento y el perdón

Habiendo analizado algunos de los desvíos que nos apartan de nuestro deseo de arrepentirnos y recibir el perdón, ya tenemos un atisbo del trayecto que emprendaremos en el camino hacia el perdón.

En el libro de 3 Nefi, es sorprendente ver con cuánta frecuencia el Salvador resucitado Jesucristo relaciona el verbo “arrepentirse” con la frase “venid a mí”.

“Arrepent[íos] de vuestros pecados y ven[id] a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito”¹.

“Si venís a mí tendréis vida eterna. He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí”².

“Por tanto, el que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeñito, yo lo recibiré [. . .]; así pues, arrepentíos y venid a mí, vosotros, extremos de la tierra, y sed salvos”³.

Jesús también habló sobre las personas que ya no se hallen en los lugares donde adoramos. Dijo: “Debéis continuar ministrando por estos; pues no sabéis si tal vez vuelvan, y se arrepientan, y vengan a mí con íntegro propósito de corazón, y yo los sane; y vosotros seréis el medio de traerles la salvación”⁴.

Jesús se refiere a que el Evangelio restaurado iría a los gentiles y promete que “si no endurecen sus corazones, se arrepient[en] y v[ienen] a mí y s[on] bautizados en mi nombre y cono[cen] los verdaderos puntos de mi doctrina, [serán] contados entre los de mi pueblo”⁵.

El Salvador explica el poder de Su expiación y manda: “Arrepentíos, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para

que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha”⁶.

Y por último, Jesucristo da mandamientos muy específicos al pueblo al decir: “¡arrepentíos de vuestras obras malas, de vuestras mentiras y engaños, y de vuestras fornicaciones, y de vuestras abominaciones secretas, y vuestras idolatrías, y vuestros asesinatos, y vuestras supercherías sacerdotales, y vuestras envidias, y vuestras contiendas, y de todas vuestras iniquidades y abomina sus corazones, se arrepient[en] y v[ienen] a mí y s[on] bautizados en mi nombre y cono[cen] los verdaderos puntos de mi doctrina, [serán] contados entre los de mi pueblo”⁵.

El Salvador explica el poder de Su expiación y manda: “Arrepentíos, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha”⁶.

Y por último, Jesucristo da mandamientos muy específicos al pueblo al decir: “¡arrepentíos de vuestras obras malas, de vuestras mentiras y engaños, y de vuestras fornicaciones, y de vuestras abominaciones secretas, y vuestras idolatrías, y vuestros asesinatos, y vuestras supercherías sacerdotales, y vuestras envidias, y vuestras contiendas, y de todas vuestras iniquidades y abominaciones!”, y entonces añade: “¡y venid a mí, y sed bautizados en mi nombre para que recibáis la remisión de vuestros pecados, y seáis llenos del Espíritu Santo, para que seáis contados entre los de mi pueblo que son de la casa de Israel!”⁷.

Apartarnos de nuestros pecados

El arrepentimiento es apartarnos de nuestros pecados y de la manera de pensar del mundo, y tornarnos al Salvador. El presidente Russell M. Nelson ha dicho que arrepentirse significa apartarse, regresar o volverse. La conversión significa “volverse hacia. . . [y] con”. A la conversión la acompaña la obediencia⁸.

En un artículo posterior, el presidente Nelson explicó el significado de la palabra arrepentirse: “En los pasajes donde el Salvador exhorta a la gente a arrepentirse, la palabra traducida como ‘arrepentirse’ es el término griego *metanoeo*. Es un verbo griego muy potente. El prefijo *meta* significa ‘cambio’. También utilizamos ese prefijo en español. Por ejemplo, la palabra *metamorfosis* significa ‘cambio de forma o estado’”.

El arrepentimiento es apartarnos de nuestros pecados y de la manera de pensar del mundo, y tornarnos al Salvador.

El presidente Nelson prosigue: “El sufijo *noeo* se relaciona con una palabra griega que significa ‘mente’. También se relaciona con otra palabra griega que significa ‘conocimiento’. ¿Podemos comenzar a ver la amplitud y profundidad de lo que el Señor nos está dando cuando nos ofrece el don de arrepentirnos? Él nos invita a cambiar nuestra mente y nuestro conocimiento”⁹. En hebreo y en arameo, arrepentirse significa volverse y, en especial, regresar en dirección a Dios.

Sin embargo, tal cambio no se limita a tan sólo cambiar nuestro comportamiento. A ese regreso lo ha de acompañar una mayor fe en Cristo. El élder Dale G. Renlund dijo: “Sin el Redentor, la esperanza y el gozo inherentes se evaporan, y el arrepentimiento se convierte simplemente en una modificación de conducta lamentable”¹⁰.

Entonces podemos entregar nuestro don, nuestro escaso y pequeño don, nuestro don de sacrificio al Salvador. Como recordará, en la antigüedad, de hecho había holocaustos que se colocaban en los altares de los templos. Después de Su expiación, el Señor dijo que ya no aceptaría holocaustos, sino que, en lugar de ello, pedía que diéramos “un corazón quebrantado y [. . .] un espíritu contrito”¹¹. Cuando nos volvemos al Salvador y tomamos la determinación de renunciar a la parte de nuestra vida que sea pecaminosa o indigna, o cuando tomamos la determinación de adoptar una vida más elevada y más santa de bondad, altruismo y amor, entonces damos un don al Salvador.

El élder Neal A. Maxwell dijo: “El verdadero sacrificio personal no ha consistido nunca en poner un animal sobre el altar, sino en la disposición de poner en el altar el animal que está dentro de nosotros y dejarlo que se consuma”¹².

Volverse al Salvador

Ofrecemos nuestra vida a Él; cambiamos y venimos a Él, y Él, a cambio, nos da muchísimo más. Nos da Su amor, Su aprobación; pero sobre todo, Su perdón. No es sencillo dar lo que damos, pero aquello que recibimos es algo infinitamente mayor.

El élder Jeffrey R. Holland dijo: “El camino del arrepentimiento no es fácil de comenzar ni está libre de dolor, pero el Salvador del mundo andará ese sendero esencial con ustedes. Él los fortalecerá cuando ustedes flaqueen; Él será su luz

cuando parezca que están en la mayor oscuridad; Él los tomara de la mano y será su esperanza cuando parezca que la esperanza es lo último que les queda. Su compasión y Su misericordia, con todo el poder sanador y purificador que éstas poseen, se dan liberalmente a todos los que en verdad deseen un perdón total”¹³.

Jamás debemos desalentarnos en este proceso de llegar a ser. En ocasiones, sentimos como si lucháramos repetidamente contra las mismas dificultades. Es como si escaláramos una montaña cubierta de árboles y no pudiésemos ver nuestro avance hasta acercarnos más a la cima y mirar hacia atrás, desde lo alto de las cumbres. No se desanime. Si está luchando y esforzándose por arrepentirse, está en el proceso de arrepentirse¹⁴.

El élder Gary E. Stevenson se refirió a la paciencia que se necesita en el proceso de llegar a ser la persona que el Señor desea que lleguemos a ser: “A lo largo del camino, seguramente tropezarán y caerán, tal vez muchas veces. No son perfectos; caer es parte del proceso habilitador que les permite refinar su carácter y servir de un modo más compasivo. El Salvador y Su infinita expiación proporcionan la manera de superar nuestros errores mediante el arrepentimiento sincero”¹⁵.

Una forma de vida

El arrepentimiento no es un acontecimiento único, sino una forma de vida; algo que adoptamos para toda la vida terrenal. En nuestro deseo de llegar a ser más semejantes al Salvador, jamás dejamos de arrepentirnos. El arrepentimiento requiere un corazón quebrantado y un espíritu contrito de manera constante, junto con el esfuerzo diario por obedecer los mandamientos, guardar nuestros convenios y recordarle siempre a Él. Al hacerlo, sentiremos Su aprobación aun teniendo imperfecciones. Sabremos que estamos en el proceso de purificarnos, de que se nos perdonen nuestros pecados y de que se nos prepare para vivir con Él.

Jesús enseña estos principios del arrepentimiento. En el capítulo 7 de Lucas, Jesús entró en una casa de la ciudad de Capernaúm, y se nos dice que “una mujer que había sido pecadora en la ciudad, cuando supo que Jesús estaba a la mesa en casa de aquel fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume, y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies y los ungía con el perfume”¹⁶.

Ahora bien, piense en el simbolismo de aquella experiencia. Simón, en cuya casa se hallaba Jesús, se dijo a sí mismo: “Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora”¹⁷.

Jesús, leyendo los pensamientos de Simón, le enseñó una parábola; le dijo: “Un acreedor tenía dos deudores: Uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de estos le amará más?

“Y respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado”¹⁸.

El Salvador explicó que los pecados, ya sean grandes o pequeños, serán perdonados si la persona se arrepiente y viene a Él. Luego las Escrituras dicen que “entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso, pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido mis pies con perfume. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero al que se le perdona poco, poco ama”¹⁹.

El Salvador enseña allí que la persona que viene a Él lavándole simbólicamente los pies con sus lágrimas -lágrimas de pesar por los pecados del pasado- y viene con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, con la disposición de cambiar y de volverse, todo ello con fe en Cristo como Aquel que puede perdonar el pecado, a tal persona se le perdonarán sus pecados. El Salvador sabía que la mujer también volvería a Dios al cambiar su vida, acudiendo al trono de Dios de modo humilde.

Tal como Jesús dijo a la mujer sorprendida en adulterio: “Vete, y no peques más”. Jesús sabía en cuanto a la verdadera intención de la mujer, como nos dice el pasaje de las Escrituras: “Y la mujer glorificó a Dios desde aquella hora, y creyó en su nombre”²⁰.

El perdón requiere que nos arrepintamos de nuestros pecados y que, al mismo tiempo, aumentemos y fortalezcamos nuestra fe en Jesucristo. Al arrepentirnos y venir a Él, nos hallamos en el camino que conduce al perdón.

En mis propios esfuerzos por arrepentirme, he aprendido hace mucho tiempo que lo primero que debo hacer es ponerme de rodillas y reconocer mis en el Señor Jesucristo me permite comprender mejor Su sacrificio por mí, así como la tristeza que mis pecados le han ocasionado. Al llegar a amarlo más cabalmente, al estar tan agradecido por Su amor hacia mí, y por el asombroso don de Su Padre de enviar y sacrificar a Su Hijo por mí, encuentro la fortaleza y el valor para apartarme de aquello que evita que llegue a ser más semejante a Él. Atesoro las

siguientes palabras del Salvador: “Arrep[iéntete] y ve[n] a mí”²¹. Humildemente confirmo que dichas palabras se dirigen a usted también. Son cinco palabras sencillas que Él dirige a usted y a mí; y aunque no siempre sea tan sencillo hacerlo, siempre valdrá la pena hacer nuestro mayor esfuerzo. “Arrepi[éntete] y ve[n] a mí”²²; tal es nuestro camino hacia el perdón.

Notas

1. 3 Nefi 12:19; cursiva agregada.
2. 3 Nefi 9:14; cursiva agregada.
3. 3 Nefi 9:22; cursiva agregada.
4. 3 Nefi 18:32; cursiva agregada.
5. 3 Nefi 21:6; cursiva agregada.
6. 3 Nefi 27:20; cursiva agregada.
7. 3 Nefi 30:2; cursiva agregada.
8. Véase Russell M. Nelson, “Jesucristo: El Maestro Sanador”, Liahona, noviembre de 2005.
9. Russell M. Nelson, “The Savior's Four Gifts of Joy”, New Era, diciembre de 2019, pág. 4; véase también Russell M. Nelson, “Cuatro dones que Jesucristo les brinda”, devocional de Navidad de la Primera Presidencia de 2018.
10. Dale G. Renlund, “El arrepentimiento: Una gozosa elección”, Liahona, noviembre de 2016.
11. 3 Nefi 9:20.
12. Véase Neal A. Maxwell, “Absteneos de toda impiedad”, Liahona, julio de 1995.
13. Véase Jeffrey R. Holland, “La pureza personal”, Liahona, enero de 1999.
14. Neil L. Andersen, “Arrepent[íos] . . . para que yo os sane”, Liahona, noviembre de 2009.
15. Gary E. Stevenson, “Su libro de jugadas del sacerdocio”, Liahona, mayo de 2019.
16. Lucas 7:37-38.
17. Lucas 7:39.
18. Lucas 7:41-43.
19. Lucas 7:44-47.
20. TJS Juan 8:11 (en Juan 8:11, nota c al pie de página).
21. 3 Nefi 21:6.
22. 3 Nefi 18:32.

Capítulo 15

Tres amigos queridos que conocemos al inicio del camino al perdón

En varias ocasiones, en las Escrituras de la Restauración, el Señor habla sobre “las condiciones del arrepentimiento”.

En algunos pasajes, las “condiciones” parecen hacer referencia al arrepentimiento en sí, señalando que los elementos del arrepentimiento son tan esenciales que sin el arrepentimiento todo el plan de redención se vería frustrado. El siguiente es un ejemplo:

“Por tanto, según la justicia, el plan de redención no podía realizarse sino de acuerdo con las condiciones del arrepentimiento del hombre en este estado probatorio, sí, este estado preparatorio; porque a menos que fuera por estas condiciones, la misericordia no podría surtir efecto”¹.

En otros pasajes de las Escrituras, las “condiciones del arrepentimiento” parecen referirse a las cualidades que constituyen los cimientos del arrepentimiento, es

decir, esos requisitos previos y esas circunstancias que son indispensables para que ocurra el arrepentimiento. Hasta cierto punto, emprender el proceso del arrepentimiento depende de contar con tales cualidades.

“Y ha resucitado de entre los muertos, para traer a todos los hombres a él, mediante las condiciones del arrepentimiento”².

Hay tres queridos amigos que contribuyen a cumplir con los requisitos previos y las circunstancias indispensables que son las condiciones preparatorias del arrepentimiento para quienes emprenden el viaje hacia el perdón: se trata de un corazón quebrantado, un espíritu contrito y la tristeza que es según Dios.

A continuación, se hallan las definiciones que yo daría de dichos amigospreciados.

Tener un corazón quebrantado: Ser humilde, contrito y manso, así como anhelosamente receptivo a la voluntad de Dios.

Tener un espíritu contrito: Dejar el bienestar propio en manos de Dios.

Sentir la tristeza que es según Dios: Sentir gran pesar y remordimiento por los comportamientos que hayan aumentado el dolor y el sufrimiento al Salvador, conforme nuestra alma elimina cualquier negación o excusa.

Permítanme explicar cómo estos amigos llegan a acompañar a la persona arrepentida.

El ser humano que procura conocer los propósitos de la vida comienza a descubrir que es un amado hijo o hija procreado como espíritu por padres celestiales, investido de una naturaleza y un destino divinos. Nuestro Padre, que nos ha creado a Su imagen, presentó un plan mediante el cual podríamos obtener un cuerpo físico, tener experiencias terrenales y, al tomar decisiones rectas, regresar a nuestro hogar celestial mucho más semejantes a nuestro Padre Celestial que cuando habíamos partido³.

La vida terrenal no sería un período de perfección absoluta, sino un período en el que habría que elegir el bien en vez del mal, así como aprender por experiencia y por el poder de nuestro espíritu a confiar en Dios, seguirlo y edificar la fe en Él. Sería un estado de probación en el que cometeríamos errores.

El pecado estaría con nosotros en la vida terrenal y nos impediría regresar a nuestro Padre Celestial, excepto por la parte más gloriosa del plan, que fue

creada para rescatarnos del pecado. Nuestro Salvador Jesucristo, el Mayor de todos, pagaría mediante Su vida sin pecado, Su sufrimiento y Su sacrificio por todos nuestros errores y pecados, con la condición de que nosotros estuviéramos dispuestos a aceptarlo y arrepentirnos de nuestros pecados. Al comprender y abrazar Su expiación, somos partícipes de las “condiciones del arrepentimiento”. Al entender espiritualmente Su expiación, comenzamos a ver Su amor infinito, Su misericordia y la incomparable bendición de que podamos regresar a nuestro hogar celestial. Es entonces que conocemos a los dos primeros y queridos amigos en nuestro viaje hacia el arrepentimiento: un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Estos dos amigos llegan debido a que nos damos cuenta de manera contundente que sin Él no tenemos nada; no somos nada; es Él quien nos habilita todas las posibilidades eternas.

Quizás el mayor despertar en esta vida mediante el cual llegamos a ser hijos o hijas de Dios espiritualmente perceptivos sea comprender de modo singular y personal que el pago que Jesucristo hizo por el pecado es muy real, y que Su sufrimiento no es tan sólo por todos los demás, ¡sino también por usted y por mí! Y aquí es donde se nos une nuestro tercer amigo: la tristeza que es según Dios. Conforme entendemos de manera espiritual que Él ha padecido por nuestros pecados, sentimos tristeza por la parte de Su dolor que nosotros causamos. Nos damos cuenta de que aquello es parte del plan de nuestro Padre, pero el don que Él nos ofrece nos sobrecoge; ese asombro, ese agradecimiento, esa adoración del Salvador que ha hecho esto por nosotros, nos hace hincar la rodilla conforme nuestro espíritu se llena de la tristeza que es según Dios, y recibe el sentir de un corazón quebrantado y de un espíritu contrito. Junto con estos tres amigos, proseguimos nuestra travesía de arrepentimiento.

Un corazón quebrantado y un espíritu contrito

“He aquí, él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer los fines de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer los fines de la ley”⁴.

Posteriormente a Su resurrección, el Salvador visitó el hemisferio occidental. Mientras enseñaba a Sus discípulos allí, el Salvador describió qué ofrenda debían dar: “Y me ofreceréis como sacrificio un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Y al que venga a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, lo bautizaré con fuego y con el Espíritu Santo [. . .]. He aquí, he venido al mundo para traer redención al mundo, para salvar al mundo del pecado. Por tanto, al que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeño, yo lo recibiré, porque de los tales es el reino de Dios. He aquí, por estos he dado mi vida, y la he vuelto a

tomar; así pues, arrepentíos y venid a mí, vosotros, extremos de la tierra, y sed salvos”⁵.

El Señor explica que todo aquel que desee bautizarse ha de seguir este proceso: “Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, y testifiquen ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados, y que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiesten por sus obras que han recibido del Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo”⁶.

El Señor nos ha dicho que si venimos con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, no se limitará a tan sólo repararnos el corazón y limpiarnos el espíritu, sino que nos dará un corazón nuevo. “Y os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos”⁷.

Esos queridos amigos, a saber, el corazón quebrantado y el espíritu contrito, no nos visitan tan sólo una vez, sino, más bien, son amigos constantes durante nuestra experiencia terrenal y generan una gratitud eterna a nuestro Salvador por librarnos de las ligaduras del pecado y de la muerte. Nos damos cuenta de que nuestro Salvador no sólo estaba dispuesto a padecer por nosotros, sino que, además, padeció por causa de nosotros y padeció para salvarnos; aquello se torna fundamental para el modo en el que vemos nuestra vida diaria y nuestros propósitos aquí en la tierra.

El Señor nos ha dicho que si venimos con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, no se limitará a tan sólo repararnos el corazón y limpiarnos el espíritu, sino que nos dará un corazón nuevo.

Cierto misionero no había sido sincero con su obispo ni con su presidente de estaca; había restado importancia a la gravedad de sus pecados; sin embargo, en el Centro de Capacitación Misional, su corazón se vio conmovido por las cosas que escuchaba. Supo que ya no podía seguir viviendo una mentira. Después de que hubo confesado sus pecados, se determinó que habría que postergar su misión. En una entrevista previa al regreso del misionero a casa, el presidente de rama del CCM percibió que el misionero sentía más preocupación por tener que volver a casa que por sus pecados; y dijo al joven élder que jamás podría regresar

y continuar su misión hasta que llegara a tener “un corazón quebrantado y un espíritu contrito”.

El misionero preguntó con humildad: “Presidente, ¿cómo puedo quebrantar mi corazón?”.

Se trataba de una pregunta sincera. El presidente de rama respondió: “Élder, cuando llegue a entender el precio que Jesucristo pagó y el sacrificio que hizo debido a sus pecados, su corazón se quebrantará y su espíritu estará muy contrito”.

Cuando el misionero regresó al CCM muchos meses después, el presidente de rama se regocijó al ver el cambio en el joven, incluso en su semblante. Cuando su líder del sacerdocio le preguntó qué había marcado la diferencia, el élder explicó que al estudiar el Libro de Mormón en vez de tan sólo leerlo, comenzó a entender la expiación de Jesucristo. Su corazón se quebrantó y su espíritu se volvió contrito. El arrepentimiento se convirtió en gozo y el perdón llegó a su vida.

La tristeza que es según Dios

El comprender nuestra dependencia total del Salvador y el saber que nuestros pecados individuales aumentaron Su sufrimiento y Su dolor produce una tristeza honda y sincera. La tristeza que según Dios se está convirtiendo en nuestra amiga.

presidente de rama respondió: “Élder, cuando llegue a entender el precio que Jesucristo pagó y el sacrificio que hizo debido a sus pecados, su corazón se quebrantará y su espíritu estará muy contrito”.

Cuando el misionero regresó al CCM muchos meses después, el presidente de rama se regocijó al ver el cambio en el joven, incluso en su semblante. Cuando su líder del sacerdocio le preguntó qué había marcado la diferencia, el élder explicó que al estudiar el Libro de Mormón en vez de tan sólo leerlo, comenzó a entender la expiación de Jesucristo. Su corazón se quebrantó y su espíritu se volvió contrito. El arrepentimiento se convirtió en gozo y el perdón llegó a su vida.

La tristeza que es según Dios

El comprender nuestra dependencia total del Salvador y el saber que nuestros pecados individuales aumentaron Su sufrimiento y Su dolor produce una tristeza honda y sincera. La tristeza que según Dios se está convirtiendo en nuestra

amiga. El apóstol Pablo habló sobre esos sentimientos tan benévolos que conducen al arrepentimiento: “Ahora me regocijo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento, porque habéis sido contristados según Dios [. . .]. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación [. . .], pero la tristeza del mundo produce muerte”⁸.

El presidente Ezra Taft Benson explicó: “Es común encontrar en el mundo a hombres y mujeres que sienten remordimiento por lo que hacen mal. A veces se debe a que sus actos les causan gran pesar y desdicha a ellos o a sus seres queridos. A veces el pesar se debe a que se los ha descubierto y castigado por sus acciones. Tales sentimientos mundanos no constituyen ‘la tristeza que es según Dios’ (2 Corintios 7:10) [. . .].

“La tristeza según Dios es un don del Espíritu. Es el claro reconocimiento de que nuestras acciones han ofendido a nuestro Padre y Dios. Es la vívida y plena conciencia de que nuestra conducta ocasionó que el Salvador, Aquel que no conoció pecado, sí, el mayor de todos, sobrelleva la agonía y el sufrimiento; nuestros pecados hicieron que sangrara por cada poro. Esa aflicción mental y espiritual, que es muy real, es lo que las Escrituras denominan tener ‘un corazón quebrantado y un espíritu contrito’ (D. y C. 20:37). Tal actitud es el requisito previo indispensable para el verdadero arrepentimiento”⁹.

Estos tres amigos -un corazón quebrantado, un espíritu contrito y la tristeza que es según Dios- en conjunto, nos abrazan y nos guían hacia el arrepentimiento y el perdón.

Recuerde, tener un corazón quebrantado significa ser humilde, contrito y manso, así como anhelosamente receptivo a la voluntad de Dios¹⁰. El espíritu contrito deja el bienestar propio en manos de Dios, al creer que es la voluntad de Él, y no la nuestra, lo que nos ayudará a llegar a ser quienes debemos llegar a ser. El Salvador es nuestro ejemplo a seguir. “Sí, aun de este modo será llevado, crucificado y muerto [. . .]; la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre”¹¹. La tristeza que es según Dios comienza al reconocer lo malo que haya en nuestra vida. Al igual que el hijo pródigo, que “volvi[ó] en sí”¹², nuestra alma se llena de tristeza y remordimiento conforme eliminamos cualquier negación o excusa, y deseamos emprender el camino al arrepentimiento y al perdón sin hipocresía.

Recuerde, tener un corazón quebrantado significa ser humilde, contrito y manso, así como anhelosamente receptivo a la voluntad de Dios.

Mientras prestaba servicio como Setenta Autoridad General, el élder Bruce D. Porter resumió la forma en que las tres cualidades de preparación para el arrepentimiento bendicen nuestra vida: “Cuando pecamos y ansiamos el perdón, tener un corazón quebrantado y un espíritu contrito significa experimentar ‘la tristeza que es según Dios [y que] produce arrepentimiento’ (véase 2 Corintios 7:10). Dicha tristeza sobreviene cuando nuestro deseo de ser limpios del pecado es tan intenso que sentimos dolor en el corazón por el pesar y ansiamos sentirnos en paz con nuestro Padre Celestial. Los que tienen un corazón quebrantado y un espíritu contrito están dispuestos a hacer todas y cada una de las cosas que Dios les pida, sin resistirse ni molestarse. Dejamos de hacer las cosas a nuestra manera y aprendemos a hacerlas según la manera de Dios. Al llegar a ese punto de sumisión, la Expiación [de Jesucristo] puede surtir efecto y puede tener lugar el arrepentimiento verdadero; entonces, la persona arrepentida experimentará el poder santificador del Espíritu Santo, el cual la llenará de paz de conciencia y del gozo de la reconciliación con Dios. En una combinación grandiosa de atributos divinos, el mismo Dios que nos enseña a andar con un corazón quebrantado nos invita a regocijarnos y a ser de buen ánimo”¹³.

Una nueva conversa

La siguiente historia verdadera es un ejemplo de cómo nuestros tres queridos amigos bendijeron a una mujer que deseaba el perdón. La conocí hace muchos años, cuando prestaba servicio como presidente de la Misión Francia Burdeos. Los misioneros le habían enseñado en cuanto al Evangelio y la mujer había aceptado bautizarse. El día de su entrevista bautismal, admitió con sinceridad al misionero que la entrevistaba que, años antes, había decidido practicarse un aborto. Al suceder aquello, se requería que yo, como presidente de misión, tuviera que entrevistarla para tener la certeza de que la mujer se había arrepentido y de que había abandonado esa grave transgresión.

Pude ver que la hermana se había preparado con humildad para el bautismo; hablamos sobre el Salvador y sobre el poder de Su expiación. Al hablarme en cuanto al aborto que se había practicado muchos años atrás, expresó su pesar sinceramente y admitió que estaba aprendiendo cosas que no comprendía cuando era más joven. Había recibido un testimonio del Espíritu de que el Evangelio restaurado era verdadero y se había arrepentido de sus pecados. Percibí que estaba preparada para el bautismo; y al concluir la entrevista, me sentí agradecido por la bondad de aquella mujer. Me sentí confiado de que jamás consideraría realizarse un aborto en el futuro, aunque recuerdo haber pensado que su

entendimiento era limitado. Se bautizó como miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y recibió el don del Espíritu Santo.

Cerca de un año después, recibí una llamada telefónica de aquella maravillosa hermana. Se había mudado a la región norte de Francia; había asistido a la reunión sacramental semanalmente, había sido diligente en guardar los mandamientos y había incorporado a su vida los principios del evangelio restaurado de Jesucristo. Su amor por el Salvador había aumentado y en ese proceso de acercarse más a Dios, el Espíritu Santo le había enseñado.

Desde el otro lado de la línea telefónica, empezó a sollozar. Me pregunté si le habría sucedido algo grave a ella o a su familia. Pero entonces, entre lágrimas, dijo algo que nunca olvidaré: “Presidente Andersen, ¿recuerda mi entrevista bautismal? Le hablé sobre un aborto que me realicé hace muchos años; me sentía mal por lo que había hecho. No obstante, este último año me ha cambiado; en verdad he sentido un hondo e intenso pesar por lo que hice. ¿Cómo pude haber hecho algo así?

¿Cómo pude haber sido tan insensible espiritualmente? Mi corazón se ha vuelto al Salvador y he considerado Su sufrimiento por mí. Estoy muy apesadumbrada por la gravedad de mi pecado, por el cual no puedo efectuar ninguna restitución”. Se la oía muy conmovida y colmada de sinceridad.

Aquel día en Francia, sentí el inmenso amor del Señor hacia una mujer que tenía un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Su espíritu rebosaba de la tristeza que es según Dios; amaba al Salvador y su corazón había cambiado. Al cambiar, había llegado a sentir su amor por Él más profundamente que nunca antes. El presidente Boyd K. Packer dijo: “Restaurar lo que no se puede restaurar, curar las heridas incurables, reparar lo que se ha quebrado y no tiene arreglo, es el propósito principal de la expiación de Cristo. Cuando nuestro deseo es firme y estamos dispuestos a pagar hasta ‘el ultimo cuadrante’ (véase Mateo 5:25-26), la ley de restitución queda sin efecto; nuestra deuda se transfiere al Señor. El se hará cargo de nuestras deudas”¹⁴.

Le reafirmé el amor que el Salvador le tenía, y me regocijé por haber conocido a aquella humilde hija de Dios.

¿Puede ver la forma en que el Señor bendijo a esa justa hermana después de su bautismo? El Señor no sólo suprimió su pecado; también fortaleció y refinó su espíritu.

El presidente Dallin H. Oaks explica: “¿Por qué es necesario que suframos en el camino del arrepentimiento por las transgresiones graves? Tendemos a pensar que los resultados del arrepentimiento simplemente nos limpian del pecado, pero ese es un punto de vista incompleto. Una persona que peca es como un árbol que se dobla fácilmente ante el viento. Cierta día ventoso y lluvioso, el árbol se inclina tanto contra el suelo que las hojas se ensucian de barro, como el pecado ensucia. Si nos concentramos solamente en limpiar las hojas, la debilidad que permitió que el árbol se doblara y las ensuciara puede continuar en él; del mismo modo, la persona que sólo siente pesar por haberse ensuciado con el pecado puede pecar de nuevo con el próximo viento fuerte. La susceptibilidad a la repetición continúa hasta que el árbol se haya fortalecido.

“Cuando la persona ha pasado por el proceso que da como resultado lo que las Escrituras llaman ‘un corazón quebrantado y un espíritu contrito’, el Salvador hace algo más que limpiarla del pecado: le da nueva fortaleza. Ese fortalecimiento es esencial para que nos demos cuenta del propósito de la purificación, que es volver a nuestro Padre Celestial. Para ser admitidos en Su presencia, debemos estar más que limpios; también debemos haber cambiado de una persona moralmente débil que ha pecado, a una fuerte que tenga la estatura espiritual para morar en la presencia de Dios”¹⁵.

La tristeza que es según Dios produce algo muy diferente en un alma arrepentida a lo que produce la tristeza del mundo. Es una de las “condiciones del arrepentimiento” de Dios.

¿Qué es la tristeza que es según Dios? Se trata de algo que usted debe descubrir por su propia cuenta. Al llegar a ese punto con humildad, lo sentirá y lo sabrá; será algo genuino. El sentimiento puede llegar cuando menos lo espere, tras luchar por ser humilde y por reconocer el amor que Dios le tiene a usted, así como el amor cada vez mayor que usted le tiene a Él. Cuando suceda, lo sabrá. Lo sentirá en su interior y será diferente de lo que era antes.

Una joven que se preparaba para el matrimonio

Hace muchos años, se produjo un breve video para complementar el programa de estudios de Seminario sobre el Nuevo Testamento. Se llamaba: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento”. Puede hallarlo en el sitio ChurchofJesusChrist.org. Las siguientes palabras son algunos fragmentos de la transcripción del video, pero éste es mucho más elocuente al verlo. Notará la transformación espiritual de Kim conforme descubre la diferencia entre la tristeza del mundo y la tristeza que es según Dios.

La primera escena es una conversación entre Kim y su obispo en la oficina de él.

OBISPO: Éste es un momento importante de tu vida, Kim. Recuerdo bien cuando yo me casé. ¿Cómo te sientes?

KIM: ¡Muy bien! He estado esperando este momento por tanto tiempo, que casi no puedo creer que ya esté aquí. Mi mamá está muy feliz, porque soy su hija menor.

OBISPO: Me han dado muy buenos datos acerca de tu novio: exmisionero, muy buen alumno, y quiere llevarte al templo con él.

KIM: Matt no lo haría de otro modo. Y yo también quiero casarme en el templo.

OBISPO: El casamiento en el templo es un paso importante, Kim.

Kim y el obispo hablan sobre varios temas, y el obispo pregunta si existe alguna otra cosa que ella tenga que decir.

OBISPO: ¿Hay algo en tu vida, Kim, que debiera haberse resuelto mediante la debida autoridad del sacerdocio?

KIM: Antes de que Matt regresara de su misión, yo salía con otro joven, y probablemente nos quedábamos mucho tiempo a solas.

OBISPO: Continúa.

KIM: Quizás. . . hicimos algo inadecuado.

OBISPO: Kim, yo sé que no es fácil hablar de estas cosas, pero necesito saber cuán serio es el problema, si he de ayudarte a resolverlo.

Sin mostrar toda la entrevista, el video transmite la idea de que Kim habla al obispo en cuanto a que se han cometido pecados graves.

KIM: Sí, pero ya no tengo nada que ver con ese joven. No es problema ya.

OBISPO: El arrepentimiento verdadero no es simplemente dejar de hacer lo malo; es mucho más que eso.

KIM: Pero ahora es diferente con Matt; yo lo amo, obispo, nunca antes he sentido esto con nadie más. ¿No ha de darme la recomendación? ¡Pero el día de la boda está próximo! ¡La hemos anunciado ya! ¡Ya tengo mi vestido!

OBISPO: Kim, creo que cometerías un gran error en ir al templo sin resolver este problema.

KIM: ¿Qué le diré a Matt? ¿Qué diré a mis padres?

OBISPO: Díles que tú, yo y el Señor necesitamos tiempo para resolver esto. ¿Sabes, Kim? Has estado tan preocupada por las consecuencias sociales de tus errores y el efecto mundanal que acarrearán que no has considerado las consecuencias eternas.

KIM: ¿Qué es lo que me dice?

OBISPO: Que no te has arrepentido.

KIM: ¡Pero ya no tengo nada que ver con ese joven, es por eso que estoy aquí!

OBISPO: Déjame que te lo explique: Ahora, ¿qué es lo que más te preocupa?

KIM: ¿Qué irá a decir la gente?

OBISPO: ¿No tendrías que preguntarte: “¿Qué pensará el Señor?”? Sólo pareces preocupada por “Lo que dirán”. Deberías sentir tristeza ante Dios; eso empieza al contemplar nuestros pecados como Él los ve; no como nosotros los vemos. Con la tristeza que es según Dios, comprendemos que nuestras acciones han ofendido a Dios.

KIM: ¿Así que no iré al templo?

OBISPO: Parte de lo que hemos hablado aquí está en ser dignos de entrar en él y yo quiero ayudarte a conseguirlo. [Con gran preocupación, prosigue]. Debes comenzar por reconocer que fueron nuestras acciones las que causaron que el Salvador padeciera tanta agonía y sufrimiento. La tristeza que es según Dios no es un castigo; tiene un propósito, es un don del Espíritu -es un sentimiento- que precede al verdadero arrepentimiento.

KIM: No creo entenderlo.

OBISPO: Además de arrepentirnos, nos ayuda a corregir nuestros errores y a renovar nuestro vínculo con Dios, y nuestra relación con Él.

Algún tiempo después, una vez que Kim en verdad ha llegado a comprender la expiación del Salvador, el poder del arrepentimiento y el hermoso sentimiento del perdón completo, Matt y Kim aparecen conversando.

KIM se dirige a MATT: ¿Sabes? Cuando estuve en la entrevista con el obispo, estuve a punto de no decir nada. ¡Habría sido tan fácil! Pero es increíble; nunca me había sentido tan feliz como hoy.

MATT: ¿Se te fue el dolor?

KIM: ¡Del todo!

Afirmo una vez más que el perdón está al alcance de cada hija y de cada hijo de Dios; sé que es verdad. El Señor ha establecido las condiciones para que nosotros recibamos ese don divino. El corazón quebrantado, el espíritu contrito y el pesar que es según Dios nos permiten comenzar a sentir el poder de la maravillosa dádiva de misericordia de nuestro Salvador. Nosotros no podemos dictar los tiempos al Señor; sentimos el peso de nuestros pecados, suplicamos Su gracia, y luego se nos da revelación y entendimiento conforme el Señor determina cuándo y cómo Él nos sanará el alma.

Notas

1. Alma 42:13.
2. Doctrina y Convenios 18:12.
3. Véase “La familia: Una Proclamación para el Mundo”, Liahona, noviembre de 2010.
4. 2 Nefi 2:7.
5. 3 Nefi 9:20-22.
6. Doctrina y Convenios 20:37.
7. Ezequiel 36:26-27.
8. 2 Corintios 7:9-10.
9. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Ezra Taft Benson, 2014, págs. 89-90.
10. Véase la Guía para el Estudio de las Escrituras.
11. Mosíah 15:7.
12. Lucas 15:17.
13. Véase Bruce D. Porter, “Un corazón quebrantado y un espíritu contrito”, Liahona, noviembre de 2007.
14. Véase Boyd K. Packer, “La luminosa mañana del perdón”, Liahona, enero de 1996.
15. Véase Dallin H. Oaks, “La Expiación y la fe”, Liahona, abril de 2008.

Capítulo 16

Prepararse para prestar servicio

Cincuenta años antes de escribir estas palabras, me preparaba para servir como misionero de tiempo completo de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Tras haber comenzado la misión el 24 de octubre de 1970,

y después de recibir capacitación en el idioma, llegué a París, Francia, el 29 de diciembre.

Desde que se me llamó a servir como misionero cuando era joven, se ha llamado y apartado a más de 1.300.000 misioneros a dar testimonio del Salvador Jesucristo en todo el mundo, a compartir el mensaje de Su evangelio restaurado y a recoger a Israel en preparación para la segunda venida de Jesucristo. Se trata de la mayor causa que existe sobre la faz de la tierra. El Señor dijo a John Whitmer, que fue uno de los primeros misioneros: “Y ahora bien, he aquí, te digo que lo que será de mayor valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que traigas almas a mí, para que con ellas reposen en el reino de mi Padre”¹.

Aunque el mundo ha cambiado considerablemente durante los últimos cincuenta años, es posible que su preparación para la misión sea muy semejante a la mía.

El Señor indicó los requisitos para ser misionero:

“Por tanto, oh vosotros que os embarcáis en el servicio de Dios, mirad que le sirváis con todo vuestro corazón, alma, mente y fuerza, para que aparezcáis sin culpa ante Dios en el último día. De modo que, si tenéis deseos de servir a Dios, sois llamados a la obra; pues he aquí, el campo blanco está ya para la siega; y he aquí, quien mete su hoz con su fuerza atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma; y fe, esperanza, caridad y amor, con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios, lo califican para la obra. Tened presente la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad, diligencia. Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá”².

Tal como muchas otras personas que se han preparado para prestar servicio, quería fortalecer mi fe en el Salvador, refinar mi espíritu y ser mucho más cuidadoso en mi conducta, en mis palabras y en mis pensamientos, de modo que en verdad fuera un representante del Señor. Ejercía más discernimiento en cuanto a la forma en que empleaba el tiempo libre y era más prudente en la elección de amistades. Recuerdo haber leído y estudiado el Libro de Mormón con mucha más intención, y haber orado de manera más sincera. Procuraba con su fuerza atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma; y fe, esperanza, caridad y amor, con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios, lo califican para la obra. Tened presente la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad, diligencia. Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá”².

Tal como muchas otras personas que se han preparado para prestar servicio, quería fortalecer mi fe en el Salvador, refinar mi espíritu y ser mucho más cuidadoso en mi conducta, en mis palabras y en mis pensamientos, de modo que en verdad fuera un representante del Señor. Ejercía más discernimiento en cuanto a la forma en que empleaba el tiempo libre y era más prudente en la elección de amistades. Recuerdo haber leído y estudiado el Libro de Mormón con mucha más intención, y haber orado de manera más sincera. Procuraba concienzudamente que mi mente y mi corazón fueran rectos ante el Señor conforme comenzaba Su sagrada obra.

Al igual que otras personas, además tenía que trabajar a fin de ganar el dinero suficiente para la misión. Mi decimonoveno cumpleaños (que por entonces era la edad misional requerida para los élderes) fue a principios de agosto, pero no partí sino hasta finales de octubre, ya que necesitaba trabajar hasta el final de la cosecha de patatas en Idaho y ahorrar cada dólar que me fuera posible.

Incluso haciendo el mayor esfuerzo por prepararse, los misioneros rara vez se sienten totalmente capaces y listos. En 2008, hablé en una conferencia general sobre mis inseguridades y preocupaciones: “Al meditar en los desafíos de servir en una misión, me sentí muy inepto y sin preparación. Recuerdo que al orar decía: ‘Padre Celestial, ¿cómo puedo servir en una misión si tengo tan poco conocimiento?’. Creía en [el Salvador y en Su] Iglesia, pero sentía que mi conocimiento espi espiritual era muy limitado. Mientras oraba, tuve este sentimiento: ‘No lo sabes todo, ¡pero sabes lo suficiente!’. Ese consuelo me brindó el valor de dar el siguiente paso para ir a la misión”³.

A lo largo de su preparación para esta sagrada responsabilidad de ser siervo de Jesucristo, una cuestión muy crucial y esencial para los misioneros es ser dignos y puros ante el Señor. El apóstol Pablo dijo: “Ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio”⁴; y en nuestra dispensación, el Señor dijo: “Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor”⁵.

Estarán en la obra del Señor cada día, a toda hora. Necesitarán que el don que el Espíritu Santo siempre esté con ustedes⁶ para guiarlos, protegerlos y traerles a la mente las palabras que deban hablar⁷. Enseñarán a otras personas en cuanto a cómo aumentar la fe en nuestro Padre Celestial y en Su Hijo Jesucristo, les ayudarán a arrepentirse y a prepararse para el bautismo, y compartirán su testimonio sobre cómo la expiación del Salvador puede quitar la carga del pecado y el pesar de la vida de ellas.

Todo misionero ha de ser digno

Por supuesto que ningún misionero es perfecto, pero todos ellos han de ser dignos. La dignidad es una cualidad crucial -algo absolutamente necesario- para ser instrumentos del Señor a fin de compartir estas verdades eternas.

A efectos de ser dignos, todos hemos de afianzar nuestras cualidades espirituales interiores mientras continuamos en la senda de guardar los mandamientos. En el caso de algunos, tendrán que hacer esfuerzos resueltos y conscientes para arrepentirse de los pecados más graves para llegar a ser dignos y para alcanzar el camino que conduce al perdón. “Santifi[caos]; sí, purificad vuestro corazón y limpiad vuestras manos y vuestros pies ante mí, para que yo os haga limpios”⁸.

Recuerden la promesa que el Señor hace a quienes buscan el perdón: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más”⁹.

Sin la dignidad que el Salvador requiere, el misionero no sólo será menos eficaz como instrumento del Señor, sino que también la culpa de los pecados de los que no se ha arrepentido, la decepción en lo personal de no ser sincero con el Señor ni con los líderes del sacerdocio y la inseguridad de tratar de trabajar sin la confianza de tener el Espíritu Santo serán un peso y una carga constantes. Sus oraciones al Padre Celestial se sentirán limitadas y su testimonio del Salvador no tendrá el poder que necesitan.

Por supuesto que ningún misionero es perfecto, pero todos ellos han de ser dignos.

Al prepararnos para la misión, todos necesitamos la fortaleza y el poder de Jesucristo y Su expiación en nuestro arrepentimiento diario. Nos referimos, no obstante, a algunos pecados de tal seriedad que necesitarán además el apoyo y la guía de sus padres, el obispo y el presidente de estaca a fin de ayudarles a llegar a ser dignos y estar preparados para servir.

Antes de recibir el llamamiento misional del Señor por medio de Su profeta, cada futuro misionero tendrá conversaciones y entrevistas importantes con el obispo, a quien se le han dado las llaves del sacerdocio para ser juez y consejero en Israel.

Les recomiendo que lean Alma 5:6, 14-19 con detenimiento, y que respondan las preguntas que Alma hace, a efectos de prepararse para las conversaciones con el obispo.

Dichas charlas con el obispo se centrarán en el Salvador Jesucristo, en Su sagrada obra y en el testimonio que ustedes tengan de Él, así como en sus deseos

de servirle con todo el corazón, alma, mente y fuerza. El obispo también hablará sobre su dignidad para prestar servicio como siervos y representantes del Señor.

La mayoría de los jóvenes y de las jóvenes que se preparan para la misión están al tanto de lo que deben hablar con el obispo para procurar que el arrepentimiento y las semillas del perdón precedan a la misión.

Si tienen dudas o alguna pregunta en cuanto a su dignidad o a la gravedad de sus errores, traten esas inquietudes con el obispo con humildad y sinceridad. La sinceridad es la esencia de la espiritualidad. Tengan el valor y la confianza en Dios de hablar con franqueza de las cosas de su vida que no hayan estado de acuerdo con los mandamientos de Dios.

En el caso de aquellos que comienzan la solemne aunque liberadora senda del arrepentimiento, les aseguro que el Padre Celestial y Su Hijo Amado, a quienes ustedes procuran servir, los fortalecerán para que tengan la humildad y el valor de decir la verdad completa, para que venzan el temor a decepcionar a los demás y para que acepten el tiempo que se requiera a fin de completar el arrepentimiento. ¡El Señor les ama! Él está ansioso por perdonarles; se regocija por sus deseos de arrepentirse y venir a Él. Él les ayudará a ser dignos al empezar su servicio como misioneros.

El Señor dijo al pueblo del antiguo Israel: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te fortalezco; siempre te ayudaré; siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”¹⁰.

Con la ayuda de sus líderes del sacerdocio, querrán hacer todo lo que puedan para llegar a ser dignos de servir. El obispo y el presidente de esta estaca determinarán su dignidad al considerar el asunto con espíritu de oración¹¹.

Aun después de llegar a ser digno, es posible que el misionero no se sienta completamente perdonado al comenzar su asignación misional. El Señor determina el perdón, y es probable que para ser perdonados por completo se requiera del tiempo y la diligencia adicionales del servicio misional. Su sacrificio al servir al Señor de tiempo completo les acercará más a su Padre Celestial, al Salvador y a la influencia del Espíritu Santo; aumentará su fe en Cristo y su comprensión espiritual de la Expiación, y les bendecirá en sus deseos de sentirse total y completamente perdonados.

La sinceridad es la esencia de la espiritualidad. Tengan el valor y la confianza en Dios de hablar con franqueza de las cosas de su vida que no hayan estado de acuerdo con los mandamientos de Dios.

Les prometo que el Señor les fortalecerá a medida que acudan a Él; Él los ayudará a recibir Su don divino del perdón.

Incluiré algunos fragmentos de dos cartas para quienes necesiten arrepentirse de pecados más graves. La primera carta proviene de un obispo que ayudó a un joven que necesitaba arrepentirse y llegar a ser digno antes de servir en la misión.

La carta de un obispo

Una de las experiencias más gratificantes de servir como obispo proviene del ejercicio de las llaves del sacerdocio con el espíritu de discernimiento y de recibir la confirmación del Espíritu de que un futuro misionero [. . .] es lo suficientemente digno y está lo bastante preparado a fin de que se le recomiende para el servicio misional.

Aunque al final es gratificante, [esta obra]

también puede ser [. . .] difícil y frustrante, conforme surgen problemas de dignidad y de preparación sin resolver, en particular, cuando se trabaja para solucionar tales cuestiones [con algún joven o con alguna joven que] esté sumamente ansioso por comenzar el servicio misional, además de [. . .] las expectativas de los padres y demás familiares, y de otras personas que estén igualmente ávidas [. . .].

He hallado que es relativamente fácil determinar cuando alguien no está listo para que se le recomiende para el servicio misional; sin embargo, la pregunta más difícil [. . .] es cómo o cuándo sé que las cuestiones de dignidad se han resuelto en grado suficiente y se ha producido el correspondiente cambio de corazón [. . .].

Cierto domingo, un joven [. . .] me manifestó con entusiasmo que, tras considerarlo con espíritu de oración, había decidido que ahora estaba listo para servir en una misión y quería hablar conmigo en cuanto al siguiente paso a dar. [Quería que] procediéramos de inmediato con su solicitud misional [y quería] comenzar el servicio misional tan pronto como fuera posible.

Le entregué una copia de las Preguntas Estándar de la Entrevista a los Futuros Misioneros que la Primera Presidencia ha expedido [. . .] y le pedí que repasara todo el material en preparación para una entrevista y una conversación exhaustivas, que acordamos llevar a cabo el domingo siguiente [. . .].

El domingo siguiente, me reuní con el joven tal como estaba planeado. Al inicio de la entrevista, le solicité que nos arrodilláramos, que ofreciera la oración y que pidiera específicamente que el Espíritu lo guiara para que fuera veraz y sincero conmigo durante nuestra charla, y que el Espíritu me bendijera a mí con el don de discernimiento. Después de la oración, manifestó voluntariamente que tenía que hablar conmigo en cuanto a algunos problemas de dignidad [. . .]. Tras detallar las transgresiones, las cuales no eran lo suficientemente graves para requerir alguna medida de disciplina formal, también indicó que había estado orando para suplicar perdón durante varias semanas, y que había hablado sobre sus transgresiones y problemas de dignidad con sus padres y les había pedido ayuda a ellos. Además, me informó que se había [esforzado] por escapar de las malas influencias en su vida y que sentía que ya había superado aquellos problemas y tentaciones, y que estaba listo para avanzar con la solicitud misional.

De modo que nuestra charla fue clara; leímos y analizamos los materiales de la sección Apéndice de las Preguntas Estándar y lo insté a que fuera meticulosamente sincero con el Señor para que no hubiese obstáculos al prepararse en lo espiritual para el templo y para el servicio misional. Al comprender de manera más completa, los materiales condujeron a una conversación y a la confesión de cuestiones y detalles adicionales que no había confesado anteriormente.

Mi función como obispo en lo concerniente a facilitar su arrepentimiento comenzó entonces [por] una charla franca y significativa sobre el arrepentimiento, la expiación de Jesucristo y el Plan de Salvación. Leímos juntos el capítulo 5 de Mosíah, y analizamos el potente cambio en el corazón que experimentaron los del pueblo. [Hablamos acerca de que ya no tenían] más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente, y examinamos y reflexionamos juntos sobre lo que condujo a un cambio tan potente en el corazón y en cuanto a cómo podría experimentarlo él.

[En preparación para nuestro siguiente encuentro,] le pedí que leyera los capítulos del 1 al 5 de Mosíah, y que escudriñara más y meditara más sobre el arrepentimiento, la Expiación y lo que él podría hacer para experimentar aquel cambio en el corazón, que era fruto del arrepentimiento y del perdón [. . .].

Durante nuestra siguiente reunión, indagué en cuanto a lo que había aprendido en su estudio de las Escrituras, y lo invité a compartir su testimonio de Jesucristo y de la función de Él como Su Salvador y Redentor. Su respuesta [carecía de la] meditación sincera, del aprendizaje, de las reflexiones y del poder espiritual [que

yo esperaba ver]. Era claro que había bastante que hacer antes de que pudiera recomendársele para servir en una misión.

Repasamos las enseñanzas del rey Benjamín sobre la expiación de Jesucristo y sobre el efecto de creer de corazón en enseñanzas tales como las que hicieron que el pueblo orara y clamara:

“¡Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo! [. . .]. Y aconteció que [. . .] el Espíritu del Señor descendió sobre ellos, y fueron llenos de gozo, habiendo recibido la remisión de sus pecados, y teniendo paz de conciencia a causa de la gran fe que tenían en Jesucristo” (Mosíah 4:2-3).

Al conversar acerca de ese pasaje de las Escrituras, comenzó un despertar espiritual, y el joven empezó a buscar palabras para explicar lo que estaba aprendiendo y lo que aquello significaba para él. Comenzó a ver la relación que había entre sus propias oraciones para pedir perdón y [. . .] su [. . .] entendimiento de la expiación de Jesucristo y su fe en dicha Expiación.

Compartí mi testimonio de Cristo con él y luego leímos juntos la letra del himno Asombro me da, lo que nos hizo llorar de gratitud y gozo:

Asombro me da el amor que me da Jesús. Confuso estoy por Su gracia y por Su luz,

y tiemblo al ver que por mí Él Su vida dio; por mí, tan indigno, Su sangre Él derramó.

Cuán asombroso es que por amarme así muriera Él por mí. Cuán asombroso es lo que dio por mí¹².

Después de leer las tres estrofas, le expliqué que ese himno expresa gran parte del gozo que siento al pensar en el Salvador, y que es un ejemplo de “la canción del amor que redime”, de la cual se habla en Alma 5:26 [. . .].

Conforme he estudiado y meditado en cuanto a qué evidencias o signos distintivos debo buscar en alguien que ha experimentado el perdón y un potente cambio en el corazón, he determinado las siguientes características, que se describen en Mosíah 3:19:

- Se despoja del hombre natural; se abstiene de otros pecados

- Se somete al influjo del Santo Espíritu
- Se arrepiente y se hace santo por la expiación de Jesucristo
- Se vuelve manso
- Se vuelve humilde
- Llega a estar lleno de amor
- Llega a estar dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente infligir sobre él

Alma también enseña sobre el potente cambio en el corazón y describe las siguientes características en Alma 5:7-30:

- Un despertar espiritual de la oscuridad, a la luz de la sempiterna palabra
- Confianza en Dios
- Fe en Cristo y en la Redención
- Conservarse irreprochable delante de Dios
- [Llegar a ser] humilde
- Hallarse despojado del orgullo
- Estar despojado de la envidia
- No burlarse de otras personas ni perseguirlas (es decir, amar al prójimo)
- Seguir el consejo del profeta

Durante todo el tiempo en el que trabajamos con aquel joven, hablamos sobre esas características. El ver evidencias de tales características en su vida [me] ayudó a reconocer y saber cuando [el joven experimentaba] el potente cambio en el corazón, que es fruto del arrepentimiento genuino y del perdón. En mi caso, hubo una apacible guía del Espíritu para discernir, la cual confirmó la dignidad y la capacidad de servir del joven.

Ver cómo aquel joven recibía el perdón y experimentaba un potente cambio en el corazón fue una experiencia gozosa que me brindó humildad. Fue lento [. . .] al principio, pues era difícil para él [. . .] dejar de centrarse [. . .] en el hecho de que yo no pudiera decirle exactamente cuánto tiempo le llevaría recibir mi recomendación, y expresaba su frustración en cuanto a que lo que había hecho no era tan grave como lo que habían hecho otros que él sabía [. . .] que tenían problemas similares de dignidad, pero que ya habían recibido sus llamamientos [. . .]. Le expresé mi profundo deseo de que él también sirviera en una misión, pero que yo quería [. . .] que entrase en el campo misional con confianza en su dignidad [. . .].

[Inicialmente,] mostraba poco o ningún cumplimento de las cosas que se le pedía que hiciera [. . .]. Sin embargo, cuando [. . .] empezó [a realizar] la obra espiritual [que se requería para que] lograra su propio testimonio de Jesucristo y de las doctrinas del Evangelio [. . .], comenzó a suceder el cambio en el corazón, el cual ocurrió rápidamente. Su estudio personal de las Escrituras se tornó en experiencias de revelación, su testimonio del Salvador adquirió la profundidad y el poder que corresponden a un misionero llamado a ser representante de Jesucristo. Su actitud en nuestras entrevistas cambió; ahora era la de alguien manso, humilde y despojado de orgullo.

Conforme oraba para pedir perdón, llegó a un punto en el que por fin se sintió perdonado; y expresó de manera hermosa la paz y el gozo que ahora sentía como resultado de ello. [Una noche, al] arrodillarnos juntos y [al orar cada uno de nosotros], ambos recibimos la dulce confirmación del Espíritu de que era digno y de que estaba preparado para servir. Sentí la seguridad de recomendarlo para prestar servicio [. . .].

Poco después de que se enviara la solicitud misional, el joven recibió su llamamiento. Habló en la reunión sacramental [. . .] antes de partir a la misión, [y] enseñó y dio testimonio del Salvador y de la expiación de Jesucristo con poder y autoridad, y con la canción del gozo que redime. “Cuán asombroso es lo que dio por mí”¹³.

Desde entonces, el joven de quien se habla en este relato ha servido al Señor como misionero de tiempo completo con poder y devoción.

La siguiente carta es de un misionero y fue escrita hace más de diez años. Al reunirse con el obispo y con el presidente de estaca antes de la misión, no admitió por completo cuál era su situación. Tras haber comenzado la misión, se hizo necesario que volviera a casa para arrepentirse plenamente y ser perdonado.

La carta se escribió antes que recibiera el permiso para regresar a la misión. Al conversar recientemente con este hombre recto, me habló sobre cómo aquel período en busca del perdón del Salvador estableció los cimientos de su misión, de su futuro matrimonio y de su discipulado para toda la vida.

La carta de un misionero

Fui a la misión indignamente y no valoré el carácter sagrado de este llamamiento. Sin embargo, quiero servir al Señor. Estoy muy agradecido por lo que he aprendido y he sentido, y por el gran cambio que ha tenido lugar en mí [. . .]. He llegado a conocer a mi Padre Celestial y a Jesucristo, y deseo muchísimo hacer Su voluntad [. . .]. Es asombroso el modo en que Cristo no sólo retiró la carga de mi pecado, sino que, además, mediante el poder de Su expiación, ha cambiado la forma en que pienso, cómo me siento y el modo en que actúo. Él ha cambiado por completo la persona que era y me ha ayudado a averiguar quién soy; Soy un hijo de Dios. No quiero volver a perder la confianza de mi Padre nunca más. Jesucristo me ha bendecido muchísimo y sólo me pide obediencia a cambio. Él ha padecido por nuestros pecados. Obedeceré y guardaré Sus mandamientos. Haré Su voluntad. Yo sé que Él vive.

Estaba en la misión cuando comenzó mi despertar. Había quebrantado la ley de castidad antes de enviar mis papeles y llegué a la misión valiéndome de engaños. Durante la misión, comencé a sentir que el Espíritu obraba en mí. Sentía el peso de mis pecados y no podía deshacerme de ellos. Trataba de justificarlos diciéndome a mí mismo que había hecho lo suficiente, que no tenía que confesarlos; los había abandonado [. . .].

Trataba de distraerme con la obra, pero [. . .] era un hipócrita. Trataba de enseñar acerca de la Expiación, pero me negaba a emplearla en mi propia vida. Oraba, ayunaba y estudiaba [. . .]. Lamentablemente, tenía demasiado temor de afrontar las consecuencias de que quizás se me enviara a casa. Trataba de acallar mis pensamientos o intentaba justificarme, pero pronto mis pecados fueron lo único en lo que podía pensar. Ansiaba recibir alivio; había tomado conciencia de mi culpa y sabía que debía confesar. Las consecuencias ya no importaban. Sabía que mi Salvador había muerto por mis pecados y sabía lo que Él quería que hiciera; así que llamé al presidente de misión.

La confesión fue difícil en extremo. Después de mi [. . .] llamada [telefónica] al presidente de misión, transcurrió algún tiempo antes de que pudiera reunirme con él. El Espíritu comenzó a obrar en mí mucho más [. . .]. En ocasiones, la carga no sólo me afectaba espiritual y mentalmente, sino que también se hacía

insoponible físicamente. Quería ocultarme del Señor. La culpa era sofocante, oscura y opresiva. Al ayunar y orar en busca de alivio [. . .], rogaba que Su ayuda aligerara la carga del pecado. Se me fortaleció, y pude sobrellevarla mejor, pero el dolor no desaparecía.

Mi presidente de misión actuó con amor, paciencia e inspiración hasta que finalmente lo hube confesado todo. Satanás se esforzó mucho para nublar la mente y evitar que confesara. Aún recuerdo lo que sentí cuando por fin pude confesar todo; de repente, sentí luz. Me había acostumbrado tanto a la oscura presencia de mis pecados, que había olvidado cómo se sentía el Espíritu en verdad. Verdaderamente, no había podido sentir el Espíritu durante mucho tiempo. Sentí que se me había elevado desde un sitio muy oscuro hasta una nueva luz, y supe que había sido mediante el poder de la expiación de Cristo. Jamás olvidaré ese sentimiento. Aquello me testifica que Cristo en verdad murió por mis pecados, y conozco la importancia de no sólo abandonar los pecados, sino también de confesarlos. En ese preciso momento, sentí que se me quitaban las cargas de los hombros. Me enviarían a casa y también tenía otras preocupaciones, pero el peso de mis pecados en verdad HABÍA DESAPARECIDO. Lloraba y lloraba; me sentía tan bien. Las demás preocupaciones ya no importaban [. . .]. Me hallaba en un nivel más alto del que jamás hubiera esperado. Había hecho lo que el Señor quería que hiciera.

No me daba cuenta de que así sería, pero el volver a casa fue, aunque de una manera diferente, más difícil que la confesión. Tuve líderes magníficos que me guiaban y orientaban; aprendimos, progresamos, y establecimos metas y pautas. No obstante, todavía me sentía confundido, avergonzado, temeroso e increíblemente vacío. Me sentía vacío puesto que, como dice en El milagro del perdón, “las cosas que [me] atraían, y que [me] intrigaban y ocupaban [mis] pensamientos han desaparecido, y un reemplazo adecuado todavía no ha llenado ese hueco”. Ya no tenía la misión para ocupar mis pensamientos, así que tuve que aprender a vivir una vida nueva. Verdaderamente, me fueron quitados los pensamientos, hábitos, tendencias y forma de vida pecaminosos anteriores. Aún me parece milagroso cómo ha podido suceder eso. Estoy muy agradecido por este nuevo comienzo, y estoy agradecido por el Espíritu, que me ha guiado durante estos momentos delicados. No lo habría logrado si no hubiera escuchado ni hubiera sentido la consoladora presencia del Espíritu Santo. Me ayudó a sentir que no estaba solo y que todo estaría bien, si buscaba la ayuda celestial.

Para llenar el vacío, me volví a mi Padre Celestial. Al tener el Espíritu, me sentía diferente al orar y tuve que acostumbrarme a ello, tal como sucede con todo. Comencé a cultivar mi relación con mi Padre Celestial y con Jesucristo. Sabía

que tenía que cambiar el corazón y mi vida entera, pero no sabía exactamente cómo se suponía que aquello debiera ocurrir. Mis líderes me acompañaban, aunque ellos no podían cambiarme el corazón. Sólo el poder de Dios y la expiación del Salvador podría hacerlo.

Mis oraciones empezaron a cambiar, el Espíritu Santo obró en mí y comencé a sentir entusiasmo por el Evangelio. Entré en un ciclo de leer y estudiar; era como leer las Escrituras por primera vez. He tenido muchos “comienzos” desde que volví a casa. ¡Jamás había leído el Libro de Mormón con el Espíritu Santo así, de este modo! Podía sentir las palabras. Me encanta el modo en que éstas predicán tanto en cuanto a Cristo. Él ha llegado a ser un ancla para mí. Estoy muy agradecido por Su sacrificio. Quiero conocer a mi Salvador, y ése es el designio del Libro de Mormón. Nos ayuda a sentir verdaderamente los testimonios de los profetas y sus enseñanzas. He aprendido, por medio de sus ejemplos y palabras, cómo vivir el Evangelio. Por medio de la fe de Nefi, ha aumentado mi fe. Por medio de la diligencia y el sacrificio de Alma y Amulek, he recibido fortaleza. Por medio de los hijos de Mosíah y de Alma, he aprendido y he sentido cómo actuar durante mi proceso de arrepentimiento. A menudo recibo respuesta a mis oraciones, así como revelación personal, por medio de sus palabras. El Libro de Mormón ha sido absolutamente crucial en el cambio que he sentido. Sé que Cristo visitó las Américas y que en verdad conocieron a su Señor y Salvador Jesucristo. Sé el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

Sé que el Evangelio ha sido restaurado en la tierra en la actualidad. He experimentado el maravilloso poder del sacerdocio. Sé que la Iglesia es el medio para conducirnos a nuestro Salvador, pues me ha conducido a Él. Sé que José Smith fue y es un profeta y que todas las llaves permanecen en la Iglesia hoy en día. Sé que vio al Padre Celestial y a Jesucristo porque he recibido la confirmación del Espíritu en mi alma de la validez de su relato. He sentido el poder de las palabras de los profetas modernos, quienes me elevan y me guían conforme los leo y los escucho. Estoy muy agradecido por la Santa Cena y por el poder de los convenios que se han restaurado. He vivido sin ser digno de ellos y no quiero volver a vivir así jamás.

Es increíble que nunca me haya tomado el tiempo para averiguar esto antes. No había valorado el Evangelio y me siento muy arrepentido de ello. Estoy muy deseoso de que otras personas encuentren la paz y las bendiciones que provienen de vivir el Evangelio. Me esfuerzo cada día por recordar a mi Salvador y guardar Sus mandamientos. A través de mi proceso de arrepentimiento, ahora tengo esperanzas de algo mejor. Mi fe se ha fortalecido hasta el punto en que sé que el Salvador sufrió por los pecados del mundo; sufrió por mis pecados. Ahora debo

actuar de conformidad con mi fe. Procuro cultivar la caridad y la pido en oración con frecuencia. El amor puro de Cristo me ha cambiado el corazón y la vida, y quiero llevar ese amor a otras personas. Procuro ser mejor cada día, y sé que aquello sólo es posible mediante la expiación del Salvador y el poder santificador del Espíritu Santo.

El modo en que debo hacer restitución por mis pecados es procurar la caridad. Debido a la naturaleza de mi transgresión, no puedo efectuar una restitución total, lo cual me ha causado gran pesar y tristeza. No puedo recuperar lo que se ha perdido ni devolver lo que he tomado. El Señor me había bendecido con tanto; no obstante, yo quise tomar algo más. Fui egoísta, rebelde y malvado. Ahora intento con toda el alma llegar a ser lo opuesto; quiero estar lleno del amor del Salvador.

He buscado el perdón de aquellos a quienes he ofendido de manera directa y les he dado mi testimonio. He confesado mis faltas y he hecho pública mi imperfección a las personas necesarias, lo cual me ha brindado mucha paz. Algunas de esas personas son miembros de mi familia. No quiero volver a perder la confianza de mis padres jamás. Los he herido mucho y quisiera poder deshacer todo aquello. Trato lo mejor que puedo de ser un buen ejemplo, obedecer y compartir el amor de Cristo, el cual yo he sentido, con toda mi familia y con todos los que me rodean. Procuro invitar la caridad a nuestras vidas. Tal como lo hicieron los hijos de Mosíah, he “explica[do] las profecías y las Escrituras a cuantos deseaban oír[as]” (Mosíah 27:35). No había sido el amigo, el hermano ni el hijo que debería haber sido, pero mediante la expiación del Salvador, el Señor me ha ayudado a llegar a ser más comprensivo, paciente y amoroso. Debo pasar por alto la paja que está en el ojo ajeno debido a la viga que tengo en el mío. Debo perdonar para ser perdonado.

Sé que la obra misional produce el perdón. En D. y C. 84:61, leemos: “porque yo os perdonaré vuestros pecados con este mandamiento: Que os conservéis firmes en vuestras mentes en solemnidad y en el espíritu de oración, en dar testimonio a todo el mundo de las cosas que os son comunicadas”. Desde que he estado en casa, he tenido la oportunidad de recibir muchas experiencias misionales. Recuerdo la primera vez que enseñé con el Espíritu verdaderamente; cómo fluyeron las palabras y el poder a través de mí, y cómo supe que estaba diciendo lo que el Señor quería que dijera. También recuerdo la increíble paz que recibí al dar testimonio de las cosas que había visto y de lo que he llegado a saber. Me siento como los hijos de Mosíah cuando se “esforz[aban] celosamente por reparar todos los daños que habían causado a la iglesia” al “proclama[r] todas las cosas que habían visto” (Mosíah 27:35).

Sé que no era digno de ir a la misión antes, y que es un privilegio que no valoré. No obstante, siento un inagotable deseo de proclamar el prestar servicio durante el resto de mi vida. Si no tuviera el deseo de servir en una misión, no entendería de verdad la expiación de Cristo. Sé que es parte de la restitución que debo efectuar y, por lo tanto, parte de mi proceso de arrepentimiento, pero es más que eso; quiero que otras personas tengan esta luz. Lo primero que hizo Alma al despertar de su sueño fue “manifest[ar] al pueblo que había nacido de Dios”. Desde aquel día, trabajó para traer almas al arrepentimiento (Alma 36:23-24).

Tengo grandes deseos de ayudar a los demás a venir a nuestro Salvador, pues sé del gozo que produce en la vida. No busco glorificarme a mí mismo, como así tampoco mejorar mi imagen. Más bien, quiero compartir el testimonio que el Espíritu me ha dado. Si el Señor puede utilizarme para hacer avanzar Su obra aquí, en la tierra, quiero hacerlo. Quiero hacer Su voluntad. Sé que mi Salvador vive. He sentido Su Espíritu y he sentido cómo se me retiraba la carga de sobre los hombros. He tenido un cambio en el corazón y aún estoy cambiando. Estoy agradecido más allá de lo que puedo expresar por mi Señor y Salvador Jesucristo. No existe ningún otro poder que podría haberme salvado excepto el poder de Dios. He sentido al Espíritu testificar y confirmar a mi alma que Jesucristo es mi Salvador y que el Padre Celestial me ama¹⁴.

Este joven regresó dignamente al campo misional y cumplió una misión honorable. Una década después, sigue siendo discípulo de Jesucristo; es fiel a sus convenios; y es un esposo, padre y siervo recto en el Reino de Dios.

En el campus de BYU, hay una escultura que se llama La Visión, realizada por el artista Avard T. Fairbanks. Representa al joven José Smith en la Arboleda Sagrada, con la vista hacia arriba.

Durante la dedicación de la estatua en 1997, el presidente Henry B. Eyring, quien por entonces servía en el Cuórum de los Doce Apóstoles, dijo:

“Al estudiar los diversos relatos de la Primera Visión, aprendemos que el joven José fue a la arboleda no sólo para saber a qué iglesia debía unirse, sino también para obtener el perdón de sus pecados, algo que al parecer, no había entendido cómo hacer. Y en más de un relato, el Señor se dirige a aquel joven que buscaba la verdad y le dice: ‘José, hijo mío, tus pecados te son perdonados’.

“Espero que conforme los jóvenes vean esta estatua a lo largo de las generaciones, comprendan [que] esta obra de arte representa el momento en el que José Smith aprendió que había una manera de acceder plenamente al poder

de la expiación de Jesucristo. Gracias a lo que José vio y a lo que comenzó en ese momento, el Salvador pudo, a través de este gran y valiente siervo, y mediante otras personas que Él envió, restaurar poder y privilegio. Tal poder y tal privilegio nos permiten a nosotros -y a todo el que ha de vivir- que el beneficio de la expiación de Jesucristo obre en nuestra vida.

“Les testifico que Jesús es el Cristo; Él vive. Yo sé que Él vive. Sé que José Smith lo vio, y sé que debido a que Él vive y debido a que José Smith alzó la vista y lo vio, y debido a que el Señor envió a otros mensajeros, ustedes y yo podemos saber -y no tan sólo esperar- que nuestros pecados pueden ser lavados”¹⁵.

Si desean servir en una misión ahora y se sienten profundamente entristecidos por las decisiones y las acciones de su pasado, no se desalienten ni desistan.

José Smith sintió renovada esperanza cuando el Salvador lo alentó con amor: “Mas recuerda que Dios es misericordioso; arrepíentete, pues, de lo que has hecho contrario al mandamiento que te di, y todavía eres escogido, y eres llamado de nuevo a la obra”¹⁶.

Recuerden que el arrepentimiento y el perdón no ocurren sin sinceridad, sin la tristeza que es según Dios ni sin la disposición de depositar su confianza en Jesucristo. Tampoco ocurren siempre de acuerdo con los plazos apresurados que nosotros esperamos. No obstante, les prometo que a medida que se acerquen con sinceridad y humildad al trono de Dios, con fe en nuestro Salvador y siguiendo la guía de su obispo y su presidente de estaca, obtendrán el perdón que buscan. Y al bendecírseles para entrar en el campo misional, llegarán a ser un poderoso instrumento en las manos de Dios, y la experiencia que tendrán allí pondrá los cimientos espirituales para el resto de su vida.

Notas

1. Doctrina y Convenios 15:6.
2. Doctrina y Convenios 4:2-7.
3. Véase Neil L. Andersen, “Sabes lo suficiente”, Liahona, noviembre de 2008.
4. 1 Corintios 9:14.
5. Doctrina y Convenios 38:42.
6. Véase Doctrina y Convenios 20:77, 79.
7. Véase Doctrina y Convenios 121:45-46.
8. Doctrina y Convenios 88:74.
9. Doctrina y Convenios 58:42.
10. Isaías 41:10.
11. Véase Marvin J. Ashton, “La dignidad personal”, Liahona, julio de 1989.
12. “Asombro me da”, Himnos, nro. 118.
13. Correspondencia personal dirigida al autor; utilizada con permiso.
14. Correspondencia personal dirigida al autor; utilizada con permiso.
15. Henry B. Eyring, mensaje pronunciado al dedicarse la estatua esculpida por Avard T. Fairbanks The Vision, 17 de octubre de 1997.

Capítulo 17

El arrepentimiento, los ángeles y los lazos familiares

Moroni preguntó: “¿Han cesado los milagros [. . .]? He aquí, os digo que no; ni han cesado los ángeles de ministrar a los hijos de los hombres [. . .]. Y el oficio de su ministerio es llamar a los hombres al arrepentimiento”¹; y Alma agregó: “¡Oh, si fuera yo un ángel y se me concediera el deseo de mi corazón [. . .]. Declararía yo a toda alma [. . .] el arrepentimiento y el plan de redención”².

Los ángeles han sido parte de la obra del Señor a lo largo de todas las eras de la historia. En muchos casos, su propósito ha sido traer a efecto el arrepentimiento. Al narrar las parábolas de la oveja perdida, la dracma extraviada y el hijo pródigo, Jesús declaró: “Os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”³.

En algunos casos, los ángeles aparecen de manera física, aunque en otros, tal como dijo el autor de Hebreos, “algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”⁴. Y como enseña Nefi: “Los ángeles hablan por el poder del Espíritu Santo”⁵.

Un pasaje de las Escrituras que oía citar con gran frecuencia al presidente Thomas S. Monson habla sobre los ángeles: “Y quienes os reciban, allí estaré yo también, porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros”⁶.

Muchas veces, las personas que más se inter interesan por nuestro bienestar son personas relacionadas con nosotros, pero que ahora se encuentran allende el velo.

En sus últimos años de vida, antes de su maravillosa visión sobre la redención de los muertos⁷, el presidente Joseph F. Smith se refirió a nuestros lazos con quienes están más allá del velo: “Comenzamos a comprender más y de manera más plena [. . .] que estamos estrechamente relacionados con nuestros parientes, con nuestros antepasados, con nuestros amigos y conocidos y compañeros que nos han precedido al mundo de los espíritus [. . .]. Ellos han avanzado; nosotros estamos avanzando [. . .]. Están muy interesados en nuestro bienestar, ahora nos aman más que nunca; pues ahora ven los peligros que nos asedian; pueden

comprender mejor que nunca antes las debilidades que podrían descarriarnos hacia senderos oscuros y prohibidos [. . .]. A ello se debe su gran interés por nosotros, y su amor por nosotros, y su deseo por nuestro bienestar ha de ser mayor que aquel que sentimos por nosotros mismos”⁸.

Muchas veces, las personas que más se interesan por nuestro bienestar son personas relacionadas con nosotros, pero que ahora se encuentran allende el velo.

Una madre joven, que padecía el dolor de haberse enterado recientemente sobre el adulterio de su esposo, relata con sus propias palabras los sentimientos que experimentó mientras estaba sentada afuera de la oficina de un líder del sacerdocio durante la reunión del consejo que se efectuaba para su marido.

Lo que sentí hasta aquel día fue ansiedad y dolor en extremo. Si bien creía que podría manejar las cosas con Jared⁹ en el aspecto personal, no tenía ni idea de cómo podría lidiar con la decisión del consejo.

Aquella semana, mis oraciones se habían centrado principalmente en ese momento. Sabía bien que no debía orar para suplicar algo sin decir las palabras: “Hágase Tu voluntad”; de modo que, en lugar de orar para pedir cierto resultado específico, mi ruego al Padre Celestial era que el líder del sacerdocio supiera qué disciplina de la Iglesia era necesaria para permitir a Jared cambiar plenamente, y que yo pudiera aceptar el resultado.

Aunque entiendo que disto mucho de ser perfecta, también creo que he tratado de escoger lo correcto en mi vida. He amado a Jared con todo el corazón. He tratado de hacer todo lo posible por promover la rectitud en nuestra familia (el estudio diario de las Escrituras, las oraciones, los discursos de la conferencia, la noche de hogar, etc.). Durante las últimas semanas, en cierta forma y tras enterarme del adulterio de Jared, me he sentido devastada porque mi obediencia no ha evitado que esto le ocurra a nuestra familia.

Oré para rogar que el Padre Celestial me tomara en cuenta a mí y a todo lo bueno que Él pensara que había hecho, de modo que yo supiera que aun cuando parecía que mis esfuerzos en la tierra no habían producido lo que había esperado, tal vez sirvieran de algo en el cielo.

Jared y yo llegamos a la Iglesia algunos minutos antes de las 20:00 h. Yo aguardé en la capilla.

Unos minutos más tarde, vino el líder del sacerdocio y me preguntó si me gustaría unirme a ellos para ofrecer la primera oración de rodillas y luego

regresar posteriormente para oír la decisión del consejo en cuanto a Jared. Me sentí muy humillada al entrar en la sala, y no por alguna reacción de ellos, sino porque nunca me hubiera imaginado tener razón alguna para estar en un consejo de ese tipo. Aquello me dio mucho en qué pensar.

Al concluir la oración, salí del despacho del líder del sacerdocio, pero mientras regresaba a la capilla, sentí que debía tomar una silla e ir a sentarme en el pasillo que se hallaba paralelo a la oficina del líder, así que hice precisamente eso. Tras sentarme, noté que a mi izquierda había dispuestas tres sillas plegables. Las dos más alejadas estaban una junta a la otra, pero la que se hallaba más cerca de mí estaba un tanto separada de las otras dos, aunque se podía ver que las tres sillas estaban juntas.

Mientras leía un discurso de la conferencia general, sentí de manera clara que debía subrayar ciertos pasajes que se referían al milagro del arrepentimiento y del perdón, y que recalcaban la idea de que, con el esfuerzo adecuado, el perdón completo es posible. Al leer las últimas palabras del discurso, miré las tres sillas de nuevo y de repente, supe que mi querida abuela y mi querido abuelo, así como mi bisabuela, estaban allí conmigo. No los vi con los ojos, pero supe que estaban allí. En el discurso que había estado leyendo, escribí las palabras que me acudieron a la mente en ese momento. “Están aquí para que sepas que no estás sola”.

Comencé a llorar, pues me sentía muy agradecida de que, en uno de los momentos más difíciles de mi vida, cuando en verdad podría haberme sentido completamente sola, el Señor consideró oportuno asegurarse de que no lo estuviera.

Tuve la impresión de que mi bisabuela se hallaba en la silla que estaba más cerca de mí, y que mi abuela y mi abuelo (en ese orden) se hallaban sentados en las dos sillas que estaban más juntas entre sí. Me pregunté por qué mi bisabuela habría de estar allí, puesto que yo sólo tenía algunos pocos recuerdos de ella de cuando era pequeña.

Más adelante, mi madre me habló sobre las decepciones que sufrió mi bisabuela en el matrimonio. Años antes de unirse a la Iglesia, su esposo le había sido infiel y la había dejado por otra mujer. Mi recta bisabuela había quedado devastada por la infidelidad de su esposo.

Sentí que debía cerrar los ojos. Aunque no los veía, les dije a mi abuela y a mi abuelo en mis pensamientos cuánto los amaba, y les agradecí por todo lo que

siempre habían hecho por mí. Esperaba que estuvieran orgullosos de mí a pesar de los terribles acontecimientos que habían tenido lugar. Tuve la impresión de que estaban orgullosos de mí.

Entonces comencé a leer himnos y versículos del Nuevo Testamento. Repetía la letra de algún himno en mi mente, y luego observaba las sillas. El sentimiento de que estaban allí era tan tangible para mí, que era casi impactante mirar las sillas y no verlos.

El pasaje de las Escrituras que me acudía a la mente una y otra vez era 2 Nefi 32:3: “Los ángeles hablan por el poder del Espíritu Santo; por lo que declaran las palabras de Cristo. Por tanto, os dije: Deleitaos en las palabras de Cristo; porque he aquí, las palabras de Cristo os dirán todas las cosas que debéis hacer”. Una vez, en una noche de hogar, mi abuela nos dijo que aquel era uno de sus versículos preferidos del Libro de Mormón, y que esperaba que todos lo memorizáramos; y así lo hice. No podía quitarme ese pasaje de las Escrituras de la cabeza; llegué a la conclusión de que, tal como dice el pasaje, aquella noche, mi abuela y mi abuelo me hablaron por medio de las palabras de Cristo cual se hallan en las Escrituras, por medio de las palabras de los profetas de Él y por medio de los himnos.

Esa experiencia duró alrededor de una hora.

Llegó un momento en que sentí que debía levantarme y caminar por el pasillo; lo hice y cuando regresé, sentí como si se hubieran marchado. Fue una experiencia realmente milagrosa; estoy muy agradecida por ella y me produce mucha humildad.

Entonces llegó el momento que yo temía. El líder del sacerdocio nos invitó a pasar a la sala. Ambos entramos y nos sentamos. Fue muy curioso, ya que no sentía nada de la ansiedad ni del temor que había relacionado con ese momento; en vez de ello, me sentía totalmente calmada y sabía que cualquier cosa que aconteciera sería lo correcto. Sentí el amor y la preocupación de los líderes del sacerdocio por Jared y por mí.

El líder del sacerdocio nos comunicó la decisión del consejo.

Curiosamente, no lloré en lo absoluto. Rebosaba demasiado de agradecimiento al Señor y sentía demasiada paz en cuanto a lo que estaba sucediendo como para llorar.

Jamás me hubiera imaginado que un consejo de la Iglesia podría ser una experiencia edificante, pero aquella fue una de las experiencias espirituales más fuertes de mi vida. Sentí muchísimo el amor del Señor por mí, por Jared y por nuestra familia. Soy optimista en cuanto a que Jared jamás olvidará lo mucho que le debe al Señor por tales bendiciones, y a que actuará de acuerdo con ello desde este momento en adelante¹⁰.

El maravilloso vínculo

He escuchado al presidente Gordon B. Hinckley decir en más de una ocasión: “He estado pensando mucho en cuanto a mi abuelo y a mi abuela. He estado pensando mucho en cuanto a mi padre y a mi madre. He estado pensando un poco en cuanto a mi esposa y a mí. Y he estado pensando mucho en cuanto a mis hijos, mis nietos y mis bisnietos”. Y luego concluía con esta frase: “Y he estado pensando mucho en cuanto a este maravilloso vínculo que nos une a todos”¹¹.

Nuestra labor de brindar las ordenanzas del templo a quienes nos han precedido refleja la doctrina que se reveló mediante el profeta José Smith:

“Estos son principios referentes a los muertos y a los vivos que no se pueden desatender, en lo que atañe a nuestra salvación. Porque su salvación es necesaria y esencial para la nuestra, como dice Pablo tocante a los padres: que ellos sin nosotros no pueden ser perfeccionados, ni tampoco podemos nosotros ser perfeccionados sin nuestros muertos”¹².

Curiosamente, ese pasaje de las Escrituras explica no sólo que nuestros antepasados no pueden ser perfeccionados sin nosotros, sino que nosotros tampoco podemos ser perfeccionados sin ellos. Estamos vinculados, y su interés en nosotros se asemeja a nuestro interés en ellos.

Cuando observamos de manera espiritual nuestra propia vida, miramos hacia las generaciones que nos seguirán, puesto que nuestras huellas se verán en hogares y en sendas en los que nunca andaremos. Nos arrepentimos y nos volvemos al Salvador no sólo por lo que aquello significa para nuestra propia salvación, sino también por quienes nos han precedido y por quienes nos sucederán. ¿Recuerdan las palabras del rey después de que Ammón le enseñara? “Y el gran Dios ha tenido misericordia de nosotros, y nos ha dado a conocer estas cosas para que no perezcamos; sí, nos ha dado a conocer estas cosas anticipadamente, porque él ama nuestras almas así como ama a nuestros hijos; por consiguiente, en su misericordia nos visita por medio de sus ángeles, para que el plan de salvación nos sea dado a conocer, tanto a nosotros como a las generaciones futuras”¹³.

Conforme nos arrepentimos y somos rectos, hay un poder que pasa a través de nosotros a nuestra posteridad y que ayuda a dar forma a su eternidad mientras da forma a la nuestra.

Conforme nos arrepentimos y somos rectos, hay un poder que pasa a través de nosotros a nuestra posteridad y que ayuda a dar forma a su eternidad mientras da forma a la nuestra.

Los ángeles son parte de la obra del Señor

En la Conferencia General de abril de 2016, el presidente Russell M. Nelson compartió una experiencia sobre los ángeles de dos hijas que intervinieron para acelerar el arrepentimiento y bendecir la vida de su buen padre y su buen hermano. La siguiente es la experiencia, que se halla en *Insights from a Prophet's Life: Russell M. Nelson*.

A finales de la década de 1950, mientras se encontraba en los primeros días de su carrera como cirujano, el Dr. Nelson había intentado salvar la vida de dos pequeñas de la misma familia: Laural Ann y Gay Lynn Hatfield, que eran hijas de Jimmy y Ruth. Ambas niñas habían fallecido. Se trató de una serie de acontecimientos traumáticos para todas las personas que se relacionaron con ellas.

Naturalmente, los padres estaban apesadumbrados, pero también estaban espiritualmente devastados. No sólo habían perdido a dos hijas, también habían perdido la fe en Dios. Y, desde su punto de vista, era culpa del cirujano; éste tendría que haber sido capaz de salvar la vida de sus hijas.

Durante décadas, habían estado enojados con Russell M. Nelson por “haberles fallado”, y la ira aumentó y creció hasta llegar a ser un profundo resentimiento que los apartó de la Iglesia. Los Hatfield expresaban abiertamente enojo e incluso rencor hacia el Dr. Nelson. La ira no hizo más que intensificarse cuando el Dr. Nelson llegó a ser el élder Nelson, a quien se había llamado a servir en el Cuórum de los Doce Apóstoles.

El élder Nelson estaba muy al tanto de aquella hostilidad y le afligía. No sólo le dolió en extremo la muerte de las dos niñas en ese momento, sino que también se hallaba devastado por haber estado relacionado con el distanciamiento de los Hatfield de la Iglesia. Se sentía responsable de su inactividad, así como del vituperio que éstos descargaban cada vez que alguien mencionaba su nombre o el de la Iglesia. En repetidas ocasiones, a lo largo de los años, había intentado

establecer contacto con Jimmy y con Ruth, por lo general, a través de la ayuda de los líderes locales del sacerdocio, pero era en vano [. . .].

Entonces, cierta noche de 2015 -alrededor de sesenta años después de la primera cirugía fallida- aquellas dos hijas de los Hatfield despertaron al élder Nelson desde el otro lado del velo. No las vio ni oyó mediante los sentidos físicos, pero sintió su presencia y pudo escuchar sus súplicas de manera espiritual; le tenían un mensaje breve, pero claro: “¡Hermano Nelson, no estamos selladas a nadie! ¿Puede ayudarnos?” (véase Nelson, “El precio del poder del sacerdocio”) [. . .].

Con renovada determinación, trató de ponerse en contacto con los Hatfield otra vez [. . .]. Se enteró [. . .] de que Ruth Hatfield había fallecido. Para su gran sorpresa, el padre y un hijo aceptaron reunirse con él.

Los Hatfield vivían en una pequeña comunidad de la región sur de Provo, Utah [. . .]. El élder Nelson hizo arreglos para reunirse con Jimmy y Shawn [. . .].

El ambiente estaba tenso cuando el élder Nelson entró en la sala [. . .]. El élder comenzó la conversación y durante los primeros minutos, le pareció que no estaba logrando nada. Finalmente, se arrodilló frente a Jimmy Hatfield -éste ya de ochenta y ocho años- y le contó sobre su experiencia de cómo se había descorrido un poco el velo algunas semanas antes, y sobre los ruegos de Laural Ann y Gay Lynn de sellarse a sus padres. Luego dijo: “Jimmy, me sentiría honrado de ser la persona que selle a tu esposa a ti, y a tus hijos a ti y a tu esposa”.

Mientras el élder Nelson hablaba apaciblemente a Jimmy, el Espíritu inundó el cuarto. Ahora Jimmy Hatfield escuchaba, y se hizo evidente que las palabras del élder Nelson resonaban en el tierno corazón de aquel padre. Le dijo qué se requeriría para que se preparase para estar listo y ser digno de entrar en el templo, y luego agregó: “Usted tiene ochenta y ocho años, y yo, noventa, de modo que será mejor que se apresure”. Después de algunos momentos, Jimmy respondió: “Está bien, lo haré”.

Entonces, el élder Nelson se dirigió al hijo de Jimmy y le dijo: “Shawn, esta familia va a sellarse. ¿Te sellarás con ellos?”, a lo que él contestó: “Sí, lo haré”.

Los hombres Hatfield fueron fieles a su palabra. Con la ayuda de sus líderes del sacerdocio, los maestros orientadores y el líder misional del barrio, así como de misioneros jóvenes y de un matrimonio misionero mayor, dieron los pasos necesarios para entrar en el templo a fin de recibir sus propias investiduras [. . .].

El 24 de noviembre de 2015, tuvo el “gran privilegio” de sellar a Ruth y a Jimmy Hatfield, y luego de sellar a sus cuatro hijos a ellos en el Templo de Payson, Utah. El presidente y la hermana Nelson, los Hatfield e innumerables amigos y familiares lloraron aquel día en el que tantos corazones sanaron, incluso los corazones de los Hatfield en ambos lados del velo [. . .].

El presidente Nelson [. . .] se refirió a esa exp experiencia en una conferencia general: “Reflexionando en ello, me maravillo de Jimmy y Shawn y de lo que estuvieron dispuestos a hacer”, dijo. “Ellos se han convertido en héroes para mí. Si pudiera ver cumplido el deseo de mi corazón, ese sería que cada hombre y jovencito de esta Iglesia demostrara el valor, la fortaleza y la humildad de ese padre y su hijo. Ellos estuvieron dispuestos a perdonar y a olvidar sus viejas heridas y hábitos [. . .]; [estuvieron dispuestos a someterse a la guía de sus líderes del sacerdocio para que la expiación de Jesucristo pudiera purificarlos y magnificarlos]. Cada uno estuvo dispuesto a convertirse en un hombre que porta el sacerdocio con dignidad ‘según el orden más santo de Dios’” (véase “El precio del poder del sacerdocio”)¹⁴.

La intervención angelical de Laural Ann y Gay Lynn no fue sólo en beneficio de ellas mismas, sino también para bendecir la vida de su padre y de su hermano. El valor, la fortaleza y la humildad de Jimmy y de Shawn no fueron sólo por su propio bienestar eterno, sino también por su familia en ambos lados del velo.

El presidente Joseph F. Smith habló en cuanto a los “mensajeros [que se envía] a ministrar a los habitantes de esta tierra [. . .], trayendo de la Presencia divina mensajes de amor, de amonestación, o de repreensión e instrucción, a quienes habían llegado a amar mientras estaban en la carne”¹⁵.

Permita que su corazón sea receptivo a la ayuda y a las bendiciones que se reciben de parte de ambos lados del velo. Y recuerde que su decisión de arrepentirse puede bendecir a quienes no ve, pero que están ligados a usted para siempre.

Yo he experimentado el amor, la preocupación y el interés de aquellos que han partido antes. Permita que su corazón sea receptivo a la ayuda y a las bendiciones que se reciben de parte de ambos lados del velo. Y recuerde que su decisión de arrepentirse puede bendecir a quienes no ve, pero que están ligados a usted para siempre.

1. Moroni 7:29, 31.
2. Alma 29:1-2.
3. Lucas 15:10.
4. Hebreos 13:2.
5. 2 Nefi 32:3.
6. Doctrina y Convenios 84:88.
7. Véase Doctrina y Convenios 138.
8. Joseph F. Smith, Conference Report, abril de 1916, pág. 3.
9. Se ha cambiado el nombre.
10. Correspondencia personal dirigida al autor; utilizada con permiso.
11. Según recuerda el autor de los mensajes ofrecidos por el presidente Gordon B. Hinckley.
12. Doctrina y Convenios 128:15.
13. Alma 24:14.
14. Sheri L. Dew, Insights from a Prophet's Life: Russell M. Nelson, Salt Lake City: Deseret Book Company, 2019, págs. 298-301.
15. Joseph F. Smith, Gospel Doctrine, Salt Lake City: Deseret Book Company, 2002, págs. 435-436.

Capítulo 18

Sinceridad inamovible

El mundo ha caído abruptamente por el resbaladizo declive de la falta de honradez¹. Aunque es probable que al comparar su honradez con la de otras personas usted las supere, nosotros, como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y como Sus discípulos, hemos de observar la norma divina de la honradez. Dios nuestro Padre y Su Hijo Jesucristo son Seres de absoluta, perfecta y completa honradez y verdad². Nuestro destino es llegar a ser semejantes a Ellos. No alcanzaremos la perfección total en esta vida, pero podemos procurar ser perfectamente sinceros y verídicos como nuestro Padre y Su Hijo. La honradez describe el carácter de Dios y, por lo tanto, es esencial para nuestro progreso espiritual y nuestros dones espirituales.

Jesús declaró: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida”³;

“Yo soy el Espíritu de verdad”⁴; “Yo os digo la verdad”⁵.

Por otra parte, a Satanás se le describe como “el padre de todas las mentiras”: “Y llegó a ser Satanás, sí, el diablo, el padre de todas las mentiras, para engañar y cegar a los hombres y llevarlos cautivos según la voluntad de él, sí, a cuantos no quieran escuchar mi voz”⁶.

Jesús dijo: “El diablo [. . .] no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de sí mismo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira”⁷.

La honradez describe el carácter de Dios y, por lo tanto, es esencial para nuestro progreso y nuestros dones espirituales.

El Salvador reprendía constantemente a quienes declaraban algo en público, mientras en su corazón vivían de manera diferente; y elogiaba a quienes vivían sin engaño. ¿Se da cuenta de la notoria diferencia? Por un lado, hay verdad, luz, honradez e integridad. Por el otro, hay mentiras, engaños, hipocresía y oscuridad. El Señor establece una clara diferencia. El mundo nos dirá que es difícil definir la verdad y la honradez; el mundo encuentra graciosas las mentiras ocasionales, y está presto a excusar los engaños supuestamente “inocentes”. No obstante, no existe inocencia en el engaño. El contraste entre lo bueno y lo malo se torna difuso y se minimizan las consecuencias de la falta de honradez. El engaño y la falta de honradez en cualquier forma o grado no son inocentes, sino que son malos e incorrectos. Para quienes avanzan en dirección al Salvador, la honradez y la integridad se vuelven cada vez más importantes.

No existe verdadero arrepentimiento ni verdadero perdón sin honradez total.

Al desear arrepentirnos, la sinceridad llega a ser crucialmente importante. Primero y principal, debemos ser sinceros con nuestro Padre Celestial y con nosotros mismos. La falta de sinceridad y el engaño constituyen los cimientos y el capitel de casi todos los pecados. En ocasiones, cuando alguien comienza a arrepentirse, empieza por revelar sólo una parte del problema, que es más grande. A veces nos engañamos a nosotros mismos al pensar que no hay por qué mencionar todos los aspectos, o que parte de lo que ha ocurrido ha sido culpa de otra persona. Hay personas buenas que pueden engañarse a sí mismas, así como ser engañadas. Cualquier clase de engaño demora el proceso del arrepentimiento.

El carácter de Dios

Dios nuestro Padre no puede ser engañado⁸. Él sabe todas las cosas⁹. Al arrodillarnos ante nuestro Padre Celestial con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, deseando tener una comprensión clara y sincera de los pecados que tenemos ante nosotros, el cielo nos dará un mejor entendimiento de la verdadera magnitud de nuestras transgresiones. En ocasiones, los líderes del sacerdocio de confianza pueden ayudarnos a darnos cuenta de lo que no hayamos comprendido plenamente. Cuando busquemos el perdón del Salvador, sólo la sinceridad completa y total abrirá esa importante puerta. Recuerde, Dios conoce los pensamientos y las intenciones de nuestro corazón¹⁰.

Amulek enseñó que, cuando los inicuos comparezcan ante el tribunal de Dios, “nuestras palabras nos condenarán, sí, todas nuestras obras nos condenarán [. . .] y nuestros pensamientos también nos condenarán”¹¹. Recuerde

la enseñanza de Jesús sobre la importancia de lo que entra en nuestra mente: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón”¹².

A pesar de todas las bendiciones que provienen de la tecnología moderna, cuando vemos los efectos devastadores de la pornografía y el lado oscuro de la realidad virtual, entendemos este consejo del presidente Russell M. Nelson: “Hay fuerzas inicuas por doquier; ustedes literalmente están viviendo en ‘territorio enemigo’. Abunda la plaga de la ponzoñosa pornografía, la cual atrapa a todos los que ceden a su malintencionado alcance.

“El Señor, al ver lo que vendría, dijo: ‘Y ahora os descubro un misterio, una cosa que se halla en las cámaras secretas, para llevar a cabo vuestra destrucción con el transcurso del tiempo, y no lo supisteis’ (Doctrina y Convenios 38:13). Luego añadió una segunda amonestación: ‘Y además, os digo que el enemigo en las cámaras secretas busca vuestra vida’ (Doctrina y Convenios 38:28).

“¡Piensen en cuánta gente, en cuántas cámaras secretas, están tratando ahora mismo de destruirles la vida y la felicidad! Si [. . .] están viendo pornografía, ¡dejen de hacerlo ahora mismo! ¡Deténganse por completo! Es tan destructiva como la lepra, tan adictiva como las anfetaminas, y tan corrosiva como la lejía¹³.

Clayton M. Christensen impartió un buen consejo en cuanto a jamás hacer concesiones a alguna norma importante. Dijo: “Es más fácil aferrarnos a nuestros principios el cien por ciento del tiempo, que aferrarnos a ellos el noventa y ocho por ciento del tiempo. El poder de los límites -es decir, nuestra frontera moral personal- radica en que no los crucemos; después que nos hemos justificado para cruzarlos una vez, no hay nada que nos impida volver a hacerlo”¹⁴.

El Señor habla con firmeza en cuanto a no encubrir ni ocultar nuestros pecados. “Cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo [. . .] en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, [y] el Espíritu del Señor es ofendido”¹⁵. Alma dijo a su hijo: “No trates de excusarte en lo más mínimo”¹⁶.

En mi propia vida, cuando algún ser querido o amigo me sugiere algunas cosas que debo cambiar, he descubierto, a veces, que el hombre natural que hay en mi interior se apresuraría a responder: “Es que no lo ves desde mi punto de vista”, o: “Tal vez deberías ocuparte de ti mismo”, o: “¿Quién eres tú para juzgarme?”¹⁷.

Cuando me arrodillo humildemente ante mi Padre Celestial y le pregunto con la más honda sinceridad: “Padre, ¿qué tengo que cambiar? ¿Qué me falta?”, me sobreviene un sentimiento de calma y en el momento debido, la verdad me penetra el corazón. En ocasiones, es incómodo, pero si rechazo aquel susurro espiritual, la sinceridad del Señor para conmigo me permite ser sincero con Él, conmigo mismo y con aquellos a quienes he herido.

Hace años, escribí una carta a un hombre que procuraba mi consejo en cuanto a cómo podría volver a ser la persona digna que había sido antes. Aunque se han cambiado los nombres, los principios siguen siendo verdaderos. Lo siguiente es parte de mi carta:

Querido Brian:

La traición y el adulterio en una familia inocente y pura, a una esposa recta y a buenos hijos que se hallan en el proceso de establecer sus propios cimientos de fe y de lo que está bien y lo que está mal, es muy triste; muy, muy injusto para los inocentes.

La primera respuesta a esta situación tan terrible podría ser: “Soy adicto a la pornografía y me afecta la forma de pensar”.

He meditado en esas palabras, y tengo algo que decirte que espero que te ayude. Al describírtelo, no lo hago para rebajarte, sino con toda la esperanza de ayudarte a centrarte en problemas que quizá sean incluso más graves que la pornografía.

El otro día, me reuní con un hombre cuyo hijo ha tenido una terrible adicción a la pornografía durante toda la vida. El hijo, a quien llamaré John, tiene más o menos tu edad, tiene cuatro hijos y es muy próspero. En muchos aspectos, podría decirse que la vida de John es semejante a la tuya. Su adicción comenzó cuando tenía unos trece años; se apartó de aquello durante los años de la misión, pero luego volvió a recaer al regresar.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre John y tú. Su padre me dijo que, antes de casarse, John le explicó a su inocente y desprevenida esposa sobre su adicción a la pornografía. Ella quedó devastada. Aquello demoró el matrimonio, pero tras procurar consejo, la mujer tomó la determinación de seguir adelante. Durante los aproximadamente quince años que han estado casados, la pornografía ha seguido siendo un problema de manera esporádica. No todos los años ni todo el tiempo, pero en diferentes momentos, asoma su horrible rostro.

La diferencia entre John y tú es que cada vez que aparece la pornografía, John corre a buscar ayuda. No miente ni oculta sus pecados. Aquello le ha ocasionado grandes dificultades durante su matrimonio; y le ha causado una vergüenza tremenda. Aquello significa más entrevistas con el obispo y el presidente de estaca; significa perder la recomendación para el templo; significa afrontar a su esposa; significa conversaciones profundas con sus padres; significa que a veces no ha podido ir al templo cuando había importantes acontecimientos familiares. En ocasiones, aquello ha causado tensiones en la relación con su esposa. No obstante, hay algo que ella sabe, y es que a John le preocupa más su familia, su esposa, sus hijos y su propia salvación que la humillación y la vergüenza que pueda sentir. John sabe que si no se hubiera sincerado, la adicción a la pornografía lo habría llevado al adulterio. Hay que decir a su favor que, en sus años de matrimonio, no se ha visto involucrado con ninguna otra persona.

Brian, perdóname por hablarte de forma tan directa, pero a mí me parece que tienes un defecto en tu carácter que excede la pornografía. Para la mayoría de las personas, cuando comienza la pornografía, enseguida aparecen las mentiras. Y, por supuesto, la persona puede justificarse debido a la tristeza que podría provocar a su compañera digna, a la vergüenza y al estigma social que causaría a la imagen que se percibe en la Iglesia. Todo eso puede justificar en la mente de la persona que mienta y encubra sus pecados, pero el Señor no lo justifica en absoluto. El Salvador habla claramente en cuanto a esos engaños, a la mentira, y al encubrimiento de los pecados.

“Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato; pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad” (Lucas 11:39).

“Nada hay encubierto que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, las cosas que habéis dicho en tinieblas, a la luz serán oídas; y lo que habéis hablado al oído en las cámaras será pregonado desde las azoteas. Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, pero después nada más pueden hacer. Mas os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que [. . .] tiene poder para echar[les] al infierno; sí, os digo: A este temed” (Lucas 12:2-5).

Brian, creo que si no vences el problema que tienes de falta de sinceridad, jamás vencerás tu adicción a la pornografía. Tus mentiras no han sido sólo esporádicas; han sido constantes. Le has estado mintiendo a tu esposa, al obispo y al presidente de estaca, a tus hijos y al Señor, y te has mentido a ti mismo. El problema está muy arraigado y no lo eliminarás con facilidad; debes resolver eso.

El otro aspecto que me preocupa en cuanto a tu situación es que te has permitido “dejar de sentir”. ¿Recuerdas cuando Nefi dijo a sus hermanos que habían dejado de sentir y que no podían sentir sus palabras? La fortaleza de John, el hijo de mi amigo, es que lo que siente por la verdad espiritual ha estado por encima de la incómoda angustia de la vergüenza, del escarnio y de las dificultades. No podía dejarse caer más y más en el pecado sin que se le atormentara el alma. En cierta forma, tu sensibilidad al pecado parece haber estado en un nivel muy bajo durante mucho tiempo; debes resolver eso. No cambiará porque experimentes algunos momentos de pesar.

Puedo ver tus muchas buenas cualidades y que deseas aquello que es correcto para tu vida. Me has dicho que la pornografía reprograma el cerebro, pero hay suficientes ejemplos como el de John, el hijo de mi amigo, que demuestran que no lo hace por completo; aún tenemos el poder de decidir. Incluso teniendo esa terrible adicción, el pecado produce una repulsión que conduce a la persona hacia adelante¹⁸.

Vivir la verdad

Ser sincero es vivir la verdad, y no meramente decir la verdad. Brigham Young nos aconsejó: “Debemos aprender a ser rectos en la oscuridad”¹⁹, es decir, cuando nadie nos observa.

La falta de sinceridad y la inmoralidad son compañeras en el pecado. Aunque muchas personas en el mundo puedan excusar los actos inmorales racionalizando que son expresiones de amor, Dios no acepta tales excusas. El Señor ha dicho: “Y de cierto os digo, como ya he dicho, el que mira a una mujer para codiciarla, o si alguien comete adulterio en su corazón, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe y temerá. Por lo que, yo, el Señor, he dicho que los temerosos, los incrédulos, y todos los mentirosos y quienquiera que ame y obre la mentira, y el fornicario y el hechicero, tendrán su parte en ese lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte”²⁰.

Ser sincero es vivir la verdad, y no meramente decir la verdad.

Además de la inmoralidad, todos los demás pecados también son formas de falta de honradez, entre ellos, el hurto, el engaño, el chisme, el difundir rumores, el quebrantar las santas leyes de Dios o el quebrantar las leyes civiles establecidas en nuestra sociedad²¹. Cualquier expresión que distorsione, exagere, dramatice o minimice la verdad intencionalmente es incorrecta y representa inicuas formas de engaño y falsedad. Cada vez que nos negamos a escuchar

nuestra propia conciencia o nos negamos a escuchar alguna amonestación o inspiración del Espíritu Santo, dejamos de ser honrados para ser engañados, y es entonces cuando pecamos.

El apóstol Juan el Amado enseñó que cuando no reconocemos nuestros pecados, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros²². Todo pecado, incluso el orgullo que nos impide ser completamente sinceros en la confesión de los pecados, es una forma de autoengaño. ¡Podemos engañarnos a nosotros mismos y a otras personas, mas no podemos engañar a Dios! Tal como se afirma en el párrafo inicial del presente capítulo, Dios nuestro Padre y Su Hijo Jesucristo son Seres de absoluta, perfecta y completa honradez y verdad.

Qué tristeza es no tener el Espíritu, negar la fe y vivir con temor. El rey Benjamín dice lo siguiente en cuanto al simbolismo del lago de fuego y azufre: “Y si fueren [obras] malas, serán consignados al horrendo espectáculo de su propia culpa y abominaciones, que los hará retroceder de la presencia del Señor a un estado de miseria y tormento sin fin [. . .]. Y su tormento es como un lago de fuego y azufre”²³.

Le prometo que conforme se comprometa consigo mismo a ser honrado en todo lo que haga y diga, sabrá que está avanzando por el camino correcto, que conduce a la vida eterna. Cuán hermosa es la promesa que el Señor extiende a quien es honrado y virtuoso: “Deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios [. . .]. El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno [. . .] para siempre jamás”²⁴.

Notas

1. Véase 2 Timoteo 3:1-4.
2. Véase Éter 3:12.
3. Juan 14:6.
4. Doctrina y Convenios 93:26.
5. Juan 16:7; véase también Juan 16:13.
6. Moisés 4:4.
7. Juan 8:44; véase también Doctrina y Convenios 93:34.
8. Véase 2 Nefi 9:41, donde se describe a Cristo de igual modo.
9. Véanse 2 Nefi 9:20; Mateo 6:8.
10. Véase Doctrina y Convenios 6:16.
11. Alma 12:14.
12. Mateo 5:27-28.
13. Véase Russell M. Nelson, “Juventud bendita: ¿qué es lo que escogerán?”, devocional del SEI para los jóvenes adultos, 6 de septiembre de 2013, Universidad Brigham Young-Hawái.
14. Clayton M. Christensen, *How Will You Measure Your Life?*, Nueva York: HarperCollins, 2012.
15. Doctrina y Convenios 121:37.
16. Alma 42:30.
17. Véase Neil L. Andersen, “El ojo de la fe”, *Liahona*, mayo de 2019.
18. Correspondencia personal enviada por Neil L. Andersen. Los nombres se han cambiado.
19. Brigham Young's Office Journal, 28 de enero de 1857.

20. Doctrina y Convenios 63:16-17.
21. Véanse Doctrina y Convenios 63:17; 76:103.
22. Véase 1 Juan 1:8-10.
23. Mosíah 3:25, 27.
24. Doctrina y Convenios 121:45-46.

Capítulo 19

Confesar de buena gana y abandonar el pecado con determinación

En una elocuente enseñanza a nuestra generación, el Señor dijo: “Por esto podréis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará”¹. El Señor no dice que eso sea todo lo que se requiere al arrepentirse, sino que dichos pasos cruciales son una demostración externa de que el arrepentimiento ha comenzado. Es necesario confesar humildemente a Dios todos los pecados; los pecados graves deben confesarse a la debida autoridad del sacerdocio. Además, es esencial confesar nuestros pecados a quienes hayamos herido, si es posible.

Existe gran poder en orar a nuestro Padre Celestial de rodillas y en voz alta². Con sinceridad, explicamos la tristeza que sentimos por no guardar Sus mandamientos, así como el pesar que sentimos en el alma. El orar en voz alta nos ayuda conforme escuchamos las palabras que dirigimos a nuestro Padre expresando la magnitud total de nuestro pecado, y nos ayuda a ser minuciosos y específicos, sin buscar excusas por lo que hemos hecho.

Nuestro Padre Celestial conoce todos nuestros pecados antes de que nosotros los admitamos; cuando le oramos, reconocemos que somos responsables ante Él y admitimos nuestra tristeza por no haber vivido fieles a nuestros convenios bautismales y del templo.

Puede que nos sea de provecho el ejemplo de Adán y Eva en las Escrituras en cuanto a confesar nuestros pecados a nuestro Padre Celestial. Cuando reconocieron sus pecados por primera vez, el Padre preguntó a Adán y a Eva: “¿Dónde estás?”³. En nuestras oraciones, quizá podríamos considerar reconocer a nuestro Padre dónde nos hallamos en nuestra travesía terrenal. Hablarle sinceramente al Padre Celestial revela nuestro deseo de volver a estar más cerca de Él.

En nuestras oraciones, es importante que hablemos de manera abierta con nuestro Padre Celestial sobre las circunstancias que ahora requieren nuestro arrepentimiento. Tal como les sucedió a Adán y a Eva, nuestros sentimientos de

vergüenza y pesar son el resultado de escuchar las tentaciones del adversario y de no seguir los mandamientos de Dios.

El Señor preguntó a Adán y a Eva: “¿Has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieses?”⁴. Aunque quizá no oigamos Su voz haciéndonos esa pregunta, sería bueno que abordemos simbólicamente dicha pregunta en nuestras oraciones a Él. Es preciso que seamos sinceros y admitamos lo que hayamos hecho que no esté de acuerdo con Sus mandamientos. Alma, hijo, reconoció: “Me hallaba en el más tenebroso abismo [. . .]. Atormentaba mi alma un suplicio eterno”⁵. Expresamos lo que sentimos de modo sincero.

El Señor hizo una pregunta más a Adán y a Eva: “¿Qué es lo que has hecho?”⁶. En nuestros días, esa pregunta podría expresarse así: “¿Entiendes la gravedad de tus acciones?”. El presidente M. Russell Ballard ha recalcado que no debemos minimizar nuestros actos ni excusarnos: “Eso de que se pueda pecar un poco equivale a engañarse a uno mismo. ¡El pecado es pecado! El pecado debilita espiritualmente y siempre pone al pecador en peligro en lo que toca a las cosas eternas. El escoger el pecar, incluso con la intención de arrepentirse, es sencillamente volver la espalda a Dios y violar los convenios”⁷.

Tenemos que reconocer a Dios la tristeza que nuestras acciones hayan ocasionado a otras personas; el dolor y el daño que hayamos causado a aquellos que eran completamente inocentes o a quienes nos hayan seguido hacia senderos equivocados. Habrá otras cosas que les acudirán a la mente y al espíritu que será importante que digan al orar a Dios. Al comenzar esta conversación solemne y sagrada con nuestro Padre Celestial, veremos y sentiremos la importancia de la confesión en el proceso del arrepentimiento⁸.

El Señor dijo a Sus primeros santos: “Yo [. . .] soy misericordioso con aquellos que [. . .] confiesan [sus pecados] con corazones humildes”⁹. Y dijo además: “Yo, el Señor, perdono los pecados es sencillamente volver la espalda a Dios y violar los convenios”⁷.

Tenemos que reconocer a Dios la tristeza que nuestras acciones hayan ocasionado a otras personas; el dolor y el daño que hayamos causado a aquellos que eran completamente inocentes o a quienes nos hayan seguido hacia senderos equivocados. Habrá otras cosas que les acudirán a la mente y al espíritu que será importante que digan al orar a Dios. Al comenzar esta conversación solemne y sagrada con nuestro Padre Celestial, veremos y sentiremos la importancia de la confesión en el proceso del arrepentimiento⁸.

El Señor dijo a Sus primeros santos: “Yo [. . .] soy misericordioso con aquellos que [. . .] confiesan [sus pecados] con corazones humildes”⁹. Y dijo además: “Yo, el Señor, perdono los pecados de aquellos que los confiesan ante mí y piden perdón”¹⁰.

Confesar a quienes hayamos dañado

Una vez que reconocemos lo que hemos hecho, sentimos remordimiento por nuestras acciones, y una vez que hayamos confesado al Señor, tenemos que buscar la valentía para confesar, si es posible, a quienes hayamos agraviado. La confesión no es tan sólo la admisión de la culpa después de que alguien haya descubierto nuestros pecados; más bien, es el deseo de reconocer ante el Señor y ante quienes hayamos perjudicado el mal que hemos hecho, y de procurar el perdón de ellos. Si se ha ofendido a muchas personas, hemos de hablar con todas las partes ofendidas, si es posible. El élder Neal A. Maxwell dijo: “La confesión ayuda a abandonar el pecado [. . .]. Después de pecar de manera pública y extensa, no podemos pretender que se nos rescate de manera privada y rápida. Dar la cara ante aquellos a quienes hemos hecho daño, en especial, aquellos a quienes amamos, aunque es una experiencia dolorosa, puede ser una gran ayuda para darnos la fortaleza de no repetir los pecados del pasado”¹¹.

Después de haber tomado la decisión de confesar a alguien que hayamos herido profundamente, nuestra primera y mayor consideración debe ser cómo podría realizarse tal confesión de un modo que no se hiera más, ni se aumente el dolor y la tristeza terribles que ya produjo el pecado. Lo que motive principalmente la confesión no puede ser el deseo de la persona de recibir alivio de la culpa, ni el seguir adelante con el proceso del arrepentimiento. El profeta Jacob habla en cuanto a corazones tiernos que sollozan, y en cuanto a perder la confianza de los miembros de la familia¹².

Estoy familiarizado con el caso de cierto matrimonio en el cual, hace muchos años, el esposo, después de sentir extremo remordimiento tras haber cometido adulterio, rápidamente confesó al obispo del lugar. Su familia se encontraba al otro lado del país en un viaje de temporada navideña, y su esposa estaba embarazada de cuatro meses. Aunque la familia contaba con los medios económicos para que el marido volara hasta el sitio en que se hallaba su compañera, en su prisa por seguir adelante y aliviar su conciencia, llamó a la esposa y le habló por teléfono en cuanto a la infidelidad. Su desprevenida esposa se consternó tanto, que sus familiares tuvieron necesidad de llevarla de emergencia al hospital, ya que requería atención médica a fin de garantizar la salud del bebé que gestaba.

Al emprender esta tan delicada senda, nuestro interés principal deben ser quienes hayan resultado perjudicados o heridos.

Si es posible, lo mejor es confesar cara a cara. La parte ofendida necesita ver que la confesión se haga humildemente, sin poner excusas ni culpar a otras personas. Cuando los hijos admitan errores a los padres, podría serles de ayuda que haya un líder del sacerdocio en la sala. En caso de pecados graves, puede ser importante que se hallen cerca algunos miembros de la familia o amigos de confianza. Lo que es más importante, al emprender esta tan delicada senda, nuestro interés principal deben ser quienes hayan resultado perjudicados o heridos.

Confesar a la debida autoridad del sacerdocio

Las transgresiones muy graves, tales como los pecados sexuales¹³, tienen que confesarse al obispo o al presidente de estaca, y resolverse con el Señor y con la Iglesia. A los obispos y a los presidentes de estaca se les ha ordenado y apartado para prestar servicio como jueces en Israel¹⁴. Por supuesto, sólo el Señor puede perdonar pecados, pero los líderes del sacerdocio desempeñan una importante función en el proceso de arrepentirse de pecados graves. Alma tuvo que lidiar con la importante responsabilidad de abordar el problema de quienes habían cometido transgresiones graves; por lo cual se turbó en espíritu y preguntó al Señor¹⁵. Tras derramar el alma entera, la voz del Señor vino a él, indicándole lo que debía hacer¹⁶, e incluso el Señor explicó que había dos confesiones y dos perdones. “Te digo, por tanto: Ve; y al que transgrediere contra mí, lo juzgarás de acuerdo con los pecados que haya cometido; y si confiesa sus pecados ante ti y mí, y se arrepiente con sinceridad de corazón, a este has de perdonar, y yo lo perdonaré también”¹⁷. Las personas que transgredan en tales casos deben confesar a Él y a su líder del sacerdocio. Una vez que se hayan arrepentido con sinceridad de corazón, el líder del sacerdocio ha de perdonarlas y el Señor promete que las perdonará. No es que el obispo las perdone por sí mismo, sino que las perdona en lo referente a su condición de miembro de la Iglesia: por ejemplo, indica si pueden usar su sacerdocio, tomar la Santa Cena o regresar al templo. Sin embargo, es el Señor quien extiende el perdón final, el cual incluye la paz de conciencia y una plenitud de gozo¹⁸.

Alma nos ayuda a comprender la función de los líderes del sacerdocio que obran con el Señor a fin de ayudar a las personas sinceras y humildes a recibir el perdón de las transgresiones graves.

Al describir los deberes del obispo, el Señor reveló que éste también había de “ser juez en Israel, para tramitar los asuntos de la iglesia y juzgar a los

transgresores [y] según el testimonio que fuere presentado ante él de conformidad con las leyes [. . .]. Este será el deber del obispo [. . .]. Así que, será un juez, sí, un juez común entre los habitantes de Sion, o en una estaca de Sion, o cualquier rama de la iglesia donde sea apartado para este ministerio”¹⁹.

En el Libro de Mormón, el Señor mandó a los líderes: “no permitáis que ninguno a sabiendas participe indignamente de mi carne y de mi sangre, cuando las administréis; porque quien come mi carne y bebe mi sangre indignamente, come y bebe condenación para su alma”²⁰. Los amorosos obispos tienen la responsabilidad especial de evitar que su rebaño participe indignamente de la Santa Cena debido a las consecuencias espirituales de ello.

Los líderes del sacerdocio no han de actuar sólo en su función de jueces, sino también como guías para ayudarnos a hallar nuestro camino. En el sueño del profeta Lehi, éste se vio en “un desierto oscuro y lúgubre”. Tras “haber caminado en la obscuridad por el espacio de muchas horas”, imploró al Señor “que tuviera misericordia de [él]”²¹. El Señor lo guió para que saliera de su obscuridad. Nuestro obispo, nuestro presidente de estaca y otros líderes del sacerdocio pueden contribuir a guiarnos para que salgamos de nuestra obscuridad.

Abandonar el pecado

En el elocuente pasaje de las Escrituras que se halla en Doctrina y Convenios, sección 58, el Señor hace hincapié en que, junto con confesar los pecados, quienes deseen arrepentirse también los abandonarán²².

Abandonar cierto pecado significa que jamás lo repetiremos -jamás volveremos a él- ni mediante acciones ni palabras; ni siquiera en la mente. Abandonar un pecado determinado significa que éste ha quedado totalmente en el pasado. Abandonar el pecado significa más que tan sólo sentir el remordimiento y la tristeza que nos haya ocasionado a nosotros y a otras personas que hubiéramos herido; significa estar seguros de que no nos colocaremos en la misma situación que haya causado el pecado antes. Significa relacionarse con guiarnos para que salgamos de nuestra obscuridad.

Abandonar el pecado

En el elocuente pasaje de las Escrituras que se halla en Doctrina y Convenios, sección 58, el Señor hace hincapié en que, junto con confesar los pecados, quienes deseen arrepentirse también los abandonarán²².

Abandonar cierto pecado significa que jamás lo repetiremos -jamás volveremos a él- ni mediante acciones ni palabras; ni siquiera en la mente. Abandonar un pecado determinado significa que éste ha quedado totalmente en el pasado. Abandonar el pecado significa más que tan sólo sentir el remordimiento y la tristeza que nos haya ocasionado a nosotros y a otras personas que hubiéramos herido; significa estar seguros de que no nos colocaremos en la misma situación que haya causado el pecado antes. Significa relacionarse con amigos y familiares de confianza que nos ayuden a seguir adelante. Para algunos, podría significar cambiar de amigos, y tal vez cambiar de empleo o cambiar lo que hagamos con nuestro tiempo. Significa ser muy francos y sinceros con algunos compañeros de confianza conforme avanzamos. Significa que jamás querremos volver a los pecados de nuestro pasado. El Señor declaró con firmeza: “Id y no pequéis más; pero los pecados anteriores volverán al alma que [vuelva a sus pecados], dice el Señor vuestro Dios”²³.

Abandonar cierto pecado significa que jamás lo repetiremos -jamás volveremos a él- ni mediante acciones ni palabras; ni siquiera en la mente. Abandonar un pecado determinado significa que éste ha quedado totalmente en el pasado.

Por supuesto, el arrepentimiento nunca constituye un esfuerzo desperdiciado. La persona que se haya arrepentido de estar enojada, lamentablemente podría enojarse de nuevo, o la persona que se haya arrepentido de hablar mal de alguien, lamentablemente podría hablar mal de otra persona. El presidente Lorenzo Snow dijo: “No esperen llegar a ser perfectos de inmediato. Si lo hacen, se desilusionarán. Sean mejores hoy de lo que fueron ayer, y sean mejores mañana de lo que son hoy. No permitamos que las tentaciones que quizás nos vencen hoy parcialmente nos venzan tanto mañana. Así, pues, continúen siendo un poco mejores día tras día”²⁴. Progresamos paso a paso, línea sobre línea, a medida que forjamos nuestro carácter día a día. No obstante, en el caso de los pecados graves y el de los pecados que nos impedirán alcanzar nuestras metas eternas, debemos apartarnos y no regresar jamás.

Cuando el rey Benjamín enseñó que “el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu”²⁵, nos aconsejó que nos “[volviéramos] como un niño: sumiso[s], manso[s], humilde[s], paciente[s], lleno[s] de amor y dispuesto[s] a someter[nos] a cuanto el Señor juzgue conveniente infligir sobre [nosotros]”. El rey Benjamín nos ayuda a darnos cuenta de que nuestros avances relativos a adoptar los atributos de Jesucristo en nuestra vida no llegarán mediante un único evento de confesar y abandonar. Llegarán conforme evaluemos nuestras acciones a diario y supliquemos la misericordia de nuestro

Salvador mientras procuramos llegar a ser mejores. Desafortunadamente, es posible que volvamos a tropezar a veces, pero hinquemos la rodilla con rapidez y humildad, y avancemos de nuevo en la dirección correcta.

El Señor desea que nos fortalezcamos de manera constante y que lleguemos a ser mejores, tratan tratando de no repetir ni siquiera el menor de los pecados del pasado. Él “no pued[e] considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia”²⁶, pero ha prometido: “No obstante, el que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor será perdonado”²⁷. El Señor se complace en concedernos Su misericordia y Su perdón cuando nos arrepentimos verdaderamente.

El apóstol Pablo, quien antes de ser Pablo era el injusto Saulo, dijo: “Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”²⁸.

Una vez que en verdad hemos dejado atrás el pecado, no continuamos pensando en él, ni nos regodeamos en él, ni hablamos sobre él abiertamente con otras personas. Aunque desee advertir a los demás sobre los pecados que usted ha superado, aquello puede conducir a la propagación de chismes de tinte impropio o traer a la imaginación de la mente inocente ciertas escenas no deseadas, perjudicando en lo espiritual a las personas que desea ayudar.

Aprendí ese principio de un modo maravilloso de un recto compañero de la misión, mientras prestaba servicio como misionero en Francia. Él tenía casi cuatro años más que yo, y había salido a la misión después de unirse a la Iglesia en una ciudad metropolitana grande de Europa. Antes de bautizarse en la Iglesia, había llevado una vida mundana. Los misioneros más jóvenes, al saber que era varios años mayor que nosotros y conociendo que su conversión había ocurrido tras haber entrado ya en los veintitantos años de edad, estaban ansiosos por saber más sobre su vida antes de la conversión. El misionero se negó a hablar al respecto de modo rotundo y dijo de manera muy directa: “A aquello lo dejé atrás. He abando abandonado esa vida, y he abrazado la vida de Cristo. No sólo no volveré a participar de aquello, sino que no pienso volver a hablar al respecto otra vez, ni enorgullecerme de ello, pues me causa tristeza y no satisfacción”. He visto a mi compañero de misión en más de una ocasión durante los cincuenta años que han transcurrido desde que estuvimos en Francia. Lo respeto, lo aprecio y lo admiro, y hasta el día de hoy sigo sin conocer las acciones que afectaron su vida antes de convertirse al Evangelio.

En una ocasión, manifesté a una audiencia universitaria que yo creía que, si tenemos un pasado de inmoralidad o de consumo de pornografía, la persona con quien deseamos casarnos merece conocer tal historial, si así lo desea²⁹. La fe en Jesucristo y en Su expiación, la pureza de pensamientos, la sinceridad, y la confianza en la brújula moral de nuestro compañero son fundamentos clave para el matrimonio eterno.

No es adecuado tratar las experiencias de nuestra vida que sean muy privadas cuando recién comenzamos a conocer a alguien. Es probable que mencionar los pecados del pasado de los que nos hayamos arrepentido y que el Señor haya perdonado afecte innecesariamente y de modo negativo la relación incipiente. Cuando los pecados se hallan distantes en el pasado, se han abandonado, se han perdonado y no se han repetido, no es productivo que, al comenzar la amistad, hagamos preguntas o deseemos respuestas con detalles específicos y vívidos. Al mismo tiempo, sea sincero al darse cuenta de que los pecados no se hallan del todo en el pasado.

Si le preocupa la naturaleza o la fidelidad al discipulado de alguien a quien esté considerando para el matrimonio, tómese más tiempo para conocer su corazón. Vivimos en un mundo que es muy indiscreto; internet puede traer al presente las experiencias del pasado de forma muy rápida.

Los secretos resultan devastadores para los lazos eternos, y las cosas del pasado que emergen años después, aun cuando la persona haya recibido el perdón, pueden suscitar dudas y desconfianza. Le aconsejo que sea completamente sincero con la persona a la que esté considerando amar a lo largo de las eternidades, y entienda que tales conversaciones deben ocurrir mucho después de que la relación haya madurado.

Céntrese en el poder sanador de Jesucristo y en Su expiación, y no en los pecados pasados de la persona. Si puede, entable relación con los padres, familiares y amigos del pasado de ésta. Si tiene dudas o inquietudes, aguarde y sea paciente; el tiempo le dirá aquello que tenga que saber.

El élder Jeffrey R. Holland nos ha aclarado la forma en que hemos de seguir adelante en el difícil mundo en el que vivimos: “Hay algo en nosotros, al menos en demasiados de nosotros, que en particular nos impide perdonar y olvidar los errores pasados de la vida, ya sea que los hayamos cometido nosotros u otras personas. Eso no es bueno [. . .] y está en directa oposición a la grandiosidad y la majestad de la expiación de Cristo. El permanecer sujetos a los errores del

pasado -los propios o los de otras personas- es la peor manera de atormentarse con el pasado, de lo cual se nos exhorta a cesar y desistir [. . .].

“Dejen que las personas se arrepientan; déjenlas progresar. Crean que la gente puede cambiar y mejorar. ¿Es eso fe? ¡Sí! ¿Es eso esperanza? ¡Sí! ¿Es eso caridad? ¡Sí! Y sobre todo, es caridad, el amor puro de Cristo. Si algo quedó enterrado en el pasado, déjenlo enterrado [. . .].

“El pasado es para aprender de él pero no para vivir en él. Miramos atrás con el deseo de reclamar las brasas de las experiencias radiantes, pero no las cenizas. Y una vez que hayamos aprendido lo que tengamos que aprender y que guardemos con nosotros lo mejor de lo que hayamos experimentado, entonces miremos adelante y recordemos que la fe siempre señala hacia el futuro”³⁰.

Cómo saber que se han perdonado los pecados

Algunas personas tal vez se pregunten: “Si he confesado mi pecado y lo he abandonado, ¿por qué no puedo olvidarlo? ¿Por qué sigue en mi mente y permanece conmigo?”. El recuerdo de algunos pecados que se hayan abandonado podría permanecer con nosotros, pero el dolor, la tristeza, el remordimiento y la culpa desaparecerán. Aunque el Señor promete no recordar más nuestros pecados, para nosotros es una bendición que no olvidemos por completo los errores pasados en esta vida, de modo que jamás los repitamos. Satanás trata de usar nuestros pecados anteriores contra nosotros, pero podemos vencer esas malintencionadas tácticas orando de inmediato con fe y agradeciendo con sinceridad a nuestro Padre Celestial por Su Hijo y por Su gracia, misericordia y perdón. Las Escrituras nos exhortan a velar y orar siempre para que podamos vencer a Satanás y sus tentaciones³¹.

Aunque el Señor promete no recordar más nuestros pecados, para nosotros es una bendición que no olvidemos por completo los errores pasados en esta vida, de modo que jamás los repitamos.

El presidente Heber J. Grant enseñó: “No hay enseñanza de nuestro Señor y Maestro Jesucristo que Él haya expuesto en forma más clara que el hecho de que ninguno de nuestros pecados pasados se nos tendrá en cuenta si nos arrepentimos de ellos y los abandonamos, ni si, a partir de entonces, trabajamos con diligencia por el bien”³².

El presidente Henry B. Eyring habla sobre una ocasión en la que, mientras prestaba servicio como obispo en un barrio, un joven que “había sido conmovido

por la fe en el Señor Jesucristo para realizar un largo y doloroso arrepentimiento” le preguntaba cómo podía saber que el Señor lo había perdonado.

El obispo Eyring, en cierto momento en que estaba a solas con su tío, el por entonces élder Spencer W. Kimball, preguntó al Apóstol: “¿Cómo puede recibir esa revelación? ¿Cómo puede saber el joven si se han remitido sus pecados o no?”.

El presidente Eyring narra lo que sucedió entonces:

Yo pensaba que el élder Kimball me hablaría sobre el ayuno, o la oración, o sobre escuchar la voz apacible y delicada. Sin embargo, me sorprendió. En lugar de ello, dijo: “Cuéntame un poco sobre el joven”.

Le dije: “¿Qué quisieras saber?”.

Y entonces comenzó una serie de preguntas muy sencillas. Algunas de las que recuerdo eran:

“¿Asiste a las reuniones del sacerdocio?”.

Después de pensar un momento, le dije: “Sí”.

“¿Asiste temprano?”.

“Sí”.

“¿Se sienta en la parte del frente?”.

Pensé por un instante y me di cuenta de que, para mi asombro, sí lo hacía.

“¿Cumple [su asignación de ministración]?”.

“Sí”.

“¿Recuerda [a las personas que se le han asignado durante todo el mes]?”.

“Sí, lo hace”.

“¿Las visita más de una vez?”.

“Sí”.

No recuerdo las demás preguntas. No obstante, todas eran semejantes; cosas pequeñas, sencillos actos de obediencia, de sumisión. Y me sorprendió que mi respuesta a cada pregunta fuera siempre “Sí”. Sí, no sólo estaba presente en todas sus reuniones, sino que llegaba temprano; estaba

sonriente; no sólo estaba allí de todo corazón, sino con el corazón quebrantado de un niño pequeñito, al igual que sucedía cada vez que el Señor requería cualquier cosa de él. Y después de haber respondido “sí” a cada una de sus preguntas, el élder Kimball me miró, hizo una pausa, y luego dijo muy serenamente: “He allí tu revelación”³³.

Mientras prestaba servicio como presidente de misión, llegó un misionero lleno de fe, que deseaba guardar los mandamientos y agradar a su Padre Celestial. Tras pocos meses, acudió a mí llorando, preocupado porque quizá no hubiera confesado sus pecados graves lo suficientemente antes de la misión. Le pedí que se explicara. Dijo que cuando tenía dieciséis años, había cometido una transgresión muy grave y que ahora, durante la misión, no podía quitárselo de la cabeza. Quería confesarlo todo de nuevo; me indicó que tal vez no había mencionado suficientes detalles al presidente de estaca. Escuché su confesión y le dije que hablaría con su presidente de estaca, para ver si el pecado se había confesado de manera completa. Pregunté al joven misionero si había abandonado el pecado tras haberlo cometido cuando tenía dieciséis años. Dijo que lo había abandonado y que nunca lo había vuelto a cometer.

Llamé al presidente de estaca. No había detalles nuevos; el presidente sabía todo lo que el misionero me había dicho. Durante los primeros meses, en cada una de nuestras entrevistas, el misionero quería hablar en cuanto a por qué seguía recordando aquel triste acontecimiento ocurrido más de tres años antes de la misión. Finalmente, después de varios meses, le dije que ya no hablaría más al respecto con él, que debía dedicarse a trabajar y que, con el tiempo, el dolor y la tristeza que sentía desaparecían. Ya no volví a hablar con él sobre eso de nuevo, y noté que cada vez se tornaba más feliz; vi cómo el poder del Espíritu Santo descansaba sobre él; observé al misionero después que hubo terminado la misión; se casó con una compañera maravillosa y han formado una familia hermosa. Lo he visto de cuando en cuando durante los últimos treinta años. Desde entonces, jamás hemos vuelto a hablar de aquellas charlas que mantuvimos hace décadas. Al conversar con él, resultaba evidente que el perdón de Dios había reemplazado la culpa que sentía por aquellos años.

Cuando el pecado se ha confesado y abandonado, hemos de seguir adelante, confiando en el poder de la expiación del Salvador. Como siervo del Señor, comparto con usted mi humilde certeza de que, conforme abandone sus pecados verdaderamente, se le perdonará. “Venid ahora, dice Jehová, y razonemos juntos: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”³⁴.

Notas

1. Doctrina y Convenios 58:43.
2. Véanse Enós 1:4; Alma 22:17-18; Éter 3:1; José Smith-Historia 1:14; véase también Doctrina y Convenios 19:28.
3. Génesis 3:9.
4. Génesis 3:11.
5. Mosíah 27:29.
6. Génesis 3:13.
7. Véase M. Russell Ballard, “El porqué del guardar los mandamientos”, Liahona, julio de 1993.
8. 1 Juan 1:9.
9. Doctrina y Convenios 61:2.
10. Doctrina y Convenios 64:7.
11. Véase Neal A. Maxwell, “El arrepentimiento”, Liahona, enero de 1992.
12. Véase Jacob 2:35.
13. Véase Doctrina y Convenios 42:24.
14. Doctrina y Convenios 58:17; 107:72.
15. Véase Mosíah 26:13.
16. Véase Mosíah 26:14.
17. Mosíah 26:29.
18. Véase Mosíah 4:2-3.
19. Doctrina y Convenios 107:72-74.
20. 3 Nefi 18:28-29.
21. 1 Nefi 8:7-8.
22. Véase Doctrina y Convenios 58:43.
23. Doctrina y Convenios 82:7.
24. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Lorenzo Snow, 2012, pág. 110.
25. Mosíah 3:19.
26. Doctrina y Convenios 1:31.
27. Doctrina y Convenios 1:32.
28. Filipenses 3:13-14.
29. Véase “Complete Honesty, Unselfish Humility”, devocional pronunciado en BYU-Idaho, 14 de febrero de 2017, <http://www.byui.edu/devotionals/elder-neil-l-andersen-winter-2017>.
30. Jeffrey R. Holland, “Remember Lot’s Wife”: Faith Is for the Future, devocional pronunciado en BYU, 13 de enero de 2009, <https://speeches.byu.edu/talks/jeffrey-r-holland/remember-lots-wife/>; véase también Jeffrey R. Holland, “Lo mejor aún está por venir”, Liahona, enero de 2010.
31. Véanse 3 Nefi 18:15; Alma 13:28; 15:17; Lucas 21:36.
32. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Heber J. Grant, 2003, pág. 41.
33. Henry B. Eyring, “Come unto Christ”, devocional pronunciado en BYU, 29 de octubre de 1989, <https://speeches.byu.edu/talks/henry-b-eyring/come-unto-christ/>.
34. Isaías 1:18.

Capítulo 20

La restitución generosa

A veces me he sentido decepcionado ante personas buenas que han reconocido sus pecados y han estado dispuestas a confesarlos y abandonarlos, pero que han mostrado poca empatía por la persona o las personas a quienes se haya perjudicado u ofendido. He percibido, ya sea que se lo exprese o no, que

piensan: “Está bien, he cometido un error; lo lamento. Ahora sigamos adelante con la vida”. Desafortunadamente, aquello puede revelar el rechazo al aliado al que llamamos la tristeza que es según Dios, así como el resurgir del terrible tirano que es el orgullo.

En las cuestiones más pequeñas, tales como levantar la voz con ira, hablar mal de otra persona o ser egoístas al tomar alguna decisión, el decir: “Lo siento” de modo sincero y humilde y el pedir perdón pueden ser suficientes, cuando no haya consecuencias duraderas. Sin embargo, el Señor ha dicho de manera clara que hemos de restaurar tanto como sea posible aquello que se haya perdido. En la época del Antiguo Testamento, si alguien hurtaba o mataba al buey de otra persona, tenía que restituir cinco bueyes; si hurtaba o mataba una oveja, la ley exigía que restaurara el cuádruple¹.

Ese elocuente principio de restituir generosamente no se eliminó al llegar la ley mayor y más santa del Salvador, a pesar de que no se dieran los detalles específicos, quizás a fin de alentarnos a dar aún más de lo que la ley de Moisés hubiera exigido. El querer efectuar una restitución generosa a quienes hayan resultado perjudicados o se les haya tratado erróneamente debido a nuestro pecado demuestra nuestro deseo e intención sinceros de arrepentirnos y recibir el perdón. Tratar de restaurar tanto como podamos lo que se haya perdido significa que, si hemos hurtado algo, procuramos reemplazarlo o pagarlo. Si hemos mentido y tal mentira ha ocasionado un perjuicio a otra persona, hacemos todo lo posible por restaurar aquello de lo que hayamos despojado a dicha persona. Esforzarnos al máximo por hacer restitución a los perjudicados por nuestros pecados y errores requiere gran mansedumbre y humildad. No sólo hemos de procurar restaurar las cosas que podamos reparar o pagar físicamente, sino también hemos de procurar enmendar la angustia espiritual, emocional o social que hayan causado nuestros pecados.

El presidente John Taylor dijo: “Trátense bien unos a otros. **¿Ha pecado alguno contra otro?** Entonces, vayan y compensen el agravio. **¿Se ha en pecado demuestra nuestro deseo e intención sinceros de arrepentirnos y recibir el perdón?** Tratar de restaurar tanto como podamos lo que se haya perdido significa que, si hemos hurtado algo, procuramos reemplazarlo o pagarlo. Si hemos mentido y tal mentira ha ocasionado un perjuicio a otra persona, hacemos todo lo posible por restaurar aquello de lo que hayamos despojado a dicha persona. Esforzarnos al máximo por hacer restitución a los perjudicados por nuestros pecados y errores requiere gran mansedumbre y humildad. No sólo hemos de procurar restaurar las cosas que podamos reparar o pagar físicamente,

sino también hemos de procurar enmendar la angustia espiritual, emocional o social que hayan causado nuestros pecados.

El presidente John Taylor dijo: “Trátense bien unos a otros. ¿Ha pecado alguno contra otro? Entonces, vayan y compensen el agravio. ¿Se ha engañado o estafado el uno al otro? Vayan y reparen el daño. ¿Han hablado con crueldad a su hermano o a su hermana? Entonces, vayan a la persona, reconozcan el mal que han hecho y pídanle que les perdone y prométanle a la vez que de allí en adelante se comportarán mejor”².

No se resuelve rápida ni fácilmente

Aunque en ocasiones confesar y abandonar los pecados pueda hacerse de manera rápida, la restauración podría requerir mucho más tiempo, tal vez, toda la vida. Los pecados graves que cometen los miembros de la Iglesia y que llegan a conocerse de manera extendida pueden influir de modo negativo en la percepción que los demás tengan de Jesucristo y Su Iglesia. Quizá no sea posible efectuar restitución a todos aquellos que hayan sido influenciados negativamente, excepto en lo que respecta a aceptar la responsabilidad del pecado, arrepentirse y ser un ejemplo positivo al seguir adelante. Nuestros deseos y disposición sinceros de efectuar restitución de forma generosa demuestran nuestro arrepentimiento verdadero.

Hay ocasiones en que aquel a quien se ha perjudicado mucho no está presto a perdonar, lo cual no debe constituir la preocupación principal de la persona que haya cometido la ofensa. La preocupación debe ser restaurar de modo generoso lo que se haya tomado. Si las personas a quienes se ha perjudicado tienen dificultades para superar su propio dolor, sea paciente y generoso al tratar de hacer todo lo posible por aliviar tal dolor. Es posible que usted sienta que la parte ofendida le ha impuesto exigencias injustas. El corazón arrepentido intenta restaurar paciente y humildemente, de manera generosa, tanto como sea posible, aunque a veces las exigencias parezcan extremas o injustas.

El Salvador dijo: “Y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos”³.

Podemos aplicar Sus enseñanzas a nuestros esfuerzos por proporcionar restitución generosa a las personas que hayamos dañado.

Hay muchos errores que la persona que haya hecho daño u ofendido no podrá rectificar, y hay dolores y sufrimientos que no podrán repararse por completo. No obstante, nunca deje de lado la restitución generosa que pueda hacer ni el

sufrimiento que pueda aliviar, aun cuando el amor, la pureza, la virtud, la confianza y el respeto sean imposibles de restaurar sin la intervención del Señor.

En el caso de los pecados y traiciones graves, la restitución no se resolverá ni rápida ni fácilmente. Debemos estar dispuestos a pensar más allá de lo que sea obvio. Procure el consejo de los líderes del sacerdocio, amigos y familiares de aquellos a quienes se haya perjudicado a fin de buscar soluciones, si es posible consultarlos. La restitución no consiste en acatar meramente los requisitos de un decreto judicial; el Señor bien podría pedirle mucho más de lo que un tribunal requeriría. Algo que es importante comprender en cuanto a la restitución es darse cuenta de que Jesucristo, que pagó por nuestros pecados, se ha vuelto nuestro acreedor.

Con frecuencia admitimos que cuando servimos a los demás, estamos sirviendo al Señor⁴. No obstante, también es verdad que cuando alguien peca contra los demás, dicha persona peca contra el Señor⁵. Jesucristo nos ha dado grandes esperanzas de recibir el perdón de nuestros pecados en Su elocuente parábola de las ovejas y los cabritos.

Algo que es importante comprender en cuanto a la restitución es darse cuenta de que Jesucristo, que pagó por nuestros pecados, se ha vuelto nuestro acreedor.

“Y cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda.

“Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

“Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos?, ¿o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos?, ¿o desnudo y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos, mis hermanos [o hermanas] más pequeños, a mí lo hicisteis”⁶.

Es posible que usted jamás oiga la admisión, ni una disculpa sincera, ni vea que hay un remordimiento humilde, ni algún intento de restitución de parte de la persona que le haya ofendido o hecho daño. Si tal es su situación, tenga la certeza de que el mayor consuelo o paz que podrá recibir llegará al confiar en el poder sanador de Dios⁷. Conforme acuda a Él, sentirá Su amor; dicho amor puede vendarle y sanarle las heridas, sin importar cuán profundas o viejas sean.

Una joven adulta escribió sobre la gran desilusión que sentía por la persona que la había herido, aunque en el momento de la tristeza, se sintió envuelta por los brazos del amor del Salvador.

Cuando tenía seis años de edad, mis padres se divorciaron. A pesar de que seguí viviendo con mi madre, mi padre siguió siendo parte de mi vida después de la separación; me quedaba en casa de él los fines de semana y un día a mediados de semana.

A pesar de sus esfuerzos por ser un buen padre, él traicionó mi confianza muy seriamente cuando yo tenía siete años; esa ruptura de la confianza marcó el comienzo de un distanciamiento entre nosotros. Cuando él llamaba, yo evitaba contestar el teléfono; cuando crecí, exigí que se me permitiera escoger cuándo iría a quedarme en casa de él, en vez de que se me obligara a hacerlo según lo estipulara la orden de custodia.

Cuando estaba en la escuela secundaria, las visitas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes; lo veía sólo dos o tres veces al mes. Al entrar en la universidad, el lapso entre las llamadas era cada vez más largo, hasta que le hablaba más o menos una vez por semestre [. . .].

Durante mi segundo año de universidad, decidí hablarle [a mi padre] sobre el incidente de mi infancia que sentía que había dañado nuestra relación hacía ya tantos años. Esperaba ponerle fin al asunto, lograr perdonar y tener la oportunidad de empezar de nuevo. Le expresé lo que pensaba en un correo electrónico y esperé la respuesta.

Tiempo después, recibí su contestación por correo electrónico. Antes de leer la respuesta de mi padre, oré y le pedí a mi Padre Celestial que Su Espíritu estuviera conmigo al leer el mensaje. Era un momento muy importante en mi vida [. . .]. Tenía miedo y me sentía muy sola [. . .]; de hecho, estaba sola [. . .]. Necesitaba apoyo, de modo que seguí orando a mi Padre Celestial y sentí Su Espíritu. Por fin tuve el valor de leer.

Mi padre contestó con un correo sumamente corto en el que decía que no recordaba nada de lo que yo mencionaba, y que ése era muy mal momento para que habláramos de nuestro pasado.

Me sentí profundamente herida por la forma en que descartó algo que era tan importante para mí, y porque no pareciera desear ninguna clase de reconciliación. Sentí que mi padre me había abandonado, y me atormentó la angustia de la mala relación que habíamos tenido durante más de una década.

Al permanecer en la silla, sollozando, me sentí rodeada por el Espíritu; nunca había sentido la presencia de mi Padre Celestial con tanta fuerza; literalmente me sentí “envuelt[a] entre los brazos de su amor” (2 Nefi 1:15). Mientras me encontraba sentada, llorando, sentí seguridad y amor.

Puede que no tuviera una relación con mi padre terrenal, pero mi Padre Celestial estaba conmigo. Siento fuertemente Su presencia en mi vida; sé que me ama y se preocupa por mí, y que siempre deseará tener una relación conmigo. Sé que Él es mi Padre⁸.

Arrepentirse significa mucho más que decir “lo siento”. Al tratar de efectuar restitución, no puede haber simulación ni fingimiento. En el caso de algunos pecados, la única manera de hacer restitución puede provenir de bendecir la vida de los demás y de ser un instrumento en las manos del Señor para llevar Su bondad y Su gracia a otras personas⁹. El presidente Russell M. Nelson dijo recientemente: “Ministrar significa escuchar los sentimientos que tengan de ayudar a otra persona a sentir el amor del Salvador en su vida”¹⁰.

Esforzarnos por fortalecer la fe de otros en el Señor Jesucristo puede ser el mayor don de restitución que podamos darle a Él, teniendo presente que siempre seremos “siervos inútiles”.

Esforzarnos por fortalecer la fe de otros en el Señor Jesucristo puede ser el mayor don de restitución que podamos darle a Él, teniendo presente que siempre seremos “siervos inútiles”¹¹.

El amor de Dios por quienes han sido abusados

A las personas que hayan sido abusadas sexualmente o de quienes se hayan aprovechado de manera inicua, permítanme decirles que Dios les ama más allá de lo que soy capaz de expresar. A los ojos de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, la castidad y la virtud jamás les pueden ser arrebatadas mediante el terrible abuso

y la violación de su cuerpo dado por Dios que alguien cometa contra ustedes. La castidad y la virtud son cualidades espirituales determinadas por nuestras propias decisiones, y Dios las valora; nadie puede robarles ni quitarles eso. Quienes hayan tratado de hacerlo pagarán un precio terrible por su iniquidad. Cuando lleguen a reconocer espiritualmente lo que han hecho, ya sea en esta vida o en la venidera, tendrán que llevar la carga de sus pecados. Su sufrimiento será enorme. Jesús dijo: “A cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que se le atase una piedra de molino al cuello y que fuera echado al mar”¹².

Si, de hecho, llegasen a arrepentirse en esta vida y desearan efectuar restitución, clamarán a Dios con toda el alma que Él sane el sufrimiento de aquellos a los que hayan profanado. Es posible que su abusador pague un precio significativo, pero eso nunca será suficiente para efectuar una restitución plena por el dolor y el sufrimiento que ustedes han padecido. Esto explica, en parte, por qué el perdón de la Iglesia por cometer abusos sexuales y por la infidelidad requiere mucho más que tan sólo reconocer tales pecados.

Hay un amor supremo y celestial por los inocentes que hayan sido heridos por los actos inicuos de otras personas. Si ustedes, en su inocencia, han sido víctima de las decisiones impías de otros, les prometo que Dios les conoce, les ama y que ayudará a eliminar el dolor que sienten a medida que acudan a Él en su pesar. Les extiendo la promesa de Jacob, dada a quienes habían sido maltratados o traicionados por personas cercanas a ellos: “Confiad en Dios con mentes firmes, y orad a él con suma fe, y él os consolará en vuestras aflicciones, y abogará por vuestra causa, y hará que la justicia descienda sobre los que buscan vuestra destrucción”¹³.

Les prometo que, por medio de la expiación de Jesucristo, recibirán bendiciones compensatorias por las injusticias que han azotado su vida. El Señor ha prometido que, por medio de Él, pueden recibir “gloria en lugar de ceniza”¹⁴. Con el tiempo, también se les bendecirá con el don espiritual de perdonar. Un día, los pecados y las enfermedades espirituales de los demás ya no les harán daño al sentir que el Señor quita las cargas de su quebrantado corazón y les sana las heridas del alma por completo.

Notas

1. Véase Éxodo 22:1; véase también Doctrina y Convenios 98:47.
2. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: John Taylor, 2001, pág. 28.
3. Mateo 5:40-41.
4. Véase Mateo 25:40.
5. Véase Mateo 25:45.
6. Mateo 25:31-40.
7. Véase, por ejemplo, Mateo 5:10-12.

8. Se ha omitido el nombre, “Envuelta entre los brazos de Su amor”, Liahona, febrero de 2012.
9. Véase, por ejemplo, Doctrina y Convenios 62:3.
10. Sheri L. Dew, *Insights from a Prophet's Life*: Russell M. Nelson, Salt Lake City: Deseret Book Company, 2019, pág. 349.
11. Véase Lucas 17:10.
12. Marcos 9:42.
13. Jacob 3:1.
14. Isaías 61:3.

Capítulo 21

El perdón mediante el acto de perdonar

Cuando yo estudiaba en la Universidad Brigham Young, el profesor Hugh W. Nibley era un intelectual respetado que en ocasiones hablaba con cierto dramatismo, pero que también nos ampliaba la perspectiva y nos ponía a pensar. En una ocasión, le oí decir: “[Hay dos cosas] y [. . .] sólo dos cosas que se nos dan bien: podemos perdonar y podemos arrepentirnos. Ésas son las dos cosas por las que los ángeles nos envidian”. En el funeral de un amigo, explicó la razón por la cual mencionaba el arrepentimiento. “¿Quién es recto? Cualquiera persona que se arrepienta. No importa lo mala que haya sido, si se arrepiente, es una persona recta; hay esperanza para ella. Y no importa lo buena que la persona haya sido toda su vida, si no se arrepiente, es inicua. La diferencia radica en la dirección hacia la cual miramos”. Y añadió: “La condición del hombre que está en el último peldaño de la escalera mirando hacia abajo es mucho peor que la del hombre que está en el primer peldaño inferior mirando hacia arriba. Se trata de la dirección en la que miramos; éso es el arrepentimiento”¹.

Se nos ha mandado con vehemencia perdonar a todos los que nos hayan dañado o que hayan pecado contra nosotros, ya sea de modo intencional o involuntario, incluso a aquellos que escojan hacer pocos o nulos intentos por efectuar restitución. El Salvador dijo: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial. Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”².

Jesús nos exhorta del siguiente modo: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados [. . .]; porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir”³.

En nuestros días, el Salvador ha sido igualmente claro en cuanto al mandamiento de perdonar: “Por tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado. Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi

voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres”⁴.

En el Libro de Mormón se enseña: “Y también os perdonaréis vuestras ofensas los unos a los otros; porque en verdad os digo que el que no perdona las ofensas de su prójimo, cuando este dice que se arrepiente, tal ha traído sobre sí la condenación”⁵.

El perdón no es eximir de responsabilidad, ni dejar de protegernos a nosotros mismos, a nuestras familias o a otras víctimas inocentes. El perdón no es permanecer en una relación con alguien que no sea digno de confianza. El perdón no es pasar por alto las injusticias. El perdón no es rehuir el dolor ni la repugnancia que sentimos debido a las acciones de otras personas. El perdón no es olvidar, sino recordar en paz.

El perdón es depositar más fe en Jesucristo y en Su expiación. En Su tiempo y a Su manera, el amor y el sacrificio de Él por nosotros nos quitará el dolor y nos sanará el alma. Conforme esperamos en Su sanación, recordando cuán injustamente se trató al Salvador del mundo, seguimos adelante con fe, creyendo que en este mundo o en el venidero, Dios bendecirá con generosidad y justicia a todos los que hayan sido tratados injustamente.

Más fe en Jesucristo y en Su expiación

Nuestra fe en la expiación de Jesucristo no sólo incluye fe en la capacidad del Salvador de pagar por nuestros pecados, sino también en Su capacidad de sanarnos las heridas cuando otras personas hayan pecado contra nosotros. Cristo pagó por todos los pecados del mundo, incluso por los efectos de dichos pecados. El perdón no es excusar el pecado; es confiar en la expiación del Señor Jesucristo.

Todo lo que sea injusto, todo lo que sea malo y despreciable, será vencido por medio del Salvador y Su expiación. ¿Cómo puede ocurrir la sanación de quienes hayan recibido un trato inicuo por parte de otras personas? Puede que no haya ni justicia ni paz completas de parte los tribunales de los hombres. Puede que no haya ni justicia ni paz completas de parte del juicio que emita la opinión pública. Sin embargo, en el caso de quienes siguen al Salvador y confían en Su todopoderosa expiación, la cual todo lo abarca, Su gracia y Su poder vencerán por completo la amarga copa que se les haya impuesto de manera injusta y, a veces, de modo tan flagrante.

Cristo pagó por todos los pecados del mundo, incluso por los efectos de dichos pecados. El perdón no es excusar el pecado; es confiar en la expiación del Señor Jesucristo.

Conozco a Spencer Christensen desde hace muchos años. No obstante, no fue sino hasta hace poco que supe en cuanto a la siguiente experiencia tocante al perdón, que sucedió cuando su hermano, el obispo Steven Christensen, fue asesinado. He aquí las palabras de Spencer.

En un intento fríamente calculado por encubrir falsificaciones y engaños, un hombre mató a Steve, mi hermano mayor, dejando sin esposo y sin padre a su esposa embarazada y a sus tres pequeños hijos. Aquello fue devastador.

Los meses posteriores fueron una montaña rusa de emociones que pasaron de la tristeza al pesar, y luego al enojo. Mi hermano mayor era mi modelo a seguir. Con el tiempo, me di cuenta de que el único camino para salir de la pena era tratar de perdonar, y permitir que el Salvador sanara el pesar y el dolor. El Señor me bendijo a medida que acudí a Él.

Un día, mientras trabajaba en la tienda de ropa de caballeros que fundó mi padre, recibí una llamada telefónica. Era la suegra del hombre que había matado a mi hermano. Durante las dolorosas audiencias en el juzgado, mi papá le había dicho que lo llamara si alguna vez necesitaba algo. Así de bueno era él.

Aquella humilde mujer llamaba para interceder por su nieto, a quien se había llamado a servir en una misión en Alemania y necesitaba ayuda. La familia no tenía capacidad en lo económico para sostener a un misionero, pues el padre del joven cumplía una condena de cadena perpetua por asesinato.

En ese momento, me detuve a pensar en lo que debía hacer. Me sobrevino el enorme deseo de ayudarla. Obedecí al Espíritu e hice lo que mi padre hubiera hecho; hice lo que mi hermano Steve hubiese deseado que hiciéramos. Proporcioné a aquel futuro misionero toda la ropa que necesitaría para servir en la misión.

Al contemplar ese momento en retrospectiva, pienso que quizás el joven haya recibido ropa gratis, pero el don que yo recibí no tuvo precio. No sentía ninguna ira ni odio hacia su padre; ya no tenía que llevar aquella carga. Fue cuestión de hacer lo que el Salvador hubiera hecho.

Mientras prestaba servicio como misionero en 2016, el élder Richard Norby resultó herido de gravedad en el Aeropuerto de Bruselas debido a un ataque

terrorista con explosivos. Ha sido enormemente bendecido, pero el dolor físico y las consecuencias de los efectos de la explosión lo acompañan cada vez que da un paso, y así será por el resto de su vida terrenal. Me ha dicho que cuando cubre sus heridas al vestirse cada día y al pensar en las cicatrices del atentado terrorista, no piensa ni en los terroristas ni en la bomba, sino, más bien, decide pensar en Jesucristo y en las cicatrices de Él. Piensa en el huerto y en la cruz⁷. A medida que nosotros también escojamos pensar en Su cruz y en Sus cicatrices, no sólo seremos capaces de perdonar a otras personas, sino que además sentiremos que se nos está santificando, sanando y perdonando.

El Salvador enseñó con gran poder: “Por tanto, si vienes a mí, o deseas venir a mí, y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ve luego a tu hermano, y reconcíliate primero con él, y luego ven a mí con íntegro propósito de corazón, y yo te recibiré”⁸.

La misericordia de Dios

El Señor no titubeó al mandarnos que perdonáramos: “Entonces Pedro, acercándose a él, dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?

“Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual, el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y cuando comenzó a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Mas como este no podía pagar, mandó su señor venderlo a él, y a su mujer e hijos, con todo lo que tenía, para que se le pagase. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, dicién todo. El señor, movido a misericordia por aquel siervo, le soltó y le perdonó la deuda.

“Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios; y tomándole del cuello, le ahogaba, diciendo: ¡Págame lo que me debes! Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y declararon a su señor todo lo que había pasado.

“Entonces llamándole su señor, le dijo: ¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también haber tenido misericordia de tu consiervo, así como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía.

“Así también hará con vosotros mi Padre Celestial, si no perdona de corazón cada uno a su hermano sus ofensas”⁹.

José Smith dijo: “Cuanto más nos acerquemos a nuestro Padre Celestial, tanta más disposición habrá en nosotros de sentir compasión hacia las almas que estén pereciendo; sentimos el deseo de llevarlas sobre nuestros hombros y dejar atrás sus pecados. Si quieren que Dios tenga misericordia de ustedes, sean misericordiosos unos con otros”¹⁰.

Perdonar a los demás

Algunas de las narraciones más bellas e inspiradoras que se han escrito tratan sobre mujeres santas y hombres santos que han perdonado a quienes han sido la causa de experiencias terribles y dolorosas.

En la Conferencia General de abril de 2010, el obispo Keith B. McMullin relató la historia de Corrie ten Boom, una historia verdadera.

En Holanda, durante la Segunda Guerra Mundial, la familia Casper ten Boom empleó su casa como escondite para aquellos que eran perseguidos por los nazis. Ésa era su manera de vivir de acuerdo con su fe cristiana. Cuatro miembros de la familia perdieron la vida por proporcionar tal refugio. Corrie ten Boom y su hermana Betsie pasaron unos meses de terror en el infame campo de concentración de Ravensbrück. Betsie murió allí, pero Corrie sobrevivió.

En Ravensbrück, Corrie y Betsie aprendieron que Dios nos ayuda a perdonar. Después de la guerra, Corrie estaba decidida a compartir ese mensaje. En una ocasión, acababa de hablarle a un grupo de personas en Alemania que sufría los estragos de la guerra. Su mensaje había sido: “Dios perdona”. Fue entonces que la fidelidad de Corrie ten Boom trajo a efecto su bendición.

Un hombre se le acercó y ella lo reconoció como uno de los guardias más crueles del campo de concentración. “Usted mencionó a Ravensbrück en el discurso”, dijo. “Yo fui guardia ahí [. . .], pero desde ese entonces [. . .], me he convertido en cristiano”. Le explicó que había procurado el perdón de Dios por las cosas crueles que había hecho; y le extendió la mano y le preguntó: “¿Me perdona?”.

Corrie ten Boom dijo sobre aquello:

“Quizás no fueron muchos segundos los que él estuvo ahí, con la mano extendida, pero a mí me parecieron horas mientras luchaba con la situación más difícil que jamás había afrontado [. . .].

“El mensaje de que Dios perdona tiene una [. . .] condición: Que tenemos que perdonar a los que nos hayan hecho daño [. . .].

““¡Ayúdame!”, oré en silencio. ‘Yo puedo extender la mano; eso es todo lo que puedo hacer. Tú concédeme el sentimiento’ [. . .].

mano para estrechar la que el hombre me ofrecía. Al hacerlo, sucedió algo increíble: Una corriente me empezó en el hombro, me recorrió el brazo y fluyó a nuestras manos unidas. Y entonces esa calidez sanadora pareció inundar todo mi ser, y me hizo brotar lágrimas de los ojos.

““¡Lo perdono, hermano!”, exclamé, ‘de todo corazón’.

“Por un largo momento nos estrechamos la mano; el exguardia y la exprisionera. Nunca había conocido el amor de Dios tan intensamente como en ese momento”¹¹.

Durante los últimos años, me ha conmovido mucho la historia del obispo Christopher S. Williams. El obispo Williams regresaba con su familia a casa, en Salt Lake City, a últimas horas del 9 de febrero de 2007. Un adolescente ebrio, que conducía a alta velocidad, se cruzó al lado opuesto de la calle, en contramano, y chocó de frente el automóvil de los Williams. La esposa del obispo Williams, Michelle, que estaba embarazada de su quinto hijo, murió, al igual que dos de sus hijos: Ben y Anna. Sam, el tercer hijo que se hallaba en el auto, sobrevivió al accidente. El obispo Williams, que estaba sentado en el asiento del conductor, herido y conmocionado, comenzó a comprender lo que había sucedido:

Lo que estaba presenciando me parecía absolutamente irreal; ya no podía resistirlo. Incliné la cabeza hacia delante y cerré los ojos, pues estaba listo para morir. Intenté forzarme a desmayar; quería sucumbir al proceso de que mi espíritu abandonara el cuerpo. Desde lo profundo del cuerpo, me sobrevino un estruendo de angustia y dolor atroces, como si se me aplastara tanto el cuerpo como el espíritu.

En ese momento, miró hacia afuera y vio el otro automóvil cabeza abajo, pues había volcado por el impacto del choque. Dijo:

No tenía ni idea de quién acababa de chocarnos, ni pensé en considerar si estaban bien o no, ni qué circunstancias podrían haberles hecho cruzarse a contramano e impactarnos. Simplemente observé el automóvil en silencio. Mis pensamientos se aquietaron, sentí paz, y luego escuché una voz en mi mente que no era la mía, de

modo tan claro como si proviniera de alguien que estuviera sentado a mi lado. No se trataba de una voz apacible ni de un susurro, ni era la queda y calma inspiración del Espíritu; era una voz directa y llena de poder, que me dijo: “¡Ya déjalo!”.

Fijé la vista en el auto volcado. De inmediato, sentí un poder habilitador que excedía el mío, y que sanaba y ensanchaba mi aplastada alma. Sabía exactamente lo que tenía que hacer y lo que significaban esas dos palabras.

Independientemente de quién hubiera estado al volante del otro auto e independientemente de cuáles fueran las circunstancias de esta tragedia, a mí no me correspondía llevar esa carga [. . .]. Sabía quién debía llevarla: debía llevarla Aquel que ya había soportado la demoledora presión de los dolores de todos los hombres -incluso esta carga- a fin de que yo no tuviera que cargar una porción infinitamente minúscula de lo que Él había soportado. En ese instante de gracia y de revelación, supe que mi Salvador vivía y que se había hecho presente de inmediato para acompañarme en mi momento de mayor necesidad.

En el hospital, el hermano Williams se enteró de que quien los había embestido era un muchacho de diecisiete años de edad. De algún modo, el adolescente había salido ileso del accidente.

Mientras estaba en la camilla, pude sentir el amor del Salvador por aquel joven. Fue una ex experiencia que me transformó el alma y me refinó. No tenía idea de quién era el muchacho, pero no importaba; todo lo que sentí en ese momento fue que el Salvador me había socorrido, ansioso por sanarme y vendarme, en vez de que esa colisión hiciera trizas a nuestras familias y a la comunidad.

Teniendo en cuenta las lesiones fatales de su esposa, de su hijo y de su hija, el hermano Williams se asombró de que las lesiones de él fueran mínimas. Inmediatamente, quiso estar con su hijo que también había sobrevivido al accidente, pero que estaba en grave estado.

Sin demora, hice arreglos para darle una bendición de salud con la ayuda de mi padre y del padre de Michelle. Al poner las manos sobre su cabeza, un torrente de paz y confianza me invadió el alma, conforme se le mandaba sanar. Lo bendije para que se recuperase de manera total; no se trataba de una expresión de deseo de mi parte, sino que sabía exactamente lo que el Salvador quería que dijera, y sentí que le dije lo que Él le hubiera dicho si hubiese estado allí, en persona.

En los días posteriores, el hermano Williams, su hijo Michael, que estaba con sus amigos al momento del accidente, y Sam, que estaba recuperándose en el hospital, se vieron rodeados de amigos y seres queridos.

Con el tiempo, el hermano Williams supo más sobre el adolescente que los había embestido; y escribió lo siguiente en cuanto a su interacción con Cameron:

La primera vez que lo vi fue cuatro meses después del accidente, en la audiencia para determinar su edad penal. Cameron, que vestía un traje anaranjado, entró a paso lento en la sala del tribunal y se sentó en la mesa del acusado. Comen Comenzaron los procesos judiciales y, en medio de los primeros petitorios legales, tuvimos una experiencia apacible y personal cuando, al mirarnos a los ojos, vi que gesticulaba con los labios las palabras: “Lo siento” [. . .]. Me había preguntado qué sentimientos experimentaría al verlo por primera vez, y cómo reaccionaría. Una vez más, volví a sentir el amor del Salvador por él y por su familia.

Con el transcurso del tiempo, seguí luchando contra la desesperación y la soledad que habían quedado en mi vida, pero sabía a dónde acudir. Oraba a mi Padre Celestial y descargaba mis frustraciones e ira, “luchando con el Señor”, por así decirlo, y luego me sentía muy humilde, conforme se me recordaba a mi Salvador Jesucristo. Después, pude meditar en Su vida, Su ejemplo, Su paciencia y Su longanimidad y, por último, sentí mayor fortaleza para mantenerme fiel al compromiso que había hecho y seguir adelante.

Tras casi dos años del accidente, recibí una llamada de una terapeuta del [. . .] centro correccional de menores. Había estado tratando a Cameron y quería saber si yo estaba dispuesto a ayudarla a ver mejor la magnitud del impacto que las muertes de Michelle, Ben y Anna habían tenido en la vida de la familia. Me dijo que Cameron había preparado algunas preguntas para hacerme y me preguntó si estaba dispuesto a reunirme con él para contestarlas en persona. Accedí.

Fijamos la fecha del encuentro y comencé a prepararme mentalmente para la visita. A fin de organizar las ideas y tener preparado algo que decir, empecé a escribir el modo en que aquel choque había impactado en mi vida. Tenía dificultad para poder plasmar algo que pudiera compartir con él y sentí la necesidad, dada mi incapacidad para expresar mis sentimientos, de ayunar y orar a fin de recibir mayor inspiración.

Después de registrarme en la zona de acceso, entré en una pequeña sala, adonde esperé a la terapeuta. Se abrió una puerta de seguridad grande y gruesa, y la mujer ingresó en la sala de espera, me saludó de modo cordial, y me agradeció por estar [. . .] dispuesto a venir. Mientras nos dirigíamos a la sala donde me encontraría con Cameron, mi mente se apaciguó y sentí una creciente sensación de gran paz. Supe que la terapeuta y yo no caminábamos solos. Enseguida, la

mujer dobló e ingresó en una pequeña sala de conferencias, donde Cameron estaba sentado, a la espera de que llegáramos.

Nos sentamos uno enfrente del otro. Cameron abrió una hoja de papel y empezó a preguntar en cuanto a mi vida desde el accidente, y cómo éste me había afectado a mí, a mis hijos y a los demás familiares. Quería saber más acerca de Ben, Anna y Michelle para poder llegar a conocerlos y valorar quiénes eran. No sé lo que dije, sólo sé que sentí calma al contestar cada pregunta de forma tan directa y concisa como podía.

Luego Cameron dejó el papel, me miró directamente a los ojos y me preguntó: “Después de todo lo que le he hecho a su familia, ¿cómo le fue posible perdonarme?”.

Me incliné hacia delante y le dije: “Si existe algo que me hayas visto hacer, o me has oído decir, o hayas leído sobre mí en cuanto el perdón, deberías saber que sólo se trató del Salvador que obraba a través de mí”. El Espíritu, que invadió totalmente la sala, nos penetró el corazón a ambos para comunicarnos una verdad eterna: Que Jesucristo nos ama con Su amor puro y quiere que logremos nuestro potencial¹².

El presidente Russell M. Nelson dijo en el devocional de Navidad de 2018: “Un [. . .] don que brinda el Salvador es la capacidad de perdonar perdonar [. . .]. Por lo general, es fácil perdonar a quien procura el perdón de ustedes con sinceridad y humildad, pero el Salvador les dará la capacidad de perdonar a quienes los hayan maltratado de alguna manera. Entonces sus actos hirientes ya no podrán amargarles el alma”¹³.

Comprendemos mejor el poder de la expiación de Jesucristo al perdonar a alguien que, en nuestra opinión, no merece ser perdonado.

A medida que crece nuestra fe en Jesucristo y conforme entendemos el incalculable don que Él nos brinda, aumenta nuestra capacidad de perdonar a los demás y de sentirnos perdonados. Nos damos cuenta de que nuestra vida aquí en la tierra es sólo una breve parte de la eternidad y que, para progresar verdaderamente, debemos despojar nuestro espíritu de ira, de odio y de cualquier deseo de venganza hacia quienes nos hayan herido a nosotros o a quienes amamos. El perdón no significa que tengamos que relacionarnos y abrazar a diario a los que hayan sido crueles con nosotros, pero sí significa que no debemos postergar el perdonar, ni tampoco revivir, albergar ni volver a

experimentar una y otra vez los pecados terribles que nos hayan infligido otras personas. Aquello sólo ocasionaría demoras para nuestra paz y felicidad.

El presidente Thomas S. Monson enseñó: “El espíritu debe quedar libre de las fuertes cadenas y de los viejos rencores a fin de que el entusiasmo por la vida le dé optimismo al alma. En muchas familias hay sentimientos heridos y renuencia a perdonar. No importa cuál haya sido el problema, no puede ni debe permitirse que siga causando daño. El seguir culpando a los demás mantiene abierta la herida; sólo el perdonar la cicatriza. George Herbert, un poeta de principios del siglo XVII, escribió: ‘Quien no perdona a los demás destruye el puente por el cual debe pasar si desea al alcanzar el cielo, puesto que todos tenemos necesidad del perdón’”¹⁴.

Se requiere una inmensa confianza en nuestro Salvador para perdonar a otra persona y seguir adelante con fe.

Testifico, como uno de Sus testigos, que Jesucristo ha tomado sobre sí las injusticias de la vida. Se requiere una inmensa confianza en nuestro Salvador para perdonar a otra persona y seguir adelante con fe. Conforme intente, paso a paso, fortalecer la fe en Jesucristo y en Su expiación, recibirá un don celestial, un don supremo del Padre Celestial que le permitirá perdonar y ser perdonado.

Notas

1. “Funeral Address”, en *The Collected Works of Hugh Nibley*, tomo IX, ed. por Don E. Norton, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1989, págs. 301-302.
2. Mateo 6:14-15.
3. Lucas 6:36-38.
4. Doctrina y Convenios 64:9-10.
5. Mosíah 26:31.
6. Correspondencia personal dirigida al autor; utilizada con permiso.
7. Véase Neil L. Andersen, “Heridos”, *Liahona*, noviembre de 2018.
8. 3 Nefi 12:23-24.
9. Mateo 18:21-35.
10. “Minutes and Discourse, 9 June 1842”, pág. 62, *The Joseph Smith Papers*, recuperado el 3 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpapers.org/paper-summary/minutes-an-discourse-9-june-1842/2>. Véase también Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007, págs. 456, 484.
11. Véase Keith B. McMullin, “Nuestra senda del deber”, *Liahona*, mayo de 2010; véase también Corrie ten Boom, *Tramp for the Lord*, 1974, págs. 54-55.
12. Chris Williams, “Just Let Go: One LDS Man’s Story of Tragedy and the Power of Forgiveness”, *LDS Living*, <http://www.ldsliving.com/Let-It-Go-A-Story-of-Tragedy-and-the-Power-of-Forgiveness/s/71058>.
13. Russell M. Nelson, “Cuatro dones que Jesucristo les brinda”, devocional de Navidad, 2 de diciembre de 2018; <https://www.lds.org/broadcasts/article/christmas-devotional/2018/12/four-gifts-that-jesus-christ-offers-to-you?lang=spa>.
14. Véase Thomas S. Monson, “Cuñas escondidas”, *Liahona*, julio de 2002.

Capítulo 22

La sagrada función del sacerdocio

Recordemos siempre que el perdón de nuestros pecados no proviene de la Iglesia, sino de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo. El Salvador nos enseñó que el arrepentimiento ocurre cuando venimos a Él con un corazón quebrantado y un espíritu contrito¹, al acudir a Él en oración con la disposición de abandonar nuestros pecados. El perdón del pecado es posible debido a la misericordia y la gracia del Salvador; debido a Su sagrada expiación. Mientras prestaba servicio como obispo, el presidente Henry B. Eyring dijo a cierto joven que “había sido conmovido por la fe en el Señor Jesucristo para realizar un largo y doloroso arrepentimiento: [. . .] ‘Yo [te perdono] en nombre de la Iglesia [. . .]. El Señor te perdonará en Su propio tiempo y a Su propia manera’”².

Somos miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Ésta es Su Iglesia, y hemos tomado sobre nosotros Su nombre. Cuando Jesucristo vino a la tierra, estableció Su Iglesia; y al llamar a Sus apóstoles, declaró: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto”³. El apóstol Pablo enseñó: “Y él mismo constituyó a unos apóstoles; y a otros, profetas; y a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros; a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia las artimañas del error, sino que, hablando la verdad en amor, crezcamos en todas las cosas en aquel que es la cabeza, a saber, Cristo”⁴.

Después de la resurrección del Salvador, el Reino de Dios no era una comunidad de creyentes desorganizada, sino que estaba organizada con la autoridad divina para atender y velar por la Iglesia. Muchos siglos después de que se perdiera el sacerdocio divino, el Salvador envió seres resucitados al profeta José Smith y a Oliver Cowdery a fin de restaurar la autoridad y las ordenanzas del sacerdocio. Juan el Bautista restauró el Sacerdocio Aarónico, mientras que Pedro, Santiago y Juan restauraron el Sacerdocio Apostólico o de Melquisedec. En el Templo de Kirtland, Elías el Profeta, Elías y Moisés entregaron llaves especiales⁵.

El Salvador organizó Su Iglesia en la antigüedad y restauró Su Iglesia en nuestros días para efectuar el perfeccionamiento de Sus santos y el recogimiento de Israel a ambos lados del velo. La definición de “santo” que brinda el Nuevo Testamento es la de una persona que es miembro de la Iglesia⁶. La organización de la Iglesia, la cual dirigen quienes tienen la autoridad apostólica, tiene por objeto administrar las ordenanzas y los convenios del Evangelio restaurado, permitiendo así que los santos vengan a Cristo de manera más plena y se preparen para Su segunda venida. El élder Dale G. Renlund nos ha recordado que “un santo es un pecador que sigue intentándolo”⁷.

El Reino de Dios sobre la tierra

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el Reino de Dios sobre la tierra, que se ha restaurado en estos últimos días para ayudarnos en nuestro progreso. Depositamos nuestra fe en Jesucristo y nuestra conversión es, en primer lugar, a nuestro Señor y Salvador. Al describir la obra de los discípulos del Salvador tras la visita de Él al continente americano, las Escrituras declaran que “así anduvieron entre todo el pueblo de Nefi, y predicaron el evangelio de Cristo a todos los habitantes sobre la faz de la tierra; y estos se convirtieron al Señor, y se unieron a la iglesia de Cristo”⁸. Se convirtieron al Señor y se unieron a la Iglesia de Cristo.

La Iglesia de Dios siempre ha estado presente cuando el sacerdocio está sobre la tierra. Dicha “autoridad del sacerdocio [es] para administrar las ordenanzas de salvación y exaltación a todo el que sea digno y esté dispuesto a aceptarlas”⁹.

A fin de “ayudar a las personas y a las familias en esta labor, [la Iglesia y sus líderes]:

1. Enseñan las doctrinas puras del evangelio de Jesucristo y testifican de ellas.
2. Fortalecen a las personas y a las familias en sus esfuerzos por hacer y guardar convenios sagrados.
3. Brindan consejo, apoyo y oportunidades de prestar servicio.

“Además, ciertos líderes del sacerdocio tienen autoridad para supervisar la ejecución de las ordenanzas salvadoras del sacerdocio”¹⁰.

El poder de las llaves del sacerdocio, el cual posee la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce Apóstoles, se delega a los líderes locales a fin de establecer,

regular y gobernar la Iglesia, así como para proteger la integridad de la doctrina y procurar mantener ciertas normas de dignidad cuando sus miembros participan en las ordenanzas de salvación. En las Escrituras, se exponen claramente los requisitos para bautizarse: “Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, y testifiquen ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados, y que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiesten por sus obras que han recibido del Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo”¹¹.

La sagrada responsabilidad de los líderes de la Iglesia

Recalco una vez más que el arrepentimiento y el perdón llegan por y a través del Señor Jesucristo. Sin embargo, el Señor ha llamado y designado a ciertos líderes de la Iglesia como jueces en Israel¹². Ellos tienen la sagrada responsabilidad de proteger las ordenanzas y ministrar a los miembros en lo relativo a su dignidad para participar en ellas. Escuche cómo el Salvador explicó la necesidad de proteger las ordenanzas cuando visitó a las personas del hemisferio occidental.

“Y he aquí, este es el mandamiento que yo os doy, que no permitáis que ninguno a sabiendas participe indignamente de mi carne y de mi sangre, cuando las administréis; porque quien come mi carne y bebe mi sangre indignamente, come y bebe condenación para su alma; por tanto, si sabéis que un hombre no es digno de comer y beber de mi carne y de mi sangre, se lo prohibiréis [. . .]. No obstante, no lo echaréis de vuestras sinagogas ni de vuestros lugares donde adoráis, porque debéis continuar ministrando por estos; pues no sabéis si tal vez vuelvan, y se arrepientan, y vengan a mí con íntegro propósito de corazón, y yo los sane; y vosotros seréis el medio de traerles la salvación”¹³.

Cuando un miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deja de lado las santas ordenanzas y convenios que ha hecho con el Señor y desobedece intencionalmente los mandamientos de Dios, el obispo y el presidente de estaca son los siervos del Señor que han de ayudar a tal miembro a arrepentirse. El presidente M. Russell Ballard ha explicado por qué se necesita la ayuda del sacerdocio en el caso de los pecados graves: “El Salvador ha provisto el modo de regresar para los que se han descarriado; sin embargo, éste no está desprovisto de dolor. El arrepentimiento no es fácil, y toma tiempo, ¡tiempo doloroso! Se engañan a sí mismos si piensan que pueden quebrantar las promesas que han hecho al Padre Celestial y no sufrir las consecuencias”¹⁴. Por lo general, la ayuda del líder del sacerdocio comienza con conversaciones privadas entre la

persona que quiere arrepentirse y el obispo o el presidente de estaca. Aunque comúnmente tales charlas empiezan sólo con la persona que desea arrepentirse y el líder del sacerdocio, si quien buscara ayuda necesitara o se sintiera más cómodo con la presencia del padre o la madre, del cónyuge o de algún amigo durante las conversaciones, el obispo o el presidente de estaca serán muy comprensivos en cuanto a aceptar el apoyo necesario. En este proceso sagrado, resultan fundamentales la oración, la atenta preocupación y la confidencialidad.

En ocasiones, retirar por un tiempo el privilegio de tomar la Santa Cena o de asistir al templo puede bendecir a la persona que desea ser digna de nuevo. El élder John H. Groberg relató la siguiente experiencia:

Hace unos años, un matrimonio joven al que llamaremos los Abril, habló con su obispo de un problema [de dignidad] que tenía la esposa. Los detalles no importan. Por la guía del Espíritu Santo, el obispo [pidió] que, entre otras cosas, la hermana Abril no participara de la Santa Cena durante un tiempo [. . .].

Con [mucho] amor y apoyo, ella siguió yendo a las reuniones con su familia, y casi nadie, aparte de su esposo y del obispo, estaba al tanto de la situación y ni siquiera repararon en que semana tras semana ella no tomaba la Santa Cena. Al principio, la hermana no notó mucha diferencia; pero, al pasar el tiempo, llegó a desear cada vez con mayor anhelo ser digna de participar de la Santa Cena. Pensaba que ya se había arrepentido antes; pero al examinar realmente su alma de un modo cada vez más profundo, y al desear ser digna de tomar la Santa Cena cada vez más, empezaron a verificarse en ella verdaderos cambios fundamentales, tanto en sus pensamientos como en sus actos.

Pasó un tiempo más. Por fin, durante una reunión sacramental, el Espíritu testificó tanto al obispo como a la hermana Abril y a su marido que había llegado el momento de que ella tomara otra vez la Santa Cena [. . .].

Llegó el siguiente domingo, y la hermana se sentó de nuevo con su familia, nerviosa, pero entusiasmada y llena de expectación. “¿Seré verdaderamente digna? ¡Cuánto deseo serlo!”, se decía. El himno sacramental fue más significativo que nunca antes y lo cantó con tanto sentimiento que fue difícil contener las lágrimas. Y las oraciones sacramentales, ¡Cuán profundas! Las escuchó con tal atención que cada palabra penetró en lo más profundo de su alma: tomar Su nombre, recordarle siempre, guardar Sus mandamientos, siempre tener Su Espíritu (véase D. y C. 20:77, 79). “¡Cuánto he deseado esto!”, pensaba.

Los diáconos comenzaron a trasladarse de fila en fila, y se empezó a pasar las bandejas de una persona a otra, a lo largo de las bancas. Conforme un joven diácono se acercaba más y más a su fila, la hermana sentía que el corazón le palpitaba cada vez con más fuerza. Enseguida, la bandeja comenzó a recorrer su fila y entonces su esposo la puso frente a ella. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y sollozó de gozo de forma casi imperceptible [. . .], mientras extendía la mano para tomar los emblemas del amor del Señor por ella. Los de la congregación no oyeron el sollozo, pero sí notaron las lágrimas en los ojos del obispo.

Se había dado y recibido vida, esperanza, perdón y fortaleza espiritual. Nadie podría ser más digno. La hermana Abril en verdad quería tener consigo Su Espíritu; quería tomar Su nombre sobre sí; de todo corazón, quería recordarle y guardar Sus mandamientos; quería arrepentirse, mejorar y seguir la guía de Su Espíritu”¹⁵.

Las ordenanzas, los convenios y los consejos

Al presidente de estaca y al obispo se les ha dado autoridad para que, cuando sea necesario, convoquen un consejo a fin de tratar cuestiones de dignidad¹⁶. Tales consejos no son tribunales de persecución ni de castigo; más bien, son todo lo contrario. Su propósito es ayudar a la persona con amor a volver a Dios. La mayor prioridad de los líderes del sacerdocio en dichos consejos es proteger a las demás personas a las que podría hacerse daño. También tienen la sagrada responsabilidad de ayudar a la persona que desea arrepentirse a acceder al poder redentor de Jesucristo. Por último, deben ayudar a salvaguardar la integridad y el buen nombre de la Iglesia del Salvador al no permitir que la conducta de los miembros de ésta perjudique la influencia moral de Jesucristo y de Su Iglesia.

Tales consejos no son tribunales de persecución ni de castigo; más bien, son todo lo contrario. Su propósito es ayudar a la persona con amor a volver a Dios.

Es conveniente u obligatorio realizar consejos cuando se cometan los siguientes pecados: asesinato, incesto, violación, abuso [o maltrato], apos apostasía, robo, hurto, venta de drogas ilegales, fraude, falso testimonio, otros actos delictivos, adulterio, conductas reiterativas de fornicación o de mantener relaciones sexuales fuera de las leyes de Dios, transgresiones de índole predatoria, conductas constantes de transgresión, transgresiones graves que se conozcan ampliamente, y transgresiones graves cometidas por alguien que ocupe alguna posición prominente en la Iglesia.

Tales abandonos graves de los mandamientos de Dios plantean la disyuntiva de que la persona sea digna de participar en las ordenanzas del Evangelio y de que la persona haya de seguir siendo miembro de la Iglesia o no.

El Señor ha advertido que el pecado de negar al Espíritu Santo, que es el más grave, es imperdonable e irremisible; es un pecado que José Smith describió de esta manera: “[La persona] debe recibir el Espíritu Santo, deben habérsele abierto los cielos, debe haber conocido a Dios, y después debe haber pecado contra Él”¹⁷. Hay ciertos grados de asesinato que también pueden ser imperdonables¹⁸.

Todos los demás pecados pueden perdonarse, dependiendo de los deseos de la persona y de la disposición de ésta a arrepentirse. El Señor Jesucristo es “el guardián de la puerta [. . .] y allí él no emplea ningún sirviente”¹⁹. Él conoce todas las condiciones, circunstancias y motivos de todos nuestros pecados. Todos los juicios de Dios serán perfectamente justos, incluso la abundante misericordia para los que en verdad se hayan arrepentido, la cual se hace posible mediante el sacrificio infinito del Salvador. Esto nos muestra el amor perfecto de nuestro Padre por Sus hijos e hijas²⁰.

Cuando alguien que sea miembro de la Iglesia haya quebrantado de manera grave las leyes de Dios, se puede efectuar un consejo a nivel de barrio o de estaca, dependiendo de la gravedad del pecado y del grado de responsabilidad. La oración ferviente y la influencia del Espíritu Santo dirigirán el curso del consejo. Se indica a todo líder del sacerdocio que asista que mantenga las deliberaciones del consejo estrictamente confidenciales. No se desea avergonzar a la persona, ni que se mencionen todos los detalles de los pecados cometidos. Más bien, la intención es entender lo que ocurrió, la gravedad de los pecados y las circunstancias que contribuyeron a que no se guardaran los convenios bautismales ni los convenios del templo. Se respeta a la persona como el hijo o la hija de Dios que es, y de manera amorosa se le concede tiempo para que exprese ante el consejo los sentimientos del corazón en cuanto a los problemas en cuestión, así como en cuanto a su fe en el Salvador. Al final del consejo, el obispo o el presidente de estaca se reúne en privado con sus consejeros. En profunda y significativa oración, éstos ruegan al Señor a fin de conocer, mediante el poder de la revelación, la decisión que Él desea que tomen. Existen diversos resultados posibles. Podría determinarse que la persona siga gozando de plena condición de miembro de la Iglesia. La persona podría seguir siendo miembro de la Iglesia, pero con la imposición de ciertas restricciones a su actividad y a la oportunidad de participar en las ordenanzas y bendiciones del Evangelio. En algunos casos, a la persona podría retirársele la condición de miembro de la Iglesia.

Las decisiones que se toman en estos consejos sagrados no tienen como fin castigar el pecado, más bien, son un paso importante para ayudar a arrepentirse y volver al Salvador al miembro de la Iglesia que se haya apartado de la senda de la vida eterna mediante algún acto grave. Recuerde siempre que los dones divinos de la misericordia, de la gracia y del perdón llegan directamente a cada uno de nosotros sólo por medio de Jesucristo, y de nadie más. Es gracias a Su sacrificio expiatorio que pueden eliminarse las manchas y la culpa de nuestra vida, y que podemos comparecer limpios y puros ante Él. “De cierto, así dice el Señor a vosotros a quienes amo, y a los que amo también disciplino para que les sean perdonados sus pecados, porque con la disciplina preparo un medio para librarlos de la tentación en todas las cosas, y yo os he amado”²¹.

Un miembro dijo después de participar en un consejo: “Hubo paz en todo el proceso. He oído a personas decir que una vez que [se te retira la condición de miembro de la Iglesia], sientes que el Espíritu Santo se va [. . .]. Sin embargo, yo [había dejado de lado mis convenios y había perdido el don del Espíritu Santo] mucho antes de ese momento. De hecho, durante aquel procedimiento, sentí el Espíritu más de lo que lo había sentido desde hacía [muchos] años [. . .]. El espíritu de amor y caridad que [hubo en el consejo] eliminó cualquier ansiedad que pudiera sentir, así como cualquier preocupación y cualquier nerviosismo”²².

Otra persona explicó la razón por la que creía que el Espíritu del Señor estaba presente: “No estamos obligados a confesar [lo que] hemos hecho; no estamos obligados a [asistir a] esos consejos, pero debido a que queremos cambiar y llegar a ser [más] semejantes a nuestro Salvador, lo hacemos [. . .]. Nos volvemos lo suficientemente humildes como para quedar vulnerables [. . .]; y éso, creo yo, es por donde comienza el arrepentimiento. Es mostrar a Dios [que tenemos] un corazón quebrantado y un espíritu contrito para hacer cualquier cosa [. . .]. que Él requiera de nosotros”²³.

El amor y el perdón redentores del Señor

El presidente Spencer W. Kimball dijo: “Hay ocasiones en que [. . .] cuando el arrepentido mira a sus espaldas y ve la vileza, la repugnancia de la transgresión, casi se da por vencido y se pregunta:

‘¿Podrá el Señor perdonarme alguna vez? ¿Podré yo mismo perdonarme alguna vez?’. Sin embargo, cuando uno llega al fondo del desánimo y siente la desesperanza en que se encuentra, y cuando en su impotencia, pero con fe, suplica misericordia a Dios, llega una voz apacible y delicada, pero penetrante, que susurra a su alma: ‘Tus pecados te son perdonados’”²⁴.

A lo largo de los años, he tenido el privilegio de reunirme con muchos hombres y mujeres que han procurado humilde y dispuestamente reconciliar su vida con las enseñanzas del evangelio de Jesucristo; personas que, con el tiempo, se han vuelto a bautizar, y cuyo nombre se ha remitido a la Primera Presidencia para que se les restauraran sus bendiciones del sacerdocio y del templo. Sus pecados eran graves y a menudo había miembros de la familia u otras personas inocentes que habían resultado heridos por su egoísmo e iniquidad. Y sin embargo, al colocar las manos sobre su cabeza para restaurarles las bendiciones por asignación de la Primera Presidencia, he sentido de modo inequívoco el amor y el perdón del Señor Jesucristo hacia tales hombres y mujeres.

En una ocasión, me encontraba en un país distante, donde debía hablar un idioma que no era mi lengua natal. Había de reunirme con un hombre y entrevistarle en representación de la Primera Presidencia de la Iglesia en cuanto a la restauración de su sacerdocio y sus bendiciones del templo.

Tras casarse en el santo templo, y después de que hubieron llegado tres hijos maravillosos a su familia, el hombre, muy lamentablemente, le fue infiel a su esposa y una joven soltera quedó embarazada de él. La joven deseaba practicarse un aborto.

No obstante, la noble esposa de aquel hombre inicuo le suplicó a la mujer que no abortara al bebé, y le prometió que una vez que naciera, to tomaría al bebé y lo criaría junto con sus propios hijos.

Habían transcurrido más de diez años desde que el nombre del esposo se había retirado de los registros de la Iglesia. Conocí a la familia, ya que, aunque por lo general el esposo y la esposa asisten solos a reunirse con las Autoridades Generales, en esta ocasión, el padre y la madre habían traído a sus hijos consigo. Al revisar el informe de lo que había sucedido hacía tantos años, me entristeció mucho el gran egoísmo que el hombre había mostrado bastantes años atrás, y ciertamente me maravillé ante la bondad de esta esposa y madre justa.

Solicité hablar en primer lugar con aquella mujer extraordinaria. Ella rebosaba de amor y de fe. Hacía años que el dolor y la tristeza habían quedado en el pasado. Amaba al niño como si fuese su hijo y deseaba que se lo sellara a ella y a su esposo, para que se convirtiera en parte de su familia eterna. Por medio de su inquebrantable fe en Jesucristo y en Su expiación, había encontrado la fortaleza para perdonar a su esposo, y rogaba que éste pudiera regresar con ella a la Casa del Señor. Me describió la manera en que su esposo había intentado, con

humildad y en todo lo que le había sido posible, enmendar el daño y amar y cuidar de ella y de la familia.

El hombre se había vuelto a bautizar algunos años antes de nuestra visita. Cuando entró en la sala donde me hallaba, aunque habían transcurrido diez años, aún se hallaba lleno de remordimiento y no cesaba de llorar. Había visto cómo sufría su esposa; la había visto tomar su cruz a diario y seguir al Salvador. La amaba por su voluntad de amarlo a él y a la hermosa familia que tenían.

Después de determinar que era digno e invitar a su preciada esposa a regresar a la sala, coloqué las manos sobre su cabeza y, con la aprobación de la Primera Presidencia, restauré sus bendiciones del sacerdocio y sus ordenanzas del templo. Se derramaron muchas lágrimas conforme sentimos el poder absoluto del amor y la misericordia del Salvador por ese hombre, por esa noble mujer de Dios, y por sus hijos, incluso el niño de diez años.

¿Podía aquella mujer a quien se había insultado tanto ser tan presta a perdonar y tan protectora? Milagrosamente, sí, podía. El niño, que ahora tenía diez años y que podría haber sido un recordatorio constante de la infidelidad de su esposo, ¿podía ser tan aceptado y tan amado? Milagrosamente, lo era, sin duda alguna. ¿Podía ese hombre, que había cometido tamaño error, quedar limpio y ser perdonado? Sí, en ese momento, ¡sé que lo fue! Lo sentí de manera potente e indudable al colocar las manos sobre su cabeza para compartir una bendición de Dios. ¿Cómo fue posible? Con humildad testifico, pues yo lo sé, que es posible sólo por medio del todopoderoso don de la expiación del Salvador; sólo por los méritos, por la misericordia y por la gracia de Jesucristo; y sólo por Su incomparable don de amor y perdón redentores. Ése es el milagro del perdón.

Notas

1. Véase 3 Nefi 12:19.
2. Henry B. Eyring, “Come unto Christ”, devocional pronunciado en BYU, 29 de octubre de 1989, <https://speeches.byu.edu/talks/henry-b-eyring/come-unto-christ/>.
3. Juan 15:16.
4. Efesios 4:11-15.
5. Véase Doctrina y Convenios 110:11-16.
6. “En el Nuevo Testamento, los santos son todos aquellos que hayan entrado en el convenio cristiano mediante el bautismo” (Bible Dictionary, “Saint” [santo]).
7. En Dale G. Renlund, “Los Santos de los Últimos Días siguen intentándolo”, Liahona, mayo de 2015.
8. 3 Nefi 28:23.
9. Manual 2: Administración de la Iglesia, “La función de la Iglesia”, 1.1.5.
- se Manual 2: Administración de la iglesia, “La función de los líderes y los maestros de la Iglesia”, 1.2.2.
11. Doctrina y Convenios 20:37.
12. Véanse Doctrina y Convenios 58:17; 107:72.
13. 3 Nefi 18:28-29, 32.
14. Véase M. Russell Ballard, “El porqué del guardar los mandamientos”, Liahona, julio de 1993.
15. Véase John H. Groberg, “La belleza e importancia de la Santa Cena”, Liahona, julio de 1989.
16. Véase Doctrina y Convenios 102.
17. “Discourse, 7 April 1844, as Reported by Wilford Woodruff”, pág. 138, The Joseph Smith Papers, recuperado el 8 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpapers.org/paper-summary/discourse-7-april-1844-as-reported-by-wilford-woodruff/6>.

18. Véase Doctrina y Convenios 42:18.

19. 2 Nefi 9:41.

20. Véase Juan 3:16-17.

21. Doctrina y Convenios 95:1.

22. All In, pódcast de LDS Living, episodio nro. 20.

23. All In, episodio nro. 20.

24. Véase Spencer W. Kimball, El milagro del perdón, Paraguay: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1977, pág. 352

Capítulo 23

El Espíritu Santo: El mensajero del perdón

Hemos hablado acerca de nuestro amoroso Padre Celestial y del plan que Él trazó para traer a efecto nuestra felicidad. Además, hemos considerado de manera sacra al Ser principal en el plan del Padre: a Jesucristo, el Hijo de Dios, así como el don más importante que Él brinda a todo el género humano. Ahora, al considerar cómo recibir, reconocer y retener el perdón, dirigiremos nuestra atención hacia el tercer miembro de la Trinidad: el Espíritu Santo.

Mientras visitaba al presidente de los Estados Unidos, Martin Van Buren, para solicitar reparaciones por la persecución a los santos, se le preguntó al profeta José Smith cuál era la diferencia entre La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y otras religiones de la época. José Smith respondió al presidente Van Buren que “diferíamos en la forma de bautizar y en el don del Espíritu Santo por la imposición de manos”, y agregó que “consideramos que todos los demás aspectos están comprendidos en el don del Espíritu Santo”¹.

Durante el primer año en que el presidente Russell M. Nelson prestó servicio como Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, hizo un enorme hincapié en la importancia de la revelación y del don del Espíritu Santo. El presidente Nelson dijo: “En los días futuros, no será posible sobrevivir espiritualmente sin la influencia guiadora, orientadora, consoladora y constante del Espíritu Santo”².

Esas dos afirmaciones, la del profeta José Smith y la del presidente Russell M. Nelson, son muy impactantes, y los profetas no exageran. Las declaraciones de que “todos los demás aspectos están comprendidos en el don del Espíritu Santo” y de que “no será posible sobrevivir espiritualmente sin la influencia [. . .] del Espíritu Santo” deben centrar nuestra atención en la importancia del Santo Espíritu.

El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad y cumple una función esencial para que podamos recibir, reconocer y retener el perdón³. Nos

proporciona la manera de sentirnos limpios cuando nos hemos arrepentido lo suficiente, así como el modo de saber que nuestra nueva vida es digna de ser aceptada por el Padre y por el Hijo. Al leer las Escrituras, ¡con cuánta frecuencia vemos la expresión: “Entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo”!4. Además, recuerde la forma en que el Espíritu bendijo a quienes escuchaban al rey Benjamín: “El Espíritu impactantes, y los profetas no exageran. Las declaraciones de que “todos los demás aspectos están comprendidos en el don del Espíritu Santo” y de que “no será posible sobrevivir espiritualmente sin la influencia [. . .] del Espíritu Santo” deben centrar nuestra atención en la importancia del Santo Espíritu.

El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad y cumple una función esencial para que podamos recibir, reconocer y retener el perdón3. Nos proporciona la manera de sentirnos limpios cuando nos hemos arrepentido lo suficiente, así como el modo de saber que nuestra nueva vida es digna de ser aceptada por el Padre y por el Hijo. Al leer las Escrituras, ¡con cuánta frecuencia vemos la expresión: “Entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo”!4. Además, recuerde la forma en que el Espíritu bendijo a quienes escuchaban al rey Benjamín: “El Espíritu del Señor descendió sobre ellos, y fueron llenos de gozo, habiendo recibido la remisión de sus pecados, y teniendo paz de conciencia”5.

Usted sabe que es hijo o hija de un Padre Celestial que le ama y que le ha enviado a la tierra para que llegue a ser más semejante a Él. Ha cultivado la fe en el Señor Jesucristo, y se ha regocijado en el hecho de que Su expiación haya sido por usted y de que el perdón pueda llegar por medio de Él, conforme usted se arrepienta y venga a Él. Así como ha llegado a creer en Su misericordia y en Su gracia, así también puede llegar a saber con certeza en cuanto a la realidad y el poder del Espíritu Santo de conferirle ese poder purificador.

En los siglos posteriores a la muerte de los apóstoles de Cristo, se confundió y tergiversó la verdadera comprensión en cuanto a Dios el Padre, Su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo, en tanto la gente interpretaba las Escrituras valiéndose de la filosofía griega en vez de la perspectiva profética. Con el tiempo, los teólogos debatieron y decidieron que Dios el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo eran un Dios único que se manifiesta de diferentes maneras6.

La restauración del evangelio de Jesucristo afirmó de nuevo la verdad concerniente a la Trinidad; pues las Escrituras enseñan que “el Padre tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre; así también el Hijo; pero

el Espíritu Santo no tiene un cuerpo de carne y huesos, sino es un personaje de Espíritu. De no ser así, el Espíritu Santo no podría morar en nosotros”7.

La función del Espíritu Santo

Crea en el Espíritu Santo con tanta certeza como cree en el Padre y en el Hijo; Él es el tercer miembro de la Trinidad y testifica de la divinidad de Jesucristo: “Nadie puede afirmar que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo”8.

El Espíritu Santo revela la verdad: “Porque el Señor Dios me las ha manifestado por su Santo Espíritu; y este es el espíritu de revelación que está en mí”9.

Tal como Jesús explicó, el Espíritu Santo es un maestro: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho”10.

El Espíritu Santo proporciona la voz de amonestación: “Y aconteció que el Señor me advirtió a mí, Nefi, que me apartara de ellos y huyese al desierto”11.

El Espíritu Santo confirmará las decisiones que tomemos: “Y si [estuviere bien], haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien”12.

El Espíritu es una guía individual: “Si entráis por la senda y recibís el Espíritu Santo, él os mostrará todas las cosas que debéis hacer”13.

El Espíritu nos da consuelo: “Y la remisión de los pecados trae la mansedumbre y la humildad de corazón; y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto”14.

Comunica dones: “No neguéis los dones de Dios, porque son muchos [. . .] y se dan a los hombres por las manifestaciones del Espíritu de Dios para beneficiarlos”15.

Es quien sella las ordenanzas que se ofrecen por medio del Santo Sacerdocio y las que se administran en los santos templos: “Todos los convenios [. . .] que no son hechos, ni concertados, ni sellados por el Santo Espíritu de la promesa [. . .] ninguna eficacia, virtud o fuerza tienen en la resurrección de los muertos, ni después”16.

El Santificador

El Espíritu Santo, de suma importancia al arrepentirnos y abandonar el pecado, es el mensajero de misericordia, el sagrado comunicador del perdón que se ha pagado con la sangre de Cristo¹⁷, y el santificador que confirma nuestro perdón. “Arrepentíos, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha”¹⁸, “para que recibáis la remisión de vuestros pecados, y seáis llenos del Espíritu Santo”¹⁹.

El presidente Henry B. Eyring ha dicho: “La recepción del Espíritu Santo es lo que actúa para limpiar conforme la expiación [de Jesucristo] los purifica [. . .]. Eso es un hecho con el que pueden contar con confianza. Pueden invitar a la compañía del Espíritu Santo a sus vidas, y saber cuándo está presente y cuándo se retira. Y cuando Él los acompaña, pueden tener la seguridad de que la Expiación está obrando en su vida”²⁰.

Con esa sagrada santificación, vemos con la claridad de una luz más pura, y esos sentimientos de cambio contribuyen a confirmar el perdón que recibimos. “Ahora bien, ellos, después de haber sido santificados por el Espíritu Santo, habiendo sido blanqueados sus vestidos, encontrándose puros y sin mancha ante Dios, no podían ver el pecado sino con repugnancia; y hubo muchos, muchísimos, que fueron purificados y entraron en el reposo del Señor su Dios”²¹.

La influencia del Espíritu Santo en nuestra vida, los sentimientos que Él nos pone en el corazón y las impresiones y confirmaciones de santidad que sentimos son las confirmaciones de Dios de que estamos recibiendo la remisión de nuestros pecados y de que se nos está perdonando. Es cierto que hay algunas personas cuyo arrepentimiento y perdón parecen haberse efectuado de manera rápida. El Salvador resucitado se apareció a Saulo en el camino a Damasco y de inmediato, éste abandonó sus pecados, depositó toda su fe en Cristo y fue perdonado²². Alma, hijo, habló de manera elocuente al decir: “Sí [. . .], te digo que no podía haber cosa tan intensa ni tan amarga como mis dolores. “Sí, [. . .] te digo que [. . .] por otra parte no puede haber cosa tan intensa y dulce como lo fue mi gozo”²³.

Para la mayoría de nosotros, la transformación de nacer de nuevo y de tener una vida nueva es más gradual y constante.

Para la mayoría de nosotros, la transformación de nacer de nuevo y de tener una vida nueva es más gradual y constante. A medida que guardamos los mandamientos, recibimos luz y conocimiento espiritual adicionales, y nacemos de nuevo paso a paso. El presidente Wilford Woodruff nos aseguró lo siguiente:

“Cuanto más nos apeguemos a los mandamientos de Dios, más confianza tendremos en que Él es nuestro amigo y vela por nosotros y que Su Hijo Jesús es nuestro abogado ante el Padre”²⁴.

En referencia a nuestro padre Adán, las Escrituras declaran: “El Espíritu de Dios descendió sobre él, y así nació del Espíritu, y fue vivificado en el hombre interior”²⁵.

En ocasiones, el Espíritu llega de un modo tan sutil como la caída del rocío del cielo²⁶. La voz de Jesucristo, la cual oyeron los hijos de Lehi en medio de las tinieblas antes de que Él se les apareciera, habló en cuanto a los lamanitas, quienes “fueron bautizados con fuego y con el Espíritu Santo [. . .] y no lo supieron”²⁷.

Conforme tenemos fe en el Señor Jesucristo, confesamos nuestros pecados ante Él y los abandonamos, y guardamos los mandamientos, el Espíritu Santo llega de manera más potente y más continua a nuestra vida, y vemos los propósitos de la vida terrenal y las bendiciones de la eternidad con más claridad. Esto es parte de lo que Alma quería decir al hablar sobre “na[cer] de Dios y se[r] llen[os] del Espíritu Santo”²⁸.

Pablo enseña que “el fruto del Espíritu”, es decir, el fruto de que el Espíritu Santo aumente en nuestro interior, es “amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre [y] templanza”²⁹.

A medida que sentimos que dichas cualidades espirituales se derraman sobre nosotros con mayor frecuencia e intensidad, reconocemos el poder del Espíritu Santo en nuestra vida, lo cual contribuye a aliviar la culpa y el dolor. Mediante este don de Dios, se nos confirma que estamos en proceso de recibir la remisión de nuestros pecados. Recibir el don del Espíritu Santo de modo cada vez más abundante es una evidencia real de que la expiación del Señor Jesucristo obra en nosotros y de que se nos perdonan los pecados.

Créalo y procure ver los sentimientos, las confirmaciones y la creciente paz que le proporcione el Espíritu Santo.

Con frecuencia, se describe al Espíritu como la voz apacible y delicada³⁰. Esa voz es, mayormente, algo que sentimos, en vez de un sonido que escuchamos³¹. No podemos forzar al Espíritu, debemos aguardar Su llegada³². No obstante, podemos propiciar una atmósfera que lo invite a venir; y no existe mejor atmósfera que el verdadero arrepentimiento y el guardar los mandamientos de

Dios. Las experiencias que tenemos con el Espíritu Santo se complementan la una a la otra. Si en el pasado ha tenido pocas experiencias con el Espíritu Santo, sea paciente; con tiempo y con rectitud, el Espíritu llega a ser un valioso compañero que deseará tener con usted en todo momento. José Smith dijo: “Una persona podrá beneficiarse si percibe la primera indicación del espíritu de revelación; por ejemplo, cuando sientan que la inteligencia pura fluye en ustedes, podrá darles una repentina corriente de ideas, de manera que, por atenderla [. . .] y así [. . .] aprender a reconocer y entender el Espíritu de Dios, podrán crecer en el principio de la revelación hasta que lleguen a ser perfectos en Cristo Jesús”³³.

Satanás siempre querrá que usted crea que no es digno de recibir el Espíritu Santo, pero su Padre Celestial se regocija por cada esfuerzo que hace por arrepentirse y venir al Salvador.

Las impresiones del Espíritu a menudo se perciben mediante palabras, pensamientos o sentimientos³⁴ que se comunican a la mente. Tanto el intelecto como los sentimientos del corazón (las emociones) toman parte en el proceso. A veces, nos acuden a la mente algunos pensamientos sin explicación. Se unen ideas que en otro momento nos parecían muy separadas e inconexas entre sí y vemos cómo la verdad emerge ante nosotros. Escuche su conciencia, ya que es un instrumento que utiliza el Espíritu Santo. Mantenga una oración en el corazón con la confianza de que, en el tiempo del Señor, llegarán las respuestas y sentirá línea por línea el poder de Su perdón.

¿Cómo puede reconocer esa preciada voz cuando le indique que se le está perdonando? Antes que nada, crea que la voz es real y crea que conforme abandone sus pecados, venga a Cristo, guarde los mandamientos de Él y desee hacer lo bueno, dicha voz crecerá en su interior. Me gustan estas palabras de Moroni: “Por consiguiente, todo lo que es bueno viene de Dios, y lo que es malo viene del diablo; porque el diablo es enemigo de Dios, y lucha contra él continuamente, e invita e induce a pecar y a hacer lo que es malo sin cesar. Mas he aquí, lo que es de Dios invita e induce a hacer lo bueno continuamente; de manera que todo aquello que invita e induce a hacer lo bueno, y a amar a Dios y a servirle, es inspirado por Dios [. . .].

“Pues he aquí, a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que sepa discernir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que sabréis, con un conocimiento perfecto, que es de Dios. Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces sabréis, con un conocimiento

perfecto, que es del diablo; porque de este modo obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno, no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan”³⁵.

Recibir la aprobación del Salvador

Conforme ore agradeciendo efusivamente al Pa Padre celestial por las bendiciones que Él le ha dado; a medida que abandone los pecados y desee seguir a Su Hijo, sentirá cómo el Espíritu Santo le impulsa hacia las cosas buenas y correctas. A medida que en verdad abandone los pecados sin mirar atrás para evocarlos, sino, más bien, siga adelante con rectitud, sentirá Su aprobación y el perdón de los pecados. Muchas veces, el Espíritu Santo amplifica para los miembros de la Iglesia rectos lo que en esos versículos se denomina “el Espíritu de Cristo”.

Que sea paciente. Haga lo bueno y sepa con toda seguridad que, si siente de manera humilde el Espíritu del Señor, entonces se halla en condiciones de estar siendo perdonado.

Mientras era presidente de misión en Francia, con frecuencia había misioneros que me preguntaban: “¿Cómo puedo saber cuándo he sido perdonado?”. Acaso dos o tres años antes de la misión, habían cometido algún error grave; y aunque ahora se hallaban predicando el Evangelio y testificaban de Cristo, todavía les preocupaban sus pecados y no tenían la certeza de que se les hubiera perdonado. Una de las mayores cosas que podía enseñarles era que tuvieran paciencia y continuaran en su bondad, y entonces el perdón sería seguro. En el caso de los errores menos serios, el Señor puede ser rápido en perdonar. Pero a veces, cuando se trata de pecados más graves, el Salvador desea que demos de manera convincente que los hemos abandonado y que jamás regresaremos a ellos. En muchas ocasiones, somos impacientes durante Su proceso al querer saberlo ahora mismo. Mi consejo es que sea paciente. Haga lo bueno y sepa con toda seguridad que, si siente de manera humilde el Espíritu del Señor, entonces se halla en condiciones de estar siendo perdonado.

Con el tiempo, aunque el recuerdo de su pecado quizá no le abandone del todo, la mancha, el dolor y la culpa se habrán ido, y se dará cuenta de que el Salvador le ha quitado el pecado.

Perdonarse a uno mismo

En un mundo impaciente, la paciencia es una virtud divina y muy necesaria en la travesía hacia la remisión de nuestros pecados. No todas las personas sienten culpa del mismo modo por una misma ofensa. Al haber sido líder de la Iglesia durante más de cuatro décadas, he intentado ayudar a muchas mujeres y a

muchos hombres que confiesan: “He hecho todo lo que puedo para arrepentirme; he sentido el amor del Señor; sin embargo, no puedo perdonarme a mí mismo”. Conforme sienta el amor del Salvador y el Espíritu Santo de manera más plena en su vida, sentirá que el Señor le consuela y le inspira el pensamiento: “Sigue adelante, yo he pagado el precio de tus pecados. Al no perdonarte a ti mismo, menoscabas en tu mente el sagrado don del perdón que te he dado”.

Lograr la paz y perdonarse a uno mismo puede ser especialmente difícil cuando el error o la transgresión trae consecuencias permanentes y terribles a otra persona, con repercusiones que no pueden revertirse.

Después de mi llamamiento al Cuórum de los Setenta, presté servicio durante cuatro años junto al élder Robert E. Wells, hasta que se le dio la condición de emérito en 1997. Ahora tiene más de noventa años de edad. Hace poco, hablé con él sobre una experiencia devastadora que tuvo en su juventud. Me comentó en cuanto a su reticencia a hablar al respecto a lo largo de los años, aunque hubiera ocurrido hace unos sesenta años. Encontré el acontecimiento publicado en un solo lugar, y la publicación era posterior a su servicio como Autoridad General. El élder Wells hablaba con emoción al referirse a sus aún dolidos sentimientos de aquellos días difíciles.

Me dijo que si el haber atravesado la agonía del pesar y la culpa podía ayudar a aliviar el dolor y el sufrimiento de otra persona que sintiera alguna carga similar, estaba dispuesto a compartir esa experiencia tan personal de llegar a saber en cuanto al amor y el perdón del Salvador.

Mientras vivía en Paraguay en 1960 y trabajaba como empleado de la banca internacional, Robert Wells, por entonces de treinta y dos años, perdió a su esposa en un trágico accidente de avión. Él y Meryl, su esposa, piloteaban dos aviones diferentes que volaban de Uruguay a Paraguay. Al encontrarse con espesa nubosidad, Robert y Meryl perdieron contacto visual y radial entre sí. Robert aterrizó sin demora en el aeropuerto más cercano, donde se enteró con gran pesar de que el avión de su esposa se había estrellado. No habían sobrevivido ni su esposa ni los dos amigos que volaban con ella. Sus hijos, que estaban en casa, en Asunción, tenían siete, cinco y dos años, respectivamente.

Años más tarde, el élder Wells habló acerca de su pesar:

Las palabras jamás bastarían para expresar el dolor que me atravesaba, que me consumía las emociones y me anesthesiaba los sentidos. Derramaba lágrimas de profunda tristeza sin cesar. Para empeorar la situación, mientras mi cabeza

trataba de lidiar con la devastadora realidad del fallecimiento de mi esposa, comencé a sufrir una tremenda culpa al sentirme responsable del accidente.

Robert Wells creía en Jesucristo, en Su resurrección y en que el poder de Su expiación algún día reuniría a su recta familia. Sin embargo, las cosas no marchaban bien. Después del funeral de mi esposa en los Estados Unidos, y tras regresar a Paraguay con mis tres hijos, mi mente se sumió en una oscura confusión. Me convertí en un muerto en vida que sólo podía hacer lo justo y necesario, lo cual hacía por los niños, pues no tenía ninguna otra motivación [. . .]. Me limitaba a tan sólo existir; nada más.

Robert se culpaba por no haber pedido que se revisara mejor el avión antes de despegar. Se recriminaba no haber dado instrucciones adecuadas a su esposa para volar por instrumentos. Sentía que era culpable de haber cometido una negligencia.

Aquello, junto con el remordimiento y la pérdida de dos queridos amigos además de mi amada mujer, llegó a ser casi más de lo que podía resistir. Una vez que cesó el llanto, simplemente perdí el deseo de seguir adelante.

En su pesar, se bendijo a Robert con una experiencia muy espiritual que le ayudó a entender la expiación del Salvador. Aquella sagrada comunicación no sólo confirmó las esperadas promesas para la vida venidera, sino que le dio la fortaleza para volver a hallar dicha y sentido en esta vida. Narró lo siguiente:

Una noche, aproximadamente un año después, mientras me encontraba de rodillas orando, ocurrió un milagro. Mientras oraba e invocaba a mi Padre Celestial, sentí como si el Salvador se pusiera a mi lado y oí una voz audible que me hablaba estas palabras al alma y a los oídos: “Robert, Mi sacrificio expiatorio pagó por tus pecados y por tus errores; tu esposa te perdona, tus amigos te perdonan. Yo te quitaré esa carga. Sírreme, sirve a tu familia, sirve a tu empleador y todo marchará bien para ti”.

Desde ese momento, desapareció de mí aquella carga de culpa de manera asombrosa. ¡Se me había rescatado! De inmediato, comprendí el poder global de la expiación del Salvador. Ahora tenía un testimonio que se aplicaba directamente a mí. Aunque antes había sentido como si pudiera ser consumido hasta la destrucción -e incluso lo había deseado-, ahora comprendía que Cristo me había consolado. En la misma medida en que mi mente y mis emociones habían estado en el nivel más oscuro, ahora experimentaba luz y gozo como nunca antes. Me invadió un nuevo deseo de servir a Cristo, a Su Iglesia, a mi

familia y a mi empleador. La culpa y la desesperación habían desaparecido. En tanto mi mente asimilaba lo que había ocurrido, comprendí que se me había dado un don que yo no había ganado: el don de la gracia y del perdón del Señor. Sentía como si no lo mereciera; no había hecho nada para merecerlo, pero Él me lo dio de todos modos³⁶.

El Espíritu Santo tiene muchos propósitos: enseñarle, advertirle, edificarle y consolarle. Nunca olvide que uno de los mayores propósitos y bendiciones que Él tiene para usted es que puede santificarle y bendecirle con sentimientos que le permiten saber con certeza del perdón de nuestro Padre Celestial. “El Espíritu del Señor descendió sobre ellos, y fueron llenos de gozo, habiendo recibido la remisión de sus pecados, y teniendo paz de conciencia a causa de la gran fe que tenían en Jesucristo”³⁷. El Espíritu Santo puede ayudarle a darse cuenta de que la expiación de Jesucristo obra en su persona y que usted se halla en proceso de quedar limpio y puro.

“No obstante, el que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor será perdonado; y al que no se arrepienta, le será quitada aun la luz que haya recibido; porque mi Espíritu no luchará siempre con el hombre, dice el Señor de los Ejércitos”³⁸.

Con el tiempo, mediante el arrepentimiento, la obediencia y el cumplimiento de los mandamientos, crecemos en el Espíritu de revelación³⁹, llegamos a ser nuevas criaturas en Cristo⁴⁰ y, como dijo Alma, volvemos a nacer espiritualmente⁴¹.

El élder Gerrit W. Gong nos recuerda que aunque tengamos una perspectiva espiritual, vivimos en la vida terrenal: “Ser digno no significa ser perfecto. El plan de felicidad del Padre Celestial nos invita a estar humildemente en paz en nuestra jornada de la vida para que algún día seamos perfeccionados en Cristo, y no a estar preocupados constantemente, llenos de frustración o infelices por nuestras imperfecciones actuales. Recuerden, Él sabe todo lo que no queremos que los demás sepan sobre nosotros, y aún así nos ama”⁴².

Aunque no somos perfectos, y la vida terrenal continuará con sus tentaciones y distracciones, conforme seamos receptivos a nuestros pensamientos y deseos, y en tanto guardemos los mandamientos de Dios, el Espíritu Santo será nuestro compañero constante y testificará del perdón de Dios⁴³.

El poder del Espíritu Santo no se limita a los miembros de la Iglesia y puede influir en los hijos de Dios en sus labores buenas y nobles. A medida que las

personas crean en Jesucristo y se esfuercen por seguirlo y guardar Sus mandamientos, este poder celestial podrá guiarlas y bendecirlas. Sin embargo, el don del Espíritu Santo, el derecho a contar con la influencia constante del tercer miembro de la Trinidad, está reservado para los miembros -dignos y bautizados- de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días⁴⁴. “Creemos [en la] imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo”⁴⁵. El profeta José Smith explicó: “Existe una diferencia entre el Espíritu Santo y el don del Espíritu Santo. Cornelio recibió el Espíritu Santo antes de bautizarse, que para él fue el poder convincente de Dios de la veracidad del Evangelio; mas no podía recibir el don del Espíritu Santo sino hasta después de ser bautizado. De no haber tomado sobre sí esta seña u ordenanza, el Espíritu Santo que lo convenció de la verdad de Dios se habría apartado de él”⁴⁶.

Una vez que ha recibido las bendiciones de este sagrado don del Espíritu Santo, ¿comprende por qué tratamos de vivir de manera digna constantemente? Recordamos con diligencia nuestras oraciones de la mañana y de la noche. Estudiamos la palabra de Dios en las Escrituras y en las palabras de los profetas vivientes. Escuchamos música que nos eleve y edifique. Procuramos ministrar a los demás, para que el Señor pueda utilizarnos como instrumentos en Sus manos. Nos relacionamos con personas que también tratan de ser dignas de este don especial, así como con otras que se estén esforzando por llevar una vida decente y honorable. A la propia manera del Señor y en Su propio tiempo, sentimos paz de conciencia y nuestra culpa desaparece. La desesperación se torna esperanza, y los deseos inicuos que alguna vez nos tentaban se vuelven cada vez más aborrecibles. ¿Se da cuenta de por qué el presidente Russell M. Nelson dijo tan enfáticamente que “en los días futuros, no será posible sobrevivir espiritualmente sin la influencia guiadora, orientadora, consoladora y constante del Espíritu Santo”⁴⁷?

A la propia manera del Señor y en Su propio tiempo, sentimos paz de conciencia y nuestra culpa desaparece. La desesperación se torna esperanza, y los deseos inicuos que alguna vez nos tentaban se vuelven cada vez más aborrecibles.

Para reconocer que se nos está perdonando, se requiere que notemos la presencia del Santo Espí Espíritu en nuestra vida. El Señor lo describe de este modo: “Te daré de mi Espíritu, el cual iluminará tu mente y llenará tu alma de gozo”⁴⁸. Al arrepentirnos, con frecuencia esperamos que descienda un manantial extraordinario de poder celestial lleno de misericordia y de gracia; un poder que venga del cielo de manera irrefutable. En algunas ocasiones, hay fuertes sentimientos del Espíritu Santo que llegan exactamente de ese modo. Sin embargo, con más frecuencia, dicha influencia espiritual es algo que se nos

confiere tal como descende el rocío del cielo -con delicadeza, línea por línea, día tras día, un poco aquí y un poco allí- hasta que un día, al mirar en retrospectiva, comprendemos que nos sentimos limpios y que nuestra culpa ha desaparecido.

El poder del cielo, incluso la abundante bendición de ser perdonados y de retener la remisión de nuestros pecados, llega a medida que recibimos el don del Espíritu Santo. El vivir las enseñanzas de Jesucristo y de Su evangelio de manera obediente traerá la compañía constante del Espíritu Santo que se ha prometido, para que permanezca con nosotros durante nuestra travesía terrenal. Nos sentimos muy agradecidos al Salvador. El más grande mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente”⁴⁹, así como el segundo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”⁵⁰, ya no son instrucciones trabajosas, sino la consecuencia natural de lo que hemos llegado a ser.

El don del Espíritu Santo es una de las bendiciones más invaluable de la vida terrenal. Le afirmo que la voz del Espíritu Santo es real; conozco esa voz del cielo, y le prometo la constante bendición de ese tercer miembro de la Trinidad en la medida en que usted prepare su vida para recibirlo y haga que ésta sea merecedora de ello.

Notas

1. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2011, pág. 102.
2. Russell M. Nelson, “Revelación para la Iglesia, revelación para nuestras vidas”, Liahona, mayo de 2018.
3. Véanse Juan 3:5; 3 Nefi 27:20; Moisés 6:64-68.
4. 2 Nefi 31:17.
5. Mosíah 4:3.
6. Véase Tad R. Callister, *The Inevitable Apostasy and the Promised Restoration*, Salt Lake City: Deseret Book Company, 2006, págs. 112-114.
7. Doctrina y Convenios 130:22.
8. 1 Corintios 12:3.
9. Alma 5:46.
10. Juan 14:26.
11. 2 Nefi 5:5.
12. Doctrina y Convenios 9:8.
13. 2 Nefi 32:5.
14. Moroni 8:26.
15. Moroni 10:8.
16. Doctrina y Convenios 132:7.
17. Véase Hechos 20:28.
18. 3 Nefi 27:20.
19. 3 Nefi 30:2.
20. Henry B. Eyring, *To Draw Closer to God*, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1997, pág. 49.
21. Alma 13:12.
22. Véase Hechos 9.
23. Alma 36:21.
24. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Wilford Woodruff, 2005, pág. 215.
25. Moisés 6:65.
26. Véase Doctrina y Convenios 121:45.
27. 3 Nefi 9:20.
28. Alma 36:24.
29. Gálatas 5:22-23.
30. Véanse 1 Reyes 19:12; 1 Nefi 17:45; Doctrina y Convenios 85:6.

31. Véase Doctrina y Convenios 9:8.
32. Véase Juan 3:8.
34. Véanse Doctrina y Convenios 8:2; Enós 1:10; 1 Nefi 17:45.
35. Moroni 7:12-13, 16-17.
36. Véase la historia de la familia Wells, tal como la narra Brad Wilcox, en The Continuous Atonement, Salt Lake City: Deseret Book Company, 2019, págs. 54-58.
37. Mosíah 4:3.
38. Doctrina y Convenios 1:32-33.
39. Véase Doctrina y Convenios 109:15.
40. Véase 2 Corintios 5:17.
41. Véase Alma 5:12-19.
42. Gerrit W. Gong, “Recordarle siempre”, Liahona, mayo de 2016.
43. Véase Doctrina y Convenios 121:46.
44. Véase Guía para el Estudio de las Escrituras, “Don del Espíritu Santo”.
45. Véase Artículos de Fe 1:4.
46. “Discourse, 20 March 1842, as Reported by Wilford Woodruff”, pág. 137, The Joseph Smith Papers, recuperado el 3 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpapers.org/paper-summary/discourse-20-march-1842-as-reported-by-wilford-woodruff/4> . Véase también Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, pág. 102.
47. Russell M. Nelson, “Revelación para la Iglesia, revelación para nuestras vidas”, Liahona, mayo de 2018.
48. Doctrina y Convenios 11:13.
49. Mateo 22:37.
50. Mateo 22:39.

Capítulo 24

La Santa Cena, el templo y el arrepentimiento continuo

Sin importar en qué parte de nuestra travesía por la vida nos hallemos, como discípulos del Señor Jesucristo, atesoramos constantemente la bendición de arrepentirnos. El arrepentimiento no es un castigo, es el don redentor de un amoroso Padre Celestial.

El presidente Russell M. Nelson explicó: “Nada es más liberador, más ennoblecedor ni más crucial para nuestro progreso individual que centrarse con regularidad y a diario en el arrepentimiento [. . .]. Sientan el poder fortalecedor del arrepentimiento diario; de actuar y de ser un poco mejor cada día”¹.

¿Qué significa arrepentirse continuamente? Se trata de una pregunta que los discípulos sinceros de Jesucristo consideran y ponen en práctica cada día de la vida; no se trata de tan sólo arrepentirnos cuando nos hemos apartado de manera grave de los mandamientos de Dios. Tampoco significa tomarnos a la ligera nuestra determinación. José Smith dijo: “El arrepentimiento es algo que no se debe tratar livianamente día tras día”². Tratamos livianamente el arrepentimiento cuando, en vez de arrepentirnos de modo sincero, tenemos previsto que al día siguiente nos arrepentiremos de las mismas ofensas.

El arrepentimiento diario

Al orar, repasamos lo sucedido durante el día y nos preguntamos: “¿En qué cosas he visto la mano del Señor en mi vida? ¿De qué modo mis acciones han mostrado

honradez y altruismo? ¿Qué más podría haber hecho? ¿Qué pensamientos y emociones debo controlar? ¿Cómo podría haber seguido mejor el ejemplo del Salvador? ¿En qué podría haber sido más bondadoso, o tener más amor, o ser más presto a perdonar y más misericordioso para con los demás? ¿En qué aspectos he sido menos de lo que mi Padre Celestial quiere que sea?” Luego, hacemos una pausa y escuchamos. Nuestras oraciones personales abren la ventana a la revelación personal que nos da nuestro Padre Celestial.

Oí a William, de ocho años de edad, relatar la siguiente experiencia en un discurso de la Primaria: “Ayer mi mamá tenía frío y quería que le prestara mi manta, pero yo le dije que no. Después dejé que la usara y me sentí mal por no habérsela prestado antes, ni haberle pedido disculpas. Antes de irme a dormir, me arrodillé y le pedí al Padre Celestial que me perdonara, y entonces me sentí mejor.

“Cada noche, antes de acostarme, me arrodillo junto a la cama y le pido al Señor que me perdone por cualquier cosa mala que haya hecho ese día; tomo la decisión de tratar de ser un poco mejor al día siguiente. Me siento bien al hacerlo, porque sé que el Señor me perdona”³.

Con fe en Jesucristo, reconocemos francamente al Padre Celestial nuestros errores, descuidos y actos desconsiderados hacia los demás. Pedimos perdón de manera humilde, escuchamos las delicadas impresiones del Espíritu y prometemos a nuestro Padre Celestial que seremos más diligentes en cuanto a aquellas cosas que podemos mejorar. Confesamos nuestros pecados y los abandonamos⁴. Restituimos lo que podemos restituir a quienes hayamos perjudicado u ofendido. Aquello podría consistir en pedir disculpas al cónyuge o a un hijo, enviar un mensaje a un amigo o compañero de trabajo, o tomar la resolución de obedecer alguna impresión espiritual desoída anteriormente.

La Santa Cena

Nada afianza tanto ni sustenta tanto nuestros esfuerzos por hacer que el arrepentimiento sea parte continua y constante de nuestra vida como el privilegio que tenemos de tomar la Santa Cena cada semana. El élder Ulisses Soares ha dicho: “El tomar la Santa Cena cada semana es muy importante, es decir, el presentarnos de manera mansa y humilde ante el Señor, reconociendo que dependemos de Él, pidiéndole que nos perdone y nos renueve, y prometiéndole que siempre lo recordaremos”⁵. El Señor ha dicho: “Para que más íntegramente te conserves sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo”⁶.

Nada afianza tanto ni sustenta tanto nuestros esfuerzos por hacer que el arrepentimiento sea parte continua y constante de nuestra vida como el privilegio que tenemos de tomar la Santa Cena cada semana.

Cada semana, nos disponemos a tomar la Santa Cena con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, recordando nuestro amor por el Padre Celestial y nuestra fe en el Señor Jesucristo. Llegamos temprano, antes que comience la reunión sacramental (a los padres que tengan hijos pequeños, les diría que sean pacientes y que hagan lo mejor posible). Reflexionamos con reverencia en cuanto a tomar los emblemas del pan y del agua, que representan la carne y la sangre de Cristo, y en cuanto a lo que eso significa, incluso antes de que se cante el himno sacramental. Consideramos los solemnes convenios que hemos hecho con Dios. Al cantar el himno sacramental, recordamos los sacrificios que hizo nuestro Salvador y Redentor, las promesas que nosotros le hemos hecho, y nuestro deseo de que el Espíritu Santo esté siempre con nosotros. Repasamos mentalmente la elocuente letra del himno que cantamos. Prestamos atención a las palabras: “Y testifiquen ante ti, oh Dios, Padre Eterno, que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y a recordarle siempre, y a guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre puedan tener su Espíritu consigo”⁷. La palabra “siempre” nos resuena en la mente y el corazón.

¿Recordarle siempre? Reflexionamos sobre la semana anterior: ¿Lo he recordado siempre? ¿He visto las bendiciones del Señor? “El que reciba todas las cosas con gratitud será glorificado”⁸. Si se me ha juzgado de modo injusto o severo y he tenido el deseo de devolver la ofensa, ¿he recordado que a Él “lo juzgar[on] como cosa de ningún valor; por tanto, lo azota[ron], y él lo soport[ó]; lo hi[rieron] y él lo soportó. Sí, escup[ieron] sobre él, y él lo soport[ó], por motivo de su amorosa bondad y su longanimidad para con los hijos de los hombres”?⁹. Al haber cometido errores o no haber estado a la altura de las circunstancias, ¿he pensado en Él y me he arrepentido? “Si me amáis, guardad mis mandamientos”¹⁰. ¿He tenido la firme determinación de ser más semejante a Él? Al ver que otras personas me necesitaban, ¿he pensado en Él y he ministrado a los necesitados? Conforme lo recordamos a Él y recordamos Su sufrimiento, Su amor por nosotros y Su disposición de librarnos de nuestros pecados, nos invade una enorme gratitud y el deseo de ofrecerle nuestra alma. Nos regocijamos por haber tomado sobre nosotros Su nombre y haber prometido guardar Sus mandamientos.

¿Tener siempre Su Espíritu con nosotros? El presidente Dallin H. Oaks dijo: “Yo creo que la promesa [de tener siempre Su Espíritu con nosotros] no sólo se refiere al Espíritu Santo, sino también al ministerio de ángeles [. . .]. Todos

los [. . .] que participan dignamente de la Santa Cena [. . .] disfrut[an] de la compañía del Espíritu del Señor y del ministerio de ángeles”¹¹.

Al tomar la Santa Cena, reflexionamos en nuestras necesidades y preocupaciones personales. “Al habersele partido y desmigajado, cada trocito de pan es único, así como también son únicas las personas que participan de él”, explica El presidente Dallin H. Oaks. Todos tenemos diferentes pecados de qué arrepentirnos; todos tenemos diferentes necesidades a fortalecer por medio de la expiación del Señor Jesucristo, a Quien recordamos”¹².

Al recordar al Salvador, adoptamos en nuestro espíritu el modelo del ejemplo, del carácter y de las enseñanzas de Él que necesitamos en nuestra propia vida. Tal como el presidente Howard W. Hunter nos ha recordado: “Los solemnes momentos de meditación mientras se reparte la Santa Cena [. . .] son momentos de autoevaluación, introspección y autodiscernimiento; momentos de reflexionar y tomar resoluciones”¹³.

El Salvador puso gran énfasis en que Sus discípulos participaran de la sagrada Santa Cena. En Jerusalén, dijo: “Porque esto es en memoria de mi sangre del nuevo convenio, que es derramada por cuantos crean en mi nombre, para remisión de sus pecados”¹⁴. Y en la antigua América, dijo: “[La Santa Cena] será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí [. . .]. Y si hacéis siempre estas cosas, benditos sois, porque estáis edificados sobre mi roca”¹⁵. Lo recordamos y nos regocijamos de que haya traído a efecto la remisión de nuestros pecados, y al hacerlo, estamos edificados sobre Su roca.

El nombre de Jesucristo y la Casa del Señor

El tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo

es un símbolo de que le pertenecemos a Él. Su santo nombre no sólo comprende a Su persona, sino también Su obra, Su carácter, Su sacerdocio, Su poder y Su posición en las eternidades¹⁶. En la Casa del Señor, entendemos mejor cómo tomar Su nombre sobre nosotros.

El tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo es un símbolo de que le pertenecemos a Él.

Al entrar en el templo, entramos literalmente en Su casa y sentimos Su presencia; recibimos una medida adicional de poder por medio de Sus ordenanzas; a través

de los ojos espirituales, vemos con más claridad quiénes somos y cuáles son nuestros propósitos al estar en la tierra; nos maravillamos por las bendiciones inconmensurables que nuestro Salvador nos brinda a cada uno de nosotros; y nos inclinamos en reverencia ante Su santidad.

Cuando refinamos nuestro arrepentimiento, hay conocimientos y revelaciones que necesitamos en lo personal y que no pueden conocerse a través de los ojos ni de las palabras solamente; éstos han de discernirse con el corazón y con el alma. En la Casa del Señor, conforme sentimos la santidad de Él, aumentamos en nuestro deseo de obtener nuestra propia medida de santidad. Nuestro aprecio por Él y nuestra adoración de Él nos impulsan el alma a querer emularlo humildemente, lo mejor que podamos. A través del poder de Su Espíritu, se nos indican los pasos que hemos de seguir para continuar arrepintiéndonos y para acercarnos más a Él. El presidente John Taylor dijo: “Que no haya acto alguno en mi vida, ni abrace yo principio alguno que esté en discrepancia con aquellas palabras que en un principio fueron dictadas por el Todopoderoso: [. . .] Santidad al Señor”¹⁷.

El apóstol Pablo escribió que “h[emos] sido comprados por precio”¹⁸. Participar de la Santa Cena y adorar en el templo nos permite pensar en Él, pensar en la magnitud de Su sufrimiento, en Su angustia en el Jardín de Getsemaní y sobre la cruz, y en el sacrificio personal que realizó no sólo por todas las demás personas del mundo, sino también por usted y por mí. Nos permite recordar que gracias a Él, cada uno de nosotros resucitará y se levantará de la tumba triunfalmente. Gracias a que vivió una vida perfecta y tomó sobre sí nuestros pecados por voluntad propia, Él puede ofrecernos la misericordia de Su perdón. Pagó el precio por nosotros; y mediante Su sangre, nuestra culpa y nuestro dolor son reemplazados por esperanza y sanación, en tanto que dejamos de lado nuestros pecados de manera continua.

En griego, la palabra “perfección” significa completado¹⁹. Mientras continuamos el proceso de llegar a ser, nos estamos completando a nosotros mismos. Moroni nos exhorta así: “Venid a Cristo, y perfeccionaos en él [. . .] para que por su gracia seáis perfectos en Cristo”²⁰.

Si afrontamos temporalmente algunos reveses, no nos desanimamos. Nos centramos en nuestro amor por el Salvador y en Su amor por nosotros, y seguimos adelante. Semana tras semana, año tras año, nuestro arrepentimiento y nuestra resolución nos acercan más a Él. Llegamos a ser más propensos a amar, más obedientes y más santos en nuestro discipulado. Sentimos el poder de Su espíritu sobre nosotros y sabemos que se nos están perdonando los pecados.

Rogamos que algún día, por medio de Su gracia, podamos comparecer limpios y puros ante Él, mientras nuestras lágrimas bañen Sus manos y Sus pies, que fueron traspasados. Con humildad y como siervo del Señor, le aseguro que llegará dicho día para quienes son justos.

Notas

1. Russell M. Nelson, “Podemos actuar mejor y ser mejores”, Liahona, mayo de 2019.
2. “‘The Prophet's Instruction on Various Doctrines', 27 June 1839, Discourses, between ca. 28 June and ca. 2 July 1839 History, 1838-1856, volume C-1 [2 November 1838-31 July 1842] [addenda]”, pág. 8 [addenda], The Joseph Smith Papers, recuperado el 3 de julio de 2019, <https://www.josephsmithpapers.org/paper-summary/history-1838-1856-volume-c-1-2-november-1838-31-july-1842/543>. Véase también Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007, pág. 78.
3. Experiencia personal; utilizada con permiso.
4. Véase Doctrina y Convenios 58:43.
5. Ulisses Soares, “Becoming a Work of Art”, devocional pronunciado en BYU, 5 de noviembre de 2013, https://speeches.byu.edu/talks/ulisses-soares_becoming-work-of-art/. Véase también Ulisses Soares, “Aférrate a la barra”, Liahona, marzo de 2015.
6. Doctrina y Convenios 59:9.
7. Doctrina y Convenios 20:77.
8. Doctrina y Convenios 78:19.
9. 1 Nefi 19:9.
10. Juan 14:15.
11. Véase Dallin H. Oaks, “El Sacerdocio Aarónico y la Santa Cena”, Liahona, enero de 1999; véase también el capítulo 17: “El arrepentimiento, los ángeles y los lazos familiares”.
12. Dallin H. Oaks, Introductory Message, pronunciado en el Seminario para líderes de misión, 25 de junio de 2017.
13. The Teachings of Howard W. Hunter, Salt Lake City: Bookcraft, 1997, pág. 110.
14. TJS, Mateo 26:24, en Mateo 26:26, nota a al pie de página.
15. 3 Nefi 18:6-7, 12.
16. Véase Dallin H. Oaks, His Holy Name, Salt Lake City: Bookcraft, 1998.
17. Journal of Discourses, tomo XXIII, pág. 177.
18. 1 Corintios 6:20.
19. Véase Véase Russell M. Nelson, “La inminencia de la perfección”, Liahona, enero de 1996.
20. Moroni 10:32.

Capítulo 25

El don divino del perdón

El presidente David O. McKay fue el profeta y el Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días desde el momento en que nació, en 1951, hasta 1970, que fue el año en que partí a la misión, en Francia.

Aunque recuerdo haber visto en persona al presidente McKay sólo una vez, tenía un firme testimonio de que él era el portavoz del Señor y Su santo profeta sobre la tierra. En una ocasión, el presidente McKay relató una experiencia que había tenido durante sus primeros días como Apóstol, la cual tuvo un profundo impacto en mí. El élder de McKay se hallaba navegando hacia lo que ahora es Samoa Occidental. Narró lo siguiente:

“Al atardecer, el reflejo del fulgor de un ocaso magnífico era un espectáculo espléndido [. . .]. Cuando me acosté, a las diez de la noche, todavía estaba reflexionando sobre aquella hermosa escena [. . .]. Luego me dormí, y en una

visión contemplé algo infinitamente sublime. Vi en la distancia una bella ciudad blanca. A pesar de que estaba lejos, creía ver los árboles cargados de abundante fruto, los arbustos con follaje de color brillante y las flores perfectas por todas partes; el cielo despejado parecía reflejar los tonos de aquellos hermosos colores. Entonces vi un grupo grande de personas que se acercaban a la ciudad; todos llevaban puestas túnicas blancas y un tocado blanco. De inmediato, mi atención se enfocó en el líder y, aunque sólo distinguía el perfil de Sus rasgos y Su figura, ¡en seguida lo reconocí como mi Salvador! El tono y el resplandor de Su semblante eran algo glorioso de contemplar. Lo rodeaba un halo de paz que resultaba sublime ¡era divino!

Según comprendí, la ciudad era Suya. Era la Ciudad Eterna; y la gente que lo seguía iba a morar allí en paz y felicidad perpetuas.

Pero, ¿quiénes eran esas personas?

Como si hubiera leído mis pensamientos, el Salvador respondió señalando hacia un semicírculo que se veía por encima de ellos, en el cual estaban escritas con oro estas palabras:

“Éstos son los que han vencido al mundo, los que ciertamente han nacido de nuevo”¹.

Imaginen cómo sería estar de nuevo con nuestro Salvador y Redentor². El Señor nos ha invitado a todos a vivir con Él en Su “Ciudad Eterna”³. La “Ciudad” no tiene límites de tamaño; hay lugar resplandor de Su semblante eran algo glorioso de contemplar. Lo rodeaba un halo de paz que resultaba sublime ¡era divino!

Según comprendí, la ciudad era Suya. Era la Ciudad Eterna; y la gente que lo seguía iba a morar allí en paz y felicidad perpetuas.

Pero, ¿quiénes eran esas personas?

Como si hubiera leído mis pensamientos, el Salvador respondió señalando hacia un semicírculo que se veía por encima de ellos, en el cual estaban escritas con oro estas palabras:

“Éstos son los que han vencido al mundo, los que ciertamente han nacido de nuevo”¹.

Imaginen cómo sería estar de nuevo con nuestro Salvador y Redentor². El Señor nos ha invitado a todos a vivir con Él en Su “Ciudad Eterna”³. La “Ciudad” no tiene límites de tamaño; hay lugar para todos “los que han vencido al mundo, los que ciertamente han nacido de nuevo”⁴. No hay divisiones geográficas que restrinjan a unos más que a otros. Los solares de la “Ciudad” no pueden comprarse ni adquirirse⁵. A nadie se le dice que no vaya; todos son bienvenidos. “Él invita a todos ellos a que vengan a él y participen de su bondad; y a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios”⁶.

El presidente McKay dijo: “Según comprendí, la ciudad era Suya”. Jesucristo ofrece a toda persona que haya vivido o que vivirá en la tierra el incomparable don de vivir con Él en la presencia del Padre, junto con su familia recta, en un estado de paz y felicidad sin fin. Únicamente Él es el dador de dicho don. “El guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente”⁷.

“Él no hace nada a menos que sea para el bene beneficio del mundo; porque él ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a todos los hombres a él. Por tanto, a nadie manda él que no participe de su salvación”⁸.

¿Y cómo nos preparamos para recibir ese don eterno de nuestro Padre y de Su Hijo? El presidente McKay dijo que las siguientes palabras estaban escritas en oro, encima de la ciudad:

“Éstos son los que han vencido al mundo, los que ciertamente han nacido de nuevo”.

Para vencer al mundo, debemos venir a Cristo. En medio de toda la confusión, y todas las dificultades, tentaciones y distracciones que nos rodean, nuestra fe y nuestros deseos sinceros deben centrarse en Su vida, en Su sacrificio expiatorio y en Su don al decidir cómo pensamos y cómo actuamos. Hemos de recibirlo a Él.

Juan enseñó: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios”⁹.

Para recibirlo, para venir a Él, para conocer sobre Su invaluable don del perdón, debemos buscarlo a través de nuestra fe y del arrepentimiento. Vencer al mundo significa que no nos apoyamos en las vías del mundo, sino que con humildad, abandonamos nuestros pecados y nos apoyamos en Él. Conforme nosotros lo recibimos a Él, Él nos recibe a nosotros. “Al que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeñito, yo lo recibiré, porque de los tales es el reino de Dios.

He aquí, por estos he dado mi vida, y la he vuelto a tomar; así pues, arrepentíos y venid a mí, vosotros, extremos de la tierra, y sed salvos”¹⁰.

Nuestra residencia en la “Ciudad Eterna” no puede ganarse mediante el esfuerzo propio, puesto que el don es gratuito, pero a la vez, tampoco tiene precio. Sin embargo, sí podemos prepararnos y santificar nuestra vida de modo que podamos recibir continuamente el don divino del perdón. Vencer al mundo mediante el arrepentimiento verdadero y constante a lo largo de toda nuestra vida terrenal nos permite experimentar el gozo de recibir dicho don celestial¹¹.

El Señor se refirió a quienes vencen al mundo y se hallan en la “Ciudad Eterna”.

“Estos son los que recibieron el testimonio de Jesús, y creyeron en su nombre, y fueron bautizados según la manera de su sepultura [. . .] para que, guardando los mandamientos, fuesen lavados y limpiados de todos sus pecados, y recibiesen el Santo Espíritu [. . .]; y son quienes vencen por la fe, y son sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son justos y fieles [. . .]. Y vencerán todas las cosas [. . .]. Estos morarán en la presencia de Dios y de su Cristo para siempre jamás”¹².

A medida que nos arrepentimos y sentimos el amor y la gracia del Salvador, nuestra perspectiva de la vida se transforma para siempre, y nacemos de nuevo.

A medida que nos arrepentimos y sentimos el amor y la gracia del Salvador, nuestra perspectiva de la vida se transforma para siempre, y nacemos de nuevo. Como enseña el apóstol Pablo, cada uno de nosotros llega a ser una “nueva criatura [en Cristo]”¹³; y “desde entonces hemos conocido a Cristo, y ya no vivimos más según la carne”¹⁴. Y Alma añade: “En [nuestros] corazones también se efect[úa] un potente cambio; y [nos] humilla[mos], y p[onemos] nuestra] confianza en el Dios verdadero y viviente. Y [somos] fieles hasta el fin”¹⁵. Tal como Jesús dijo a Nicodemo: “El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios”¹⁶.

De pronto, las cosas de la eternidad toman el lugar que les corresponde con mayor fuerza en nuestra mente y en nuestro corazón. Las palabras que el Señor habló a Adán y que antes nos parecían confusas ahora se hallan ancladas de manera firme en nuestro entendimiento: “Por causa de la transgresión viene la caída, la cual trae la muerte; y como habéis nacido en el mundo mediante el agua, y la sangre, y el espíritu que yo he hecho, y así del polvo habéis llegado a ser alma viviente, así igualmente tendréis que nacer otra vez en el reino de los cielos,

del agua y del Espíritu, y ser purificados por sangre, a saber, la sangre de mi Unigénito, para que seáis santificados de todo pecado y gocéis de las palabras de vida eterna en este mundo, y la vida eterna en el mundo venidero, sí, gloria inmortal; porque por el agua guardáis el mandamiento; por el Espíritu sois justificados; y por la sangre sois santificados”¹⁷.

Como uno de Sus Apóstoles, declaro con certeza que Jesucristo es el Hijo de Dios. Él vive. Sepa que Dios le conoce y le ama; usted es eternamentepreciado para Él¹⁸. Sepa que puede afrontar cualquier dificultad de la vida con fe en Jesucristo. Él le ha prometido que siempre puede tener Su Espíritu con usted¹⁹. El Señor guardará Su promesa y le bendecirá con el valor para ser limpio y puro ante Él. Sin importar en qué parte de la senda de la vida se halle hoy, en tanto tenga aliento, podrá extender la mano en busca de ayuda y hallar los brazos abiertos del Salvador. Él nos llama diciendo: “Venid”, “venid a mí”²⁰. Las Escrituras declaran que es “el autor y consumidor de [nuestra] fe”²¹. Lo amo; y usted también lo ama. A medida que deposite su confianza en Él, le prometo que Él caminará con usted y le bendecirá. Le dará fortaleza y le bendecirá con Sus dones celestiales de la misericordia y la gracia. Y conforme nuestro Salvador y Redentor le confiera el don divino del perdón, sentirá Su amor, el cual trasciende a cualquier otro amor.

Notas

1. Véase Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: David O. McKay, 2004, págs. 1-2.
2. Véase Alma 5:14-16.
3. Véanse Apocalipsis 7:9-17; 21:1-7, 10-26; 22:1-5; Doctrina y Convenios 137:1-4.
4. Véase Juan 14:2-3.
5. Véanse Isaías 55:1-2; 2 Nefi 9:50; 26:25.
6. 2 Nefi 26:33.
7. 2 Nefi 9:41.
8. 2 Nefi 26:24.
9. Juan 1:12.
10. 3 Nefi 9:22.
11. Véanse Mosíah 4:2; Alma 21:9; Romanos 5:9-11; Efesios 1:7; Colosenses 1:14; Apocalipsis 1:5; 5:9; 7:14; Doctrina y Convenios 20:79; 38:4; 54:4-5; 76:69.
12. Doctrina y Convenios 76:51-53, 60, 62.
13. 2 Corintios 5:17.
14. TJS, 2 Corintios 5:16.
15. Alma 5:13.
16. Juan 3:3.
17. Moisés 6:59-60.
18. Véase Doctrina y Convenios 109:43.
19. Véase Doctrina y Convenios 20:77, 79.
20. Mateo 11:28.
21. Hebreos 12:2; véase también Moroni 6:4.

Agradecimientos

Por más de diez años, he sentido con delicadeza la impresión espiritual de que debía verter en un manuscrito algunos de los importantes principios del arrepentimiento y del perdón. Esta última década, durante la cual he sido miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles, ha ensanchado enormemente mi entendimiento sobre el amor de nuestro Salvador Jesucristo y sobre el poder de Su sagrada Expiación. Durante ese tiempo, las experiencias que he tenido han aumentado mi sensibilidad a las bendiciones del arrepentimiento y del don del perdón. Agradezco al Señor por Su paciencia conmigo, por Sus lecciones que me han sido de guía, y por la premura de terminar el manuscrito que he sentido en los últimos meses. Reconozco Su mano en el proceso de combinar en el libro los principios divinos con las experiencias terrenales a fin de recalcar Su amor por cada uno de nosotros. El carácter magnífico del incomparable don del perdón del Salvador ha llegado a ser un faro para mi alma.

Kathy, mi esposa, es un ángel cuya sensibilidad espiritual y su discipulado puro han bendecido de manera inconmensurable mi vida y nuestra familia durante más de cuarenta y cinco años. Su excelso juicio y su refinado razonamiento han enaltecido los contenidos de este libro. Además, ha sido invaluable contar con ella para recordar y descubrir las experiencias del pasado que ilustran los principios a enseñarse. Kathy es un ejemplo viviente de lo que es una recta discípula de Jesucristo.

También agradezco mucho a mis hijos y sus cónyuges; ellos leyeron el manuscrito y ofrecieron importantes sugerencias.

Estoy profundamente en deuda con David Dur Durfey, quien, habiendo trazado y dictado un curso que se titula: “Repentance and Forgiveness” [El arrepentimiento y el perdón] durante diez años en Instituto, en la Universidad Utah Valley, me ayudó de buen grado a organizar los principios relevantes y contribuyó al manuscrito con importantes reflexiones.

Asimismo, Richard Holzapfel, Mark Eastmond, Clyde Williams, Cory Maxwell y Blake Roney leyeron el manuscrito y añadieron observaciones significativas y pasajes de las Escrituras sumamente relevantes.

Deseo expresar agradecimiento a las mujeres, los hombres, los jóvenes y los niños que me permitieron compartir sus relatos, lo cual en ocasiones, volvió a abrir dolorosas heridas del pasado, pero ha ilustrado con autenticidad las enseñanzas de Jesucristo y de Sus profetas.

Alisa Hale, de suma capacidad, ha sido mi asistente durante los últimos doce años; ella preparó un sinnúmero de borradores, se ocupó de una infinidad de detalles y aportó sus aptitudes profesionales a la preparación final de la obra.

Por último, agradezco a Laurel Christensen Day por su aliento y supervisión, así como el gran talento de sus colegas de Deseret Book, en especial, Richard Erickson y Tracy Keck, quienes ayudaron a convertir el manuscrito en un libro atrayente.

Cabe aclarar que yo soy el único responsable por los contenidos del presente libro. Dado que muchas personas han revisado esta obra, he puesto cuidado en reflejar de manera precisa las enseñanzas del Señor Jesucristo y la doctrina de Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; sin embargo, si hubiera errores, yo soy el único responsable de ellos.

Acerca del autor



El élder Neil L. Andersen fue sostenido como miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días el 4 de abril de 2009. Se le llamó a servir como Autoridad General en abril de 1993, a la edad de 41 años. Ha prestado servicio como presidente de estaca en Tampa, Florida, EE. UU. y como presidente de la Misión Francia

Burdeos. De joven, sirvió como misionero en la Misión Francia París. El élder Andersen ha vivido doce años en Europa y Sudamérica mientras ha sido misionero, presidente de misión y Autoridad General. Obtuvo un título de grado en la Universidad Brigham Young y una maestría en administración de empresas en la Universidad de Harvard. Ha sido director y propietario de una agencia de publicidad en Florida, y ha participado en emprendimientos de bienes raíces. Tras su servicio como presidente de misión, ocupó el puesto de vicepresidente en una importante empresa de servicios de la salud. El élder Andersen y su esposa, Kathy, tienen cuatro hijos y diecisiete nietos.